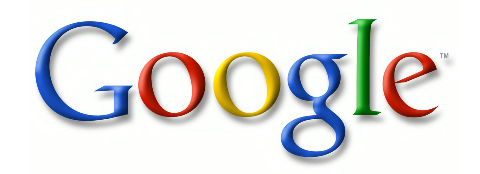


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

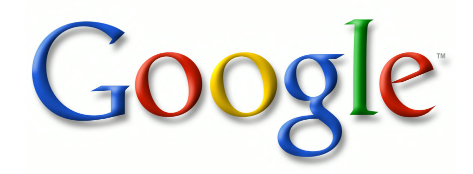
Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


A 406141


10,800
1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

F
3095
.V64
v. 5



HISTORIA

DE LOS

DIEZ AÑOS DE LA ADMINISTRACION

DE DON MANUEL MONTT,

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

REVOLUCION DEL SUR.

TOMO V.

SANTIAGO DE CHILE.
IMPRENTA CHILENA,
CALLE DEL PEUMO, ESQUINA DE LA DE HUÉRFANOS, NÚM. 29.
1863.

MU

2 · 28 · 43
47455

CAPITULO I.

LA DEFECCION.

El jeneral Cruz organiza una division de infanteria i se dirije a atacar al enemigo en su campamento de Bobadilla.—El jeneral Búlnes contiene personalmente a los dispersos de su ejército a orillas del Maule, i forma una division respetable.—Envia a Santiago al comandante Borgoño con la noticia de su descalabro.—Comienza su admirable rol de pacificador.—El jeneral Cruz se acampa i resuelve atacar al enemigo a la madrugada siguiente.—Ordena al coronel Zañartu se le reuna con aquel objeto.—Desobedece aquel jefe esta órden, i fútiles pretestos que alega mas tarde para cohonestar su insubordinacion.—Juicio sobre la conducta del coronel Zañartu despues de la batalla de Longomilla.—Triple rol del jeneral Cruz, el secretario Vicuña i el coronel Zañartu como representantes de la *fuerza*, de la *idea* i del *provincialismo* de la revolucion del sud.—Zañartu declara que él tomó parte en la revolucion «por el engrandecimiento de sus paisanos» —El jeneral Cruz se replega sobre las casas de Reyes.—Su abatimiento.—Zañartu se le presenta exijiéndole que entre en arreglos de paz con el enemigo.—Sorpresa del jeneral i esplicaciones que le dá.—Cita a junta de guerra.—Alemparte i Urrutia se reunen al ejército.—El intendente Pando se dirije al Parral a reunir dispersos de caballeria.—Vicuña espide una circular dando parte de la victoria i pide auxilios al sur.—El coronel Puga se reune al ejército con 300 hombres de caballería.—El jeneral

Cruz resuelve en la noche del dia 9 enviar un parlamentario al campo enemigo proponiendo tratar bajo la base de declarar ilejítima la presidencia de don Manuel Montt.—Intimos sentimientos de flaqueza que dominan al jeneral Cruz.—El jeneral Búlnes se prepara para atacar de nuevo las casas de Reyes.—Mútua ignorancia en que se encontraban ambos jenerales sobre sus fuerzas respectivas.—Don Hermójenes Alamos es enviado al jeneral Búlnes con las proposiciones de paz i varios oficiales del Carampangue le protestan que estan dispuestos a hacerla a toda costa.—El jeneral Búlnes se niega a todo arreglo pacífico que no tenga por base el reconocimiento del presidente Montt, i envia al auditor de guerra Tocornal con esta respuesta.—Conferencia secreta que en consecuencia tiene el jeneral Cruz con este enviado.—Se resuelve proseguir las hostilidades.—Comienza la defeccion en el campo revolucionario. —Un asistente del coronel Zañartu se dirije al sur propalando la derrota completa del ejército rebelde.—Se fugan los sarjentos mayores Gonzalez i Fuentealba.—El coronel Puga se deserta cobardemente con toda la caballeria.—Manifiesto que dió despues este jefe sobre su conducta.—Dos ayudantes de campo del jeneral Cruz se fugan al sud.—Se celebra una junta de guerra.—El comandante Molina presenta los despachos de teniente coronel que habia recibido del enemigo.—Se disuelve la junta i Zañartu declara que el Carampangue no se batirá. —El secretario Vicuña aconseja al jeneral Cruz que se dirija personalmente a la tropa.—Acepta éste, se forman los batallones en columna i los arenga.—Entusiasmo frenético de la tropa i razgos estraordinarios de ardimiento que se notan en el hospital de sangre.—Aspecto de Zañartu en esta ocasion.—El diario de campaña del secretario Vicuña.—El jeneral Cruz malogra la última ocasion de restablecer la moral de su ejército.—Concibe el plan de apoderarse de Talca por sorpresa i pasa con este objeto el Longomilla en la tarde del dia 10 de diciembre.

I.

Miéntras el comandante Saavedra perseguia los desechos batallones del ejército nacional, con un puñado de entusias-

tas i fatigados infantes, el jeneral Cruz se esforzaba en organizar una division algo mas respetable para marchar sobre aquel i dar cima a su inesperada victoria. Poco despues de las tres de la tarde, hora en que escribió (como ya vimos) el parte oficial de su triunfo, tenia, en efecto, tendida en línea sobre la loma histórica, que habia sido el último atrincheramiento del enemigo, una fuerza de 600 a 700 fusileros, contando los que habian seguido a Robles i Saavedra, i que, en ese momento, regresaban de su acelerado movimiento a vanguardia, abrumados de cansancio.

Pudo el jeneral Cruz emprender facilmente su marcha a las cuatro de la tarde; pero, aunque los soldados gritaban—*Vamos a beber agua al Maule!* (1), el caudillo vencedor, dando otra vez muestras de su exesiva cautela, les hacia sentarse en el suelo por hileras a fin de que tomasen un reposo que la febril ajitacion del combate hacia innecesario. De esta manera, solo al caer la noche, púsose en movimiento el vencedor de Longomilla, para ir a persuadirse por si propio de la nulidad de su efímero triunfo. Aquella tardanza en las operaciones de los rebeldes fueles, en efecto, fatal. Perdiéronse los mas preciosos momentos de que un jeneral esperimentado saber aprovecharse en las batallas—los momentos del pánico, que, en las derrotas de un ejército, puede mas que las armas mismas para consumar las ventajas que estas han alcanzado.

II.

El jeneral Búlnes, en efecto, al ver el irremediable desórden en que se retiraban sus tropas del campo de batalla, se ha-

(1) Diario del coronel Zañartu.

bia dirijido en persona, con un destacamento de granaderos, a orillas del Maule, i tomado las providencias mas enérjicas para contener ahí la fuga a que se entregaban los restos aun respetables de su valeroso ejército. Ordenó, en consecuencia, que las pocas lanchas de que disponia en el vado del Naranjo (1), en el camino directo a Talca, fuesen amarradas a la opuesta orilla, a fin de que, bajo pena de la vida, no se permitiese pasar el rio a un solo individuo; acordonó los pasos inmediatos del rio con guardias de caballería veterana; envió en todas direcciones partidas de esploradores que reuniesen los dispersos, i, por último, dió órdenes a su ayudante de campo Borgoño para que, matando caballos, se dirijese a la capital a dar cuenta de su situacion, que juzgaba en aquel momento apuradísima; pero de la que esperaba salir en algunas horas mas, si el enemigo no se presentaba a atacarlo (2).

Mientras el jeneralísimo del gobierno se ocupaba en tomar todas aquellas acertadas providencias, mas propias de su jenio i de su esperiencia de caudillo que los movimientos estratéjicos que hiciera ejecutar poco ántes en el campo de batalla, llegaban los soldados jadeantes i casi exánimes a orillas del Maule, i arrojando sus armas i vestuario, intenta-

(1) Estas eran solo 5 o 6, i por consiguiente, no podian pasar mas de 300 hombres a la vez. Todas las lanchas del Maule habian sido reunidas por el intendente de Talca Cruzat cuando se temió que el jeneral Cruz tomase la vanguardia del ejército del gobierno, i fueron ocultadas en la embocadura del rio Claro, donde, por falta de brazos o de cuidado se fueron muchas a pique.

El jeneral Búlnes tuvo tanta fortuna en la guerra civil de 1851, que asi como se salvó, despues de la jornada de Monte de Urra, por *haber pasado* el Ñuble con su ejército, volvió a salvarse por *no haber podido* pasar el Maule.

(2) Silva Chaves—Diario citado.

ban arrojarse al rio, ya desnudos, ya en los pocos caballos que podian haber a mano. Vanos eran los esfuerzos de los oficiales para alentar a aquellos hombres, tan esforzados, hacia pocos instantes, en el fuego, pero que, una vez vuelta la espalda al enemigo, perdian, junto con sus brios, todo respeto a la disciplina i toda obediencia a la voz de sus jefes.

Fué entonces cuando se vió la arrogante i marcial figura del jeneral Búlnes, rojo el rostro de ira, desnuda la espada i clavando espuelas a su desfallecido caballo, dirijirse, ya a un punto, ya a otro, apostrofando a los soldados con la voz estentorea de un sublime despecho i amenazando con la muerte dada por su propia mano al que desesperara de su deber i aun de la gloria, miéntras él estuviera a su frente.

Comenzó, en este instante, para este jeneral, tan ilustre como feliz, aquella parte de su mision pública en que alcanzó mas lejítimas glorias, ofreciendo a su patria, como una compensacion de los dolores que su falacia política le habia impuesto, la terminacion de una guerra funesta, que el alcanzó solo por la sagacidad de su espíritu i los vuelos que, en presencia de los mas graves conflictos, dejaba tomar a veces a su alma magnánima.

«El jeneral Búlnes, para mí, dice uno de sus propios jefes, que le viera en aquella coyuntura, su mayor importancia en la campaña, data desde el 8 de diciembre de 1851, esto es, desde la tarde de la batalla de Longomilla. El jeneral manifestó su sangre fria, calma para sus disposiciones i un gran tino para todas sus determinaciones, apesar de faltarle los jefes mas caracterizados, por las causas que ya tengo relacionadas. Para mí, el jeneral Búlnes, desde el momento indicado, fué mui grande i digno de estudiarse (1).

(1) La primera noticia de la batalla de Longomilla se tuvo en

«De esta suerte, añade el mismo intelijente i verídico oficial, de cuya cartera tomamos el acertado juicio que precede, a las cinco de la tarde, estaba el ejército organizado al pié del cerro de Bobadilla i contaba de 922 hombres de infantería de diferentes cuerpos. Toda la caballería intacta i municiones en abundancia. Nuestra artillería dejó dos obuses en el campo i se trajo una pieza de a 4» (1).

la capital el dia 9 de diciembre a las cuatro de la tarde, por un espreso que envió el coronel Yañez desde Talca al presidente de la República; anunciábale que los vijias, apostados en el cerro inmediato de las Minas veian que las polvaredas que levantaban las caballerías, se dirijian hácia el sud, lo que probaba el descalabro del jeneral Cruz.

El comandante Borgoño llegó a la Moneda a la una del dia 10, i esta circunstancia confirmó en el concepto jeneral la veracidad de la noticia de la derrota del jeneral Cruz, que habia comenzado a circular desde la tarde del dia anterior. He aquí lo que decia a este propósito el *Mercurio* del 11 de diciembre.

«A la una del dia de ayer, ha llegado a Santiago el señor don Victor Borgoño, quien trae consigo el parte oficial de la batalla. No nos es posible demorar la salida del diario: publicaremos este documento tan pronto como lo obtengamos.

«A la salida del Sr. Borgoño, la casa en que se habian refujiado Cruz, Urrutia i Baquedano era presa de las llamas por todos sus costados: en pocos minutos mas, debió quedar en poder de nuestro ejército.

«La prision de esos caudillos es casi un hecho. Por lo demas, la victoria ha sido completa. El señor Borgoño salió del campo vencedor a las cuatro de la tarde del dia 8, dejando un gran número de prisioneros, todos los bagajes, municiones i caballada del enemigo. Cruz quedaba en las casas de Reyes con solo 250 del Carampangue. La accion ha sido sangrienta en estremo: de nuestro lado, se cuentan varios oficiales muertos, del enemigo, prisioneros o muertos casi la totalidad de los jefes.»

(1) Como nos pareciera en estremo difícil, si no imposible, que el jeneral Búlnes hubiese podido reorganizar su ejército tan aprisa i en un pié tan respetable, despues del descalabro que habia tenido en el campo de batalla i del pánico de la retirada, pues,

III.

Entretanto, el jeneral Cruz, sorprendido por la noche, se habia acampado en unos potreros situados sobre el camino carretero del sud, distante solo media legua del campo de Bobadilla. Aunque la tenebrosa luna de diciembre iluminó, en breve, el abierto valle del Longomilla, brillando en toda su plenitud, el jeneral se resolvió a aguardar la aurora del nuevo dia para emprender el ataque de las posiciones del enemigo, i en consecuencia, ordenó que se preparase el rancho de la tropa, que, hasta aquella hora, no habia comido desde la tarde anterior.

Afianzóse el jeneral Cruz en su resolucion de no emprender movimiento alguno hasta la siguiente mañana, con el aviso que le trajeron varios de sus ajentes, i entre otros, el intendente Pando, de que los jefes de caballería reunian los dispersos de sus cuerpos en varias direcciones, i que, en pocas horas mas, podia contarse con 300 o 400 hombres de aquella

militarmente hablando, se convirtió esta en una verdadera fuga, escribimos al señor Silva Chaves, pidiéndole algunos esclarecimientos sobre esta parte de su diario de campaña i nos contestó como sigue en una carta particular, que nos hacemos un deber de citar aqui.

«Desengáñese Ud. En la tarde del dia 8, antes de entrarse el sol, teniamos en línea, perfectamente organizados i al pié del cerro de Bobadilla, 923 infantes, toda nuestra caballería veterana (la caballería cívica se habia desorganizado en su mayor parte) 7 piezas de artillería i municiones en abundancia para un ejército de 5,000 hombres. Esto puede Ud. conversarlo con el comandante don Nicolas José Prieto, que, como el ayudante del jeneral, fué comisionado en esa tarde para organizar la línea i contar la fuerza.»

arma, en la que el jeneral Búlnes habia adquirido ahora toda la superioridad. Ya, en el mismo campo de Reyes, el comandante Lara, escapado del hospital de sangre del enemigo, donde estaba prisionero, tenia reunidos 95 jinetes de los que o no habian huido del campo o habian repasado el Longomilla, siguiendo al jeneral Baquedano, porque este valeroso jefe, apesar de su grave herida i de la violenta fiebre que se apoderó de su físico, i que, en breve, llegó hasta el delirio, habia vuelto al campo de batalla, tan luego como el paso del rio estuvo franco. A su ejemplo, pasaron tambien el comandante Urriola, los esforzados capitanes don Hermójenes Urbistondo i don Juan Doren i el ayudante don Benjamin Silva.

Resuelto el jeneral revolucionario a tentar, inmediatamente que amaneciese, el último esfuerzo de la campaña, i sabedor por un sarjento de los Dragones de Ruiz, que se escapó del campo de Bobadilla, ya tarde de la noche, del desaliento que reinaba entre los enemigos, determinó concentrar todas sus fuerzas, para dar mayor seguridad a aquella empresa decisiva.

IV.

A las 11 de la noche i cuando ya todo su campo estaba entregado al sueño de su cansancio i su gloria, el jeneral Cruz llamó a su ayudante de campo Eucher Henry (1) i lo envió a las casas de Reyes, que distaban solo una legua há-

(1) Hase dicho por algunos que, antes de ir Henry, el jeneral Cruz habia enviado igual órden al coronel Zañartu con su sobrino i ayudante de campo don Manuel Prieto i Cruz, al que aquel jefe respondió que no obedecia. Pero, en esta parte, preferimos estar a la relacion de Zañartu que es el acusado.

cia al sud, con una órden, para que, en el acto, viniese a reunírsele el coronel Zañartu con todas las fuerzas que tuviese a su disposicion, dejando solo un destacamento de 25 hombres para custodiar el parque i los heridos.

Henry no tardó en presentarse en las casas de Reyes i, habiendo encontrado al coronel Zañartu, que se reposaba en la cama del capellan de su cuerpo, le despertó i le comunicó la órden de que era portador.

Mas, el coronel Zañartu determinó, en el acto, desobedecer i contestó, desde luego, de una manera que ponia en evidencia que su resolucion no era hija de un arranque pasajero de desaliento o despecho, sino el resultado preciso de sus antecedentes, de su conducta durante la campaña, i, mas que todo, de su manera de concebir la revolucion (1).

(1) Copiamos, en seguida, del diario del coronel los fútiles protestos con que despues ha pretendido cohonestar aquel acto culpable. La única razon atendible nos parece ser la de que la tropa estaba ébria, pero ¿no era esto una falta gravísima en el jefe que lo habia consentido en momentos tan supremos? Se nos ha asegurado, ademas, que el mayor Apolonio, sucesor de Martinez en el mando del batallon Lautaro, cuya tropa habia quedado en las casas, declaró que el coronel Zañartu habia ocupado solo un destacamento de diez hombres en estinguir el fuego de las casas, lo que destruye tambien un argumento que se ha hecho valer con frecuencia, diciendo que todo aquel batallon estuvo ocupado en aquel servicio. He aqui, entretanto, los especiosos comentarios que hace el coronel Zañartu sobre su insubordinacion.

«Un cuarto de hora despues, dice, de haberme recostado, llegó a las casas Mr. Henry i me comunicó órden del jeneral, para que le mandara la tropa que tenia allí, quedándome solo con veinte i cinco hombres. «Contéstele Ud., le dije, que la poca fuerza que hai a mis órdenes no está disponible, por que se ha exedido en el licor i es difícil hacerla marchar en el estado en que se encuentra, mucho ménos cuando no conocen, como el soldado veterano, las penas que designan las leyes a los que cometen insubordinacion.

«Esta contestacion, que yo francamente la publico, a pesar que

V.

Comenzaba, en aquel momento, el último i mísero acto del drama de la revolucion. A la jornada de los héroes iba a suceder el tráfico de los cobardes i de los apóstatas. Los grandes ejemplos de aquel dia memorable, si bien habian levantado los ánimos de los jóvenes soldados del ejército revolucionario a la altura de una sublime abnegacion, habian hecho nacer en las almas, cuyas fibras solo vibraban bajo el diente de la envidia o por la presion del miedo, todos los sobresaltos, todas las desconfianzas, todos los terrores de un desenlace que no era ya el del éxito sino el de una prueba sublime

mui pocos la saben, es la que ha dado lugar para que los que no conocen los deberes de un militar la crean una falta punible. Ellos son los que maliciosamente han variado los hechos, pues dicen que me negué a cargar con la reserva, dando por disculpa que la tropa estaba mui cansada, cuyo pretesto me valió para quedarme en las casas. La aseveracion de esta negativa no manifiesta mas que la intencion de desacreditarme, pues, ántes de concluirse la accion, ya no tenia yo fuerza ninguna de mi columna, porque el jeneral dispuso que saliera al campo por compañías separadas, i entónces, ni en todo el dia, se me ordenó que cargára al enemigo. Si contesté en los términos que ya he dispuesto, al negar la fuerza, fué: 1.° porque en realidad era cierto que la tropa estaba ébria: 2.° porque no me consideraba un jefe de montoneros para obedecer la órden que me impartía un estranjero, que, aunque usaba insignias de jefe, como muchos otros, no se le habia hecho reconocer como ayudante de campo del jeneral: 3.° porque creia una paradoja disponer que el único coronel del rejimiento veterano que existia en el ejército, acreditado por su esperiencia i regular instruccion en su arma, se quedase distante del cuartel jeneral con el mando de veinticinco hombres, de cuerpos estraños, que habia podido dirijir un sarjento, esponiéndome de este modo a ser muerto o prisionero por los enemi-

para los leales; prueba temida e inesperada por los ambiciosos i por los pusilánimes, porque nunca se cumplieron con mas verdad que en el campo de Longomilla aquellas palabras del ilustre historiador de los Girondinos, que los pueblos i los caudillos no deberian olvidar nunca en sus contiendas armadas, a saber: «que la ambicion levanta los soldados i que solo los principios crean a los héroes.»

En el coronel Zañartu, soldado, pero no sectario del movimiento armado de los pueblos, se personificó, desde el primer momento del peligro, aquella reaccion mesquina i contajiosa del egoismo que, en el solo transcurso de una semana, llevaria a su fosa la magnífica revolucion civil de 1851, amortajada en los propios pendones de su victoria militar. Nacida del corazon del pueblo, que estaba ya léjos e inerme, iban

gos, que no mui distante de la posicion que yo ocupaba, se vieron en la tarde, i que ignoraba aun si permanecian inmediatos, i 4.° porque, habiendo esperimentado en la pasada del Ñuble que un artillero asistente del mayor Zúñiga me desobedeciese hasta el estremo de abalanzarse a mí i presenciando tambien, en dias anteriores, que algunos soldados del Lautaro ofrecian balazos al capitan Green i teniente Pradel, porque estos cometieron la imprudencia de comprar en los llanos del Membrillo un costal de pan, sin permitir que a aquellos se les vendiese un solo medio, no quise esponerme a sufrir un insulto por una tropa que, a mas de ser cívica, no me conocia i estaba embriagada.

«La órden de que hago referencia seguramente fué apócrifa, pues nunca recibí del jeneral la mas pequeña reprension; pero, suponiendo que hubiese sido cierta la determinacion indicada ¿qué pensaba hacer el jeneral, en aquella hora, con unos cien hombres mas de infantería sin instruccion, sin municiones, mal armamento i perdido el entusiasmo que los animaba anteriormente? ¿Creia acaso que podria tener buen éxito la repeticion de un ataque contra una fuerza que se le dió lugar para reunirse i municionarse i que debia estar alentada con la idea de tener en su poder mas de cuatrocientos prisioneros nuestros? Parece imposible, pues lo único que habria conseguido era una derrota inevitable, i en tal hipótesis, muchos estaríamos ya olvidados.»

los soldados de la ordenanza i de la obediencia pasiva a cortar sus alas, mutiladas por el plomo, i a pisotear, con sus caballos puestos en fuga, la *idea* que habian proclamado al frente de las filas, titulándose «Ejército de los libres».

Hemos hecho ya el retrato del jefe que, en mala hora para su nombre i para los destinos de su patria, acaudilló la que, mas bien que una traicion (como se ha llamado vulgalmente la reaccion de Purapel), fué la contrarevolucion de los principios que habia desarrollado el programa de la rebelion de setiembre.

La conducta de los hombres se hace a veces digna de los mas severos epitetos, i los que ha recibido el coronel Zañartu de sus contemporáneos, amargando sus viejos dias, han sido mas que una suficiente espiacion de su funesta flaqueza. Pero la historia va mas allá de la frájil personalidad de los individuos. Su mano escrutadora no cuenta en las filas los latidos del corazon en el pecho de este u aquel cobarde, sino que levanta con mano resuelta el velo de oro o de sangre que encubre los acontecimientos infames i los esplica, no por sus apariencias, sino por su filosofía.

En este sentido, el coronel Zañartu no fué un traidor. Fué el cómplice de una traicion anterior que trabajaba los espíritus i que se exhibió con toda su impudencia i toda su verguenza, tan pronto como una ocasion marcada la hizo aparecer en la superficie.

La revolucion del sud, como ya lo hemos insinuado, tenia un doble carácter. Por una parte, era la alianza de la idea i del programa de la capital i del bando que habia sostenido aquella, i por la otra, era el alzamiento de la provincia de Penco, con sus hombres recelosos, con sus rivalidades históricas, de sona a sona, con sus preocupaciones sociales, i sus aspiraciones tradicionales, en fin, de prepotencia politica, que

venia a medir las armas de sus hijos rebeldes contra el orgullo i la omnipotencia santiaguina de que ella se creia desheredada.

El jeneral Cruz era la doble encarnacion de esa revolucion, porque, si su cuna habia rodado a orillas del Biobio, su gloria, esta segunda cuna de los hombres ilustres, era un timbre nacional, que le hacia el hermano i el caudillo de todos los chilenos.

Su secretario Vicuña, a su vez, representaba solo una faz de aquel poderoso cataclismo de los pueblos. El era el emisario de la idea liberal en el sud; habia sido, en la provincia, el ajitador; en el pueblo, el tribuno; en el ejército, el procónsul; en todas partes, el representante del principio, i por esto, le veremos levantarse, de hora en hora, durante los sucesos que vamos a narrar, hasta colocarse como un héroe civil en el pedestal del martirio, en nombre de la enseña que le habia lanzado en la arena de los tumultos populares i de las batallas de los campos.

El coronel Zañartu, al contrario, soldado de hábito i de predileccion, penquisto de nacimiento (1), carácter vulgar i

(1) El mismo Zañartu no oculta la estrechez de sus sentimientos i de sus aspiraciones, que no pasaban mas allá del terrasgo en que habia nacido, ni subian mas arriba de la persona del jefe superior, bajo cuyas órdenes se habia alistado por pura deferencia de amistad i paisanaje. Repeliendo, en efecto, la calumnia que se circuló poco despues de la batalla de Longomilla de que habia sido él quien disparó al jeneral Cruz el balazo que, hemos dicho, atravesó el pilar en que aquel se apoyaba durante la batalla, el coronel Zañartu se espresa, en sus anotaciones citadas, en los siguientes términos, a los que nadie podrá negar el mérito de la sinceridad.

«Ah! no era yo el que tenia tal pensamiento, pues le profesaba al jeneral una amistad sin doblez, i al entrar en la revolucion, prometí morir con él en defensa de los derechos del pueblo i (diré la verdad, porque soi mui penquisto) *por el engrandecimiento de mis paisanos.*»

envidioso, subalterno segun la escala de la ordenanza, acostumbrado, como tal, desde su infancia, a la rutina de los cuarteles, jefe de un batallon amotinado, era, en la revolucion, el tipo de todas las resistencias innatas que la combatian, era el elemento autoritorio de mas pujanza que podia poner atajo al arranque de las aspiraciones populares desencadenadas por la insurreccion, como el cuerpo veterano que mandaba i que se consideraba la columna incontrastable del alzamiento de los pueblos, no fué, en verdad, sino un trozo de la cadena oficial, con que los gobiernos, desde antiguo, gobernaban a sus súbditos, i que se habia safado de sus otros anillos, sin romperse por esto.

Hubo pues, mas que un traidor, una traicion latente i antigua en el ejército revolucionario, i ya hemos visto asomar sus síntomas, mas de una vez, en el curso de esta relacion histórica.

I por esto fué que, a las primeras palabras de defeccion que pronunciara el coronel del Carampangue, comunicóse su influjo a todos los espíritus que no sostenia el prestijio de la idea; i por esto, al fin, cuando los dos jenerales en jefe celebraron la paz de Purapel, sobre la vianda de una ternera asada en el fuego del vivaque, no se veian en el campo sino las frentes sombrias del secretario Vicuña i de los jóvenes jenerosos que habian desenvainado la espada, no para matar a los chilenos, sino para sostener con su propia sangre la causa de su corazon i el programa de sus convicciones.

VI.

Al recibir pues el irritado jeneral Cruz la ignominiosa negativa del jefe que mas confianza le habia inspirado, durante

la campaña, por su subordinacion i su cariño personal, no pudo menos de presentir que la hora de las catástrofes habia llegado para él, en pos de la de su fugaz éxito.

Antes de amanecer, el jeneral Cruz levantó pues su campo, que se habia convertido en una especie de lodasal, por estar recien regados los potreros en que se formó aquel; i en vez de marchar al asalto de las posiciones del jeneral enemigo, regresó lentamente a las casas de Reyes, a cuyo patio, sembrado de cadáveres, i en el que, al estrépito de las armas habia sucedido el clamoreo de mil víctimas, penetraba su fatigada division en los momentos en que la primera luz de la aurora teñia los fúljidos horizontes de las noches de luna i de verano, en nuestras latitudes meridionales. Un testigo ocular, que presenció el regreso de aquella columna, que hubiérase tenido por un grupo de fantasmas, evocado del campo de la carniceria, describe con estas palabras la impresion que su vista le causara.

«Era un cuadro que exitaba la mayor sensibilidad ver estos soldados casi jadeantes de cansancio, cuyos esfuerzos, se puede decir, habian durado veinte i dos horas sin descanso ni tregua. Con su fusil al hombro, con el rostro ennegresido por la pólvora, todos revelaban el orgullo del triunfo» (1).

Despues de tomar un lijero reposo, el jeneral Cruz hizo llamar a su secretario i, al saludarlo, con un aire conmovido i casi melancólico, díjole estas palabras, que hubieran parecido una lamentacion, i que, sin embargo, no eran sino una profecia—*Bien caro, amigo, nos cuesta la victoria—Hemos perdido a Ruiz i Urízar!*

(1) Bernardo Vicuña.—Apuntes citados. Este narrador cuenta que el jeneral Cruz vestia esa mañana un paletot azul en estremo largo, traia la cabeza atada con un pañuelo, i la espresion de su semblante era entre abatida e iracunda.

VII.

Pocos momentos, en verdad, habian pasado, desde que el jeneral habia hecho aquel sentido recuerdo de los dos brazos fuertes i de las dos almas heroicas de su ejército, cuando, como para hacer un dramático contraste con esta memoria del heroismo inmolado, se presentó en la sala en que aquellos conversaban, el coronel Zañartu, i sin entrar en rodeos, espuso al jeneral Cruz «que su batallon estaba desanimado, tanto por la falta de caballería, como por la escasez de municiones; que, en consecuencia, algunos oficiales le habian participado su desaliento, i que, en su concepto, era llegado el caso de entrar en algun arreglo con el enemigo, a quien, de hecho, reconocia la superioridad; en fin, de poner término a los horrores de la guerra civil» (1).

(1) He aquí como el mismo Zañartu cuenta este lance en su diario de campaña.

«Tres horas despues, dice, me dieron cuenta algunos jefes i oficiales (yo era el de mayor graduacion que quedada) de que la tropa nos queria abandonar, i preguntándoles la causa de tal proceder, me dijeron: que *a varios individuos* les oian decir que, no teniendo municiones ni caballería con que defenderse en un segundo ataque, era preciso volver al sur para rehacerse o que sus jefes vieran el mejor modo de transar, pues ya habian muerto bastantes de sus compañeros. Luego que me informé bien de esta ocurrencia, la puse en noticia del jeneral, en presencia de su secretario, quienes, despues de manifestar disgusto por esto, quedaron de mandar un parlamentario; pero, como de ninguna cosa se hacia reserva, se hizo pública la determinacion de tratar, lo que dió lugar a que se empezaran a levantar chismes para malquistar a varios jefes, que, resentidos de andar metidos en cuentos entre algunos jóvenes que, a pesar de su inutilidad, pretendian imponer mas que el mismo jeneral, le dieron sus quejas a este, a fin de que los moderara.»

Inútil de todo punto nos parece sentar aquí el hecho, o mas

Delante de una insinuacion tan séria como inesperada, el jeneral Cruz comprendió que un abismo se abria delante de sus pasos. La revolucion, empujada por la sangre, iba a caer en el antro que le preparaba la deslealtad de sus propios defensores; i el caudillo de estos mismos conocia que no

bien, la contradicion evidente de que el coronel Zañartu no tuvo por móvil de su conducta el vil precio del oro, sino que obró por las sujestiones lójicas de su carácter i sus antipatias personales i políticas, como el lector lo habrá comprendido, desde que, con franca i resuelta mano, trazáramos el carácter de este jefe tan suceptible i envidioso en su carácter personal, como estrecho i vulgar en su calidad de soldado i de *arribano*. Acusarlo de soborno no solo es una felonia innecesaria, sino una injusticia palmaria, porque su honradez en materia de dinero estaba a una altura a la que ni siquiera la sospecha podia alcansar i, en verdad, que su conducta política i sus hábitos privados, despues de aquellos acontecimientos, en nada han desmentido su bien merecida fama de acrisolada probidad.

«Es preciso suspender el juicio sobre el comandante Zañartus dice, a este mismo propósito, uno de los mismos jefes que entonce, lo combatian (Silva Chaves). Por mi conducto, i aun yo mismo le escribí de órden del jeneral, ofreciéndole, *lo que se ofrece* en tales circunstancias. Jamas contestó, i cuando, el 17 de diciembre, nos presentamos a tomar posesion del campo del jeneral Cruz, era el único que lo acompañó.»

El mismo acusado repele aquella calumnia, que habria sido un crímen de la revolucion, si no fuera la cruel espiacion del crimen de otro jénero de que el mismo ofendido se hizo reo; i al protestar, en esta parte, negando que hubiese sido cohechado con una dádiva de 40 mil pesos, pone tal calor i sentimiento en su defensa, que es imposible no convencerse de su sinceridad.

«Yo tenia amistad íntima i mui antigua, dice, en efecto, en sus anotaciones citadas, no solo con el jeneral Búlnes, sino tambien con la mayor parte de sus principales jefes; i con uno particularmente (el comandante Canto), me trataba como hermano. A todos ellos le suplico que digan en público si alguna vez se insinuaron conmigo verbal o de otro modo para hacerme tales ofertas. Ah¡ No he nacido para vender mi honor ni comerciar con la vida de mis semejantes! Bastante prueba he dado de mi desinterés, porque nunca he sido avaro. Esto lo saben mui bien mis paisanos.»

habia, ni en su naturaleza, ni en los recursos de su esperiencia o de su prestijio, medio alguno de salvar los conflictos que se aglomeraban. El jeneral Cruz sabria vencer i morir en leal contienda al frente de sus filas; pero, acechado por la espalda i por sus propios amigos, se entregaria inerme a su ardid o a su zaña, porque la propia rectitud de su conciencia era una venda que le cubria los ojos para no apercibirse de la infamia, o, viéndola descarnada e impune, le ataba aquella las manos, cuando debia asestar contra sus autores el golpe reparador.

Asi fue que, en lugar de asumir la actitud que su alto puesto le dictaba, en presencia de un subalterno que le hacia tan desdorosas insinuaciones, el jeneral Cruz púsose, al contrario, a dar satisfaccion a los reclamos de aquel, manifestándole su contrario parecer con razones que no debieron tener otro carácter que el de una perentoria órden de guardar silencio, significada en el acto a su interpelante. «Le esplicó su situacion i la del enemigo, dice el secretario Vicuña, que presenció aquel diálogo entre el jeneral en jefe del ejército revolucionario i el comandante del Carampangue; le habló de la victoria como de un hecho que aseguraba la libertad, objeto de aquella guerra, i le manifestó que su caballeria, en aquel momento, era superior a la de Búlnes, a quien podia concluir con solo presentarse.»

VIII.

Despues de aquel lance aciago, el jeneral Cruz, cuya enerjía moral parecia embotada, delante de los desastres de que se veia rodeado, no tomó medida alguna de importancia para llevar adelante una mision que, hasta aquel momento,

le habia sonreido con el aplauso de los pueblos i el heroismo de sus soldados, pero que ya comenzaba a ser una inmensa responsabilidad en sus manos de caudillo.

Al contrario, quedóse todo aquel dia encerrado con su ejército en el recinto de las casas de Reyes, inmenso ataud que exhalaba ya el hedor de los cadáveres insepultos, junto con los mil alaridos de los que morian o eran mutilados de sus miembros por los cuchillos de los cirujanos (1). Era este un error capital, que no pudo ménos de ser causa de la desmoralizacion que fué ganando el ánimo de los soldados, i que no tardaria en presentarse con los síntomas de una verdadera rebelion, porque, si la sangre i la pólvora embriagan al soldado en el combate, no es ménos cierto que la naturaleza flaquea delante del espectáculo de horrores que solo acusan

(1) He aquí una carta escrita en el hospital de las casas de Reyes aquel mismo dia i que confirma la victoria i los horrores de la jornada. La hemos encontrado orijinal entre algunos papeles que se nos ha remitido de Chillan, i aunque no tiene el apellido del que la firma, resulta de su tenor que este era un oficial del 2.° Carampangue. Dice así:

«SEÑORA DOÑA CARMEN VILLALOBOS.

Longomilla, diciembre 9 de 1851.

«Ayer ha sido el dia mas terrible del mundo. No se ha visto accion que haya durado mas que esta, pues la de Yungai solo duró cuatro horas i esta fué de siete horas i media; la mortandad de una i otra parte fué terrible, como tambien los heridos. Entre estos, me cuento yo, porque recibí un balazo en la pierna derecha, en una pantorrilla; fué mui pequeño i no me impide nada para andar, pero, sin embargo, estoi en el hospital. Oficiales de mi cuerpo, han muerto el comandante Urízar i Artigas; la victoria, a la fecha, es por el señor Cruz, porque ayer fueron los *Búlnes* en derrota i permanecen a orillas del Maule. Memorias a toda esa mi casa—suyo.

Santiago.»

el dolor i la impotencia del hombre. El hospital de sangre de las casas de Reyes (1) produjo en el ejército revolucionario el mismo desastroso efecto que habia acarreado al del gobierno su fuga desde el campo de batalla hasta la ribera del Maule. Ambos se sentian moralmente derrotados, el uno por el pánico de una súbita dispersion, por la agonia de sus camaradas el otro; i por esto mismo, iba a suceder que ya no se cambiaria una sola bala entre los belijerantes, sino, al contrario, los mensajes de la reconciliacion i los simulados artificios de un mútuo engaño.

(1) El jeneral Cruz perdió su hospital de sangre el dia de la batalla, siendo tomado por Silva Chaves en su movimiento de retaguardia, asi como el del jeneral Búlnes fué ocupado, pocas horas despues, por los rebeldes. He aquí una carta del auditor de guerra Tocornal, en que da cuenta al jeneral Cruz de las medidas que se habian tomado para devolverle sus cajas de medicina i facilitarle médicos.

«SEÑOR JENERAL DON JOSÉ MARIA DE LA CRUZ.

Chocoa, diciembre 10 de 1851.

«Señor jeneral:

«Acabo de pedir a Talca todas las medicinas de la lista que U. me adjunta. Cox ha escrito tambien al médico de quien hablé a U.; pero me dice en este momento que, aunque hace valer sus relaciones de amistad, ignora los compromisos que tenga ese médico con los heridos que hai en Talca, compromisos que quizá le impidan el venir. Desgraciadamente, no tenemos aqui mas que un cirujano i un practicante, porque otro se ha separado por enfermo i los demas han marchado con los heridos a Talca.

«He tomado informes sobre la botica, i resultando en nuestro poder, el jeneral ha ordenado que se remita en el estado en que se encuentre.

«Dispense U. el papel, porque no tengo otro a mano.

«Disponga U. de su atento Sr. Q. B. S. M.

Manuel A. Tocornal.»

IX.

En la madrugada del dia 9, se habian reunido al ejército el jeneral Urrutia i el intendente Alemparte, que regresaron de Linares al recibir el anuncio de la victoria de las fuerzas en que servian. Al mismo tiempo, el intendente del Maule don Juan Antonio Pando se dirijió al Parral a reunir los dispersos de la caballeria que fugaban en aquella direccion, i por último, el secretario jeneral Vicuña se ocupó de hacer enterrar los cadáveres que yacian mas inmediatos i que ceñian las casas de Reyes como una horrible i espesa guirnalda (1).

Al mismo tiempo, envió circulares al sud i a la capital (2), anunciando la victoria del ejército revolucionario e impartió órdenes a las autoridades vecinas, para que viniesen en ausilio de aquel con los elementos que estuviesen a su mano (3).

(1) El dia 9 se enterraron cerca de 300 cadáveres en una zanja, a la derecha del camino real, en el mismo sitio en que el batallon Guia habia formado su *línea*.

(2) Las cartas de Vicuña para los opositores de Santiago fueron entregadas a don Felix Mackenna el 14 o 15 de diciembre por don Ramon Vallejos, el célebre defensor de Talca en 1859. Estas mismas comunicaciones orijinales se remitieron a la Serena, produciendo en el asedio de aquella plaza las peripecias que hemos narrado en el primer volúmen de esta historia.

(3) Copiamos de su orijinal la siguiente nota, dirijida al gobernador de Quirihüe i que está concebida en el sentido que arriba indicamos. Dice así:

"Chocoa, diciembre 9 de 1851.

«Ayer, a las siete de la mañana, se nos presentó el enemigo, reforzado por un batallon que habia recibido de Talca. Mui luego se rompió el fuego de artilleria. Desplegándose la infanteria, la accion se hizo jeneral, i ha durado siete horas i media, retirán-

Al caer la noche, se anunció, sin embargo, como una nueva de gran importancia en los conflictos que rodeaban al ejército, la aproximacion del coronel Puga con 200 hombres de caballeria, que luego fueron acampados en unos potreros a retaguardia de las casas de Reyes.

X.

Con la incorporacion del coronel Puga al ejército revolucionario, volvia a encontrarse éste en situacion de romper de nuevo las hostilidades, i coronar su incompleto triunfo del dia 8. Pero, por una de esas anomalías que solo se esplican los que se hayan sentido arrastrar por la incierta ola de las revoluciones, en aquella misma noche, en que el jeneral Cruz adquiria de nuevo todas sus ventajas, resolvió someterse a las indicaciones de Zañartu i proponer al jeneral Búlnes un avenimiento pacífico que pusiera fin a la contienda.

Con este objeto, acordóse enviar, mui de madrugada, al si-

dose el enemigo en completa derrota, dejando sembrado el campo de cadáveres i heridos, i a mas dos obuses. Se le siguió, tan luego como pudo organizarse el ejército, pero se atrincheraron en el campo de donde habian salido. Tenemos considerable número de prisioneros i pasados. Solo gran parte de nuestra caballeria se ha desbandado i ha pasado el Longomilla i en ese departamento i el de Quirihüe deben encontrarse muchos que U. S., tomando las mas activas providencias, hará reunir, remitiéndolos inmediatamente a este ejército. Sin la falta de la caballeria, no hubiera escapado Búlnes con un solo hombre, pues él perdió toda la suya.

«Si en ese departamento hai municiones, o bien, pólvora i balas, U. S. las remitirá con la mayor presteza, pues hai escasez.

«Dios guarde a U. S.

Pedro F. Vicuña.»

guiente dia, en calidad de parlamentario, al patriota ciudadano don José Hermójenes de los Alamos, que se encontraba prisionero, como hemos visto, i que, por lo tanto, no era, sin duda alguna, el emisario mas a propósito para llevar al campo enemigo la invitacion de acordar un pacto, del que se esperaba obtener los mismos resultados que habria dado una victoria.

Las bases de la paz serian las mismas propuestas en el momento que se avistaron los ejércitos belijerantes el dia de la jornada de Monte de Urra, siendo ahora, como entónces, la condicion *sine qua non* de todo convenio la separacion de su puesto del presidente Montt i la libre convocacion de los pueblos para la libre eleccion de una *Asamblea constituyente*.

Tal acuerdo honraba al jeneral Cruz, despues de su victoria, tanto como aquel primer ofrecimiento de reconciliacion, hecho antes de que la sangre de los chilenos hubiese corrido a torrentes. Pero si habia un patriotismo indisputable en ser por segunda vez el iniciador de aquellos arreglos, abriase tambien a la causa de la revolucion una ancha brecha, por la que sus enemigos no tardarian en lanzarse, armados del doble poder de las bayonetas i de la legalidad. El jeneral Cruz, como jefe rebelde, flaqueaba de ánimos visiblemente, porque ni un instante debió echar en olvido que sus jenerosas proposiciones de paz habian sido desoidas en los suburbios de Chillan, cuando él fué dueño de atacar a un enemigo que llegaba a provocarle, i que este mismo enemigo habia venido ahora, envuelto en el silencio de la noche, a sorprender su campo de Reyes, intentando apoderarse de sus atrincheramientos a sangre i fuego. Mas, sea como quiera, aquella misma noche, el secretario Vicuña redactó la nota que Alamos debia entregar, a la mañana siguiente, al jeneral

en jefe del gobierno en su campamento de Bobadilla (1).

XI.

El jeneral Búlnes, entretanto, tanto o mas maltratado que su contendor en la jornada del 8, se ocupaba, el mismo dia 9,

(1) No hemos encontrado copia alguna de esta comunicacion, ni en los papeles de Vicuña, ni en los archivos de gobierno; pero se nos ha asegurado que fué, en sustancia, igual a la que se envió al enemigo desde los Guindos, en la mañana del 19 de noviembre.

Lo único que nos ha sido posible descubrir, con relacion a este documento, es el borrador de un oficio, escrito todo de letra del jeneral Cruz, i que, parece, debió ser la introduccion de la nota que se dirijió al jeneral Búlnes aquel dia. Mas como un indicio que como una manifestacion de los sentimientos que animaban al jeneral Cruz en estas circunstancias, reproducimos en seguida este fragmento. Dice así:

«Los sentimientos de anhelo por ver restablecida la paz i tranquilidad de mi pais, que tuve la satisfaccion de manifestar a US. en mi nota del 19 del pasado, fueron bastantemente esplícitos para probar a US. i a todo el pais que, al aceptar la revolucion de las provincias i pueblos, que se hallaban en situacion de demandar sus derechos, por el único medio que se les dejaba, despues de los reclamos i protestas desoidas, comprueban lo bastante que no me decidió a ello ninguna aspiracion personal, pues que US. es testigo que me presté gustoso a hacer entrega de todos los recursos i elementos que tenia en mi mano para encabezar la revolucion, cuasi con las únicas tropas que se tenian para contenerla; i es tambien notorio que esa revolucion no ha sido encabezada por mí, sino por los pueblos, como lo han sido los movimientos, repetidos desde que se inició la candidatura ministerial.

«He creido deber hacer esta esplicacion para persuadir a US. i al gobierno, a quien sirve, que no he aceptado la revolucion por ambicion sino por creerla justa, despues de los sucesos pasados, a que no debo descender, cuando se trata de cortar cuestiones que envuelvan en mas luto i males al pais, i que, desde un principio, he tratado de evitar.»

en reorganizar su ejército, cuyos cuerpos de infantería habian quedado en esqueleto, i en remitir al hospital militar de Talca sus numerosos heridos, a cuyo fin, habia hecho venir de aquella poblacion cuanto vehiculo pudiese procurarse, desde la aristocrática *caleza*, hasta el mas humilde correton de plaza.

Libre ya de este embarazo, ocupábase, en la tarde del 9, en combinar las operaciones de una nueva embestida sobre el campo enemigo, al que suponia equivocadamente en situacion desesperada, i esto, en los momentos mismos en que el jeneral Cruz, juzgándose a su vez mui superior en fuerzas, le enviaba la oliva de la paz.

Tal era el aspecto respectivo de ambos ejércitos en la noche del 9 de diciembre. A su vista, hubiera parecido que esceptuando la disminucion de sus plazas, en nada era distinto del que presentaban cuarenta i ocho horas antes, cuando la batalla de Longomilla no pasaba de un pensamiento escondido en la mente del jeneral Búlnes. Era, en verdad, algo de grande i de siniestro aquella obstinacion de la lucha que mantenía todavia a los ejércitos combatientes el arma al brazo, midiéndose con la vista, desde las opuestas orillas de la laguna de sangre en que habia sido convertida la campaña de Longomilla.

XII.

Lucia apenas la primera luz del dia 10 de diciembre, que debia ser señalado por tan estraños acontecimientos, cuando se ponia en marcha para el campamento de Bobadilla el parlamentario de los rebeldes. Al montar este a caballo,

en el patio de las casas de Reyes, varios oficiales del Carampangue le habian rodeado i manifestádole que ellos estaban dispuestos a no volver a desenvainar la espada en pro del jeneral Cruz, porque querian la paz a toda costa, pues se contentaban con la garantia de sus grados i de sus vidas.

Media hora despues, Alamos era conducido a la presencia del jeneral Búlnes por las descubiertas de su campo, en los momentos mismos en que salia el batallon Chacabuco o 2.° Buin, a las órdenes de Silva Chaves, para tomar una posicion inmediata a las casas de Reyes.

El jeneral Búlnes iba a abrir de nuevo las hostilidades, en el concepto de que su rival se mantenia fortificado en las casas de Reyes, con un puñado de 200 a 300 infantes.

Mas, cuando supo por Alamos, junto con el objeto de su mision, el verdadero estado del ejército revolucionario (que era igual, si no superior en fuerzas al suyo en las tres armas) hizo paralizar el movimiento de Silva Chaves, i despues de una larga conferencia con Tocornal i Garcia Reyes, sus dos consejeros politicos, que habian vuelto a su lado, despues de la jornada del 8, resolvió comisionar al primero, de quien el jeneral Cruz abrigaba un alto concepto, para que, en compañia de Alamos, fuese a llevar a aquel verbalmente la contestacion que habia acordado dar a sus proposiciones de paz. Era aquel *recado* o respuesta verbal del jeneral Búlnes una reproduccion exacta de lo que estampó por escrito en su comunicacion del 19 de noviembre, que ya hemos reproducido, i en la que, por motivo alguno el jeneralísimo del gobierno aceptaba ninguna transaccion militar, sino bajo la condicion indispensable del reconocimiento esplícito de la autoridad del presidente Montt.

XIII.

A las diez del dia, se presentó en Reyes el auditor de guerra del ejército, que ahora podia comenzar a llamarse con propiedad «Pacificador» i apenas hubo cambiado con el jeneral Cruz un frio saludo, entraron a una pieza solitaria de la casa i estuvieron ahí encerrados durante mas de una hora.

Nunca se ha sabido con fijeza cuales fueron los incidentes de aquella conferencia. Pero sus resultados no tardaron en ser conocidos por todo el campo. La guerra iba a continuar. No habia avenimiento posible entre las pretensiones *constitucionales* de los defensores del presidente constitucional i los reclamos *constituyentes* del caudillo revolucionario. Este se prestaba a toda abnegacion personal; pero no consentia así en prestar acatamiento i obediencia de vasallo al hombre que se habia sobrepuesto, con la cabala i la sangre, a la voluntad de los pueblos que habian confiado a aquel sus votos i la reparacion de sus infortunios.

Lo único que pudo traslucirse, sin embargo, del carácter de las esplicaciones que habia tenido el jeneral Cruz con el emisario enemigo, fueron ciertas palabras que se oyó proferir al último, en el momento de montar a caballo. Corrió entónces entre los rebeldes el rumor de que, haciendo el comisionado del jeneral Búlnes una última insinuacion a su interlocutor, sobre la tenacidad con que exijia la separacion de don Manuel Montt del gobierno, como paso preliminar de la paz, aquel le habia dicho—*Señor, dentro de pocos dias, su ejército le hará talvez pensar de otro modo!*

Ya el auditor de guerra del ejército enemigo sabia, sin duda, as palabras que habian dicho al parlamentario Alamos, aque-

lla mañana, los oficiales del Carampangue i acaso no ignoraba tampoco los sordos manejos que estaban trabajando la moralidad política del ejército revolucionario, desde que se habia abierto la campaña.

A las doce del dia, era pues conocido en el campo de Reyes el mal éxito de aquella segunda tentativa de paz, que nacia siempre de la voluntad de los que eran llamados «rebeldes» i se estrellaba en la terquedad de los que se titulaban a sí propios los «defensores del órden». El jeneral Cruz, en consecuencia, citó a junta de guerra a sus principales jefes, para dar cuenta del estado de las cosas, tanto en lo político como en lo militar, i acordar, en fin, una determinacion, que volviese a poner la revolucion en el carril de sus destinos.

XIV.

Pero, ya antes de esta hora, habian tenido lugar, al derredor del jeneral Cruz, sucesos de tal magnitud que los presajios de la sorda traicion que minaba el ejército del sud aparecieron a cara descubierta, convertidos en hechos de ignominia i deslealtad.

Desde el dia anterior, sabíase que un asistente del coronel Zañartu, llamado Martinez, que se habia distinguido el dia de la batalla, al punto de cortar con su cuchillo la mecha de una bomba i presentarla al jeneral Cruz, se habia puesto en fuga hacia Chillan, esparciendo el pánico de una derrota completa i arrastrando tras sí a los soldados resagados que encontraba a su paso. Súpose, en seguida, en la mañana del mismo dia 10, que los sarjentos mayores de los batallones Carampangue i Alcázar, don Buenaventura Gonzalez i don Joaquin Fuentealba, se desertaban del ejército, con tanto mas escándalo i

sorpresa, cuanto que el último se habia conducido con notable bizarría durante la batalla.

Pero lo que venia a poner el colmo a la desmoralizacion i a la infamia que cundian a la par en el ejército revolucionario, fué el anuncio, que se hizo en los momentos en que se convocaba a consejo, de que el coronel Puga se habia desertado con toda la caballeria en masa, dirijiéndose al sud, sin que fueran bastante a contenerlo en su pánico ni la vergüenza de su cobardia ni la enormidad de la violacion que hacia de sus deberes. La fuga de aquel jefe, en el dia de la batalla, habia sido, en verdad, un acto vil que le atrajo una merecida deshonra; pero su desercion del campo, cuya retaguardia habia sido encargado de custodiar i en el que el arma que mandaba ahora en jefe iba a ser el nervio de las operaciones, no pudo calificarse sino como una felonia criminal, que hizo merecer al hombre desatentado que la cometia el estigma de «traidor», con tanta mas justicia que la que se ha tenido para aplicarlo al coronel Zañartu, que, al menos, se mantuvo al frente de su cuerpo hasta entregarlo al enemigo, a virtud de un tratado formal (1).

(1) El coronel Puga publicó en 1852 una justificacion de su conducta, en un pequeño folleto, con el título de *Esposicion que el coronel don Salvador Puga hace de su conducta militar desde el 8 de diciembre hasta el 19 de este mismo mes.*—I aunque nos paresca, como con el diario del coronel Zañartu, que tales propósitos de vindicacion no hacen sino corroborar los hechos i las faltas por que han sido acusados sus autores, nos hacemos un deber de reproducirlo en la presente historia. Véase el documento núm. 16 del Apéndice.

XV.

La junta de guerra fué pues, en consecuencia, mas que un acuerdo militar, una calorosa recriminacion de los pocos jefes que aun tenian mando de cuerpo, i voto en los consejos, por lo que el coronel Zañartu i el secretario Vicuña la han llamado con propiedad, en sus respectivos diarios, una *sesion de chismes*. Entre otros, exhibió ahi mismo el comandante Molina los despachos orijinales de teniente coronel efectivo que tenia en su poder, desde que los recibió en Chillan del jeneral enemigo, i aunque pretendiese ahora hacerlos servir como titulo de lealtad, pues decia haberlos despreciado, no debió ser poca su sorpresa, cuando el jeneral Cruz le replicó que aquel hecho estaba ya en su conocimiento.

No se tomó pues en la junta de guerra, celebrada aquella mañana, ninguna resolucion de importancia sobre el jiro que deberia imprimirse a la campaña. El jeneral Cruz se limitó a declarar que, no siendo aceptables las indicaciones del enemigo para acordar la paz, la guerra seguiria, i la suerte de la revolucion no seria decidida en la carpeta de los diplomáticos sino en el campo de batalla.

XVI.

Aquella declaracion pareció causar una impresion profunda en el coronel Zañartu, pues, al salir de la pieza en que se habia reunido el consejo, se le oyó decir, con un tono tan resuelto como enfadado—*Que de valde se cansaban, porque su batallon no tiraba un tiro mas!*

No tardaron en llegar estas espresiones, que en aquel momento tenian un significado tan aleve i tan siniestra gravedad, a oidos del jeneral Cruz, i aun refirióselo que, reconviniendo el caballeroso comandante Saavedra al jefe del batallon Alcázar por las señales de temor de que se habia hecho reo en la junta, contestóle el último, con un acento que acusaba, no ya la alarma, sino el frenesí del pánico—*Cierto, don Cornelio; tengo miedo a la muerte!* (1)

I pocos momentos despues, como si tantos ejemplos de villanía no fueran todavia bastantes para la verguenza de aquel ejército que, hacia pocas horas, se habia cubierto de gloria, al frente del enemigo, a quien ahora volvia sin motivo las espaldas, dióse aviso que dos ayudantes de campo del jeneral en jefe llamados Labarca i Rioseco se habian fugado tambien, dirijiéndose a Concepcion.

Los hombres esperimentados en cosas de guerra que puedan hacerse cargo de todo lo que aquellos actos de defeccion significaban en el seno de un ejército que tenia su campamento sobre los cadáveres de sus propios camaradas, comprenderán que la hora de una irremediable perdicion habia llegado para el jeneral en jefe de aquellas tropas, abandonadas, minuto tras minuto, por sus aleves o sorprendidos jefes.

XVII.

Una inspiracion ardiente i jenerosa vino, sin embargo, a ofrecer al caudillo rebelde la última tabla de su naufrajio en

(1) Dato corroborado por don Cornelio Saavedra, en una conferencia que, con el objeto de adquirir noticias de aquellos acontecimientos, tuvo con el autor en abril de 1856.

la borrasca que el soplo de la traicion levantaba en derredor suyo. Al saber la fuga de Labarca i Rioseco, «me levanté « entónces indignado, dice el secretario Vicuña, en su diario « de campaña (1) i dije al jeneral Cruz que era imposible tra- « tar con Búlnes; que estaba seguro del ejército; que el « soldado i los oficiales irian donde los llevase; que reunie- « se toda la tropa i veria la realidad. Añadí, continua, que, « si habian algunos tímidos i descontentos, nadie los retenia « i podian irse donde mejor les pareciese.»

«El coronel Zañartu, prosigue el narrador de esta interesante escena, que pudo ser la salvacion del levantamiento popular de 1851, viendo que el jeneral Cruz aceptaba mi idea i mandaba tocar llamada, salió despechado i dijo a Saavedra que su tropa no tiraba un tiro mas. Este volvió, al instante, donde el jeneral Cruz, diciéndole no se espusiese a un desaire del Carampangue, si intentaba arengar la tropa; mas, lejos de abatirse, el jeneral salió conmigo, mi hijo Bernardo, el comandante Urriola i uno de sus sobrinos, a arengar a su ejército.»

«Despues que los cuerpos formaron en batalla, añade, a su turno, el coronel Zañartu, en su diario, a consecuencia de la resolucion que tan contra su voluntad habia tomado el jeneral en jefe por los odiados consejos de su secretario, mandó el jeneral que se plegaran en columna i les arengó en particular.»

Tomando ahora la palabra de otro de los testigos presen-

(1) Como este estenso documento ofrece un particular interes, con relacion a los últimos acontecimientos, en gran manera civiles, que prepararon el desenlace de la revolucion, publicamos en el Apéndice, bajo el núm. 17, un fragmento, que comprende la última semana de aquella, entre la batalla de Longomilla i el tratado de Purapel, 8 a 16 de diciembre.

ciales de aquella solemne ocasion, que preferimos narrar con el acento palpitante con que ellos mismos nos la han trasmitido, el jeneral Cruz, dirijiéndose a cada cuerpo, uno en pos de otro, les habló de esta manera, comenzando por el mas antiguo que formaba en la línea (1).

Batallon Carampangue!

«Llevais el nombre de una ilustre victoria, i lo mereceis, « porque jamas habeis sido vencido. La patria exije un nuevo « esfuerzo de vuestra parte para derribar los tiranos que se « han apoderado de las libertades públicas ¿estáis dispuestos « a pelear otra vez?»

Todo el batallon prorrumpió en un grito entusiasta, esclámando—*Sí, sí, viva nuestro jeneral!*

Cruz continuó.—« En otro tiempo, yo serví junto con vo- « sotros en este mismo batallon i estoi orgulloso de esta « memoria, porque asi participo de sus laureles i sus glorias. « Un momento mas de vuestra valentia i la patria será « salvada! »

Volvieron otra vez los gritos de la tropa. Todos estaban poseidos de un estraordinario entusiasmo. Solo Zañartu que-

(1) Miéntras hablaba el jeneral Cruz, Zañartu se mantenia a caballo, al frente de su rejimiento, envolviendo un cigarro i manifestando, al parecer, con una sonrisa sardónica que afeaba su rostro, el poco aprecio que hacia del jeneroso entusiasmo de sus propios soldados. El mismo cuenta que, antes de aquellos momentos, se habian desertado ya nueve oficiales de su cuerpo. «En el Carampangue, dice, en las anotaciones citadas en su diario de campaña, solo yo era *verdadero amigo* del jeneral Cruz; por lo que no es estraño que lo abandonasen,» i, luego, dando cuenta de esta misma falta, añade.—«Sin embargo, la accion fué fea e imperdonable por su parte, si no tomara en consideracion que todos eran jóvenes sin esperiencia i con poca confianza en su valor.»

dó inmutable. Una sonrisa sardónica se diseñaba en sus labios i con la mayor calma envolvia un cigarro, miéntras Cruz arengaba a la tropa.

«Despues, dirijiéndose al batallon Guia, añadió. «Tambien « vosotros llevais el nombre de una victoria que realzó en « playas estranjeras el valor del chileno, i desde hoi, lo ha- « beis hecho mas ilustre, peleando con admirable valor al « lado de antiguos veteranos. Soldados! . . . la patria exije « una nueva prueba de vuestro valor. Los cobardes quieren, « huyendo, perder la victoria que hemos conseguido; pero « aguardo de vosotros solo pruebas de constancia i fide- « lidad!»

Viva nuestro jeneral Cruz! repitió todo el batallon i muchos dijeron al instante—*A pelear! A pelear!* . . .

Al batallon Alcázar.

Batallon Alcázar.

«Vuestro nombre me recuerda al ilustre anciano que « tanto hizo por nuestra independencia, me recuerda su va- « lor, su nobleza i su constancia! . . . .Espero pues de vo- « sotros que sepais mantenerlo con dignidad i que ningun « acto vuestro sea en mengua de la memoria del hombre « que se llamó como vosotros!....Os he visto pelear como « valientes; pero aun nos quedan nuevos peligros: la patria « los exije ¿i podreis negárselos?....

Viva nuestro jeneral! viva! viva! prorrumpió todo este batallon instantáneamente. Un profundo entusiasmo se habia apoderado del soldado, i si en ese momento se le hubiese llevado a combatir, habrian vencido a una fuerza triple!.... Quedaba aun el batallon Lautaro i con voz enronquecida, el jeneral les dirijió este lacónico saludo.

Batallon Lautaro!

«Asi se llamó un araucano que, viendo su patria vencida, « se pasó de las filas vencedoras a las del vencido, haciéndo- « se inmortal por este rasgo de sublime patriotismo; imi- « tadlo!» (1).

XVIII.

Fueron aquellos los supremos momentos en que la suerte de la revolucion del sud volvió a mecerse por la última vez, en el fluctuante ánimo de su caudillo, asomando aun una debil

(1) Pocos momentos ántes de estas escenas, que colocaban tan en alto el ánimo del pueblo chileno, representado por la lealtad i el indomable valor de los voluntarios del sud, habian dado ya estos muestras del belicoso entusiasmo que los animaba i que tan hondo contraste hacia con la pusilanimidad de sus jefes. Al concluirse la junta de guerra, los centinelas apostados en los techos de las casas de Reyes anunciaron que divisaban una columna enemiga aproximándose al campo i, al momento, se formó la línea, con el mayor denuedo de parte de la tropa, pues es falso a todas luces lo que dice el coronel Zañartu de que, en aquellos momentos, «la tropa gritaba que no la volverian a hacer pelear en aquel lugar lleno aun de cadáveres», porque, si esto era asi ¿cómo manifestaron tanto ardor i pidieron a gritos el combate pocos minutos despues? Tan lejos estaba de suceder esto que aun los mismos heridos saltaban de sus camas i empuñaban las armas cuando oian en su febril delirio la llamada de los tambores. De uno de estos bravos cuenta el capitan de estado mayor Vicuña, (de quien hemos tomado la arenga que el jeneral Cruz dirijió al ejército) que le vió alzarse del suelo i significar con sus ademanes que queria salir al combate con sus camaradas. «Era una horrible figura, dice aquel. No podia hablar, porque una metralla le habia arrancado los labios, parte de la lengua i de la quijada; pero sus ojos centelleaban por el deseo de la venganza. Se le dieron algunas monedas i se le hizo retirar.»

esperanza de arrancar a la mano de los traidores, por la mano de los leales, los destinos i la deshonra de la justa cuanto traicionada insurreccion de los pueblos.

Háse dicho con frecuencia por los espíritus vulgares i los empíricos políticos que no encuentran, a la manera del médico de Santillana, mas supremo remedio que la sangre, que, en aquella misma coyuntura, el jeneral Cruz debió cojer al coronel Zañartu i héchole ejecutar por la espalda con los fusiles de sus propios soldados. Pero no era ni tan ardua ni tan cruel la medida que incumbia adoptar al jeneral revolucionario en aquel conflicto, grave en sí mismo, pero que el entusiasmo de sus soldados hacia levé. Bastábale haber enviado a Zañartu i a su íntimo confidente Molina a Concepcion, con cualquier pretesto, honroso o no (pues esto no importaba a su objeto) i una vez libres los dos cuerpos que mandaban aquellos jefes, puéstolos a las órdenes del bizarro Robles, que tan merecida nombradia de valiente habia alcanzado entre sus camaradas del Carampangue, i del comandante Lara (como lo hizo mas tarde), cuya lealtad a toda prueba se habia evidenciado despues de la batalla, fugándose del campo enemigo i, en seguida, regresando al ejército, cuando la ignominiosa desercion del coronel Puga le privó de los jinetes que mandaba.

Este solo paso habria restituido la confianza al ejército i cortado de raiz el jérmen de la desmoralizacion que lo trabajaba. Pero el jeneral Cruz, como hemos visto, descendia ya rápidamente de la cúspide a que la grandeza de su mision le habia levantado; i acaso, sin mas motivo que consideraciones de urbanidad i deferencia personal, perdió la última ocasion de llevar a cumplido remate los grandes propósitos que le habian confiado el voto i la sangre de los chilenos.

XIX.

Preocupaban, sin embargo, en aquella solemne situacion, la mente del jeneral revolucionario acertados planes estratéjicos, que eran el último destello de su eclipsado jenio revolucionario. Proponíase pasar aquel mismo dia el Longomilla en las numerosas lanchas que tenia a su disposicion; reorganizar sus fuerzas en la opuesta orilla, i sin pérdida de minutos, tan luego como cayese la noche del siguiente dia, embarcar sus 1,400 infantes, i bajar aquel rio, hasta su confluencia con el Maule, i colocarse en la márjen setentrional de este último, burlando con la celeridad i el sijilo la vijilancia del enemigo que quedaba interceptado en el valle de Longomilla. Una vez puesto en esta ventajosa situacion, dividiria los restos de su ejército en dos divisiones de 700 hombres, i miéntras una de éstas quedaba sobre el Maule, para disputar su paso al enemigo, él conduciria la otra en persona hasta Talca, que tomaria por sorpresa, apoderándose en esta plaza de los recursos de que carecia i, particularmente, de municiones, pues no tenia en su parque sino diez i ocho tiros de fusil por plaza.

Ejecutado aquel plan con toda la dilijencia i acierto que su importancia requeria, la campaña cambiaba, en el acto, de aspecto, junto con la situacion moral del ejército revolucionario. Pero el mal se habia hecho ya demasiado estenso i las tropas rebeldes, como si fueran victima de una epidemia desoladora, estaban completamente infeccionadas por el virus del pánico, cuyas manchas cada soldado veia diseñarse en los pálidos rostros de sus jefes.

XX.

El jeneral Cruz movió, sin embargo, su campo de Reyes

con toda felicidad, dejando sus heridos bajo la salvaguardia del honor militar de los que, en aquel mismo momento, iban a ser sus vencedores, en la misma forma que él lo habia sido en la tarde de la batalla, porque les abandonaba el campo en que esta habia tenido lugar.

Antes de ponerse el sol del 10 de diciembre, que habia sido tan aciago para los revolucionarios, como fuelo la jornada del 8 para sus contrarios, encontrábanse aquellos acampados en la márjen occidental del Longomilla; i miéntras tendian su línea en los áridos lomajes en que comienzan a empinarse, desde aquel punto, las bajas serranias de la costa, veiase un escuadron enemigo penetrando en las casas de Reyes, atraido por la bandera blanca colocada en los techos de aquella, cuyo signo cubria algunos centenares de heridos de uno i otro ejército.

Poco ménos de 48 horas habian sido suficientes para que las brillantes perspectivas que habia ofrecido la victoria militar de Longomilla a la revolucion, no solo se viesen del todo malogradas, sino para que, cambiándose por entero los roles, los que habian sido en aquel dia vencedores, volviesen ahora las espaldas a los vencidos.

I aquel trapo blanco que tremolaba sobre la techumbre incendiada de las casas de Reyes, no solo seria ya una simple señal convenida por el derecho de la guerra para amparar los hospitales de los belijerantes, sino que iba a ser convertido en el sudario en que la traicion envolveria al cadáver de una revolucion grandiosa, que no fué vencida, sino asesinada por la espalda, i sobre cuyo féretro de luto i de verguenza, los dos caudillos, que se disputaran su gloria i su responsabilidad, escribirian en breve por único epitafio estas palabras—*Tratados de Purapel!*

CAPITULO II.

LA RETIRADA DEL JENERAL CRUZ.

Un destacamento del Carampangue se subleva i se dirije al sur con sus armas.—Indignacion del jeneral Cruz al ser informado de este acontecimiento.—Sale en busca del coronel Zañartu.—Niégase este jefe a contener su tropa.—Despecho del jeneral Cruz i órden que dá a Vicuña para que estienda un poder a don José Antonio Alemparte para que trate con el enemigo, bajo las bases propuestas por el auditor de guerra Tocornal.—Rehusa Vicuña autorizar aquel documento i lo estiende el mismo jeneral Cruz.—El batallon Alcázar se subleva en cuerpo i se dirije al sud.—Sale a contenerlo el jeneral Cruz i es obedecido.—Señales que se hacen en el campo de los revolucionarios al enemigo, i mueve éste, en consecuencia, su caballería hacia el sud.—Palabras del jeneral Cruz al poner fin a los azares de aquel dia.—Alemparte se dirije al campamento del enemigo.—Súplicas características que le dirijen al partir Zañartu i Vicuña.—Especial acojida que le hace el jeneral Búlnes, para acordar la paz.—El ejército revolucionario se mueve, en la mañana del 12, hacia la hacienda de la Vaqueria.—El jeneral Baquedano se retira a Talca.—Nobles palabras de este veterano sobre los sucesos que tuvieron lugar despues de Longomilla.—Aspecto desolado de la comarca por la que el ejército hacia su

marcha.—El jeneral Cruz se adelanta para proporcionar alojamiento a la division i ordena a ésta detener su marcha.—Niéganse los batallones i especialmente el Lautaro, a obedecer, i prosiguen su camino.—Sorprendido el jeneral Cruz, escribe una nota al jeneral Búlnes, diciéndole que su ejército se ha sublevado.—El último comunica aquella noticia a la capital i es recibida por el gobierno con mas alborozo que el parte de la victoria de Longomilla.—Fatal influjo que tuvo aquella nota en el convenio de paz.—Sagaz contestacion que le dió el jeneral Búlnes.—El ejército revolucionario entra en órden a presencia del jeneral Cruz.—Entusiasmo que se apodera de los soldados al avistar a su frente una columna de caballería enemiga que les cierra el paso.—El jeneral Cruz resuelve atacar aquellas fuerzas, i escribe una nota al jeneral Búlnes desvaneciendo el error que habia padecido i declarando rotas las hostilidades, sin perjuicio de seguir tratando.—Acalorada junta de guerra en que se tomó esta resolucion.—El ayudante Smith sorprende un papel que el jeneral Búlnes dirije al mayor Robles i lo entrega al jeneral Cruz.—Tristes manejos de aquel oficial con el enemigo.—Desaliento que se apodera de los pocos jefes que aun quedaban leales.—Fuga del comandante Molina i de los sarjentos mayores Rojas i Gaspar.—El jeneral Cruz se cree perdido i comunica a Zañartu su temor de ser entregado por su propio ejército.—El comandante Saavedra manifiesta al secretario Vicuña sérios temores por la vida del último.—El ejército pasa en la mañana del 13 el portezuelo de Comavia i se retira de la cima el comandante Yañez con su tropa.—El ejército se acampa en la hacienda del Carrizal i Alemparte llega con el primer borron de los tratados.

I.

Estaba ya avanzada la mañana del dia 11 de diciembre i el jeneral Cruz se preparaba para poner por obra su bien concebido plan de apoderarse de Talca por un movimiento rápido i oculto, cuando llegaba al mismo rancho, en cuya vecindad aquel habia dormido esa noche bajo de un espino, el ayudante del batallon Guia don Tomas 2.° Smith, siendo portador

de una estraña nueva. Un destacamento del Carampangue se ponia en marcha para el sud, llevando sus armas i negando abiertamente la obediencia a sus jefes.

Este lance anunciaba con evidencia que los acontecimientos que iban a desarrollarse en el campo rebelde serian mucho mas alarmantes que los que habian tenido lugar en él en la víspera. En esta, el ejemplo de la cobardía i el crímen de la desercion habia sido cometido solo por jefes i oficiales, que lejos de desalentar a la tropa, producian en ella, como hemos visto, la reaccion de un jeneroso entusiasmo. Pero notábase ahora que la desmoralizacion habia descendido a los soldados, i que, en consecuencia, el ejército no tardaria en disolverse, sin que fuera preciso ya al enemigo quemar un solo cartucho. Pero ¡cosa singular!, al sublevarse la tropa contra sus jefes, obedecia la última a un sentimiento enteramente adverso al que arrastraba a aquellos a su deshonra i a la ruina de la causa que servian. El coronel Zañartu i sus cómplices estaban, en efecto, conjurados contra la prosecucion de la guerra, i todos sus esfuerzos se dirijian a alcanzar la conservacion de sus empleos por medio de un tratado; i los soldados, al contrario, se alejaban del campo, en que se les mantenia en una cobarde inaccion, dando por disculpa de su desobediencia que se les queria entregar al enemigo por medio de ese mismo tratado. El buen sentido i la lealtad de los chilenos palpitaban en aquella jenerosa insubordinacion de los hombres del pueblo contra las cabalas de sus caudillos; i de esta manera, el noble drama que tuvo lugar en la Serena con algunos dias de posterioridad, no fué sino el reflejo de la indignacion con que los voluntarios del sud habian contemplado la suprema flaqueza de que eran víctimas, a virtud de los ardides trazados en un pedazo de papel, que iban en breve a solemnizar con el nombre de tratados.

II.

El jeneral Cruz se hizo cargo, en el momento mismo, de la gravedad de lo que ocurria i se dejó arrebatar de sus impresiones de justísima indignacion por la apatía o la maldad de sus jefes, que asi consentian en que tamaños atentados se perpetrasen a su vista sin poner remedio alguno. «Dando una patada en el suelo, refiere el ayudante Smith en los apuntes que hemos citado en la advertencia, dijo que durante la campaña no solo habia sido el jefe del ejército, sino el comandante de cada batallon, el capitan de cada compañía, el cabo de cada escuadra!» Presa todavia de su ira, el jeneral ordenó al comandante Saavedra corriese a dar alcance a la tropa que se marchaba amotinada, i montando él mismo a caballo, se dirijió en busca del comandante en jefe de su infantería, haciéndose acompañar por su secretario i el hijo de éste, que en aquel momento llegaba tambien a darle parte de lo que sucedia en el ejército.

A poco andar, el irritado jeneral encontró al jefe a quien se proponia hacer responsable de lo que estaba sucediendo; i vamos a dejar contar a uno de los testigos confidenciales de aquel lance la manera como le abordó i los resultados que produjo esta singular entrevista, que decidió de la suerte del ejército del sud i de la República toda.

«Zañartu estaba con Urrutia, dice uno de los ayudantes que se encontraba presente (1), en una casita lejana al campamento, i al momento que Cruz le vió, le dijo:

—«Qué significa, coronel, este movimiento?

(1) B. Vicuña.—Apuntes citados.

—« Señor, la tropa no quiere obedecerme.

—« Vaya U. inmediatamente a hacer volver el batallon, le replicó con viveza.

—« No puedo ir, señor, porque es seguro que me matarán ántes de regresar, volvió a contestar Zañartu con la apatía que le era peculiar.

« Cruz, lleno entónces de despecho i de rabia, solo pudo esclamar:

« Solo en el Perú se ha visto un caso como éste, en que una victoria se haya vuelto una derrota (1).

«Quedó un momento como irresoluto del partido que debia tomar, i en seguida, dijo a mi padre—« Esto es sin remedio » i le suplicó que estendiera un poder a don José Antonio Alemparte para que pasase al campo enemigo i capitulase, obteniendo todo lo que fuera posible. Mi padre se negó a autorizar semejante tratado, al que se opuso con bastante entereza; pero Cruz le dijo se haria sin su autorizacion i él mismo

(1) El coronel Zañartu cuenta este suceso con alguna discrepancia en cuanto a los detalles, pues él dice que buscó a Cruz para darle cuenta de lo que sucedia; mas todas las relaciones están de acuerdo en cuanto a la sustancia, i aun aquella diferencia puede conciliarse, porque mui posible era que Zañartu anduviese en busca del jeneral en jefe en los momentos en que éste llegaba en su demanda. El secretario Vicuña corrobora en su diario la relacion que dejamos hecha.—« Este es el primer ejemplo, esclamó el jeneral Cruz, refiere aquel, que hace de una victoria una derrota. Solo en el Perú se ha visto una cosa igual (el *abrazo de Maquimbuayo* en 1835, en que el coronel Echeñique, que habia vencido con Gamarra a Orbegoso, se pasó a éste), i yo soi aquí el escojido para ser la víctima de maniobras tan ruines. Puesto que yo no puedo nada en este ejército, añadió, estienda V. señor don Pedro, un poder bastante al señor Alemparte para tratar i obtener algunas garantias, no para mí, sino para los patriotas que fielmente han servido.»

redactó el poder i despachó a Alemparte donde el enemigo (1).

III.

Entretanto, el comandante Saavedra habia galopado cerca de dos leguas tras los grupos de soldados que se dirijian al sud, i lejos de ser escuchados sus ruegos i acatadas sus órdenes i aun sus amenazas, regresó aceleradamente a dar cuenta al jeneral Cruz de que el batallon Alcázar, con su comandante Molina a la cabeza, habia seguido el ejemplo del Carampangue i que, de hecho, el ejército revolucionario estaba disuelto.

(1) He aquí un traslado de los poderes que se confirieron al parlamentario Alemparte.

«CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO.

Longomilla, noviembre 11 de 1851.

«Habiendo hecho presente ayer, ante un consejo de guerra, el medio que el señor Tocornal, comisionado por U.S., inició como necesario para entrar en un arreglo que hiciese cesar los males de la guerra civil, en que por desgracia se halla envuelto el pais, i manifestadas ante dicho consejo las esplicaciones especiales en que entré con él, sobre la facilidad de reparar por otros medios los hechos i males que pusieron en la mano las armas a los pueblos, despues de una discusion, se acordó el nombramiento de una persona ante U. S. para oir sus indicaciones i arreglar las bases que deben cimentar un arreglo que garantice a los pueblos i a las personas, i al efecto, se ha nombrado con este objeto a don José Antonio Alemparte, facultado suficientemente para ello, reservándome la ratificacion.

«Dios guarde a US.

José Maria de la Cruz.»

Encendido en un vehemente despecho, el jeneral Cruz, al recibir tan fatal anuncio, cojió su caballo i seguido de un soldado, a quien dijo tomara un estandarte, se dirijió a galope por el camino del sud, llevando en la mano su espada desnuda. Era algo que causaba a la vez piedad i admiracion ver ahora a aquel caudillo, que tan alto habian levantado las esperanzas de los pueblos i los brazos de sus soldados victoriosos, i que ahora corria tras sus pasos, para rogarles no le abandonaran en los conflictos en que su propia indecision tenia tan grave culpa.

Al fin, dió alcance a los desertores; i apostrofando con indignacion a Molina, a quien, dicen algunos, arrancó las charreteras de los hombros, le pidió cuenta de aquel atentado. Dió este jefe por pretesto de su fuga la de sus propios soldados; mas, reconociendo éstos a su jeneral, pararon la marcha i le rodearon con afeccion, diciéndole que se retiraban porque les habian dicho que se habia dirijido a Concepcion para embarcarse con el dinero, miéntras ellos serian entregados al enemigo. Solo una voz de reproche salió de las filas contra el infeliz caudillo, sobre cuya responsabilidad i cuya gloria se cometian por sus subalternos tamaños desacatos. Fué aquella la de un sarjento del Alcázar llamado Rodriguez, quien, encarándose al jeneral, con su fusil en la mano, le dijo resueltamente i con un tono marcado de insolencia, que no queria pelear mas. Iba quizá el jeneral Cruz a atravesar con su espada el pecho de aquel hombre desatentado, cuando se interpuso don José Antonio Alemparte, que llegaba en ese momento, i que, exasperado con la arrogancia de aquel subalterno, le atropelló con el caballo, arrojándolo al suelo.

Reducido a obediencia, regresó el batallon Alcázar i los grupos de los otros cuerpos que lo acompañaban, al campamento a orillas del Longomilla. Era, en ese momento, las

cinco de la tarde, i de improviso, vióse que espesas columnas de humo salian de las colinas que cierran el cauce del rio. Como fuera aquella una ocurrencia inusitada, supúsose que era una señal convenida con el enemigo para darle aviso de los desórdenes que ocurrian en el ejército revolucionario, i que, a no dudarlo, promovia el jeneral Búlnes con su acostumbrada sagacidad. Pocos momentos despues, notóse, en efecto, que una pequeña division de caballeria enemiga, con infantes a la grupa, se dirijia hácia el sud, por la ribera opuesta del rio, con el objeto conocido de cortar la retirada a los rebeldes. Confirmáronse entónces las sospechas que todos abrigaban de que habian estrechas connivencias en el campo con los enemigos i que esas mismas fogatas que se encendian en las colinas estaban alumbrando el rostro de los traidores.

I el hombre ilustre i desgraciado que, desde aquel momento, dejaba de ser el jeneral de su ejército, para presentarse como la víctima de la alevosia de sus subalternos, esclamaba entónces, al apearse de su caballo, despues de aquel dia de humillacion i de azares. «Tanta infamia no es comprensible; es preciso concluir todo esto, la corrupcion todo lo ha invadido.» I el intimo confidente del caudillo (1), que nos ha conservado estas palabras, añadia para esplicarse a sí propio la dolorosa situacion de aquel. «Jamas un hombre sufrió martirio igual. Valiente hasta la temeridad, era débil para sobreponerse a esta clase de dificultades.» «Ah! me de-« cia, si yo me fuera solo a las fronteras, yo haria una gue-« rra eterna; allí soi invencible. Búlnes sabe bien todo esto; « pero yo no haré esta clase de guerra» (2).

(1) Don P. F. Vicuña en su diario citado.

(2) Un oficial del ejército corrobora estas mismas manifestaciones, de que era testigo presencial, con las siguientes palabras:

Tal era el mísero estado de nulidad i abatimiento a que habian descendido las armas victoriosas de Longomilla, al cerrar la noche del 11 de diciembre, tres dias despues de aquel terrible, pero indisputable triunfo.

IV.

Al mismo tiempo que el jeneral Cruz volvia a ocupar su campo, partia al del enemigo el parlamentario Alemparte. Cuando ya estaba éste a caballo, acercáronsele, por opuestas direcciones, los dos hombres que sostenian con mas marcado teson la lucha i la reaccion de la idea, esto es, el secretario Vicuña i el comandante del Carampangue Zañartu, i ambos, a la vez, le hacian una recomendacion, o mas bien, una súplica del todo característica—*Un congreso constituyente!* le dijo el primero, dándole su adios.—*La vida!* le repitió el segundo en aquel mismo momento (1).

Entretanto, Alemparte llegó al campo enemigo cuando era ya de noche i fué conducido a las cómodas i espaciosas casas de la hacienda de Chocoa, donde el jeneral Búlnes, su pariente,

«Entretanto, Cruz, que habia desistido ya de un todo en poner remedio a la crísis que se habia obrado en su ejército, no pensaba mas que en obtener todo el partido posible de sus enemigos; i mi padre, que trataba de hacer revivir en él su valor i sus esperanzas perdidas, recibia esta respuesta, que se le dió en mi presencia.—«Señor don Pedro, con un ejército disciplinado se puede llegar donde se quiera, pero cuando la sublevacion se ha apoderado de él, nada hai que esperar. Si yo fuese otro, o si la venganza solo fuese el móvil de mis actos, me introduciria en la montaña, les haria una cruda guerra, que al fin me concederia la victoria; pero yo no soi de ese temple. Es menester tratar i conseguir lo que mas se pueda. Cualesquiera restriccion de nuestra parte para impedirlo, podria costar la vida a U. i a mí.»

(1) Dato comunicado por el señor Alemparte en abril de 1855.

paisano i amigo desde la infancia, le recibió con grandes agasajos, previniéndole que las conferencias para celebrar la paz no se abririan hasta el dia siguiente «en que le presentaria dos niñas bonitas» (fueron sus palabras, aludiendo a los señores Tocornal i García Reyes), con las que no podian ménos de entenderse, sin ningun jénero de tropiezos.

V.

El dia 12 de diciembre amaneció para el campo rebelde con apariencias menos alarmantes que el precedente. Los diferentes cuerpos estaban tranquilos en sus puestos i nada anunciaba la zozobra que habia reinado la víspera.

Siendo el sol mui ardiente en aquella estacion i en los parajes que ocupaba el ejército del todo desprovistos de sombras i agua, el jeneral Cruz se puso en movimiento hácia el sud, dando prévio aviso al jeneral enemigo, conforme a los usos de la guerra, de que se proponia acamparse a corta distancia, en la hacienda llamado la *Vaquería*, cuyas casas i arboledas ofrecian algun refrijerio a su fatigada tropa.

A las diez de la mañana, se emprendió aquel movimiento, marchándose antes a Talca el jeneral Baquedano con un salvo-conducto cortezmente otorgado por el jeneral Búlnes (1).

(1) Solo en tan difíciles circunstancias, i cuando ya se habian iniciado los preliminares de la paz, se resolvió a separarse del ejército revolucionario aquel noble i viejo soldado que no desmintió un solo instante, durante la campaña, ni su reconocida bravura ni el temple de su lealtad a toda prueba. Aun hoi mismo, volviendo sus ojos a ese pasado de gloria i de dolor, se aflije el espíritu del anciano guerrero con la reminiscencia de aquellos dias en que se malograron tantos jenerosos esfuerzos. En una

VI.

El camino por el que se retiraba hácia el sud el ejército revolucionario, corria por las ágrias lomas que sirven de contrafuertes sobre los llanos i sus rios a la aplastada cierra de la costa. No ofrecia, por consiguiente, ningun reparo a la fatiga del soldado, ni presentaba ningun jénero de recursos para la subsistencia del ejército. «El sol reverberaba, dice uno de sus oficiales, sobre esos incultos campos, i la tierra parecia una blanquisca escoria que acababa de salir del fuego: tal era la intensidad con que trasminaba la zuela de nuestros zapatos. Ni una vivienda, ni un árbol elevado, ni un pequeño arroyo se encontraba que pudiera darnos reposo o calmar nuestra sed; caminábamos por un desierto, cuyo horizonte se dibujaba en las disecadas cimas de tantos estériles lomajes» (1).

Como no hubiese un solo práctico de las localidades (tan grande era ya el desamparo del ejército!), el mismo jeneral Cruz iba adelante de sus columnas, montado en su caballo i casi sin un solo acompañante, tomando lenguas del derro-

carta, que nos escribió a mediados de marzo del presente año, nos dice a este propósito las siguientes palabras:

«No he querido entrar en pormenores sobre los sucesos de 1851, porque me da pena hacer estos recuerdos. Realmente, es doloroso què, despues de tantos sacrificios, se haya visto que la maldad o poca dignidad de algunos hombres han sido la causa de que esos sacrificios no hayan sido coronados con el patriótico fin con que se hicieron. Yo he sido guerrero de la independencia, i he tenido la suerte que en todas las batallas en que me he encontrado, he triunfado: no he podido conformarme con la de Longomilla.»

(1) Don B. Vicuña.—Apuntes citados.

tero que debian seguir hasta llegar a la hacienda de la Vaquería. Al fin, unos campesinos le señalaron, al pié de un monte a la derecha del camino, un rancho pajizo, pero de paredes blanqueadas, i a él se dirijió el desgraciado caudillo, que ahora era solo el «*vaqueano*» de los restos estraviados de su poderoso ejército, ordenando ántes a la division que detuviese su marcha, miéntras él le preparaba alojamiento.

Hizo alto, en efecto, el Carampangue, que no cerraba ya la retaguardia de la marcha sobre el enemigo, sino que venia siempre adelante con su coronel a la cabeza, a quien, ademas, seguia siempre su asistente con dos exelentes caballos de tiro.

Mas, a los pocos momentos, los cuerpos que venian a retaguardia, i que encontraron paralizada la cabeza de la columna, no quisieron detenerse, i dieron otra vez señales evidentes, i particularmente el fiero batallon Lautaro, de que ya no reconocian lei alguna de subordinacion militar. Atropellado, en consecuencia, el Carampangue, por las columnas que venian en marcha a su retaguardia, volvió a tomar el camino hácia el sud, dando su jefe inmediato aviso de lo que sucedia al jeneral Cruz, que, en esos momentos, habia llegado a las casas de la Vaqueria.

VII.

Casi junto con el comandante Urriola, que era conductor de aquel grave mensaje del coronel Zañartu, llegaba tambien a la presencia del jeneral Cruz, su secretario Vicuña, a corroborarle el escándalo que tenia lugar, i que esta vez parecia ya sin remedio, pues no eran grupos aislados de tropa,

sino todo el ejército, el que desobedecia i se marchaba en masa hácia el sud.

Palideció el jeneral Cruz al saber aquella noticia que colmaba ya el cáliz de supremos desengaños que habia venido apurando con tragos de hiel, desde la hora misma de su victoria. Concentrando su rostro macilento i abatido, tendió la vista al camino, i observando que el ejército se adelantaba en realidad hácia el sud, dijo, con el acento de una ira que parecia romper las fibras mas intimas de su corazon, esta sola palabra—*Qué infames!* I llamando en seguida al capitan de estado mayor Vicuña, que estaba a su lado, le dictó aquella famosa nota, en que, a virtud de un deber militar interpretado con exesivo rigorismo, anunciaba al jeneral en jefe del ejército enemigo que el suyo propio se habia sublevado, i que, por consiguiente, la revolucion que él acaudillaba, i que en ese momento aun podia salvarse en las fórmulas de un tratado, habia tocado a su término.

Aquel fatal pliego que el jeneral Cruz firmó sobre la espalda de su propio escribiente, a falta de todo otro objeto, decia de esta manera.

"Vaquería, diciembre 12 de 1851.

«Desde que la tropa de mi mando ha tenido conocimiento de los tratados que desde el 9 del corriente se han iniciado, ha manifestado un espíritu de oposicion a esta medida que la tranquilidad del pais reclamaba. Ayer se manifestó entre ella cierta alarma que procuré calmar. Hoi, a la hora que escribí al señor Alemparte, ostentaba el mismo espíritu, lo que me obligó a fijar la hora de mi partida a las once, creyendo detenerla a una legua de distancia; pero su impaciencia ha llegado a manifestarse de un modo alarmante por marcharse al sud, tomando por pretesto que yo los queria

entregar al enemigo. Esta circunstancia, en los momentos de un tratado, me obligan a satisfacer a U. S. sobre el particular, i al mismo tiempo, a decirle que, no pudiendo evitar su movimiento, he ordenado a los comandantes i oficiales lo continuen del modo mas arreglado, a fin de conservar el órden i hacerlos entrar en el convenio que se ha iniciado.

«Dios guarde a U. S.

José Maria de la Cruz» (1).

VIII.

La respuesta del jeneral Búlnes no se hizo esperar i ella envolvia en su espíritu i aun en su redaccion tanta astucia

(1) Esta comunicacion se recibió en la capital el domingo 14 de diciembre a las diez del dia, i en el acto, se hizo una salva de artillería en la fortaleza de Hidalgo i se pusieron a vuelo todas las campanas, por órden del intendente Ramirez. En realidad, esta noticia, que tenia un carácter verdaderamente definitivo, se celebró con mucho mayor algazara i entusiasmo por los partidarios de la administracion, que la del triunfo de Longomilla, pues éste siempre se tuvo por mui dudoso, apesar de las músicas que recorrian las calles i los repiques i cañonazos que cada dia atronaban el aire, a fin de que el pueblo se alegrara «por decreto», de las mismas sangrientas catástrofes de que era víctima.

La nota del jeneral Búlnes, en que anunciaba la sublevacion del ejército revolucionario, está concebida en los términos siguientes, segun la publicó la *Civilizacion* del 15 de diciembre de 1851.

«SEÑOR PRESIDENTE DON MANUEL MONTT.

"Longomilla, diciembre 12 de 1851. (A las tres de la tarde).

«Mi apreciado amigo i señor:

«Desde la batalla del 8, no habia escrito a U., así porque lo suponia impuesto de lo ocurrido por la relacion de Borgoño i correspondencia de los amigos que me acompañan, como porque esperaba tener ocasion de anunciarle en breve el resultado de-

como cortesia. Habia aquel sagaz caudillo recibido el pliego en que su émulo acusaba su impotencia, en los momentos mismos en que se echaban por los plenipotenciarios de uno i otro campo las bases de un tratado, por el que se reconocia la autoridad del presidente Montt i abdicaba de hecho la revolucion su lejitimidad i sus propósitos; pero, como el convenio se ajustaba de igual a igual, entre los dos jenerales, iban, sin duda, a alcanzarse ventajas positivas, si no para el país, al ménos para los hombres que se habian comprometido en la insurreccion, i que eran casi por su número i por su importancia el país mismo. Pero aquella malhadada comunicacion, hija, empero, de un arranque caballerezco de lealtad, vino a desbaratar todas esas espectativas, de las que, si se lograron algunas mas tarde, debióse ántes al favor i a la magnanimidad del jeneral Búlnes, que al prestijio ya del todo eclipsado de las armas rebeldes. A partir de aquel momento, no habia ya *tratado* posible; desde que habia desaparecido una

finitivo de la campaña. Este ha tenido lugar en este momento. Los restos del ejército enemigo se han rebelado contra sus jefes, i despues de haberse pasado a mi campo un gran número de soldados, los demas se han puesto en marcha para el sud. Los jefes del Carampangue i Guia van con él, para el efecto de evitar desórdenes en su marcha. Mando en este momento al mayor Urrutia para regularizar su marcha, i va tambien mi caballería.

«El que me comunica el preludio de este desenlace es el mismo Cruz, en una nota de que mui luego remitiré a U. una copia. Está en mi campo desde anoche don José Antonio Alemparte, que vino para ajustar conmigo la rendicion de los restos del ejército de Cruz, i aquí le ha tomado el suceso que acabo de referir.

«Mil parabienes, amigo mio, por este desenlace. La República recobrará en breves dias su preciosa paz en toda la estension de su territorio.

«Saluda a U. afectuosamente, su amigo i servidor.

Manuel Búlnes.»

de las personalidades estipulantes, quedaba solo en pié la esperanza de ajustar una *capitulacion militar;* i esta fué la que se firmó cuatro dias mas tarde, conservándole, mas por ardid que por urbanidad política, el pomposo nombre de *Tratados de Purapel.*

El jeneral Búlnes, cambiando pues instantáneamente el tono afable de la discusion que sostenia (segundado por sus secretarios) con el enviado del campo enemigo, dijo a éste que ya no le reconocia su carácter de plenipotenciario, i que, desde ese momento, debia considerarse solo como su prisionero de guerra, a lo que, aturdido con lo súbito del golpe, no tuvo aquel nada que replicar.

En seguida, el jeneral en jefe del «Ejército Nacional» dictó la contestacion de la nota que acababa de recibir, i cuyo contenido era para su pecho harto de horrores, mil veces mas grato que el parte de una victoria de sus armas. Aquella decia así:

«CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE LA REPÚBLICA.

"Longomilla, diciembre 12 de 1851.

«Por la nota de U.S., fecha de hoi, que acabo de recibir, veo que el ejército de su mando, sobreponiéndose a sus órdenes i sus deseos, se ha puesto en marcha para el sud, en circunstancias de hallarse en este campo un parlamentario encargado de arreglar amistosamente la guerra civil en que la República estaba lastimosamente empeñada.

«Desde el momento que ocurre un suceso de esta clase, entiendo que la convencion de que nos ocupábamos no tiene ya lugar, pues U. S. no puede responder del cumplimiento de esa misma convencion por lo que toca a su antiguo ejército.

«Si, por desgracia, la insubordinacion de la tropa tomase un carácter alarmante, que pudiese comprometer la seguridad de sus jefes, me seria mui grato recibir a U. S., i demas oficiales que le acompañan en este campo, en donde encontrarian todas las consideraciones que les corresponden.

«Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.»

IX.

Al mismo tiempo, el jeneral Búlnes dió órdenes para levantar su campo de Chocoa i ponerse en seguimiento del enemigo, comisionando antes al mayor don Basilio Urrutia, para que, acompañado de don José Hermójenes Alamos (que habia recobrado su libertad otorgada por el jeneral Cruz como una compensacion de sus patrióticos oficios caballerosamente cumplidos), para que, reuniéndose al destacamento que mandaba el comandante Yañez, a vanguardia del enemigo, se cerciorase del verdadero estado de éste i tratase de ponerse al habla con algunos oficiales que, desde la noche anterior, estaban en abierta comunicacion con su campo.

X.

Entretanto, el jeneral Cruz habia dado alcance a su ejército al pié del portezuelo de Comavia o de la Vaquería, cuya altura ya coronaba Yañez con sus fuerzas, i su presencia, como en el dia anterior, habia sido bastante para restituir la calma a los soldados i hacerlos volver a la obediencia.

Comprendió entónces aquel desventurado jefe la gravedad del paso que habia dado con tan estraña lijereza en un hom-

bre de su carácter i de sus recursos militares, anunciando al enemigo la disolucion de su ejército, i, en el acto, trató de enmendar en lo posible aquel funesto error, haciendo a su parlamentario Alemparte, por medio de una carta privada, la esplicacion, un tanto disfrazada, de lo que habia sucedido (1).

Poco mas tarde, i cuando ya se acercaba la noche, el jeneral redactó un oficio, en este sentido, para el jeneral Búlnes i se preparaba sin duda a enviarlo en aquel mismo momento, cuando sucesos de otro jénero vinieron a llamar su atencion en su propio campo.

XI.

El ejército revolucionario habia perdido, en efecto, su moralidad militar, pero no la del santo principio bajo cuya in-

(1) Parece que en el momento mismo de enviar su primera nota, el jeneral Cruz se hubiera arrepentido de su precipitacion, pues, a las tres de la tarde, escribió a su sobrino i ayudante de campo don José Luis Claro, que se encontraba a orillas del Longomilla, vijilando los movimientos del enemigo, una esquela en que, por medio de una adicion, le decia que no remitiese los pliegos que le acompañaba para el jeneral Búlnes, en el caso que Alemparte hubiese regresado del campo de aquel. Esta esquela que conservamos orijinal, dice testualmente así:

"A las 3 de la tarde.

«José Luis: la tropa no ha sido posible contenerla, i sigue su marcha; i en este mismo momento, se me avisa que el enemigo pasa el rio, cuya circunstancia prueba que hai combinacion, i que por consiguiente, se ha retenido a Alemparte, i no puede ya arreglarse convenio. En esta intelijencia, vente luego i avísale al jeneral Urrutia. Tu tio.

José M. de la Cruz.»

«Si ha vuelto Alemparte, no debes mandar la comunicacion que te adjunto para Búlnes.»

vocacion se habia alistado voluntario, combatido con heroismo i vencido al fin con gloria. La insubordinacion del soldado era la insubordinacion de su lealtad; i si era cierto que volvia su espalda, no era a los cañones enemigos, que ellos habian sabido conquistar con las puntas de sus bayonetas en leal i horrenda pelea, sino contra esa especie de artillería sorda, que iba sembrando sus filas de desconfianzas i traiciones, que ellos conocian con el nombre aborrecible de *Tratados*.

I así sucedió i que, apenas los descontentos batallones que venian, al parecer, desbandados, descubrieron en la cima del cerro de Comavia la division enemiga que les cerraba el paso, comenzaron a pedir a gritos que los llevaran al combate (1): tan grande era el heroismo de aquellos bravos calumniados por sus propios jefes i tanta la desdicha de su caudillo, quien, cada vez que empuñaba su espada para conducirlos a la victoria o a la muerte, se sentia cojido el brazo por la mano helada de la traicion de sus propios subalternos!

Para calmar la jenerosa impaciencia de sus soldados, el jeneral Cruz resolvió enviar una intimacion al jefe que mandaba las fuerzas que obstruian el paso del portezuelo, i les prometió que, a la madrugada del siguiente dia, si aquel no desalojaba el puesto de buen grado, se abriria el camino con la punta de sus bayonetas (2).

(1) «Era tal la insubordinacion del soldado, tal su indisciplina i desobediencia, que grupos sueltos de seis o de a ocho venian con sus armas preparadas a pedir permiso a Cruz para ir a pelear con la tropa que veian. Este no podia ver sin un gran desconsuelo tal insubordinacion i bien a su pesar, tenia que manifestar cierta complacencia para no desagradarlos.» (*B. Vicuña.—Apuntes citados*).

(2) Copiamos, en seguida, la nota del jeneral Cruz i la contesta-

XII.

Pero, miéntras los soldados rebeldes se entregaban al sueño de su lealtad, confiados en que serian despertados por el toque de los clarines que los llamaran al combate, en la alborada del siguiente dia, tenian lugar en sus mismas filas hechos tanto mas viles cuanto que haciánse sus cómplices aquellos mismos hombres que habian merecido la nombradía i el premio de los héroes sobre el campo de batalla i de la victoria.

cion del comandante Yañez, cuyas piezas se conservan inéditas en nuestro poder, la primera en borrador i orijinal la última.

Ambas dicen así:

«PORTEZUELO DE LA VAQUERIA.

«*Señor comandante de la partida que está en el Portezuelo.*

«Estoi en tratados con el jeneral Búlnes, i las hostilidades estan suspendidas, lo que aviso a U. para que se retire o reciba nuevas órdenes de su jeneral.

«Desde ayer a las seis de la tarde, se halla en el cuartel jeneral del jeneral Búlnes un parlamentario del mio, en arreglos de bases para establecer la paz en el pais, i como el derecho de la guerra es que, introducido un parlamentario, no puede abandonarse puestos, creo que el que va a ocupar con su tropa será por ignorar las circunstancias de estar en dichos arreglos i la hora en que se han principiado.

«Dios guarde a U.

José María de la Cruz.»

CONTESTACION.

"Comavia, diciembre 12 de 1851.

«Desde la misma de ayer, que U. S. me indica en la suya, me hallo establecido en este punto con la division de mi mando, sin

«Estando de avanzada aquella noche el teniente Smith, cuenta en efecto de si propio este valeroso jóven (1), como a dos cuadras del campamento i a las nueve de la noche, rodeando con las clases de su compañia el fuego del vivac, le avisa el cabo de cuarto que una mujer jóven se introduce al campamento. Da órden de traerla a su presencia, la hace desnudar i cuando solo le quedaba la camisa por único vestido de su cuerpo, viene en decirle que es mandada por el comandante Yañez, que le ofreció seis onzas de oro, con la condicion de entregar a su direccion dos esquelas que traia. En ese momento, las sacó del seno. La una era dirijida al mayor Robles i la otra al ayudante Carlos Federico Bravo. Smith rompe la oblea, se cerciora de su contenido i parte llevándoselas al jeneral (2)».

ser sabedor de su embajada, i no puedo retirarla i dejar de obrar hasta tanto no tenga la órden correspondiente. U. S. me indica que por el derecho de jentes, en la guerra, no puede adelantarse tropa alguna miéntras hai embajada. Creo que este mismo punto de derecho le prohibe a US. levantar su campamento para tomar mejores posiciones, como lo ha hecho en el dia de hoi.

«Dios guarde a U. S.

José Antonio Yañez.»

(1) Apuntes citados de don Tomas 2.° Smith.

(2) El mayor Robles, que manchó su preclara gloria de soldado i paladin, con aquel borron indeleble de innecesaria deslealtad, estaba en connivencia con el jeneral Búlnes desde la noche anterior (segun refiere su propio jefe, el comandante Zañartu), habiendo hecho pasar a nado el Longomilla a un sarjento de su cuerpo llamado Juan Gutierrez, con una esquela, dirijida a uno de los jefes del jeneral Búlnes, escrita en un trozo de marfil, sin duda para que no la borrase el agua, ofreciendo al último sus servicios, sin mas recompensa que la concesion de su indulto.

En consecuencia, habia contestado esa misma noche el comandante Silva Chaves a aquel desatentado oficial, diciéndole

Cuando circuló la voz de esta desgraciada ocurrencia, que presentaba manchada con la traicion la mano que habia empuñado la mas gloriosa espada de Longomilla, los rostros de los pocos jefes que aun permanecian fieles cubriéronse con la sombra del rubor i el desaliento, a la luz de los vivaques, en que se trasmitian en secreto unos a otros tan estraña nueva. Quién seria ya leal, si el mayor Robles presentábase como traidor? Quién respondia de su propia honra i de los deberes de su puesto, si por todas partes no se veia sino el abismo de la perfidia, que iba haciéndose cada vez mas hondo, i mas oscuro, a medida que arreciaba la borras-

que se pasase i aunque el coronel Zañartu recibió aquella respuesta, la quemó i no dió aviso alguno al jeneral Cruz.

El papel que le dirijia el jeneral Búlnes habia sido traido al portezuelo de Comavia por Urrutia i Alamos, i estaba concebido en los siguientes términos, segun varias copias que hemos tenido a la vista.

—«Mayor Robles. Aproveche V. la oportunidad que se presenta para salvar el pais, obrando con arreglo a las indicaciones que le hice ayer. El servicio que me reporte será debidamente compensado.—*Búlnes.*»

Al referirse a sus indicaciones del dia anterior, el jeneral Búlnes alude, sin duda, a la contestacion que hemos referido de Silva Chaves, porque no es imajinable que Robles hubiese podido ponerse al habla personalmente con aquel jefe. Este desgraciado jóven, que no pudo ser arrastrado a tan indecoroso lance sino por una especie de vértigo, negó aquella misma noche al secretario Vicuña, que le amonestaba con la sincera afeccion de un amigo, por tan grave falta, su participacion en aquellos reprobados manejos, diciéndole que eran arterias del jeneral Búlnes para perderlo. Pero el hecho, desgraciadamente, no admite duda, aunque aquel rompió el orijinal de su esquela al presentársela dos o tres dias despues el plenipotenciario Alemparte. Habíasela enviado al último el jeneral Cruz, con el objeto de hacer a aquel jefe el cargo que merecia por una intriga, fácil de admitirse, si se quiere, en la guerra, miéntras estan rotas las hostilidades, pero a todas luces reprobada, cuando se trata de ajustar un convenio de paz.

ca que a todos los envolvia? En aquel mismo momento, resolvieron fugarse del campo los antiguos capitanes del Carampangue Molina i Rojas, que tenian ahora mando de cuerpo, i luego siguieron su ejemplo los valerosos oficiales Gaspar i Benavente, que, como Robles, habian señalado su nombre el dia de Longomilla con tan distinguidos hechos de denuedo (1).

El mismo jeneral Cruz se sintió perdido, al saber aquel último trance de su desventura, i cuando ya era pasada la media noche, fué, sombrío i demudado, a sentarse a la cabecera del coronel Zañartu, en cuya amistad personal aun tenia confianza, i le participó la negra alarma que se habia apoderado de su alma recelosa. I casi en los mismos momentos, se acercaba tambien al rancho donde dormia el secretario Vicuña, con la confianza de su fé i de su varonil entereza, el comandante Saavedra, i con el acento de una sincera conmocion le rogaba se alejase de aquel sitio, porque temia que, en aquella misma noche, se atentase contra su vida (2).

(1) Segun el secretario Vicuña, i una protesta que el último de estos oficiales publicó en 1852, tuvo Benavente permiso para retirarse del ejército, lo que, si no le restituye toda su fama, atenua, al ménos, su falta, considerada militarmente, pues no se hizo reo de desercion, como los otros.

(2) He aquí como cuentan esta triste i singular coincidencia los propios autores de ella.

«Un poco despues de las doce de la noche, dice, el coronel Zañartu, se presentó el jeneral en jefe a la cabeza de mi rejimiento, donde yo me hallaba recostado i, sentándose a mi lado, me dijo: ¿sabe Ud. que el oficial Robles nos vá a amarrar?—No sé porque pueda ser eso, señor! le contesté.—Acabo de tomar un papel que le dirije el jeneral Búlnes.—Le escribirá ciento, volví a replicar, pero Robles no tiene esa alma, él se resolverá a abandonarnos, hará todo lo que Ud. crea; pero amarrarnos? nó, porque para esto era necesario que contase con la cooperacion de la

XIII.

Asi concluia aquel dia, 12 de diciembre, aun mas aciago que los dos que le habian precedido, i que iban marcando en su fatal trascurso el rápido descenso del astro de la revolucion, que no tardaria en ocultarse en las tinieblas del horizonte, para no volver a aparecer sino despues de diez años de sombras i castigos....

El dia 9 habia sido, en efecto, el de la *defeccion*, el 10 el de la *retirada*, el 11 el del *motin* i el 12 podia ahora seña-

tropa, i esta me tiene mas afecto a mí que a ningun otro, i por lo mismo, no puedo convencerme que mis soldados sean capaces de cometer tal felonía, a pesar de conocer que andan disgustados, porque no cuentan con los recursos necesarios para su defensa i mantenimiento: estas reflecciones creo que persuadieron al jeneral, pues no me volvió a decir nada i se retiró.»

Respecto de lo que ocurria a Vicuña, transcribimos aquí lo que cuenta su propio hijo, que le acompañaba en aquellos momentos.

«Acabábamos nosotros, dice el último, de hacer una igual comida de carne sin pan ni sal, i preparábamos nuestro alojamiento en unos ranchos que estan al pié del portezuelo, cuando vino hácia nosotros Cornelio Saavedra i dijo a mi padre estas palabras: «*Señor don Pedro: no se aloje U. aquí: temo mucho que quieran asesinarlo; lo consideran como el único estorbo para realizar los tratados. Véngase a mi batallon o retírese lejos del campamento.*» Mi padre le contestó, dándole las gracias por su atencion, i le dijo: «*Los que no tienen valor para ser traidores, ménos lo tienen para ser asesinos; no me moveré de aquí porque estoi dispuesto a todo.*»

«Saavedra se retiró i, a solas, traté de inquirir de él los fundamentos que tenia para decirnos que nos retirásemos de allí. Él me contestó que nada sabia de cierto; pero que habia oido espresarse a dos jefes en tal sentido, que temia mucho realizaran un atentado.

«Esto calmó un tanto mi inquietud; pero no obstante, tomé mis precauciones para cualquier evento.»

larse con el estigma de la *traicion*. Faltaba únicamente que sonase la hora de los *tratados!*

Mas, desde el momento en que el ejército del sud se retiró del campo de batalla de Longomilla, la revolucion de 1851 habia muerto como hecho, como triunfo, como gloria militar. Solo nos cumple ahora asistir a sus funerales.

Al dia siguiente, el jeneral Cruz, despues de haber dado aviso al enemigo de que continuaba su marcha al sud, i que por este hecho quedaban rotas las hostilidades (1), mandó forzar el paso de Comavia, i habiéndolo abandonado el comandante Yañez con su fuerza, marchó aquel

(1) Este acuerdo tuvo lugar en una acalorada junta de guerra que se celebró al pié del portezuelo de Comavia al amanecer del dia 13. Como los principales incidentes de este consejo estan contados en los respectivos diarios de Vicuña i de Zañartu, que fueron sus protagonistas, nos referimos, para poner a cubierto nuestra nunca desmentida imparcialidad, a aquellos dos documentos que se publican en el Apéndice.

En cuanto a la declaracion de estar rotas las hostilidades, hízola el jeneral Cruz en una *Adicion*, que puso, al amanecer del dia 13, a la nota que hemos dicho habia escrito la noche anterior al jeneral Búlnes, deshaciendo el engaño que habia padecido al anunciarle la sublevacion de su ejército.

Ambas piezas dicen así, tal cual las hemos copiado del borrador, en que una i otra estan incorporadas.

"Portezuelo de la Vaqueria, diciembre 12 de 1851.

«Por una correspondencia privada al señor Alemparte, que remití hace dos horas, se habrá impuesto U. S. de los motivos que exitaron la alarma que motivó la nota que ha paralizado las discusiones relativas al tratado de que se ocupaba el parlamentario, que cerca de U. S. tengo autorizado. En efecto, la vista de una partida enemiga, en circunstancias que me hallaba a la retaguardia del ejército, produjo aquella exitacion, desbandándose la tropa para combatirla. Antes de presentarme a la tropa, escribí a U. S. la nota citada, creyendo mi primer deber cumplir relijiosamente las fórmulas establecidas por el derecho, ordenando

hasta la hacienda denominada Carrizal, dos o tres leguas mas al sud.

A las cuatro de la tarde, presentóse en el ejército revolucionario el plenipotenciario Alemparte, que venia del campo enemigo con los borrones de la capitulacion militar, que se habia ajustado el dia de la víspera, i que, en ese momento, estaba suspendida, a virtud de la última declaracion enviada por el jeneral Cruz.

La hora del desenlace iba a llegar.

El enemigo habia pasado aquella misma mañana el Longomilla por el vado de Putudague, i venia pisando la espalda de los rebeldes, miéntras el comandante Yañez no se separaba de sus flancos con su columna lijera.

a los oficiales siguiesen el movimiento que fué insignificante i que tranquilizó completamente mi sola presencia.

«Creo que, satisfecho U. S. de todo lo ocurrido, podrán continuar las conferencias relativas a las bases de un tratado, si lo estima conveniente.

«Agradezco a U. S. los ofrecimientos que me hace de su campo, para mi seguridad. Cerca de los valientes que me han acompañado, i que un celo exesivo solo conduce a algunas faltas, estoi mui seguro.

«Dios guarde a U. S.

José Maria de la Cruz.»

«Adicion.—A las cuatro i media de hoi, dia 13, ántes de cerrar esta correspondencia, he sido noticiado del movimiento de las tropas de U. S., lo que coincide con la nota que arriba he contestado, i como esta circunstancia i la de no habérseme avisado la suspension de estas deliberaciones de amago, con el recibo de la comunicacion de variacion de circunstancias en que se encontraban las fuerzas que mando, comunicada a U. S. por el órgano del parlamentario que tengo en esa, comprueban no haber variado la actitud hostil en que U. S. ha colocado las suyas i me pone en la precision de colocar las mias en igual caso, esperando, por lo tanto, que U. S. dé a mi parlamentario el salvo-conducto correspondiente para que se reuna conmigo.»

Pero, ántes de llegar al último tranco de este gran drama, tan lleno de encontradas peripecias, tendamos la vista un instante a todos los confines del territorio de la República, para contemplar los supremos esfuerzos que aun hacian los chilenos por salvar, en el súbito naufrajio de sus ejércitos, el arca santa de sus principios i de su fé.

CAPITULO III.

LOS TRATADOS DE PURAPEL.

Llega a Concepcion la primera noticia de la batalla de Longomilla.—Incertidumbres que se apoderan del vecindario i de la autoridad.—Sábese la dispersion de la caballería, i un estraordinario entusiasmo se despierta en la juventud.—Ventura Ruiz.—Don Bernardino Pradel se dirije a los Anjeles i el intendente Zañartu se esfuerza por sujetar en Chillan a los dispersos.—Comunicaciones que éste cambia con Pradel, i a ruegos de aquel reune a las *rabonas* del pueblo para formar un escuadron de amazonas.—Palabras entusiastas del coronel Puga.—Proclamas en Concepcion.—Suscripcion que levantan las señoras de este pueblo para auxiliar al ejército.—Luis Pradel se dirije al encuentro de éste, para ofrecer al jenèral Cruz los recursos de la provincia.—Elementos que contaba la revolucion en las provincias del Maule i Colchagua.—El guerrillero Fuentes amaga a Constitucion con 200 hombres.—Villalobos se apodera de Cauquenes, i lo recobra por un convenio el intendente Necochea.—Guerrilla de Chimbarongo mandada por Nazario Silva.—Combate de Pidigüinco.—La Montonera de Ravanales se apodera de la villa de Molina.—Carrera de este capitanejo i flojedad con que se conduce en 1851.—El ejército del sud se traslada a la hacienda del Carrizal.—Se presenta en su campo el parlamentario Alemparte con el primer borron de los tratados i regresa a celebrarlos.—El ejército se mueve a Purapel.—Vuelve Alemparte con los tratados forma-

lizados i junta de guerra que se celebra en consecuencia.—Incidentes que tuvieron lugar en éstas segun las relaciones acordes del secretario Vicuña i del coronel Zañartu.—Rehusa el jeneral Cruz ratificar los tratados, si no se concede amnistía a los paisanos i vuelve Alemparte a obtener esta garantía.—Elevacion de ánimo del jeneral Cruz i palabras que escribe a su confidente Pradel sobre su resolucion de batirse hasta el último estremo.—Jeneroso ardimiento de los oficiales subalternos del ejército e incidentes a que da lugar.—Se firman los tratados de Purapel.—Reflecciones sobre este acto.—Notas en que ambos jenerales dan cuenta de haberlo celebrado.—El ejército revolucionario rehusa entregar las armas i se dirije al sud.—Últimas palabras del diario de campaña del secretario Vicuña.—Conclusion.

I.

La primera noticia de la batalla de Longomilla llegó a Concepcion a las seis de la mañana del dia 10 de diciembre, cuarenta horas despues de haber terminado aquella, empleando el espreso que la condujo casi el doble de tiempo del que puso el que la trajo a la capital. Súpose solo en aquella hora, por una carta del jeneral Urrutia, que el enemigo habia sido derrotado, pero sin que llegara ningun jénero de pormenores, lo que preocupaba no poco los ánimos de los penquistos despues del anuncio de la victoria de sus armas. El parte que habia escrito el jeneral Cruz solo llegó una semana mas tarde i fué publicado en un boletin de noticias el 17 de diciembre.

El dia 11 se pasó por las autoridades i los vecinos de Concepcion en la misma incertidumbre en que les habia dejado el aviso del jeneral Urrutia, llegado en la madrugada del dia anterior. Mas, en todo el curso del dia siguiente, 12 de diciembre, comenzaron a llegar algunos detalles sobre

la batalla i sus consecuencias, comunicados, ya oficialmente desde Chillan por el intendente Zañartu, ya por los dispersos i desertores que desde aquel mismo dia comenzaban a pasar el Itata, huyendo hácia el sud.

Conocióse entonces que la victoria habia consistido solo en la ocupacion del campo de batalla, pues si era cierto que la infantería del sud habia arrollado a la del enemigo, era tambien cierto que este habia derrotado completamente la caballería del ejército revolucionario. Era pues urjentísimo ocurrir en auxilio del jeneral Cruz con hombres, municiones i dinero i cuanto recurso ofreciera el patriotismo de los habitantes o el influjo de las autoridades.

II.

Ya desde el dia 9 de diciembre se habia recolectado una gruesa suma de dinero por erogaciones voluntarias de los vecinos i particularmente de las señoras de Concepcion, a cuya cabeza se habia puesto la entusiasta esposa del patriota don Manuel Zerrano para ofrecer a los soldados penquistos aquella ovacion de sus recursos i de su consagracion a la causa que defendian (1).

Pero tan pronto como se hubo conocido en toda su estension el peligro que amagaba al ejército, despues de su triunfo, por la absoluta carencia de su caballería i la desercion de sus oficiales, levantóse como un solo hombre el jeneroso pueblo penquisto, cual si una ráfaga de entusiasmo hubiese

(1) Véase en el documento núm. 18 la nota en que el intendente Tirapegui da cuenta de estos patrióticos procedimientos del pueblo de Concepcion i la nómina de las señoras que se suscribieron con dinero u otros donativos para auxiliar al ejército.

llevado el heroico aliento del campo de Longomilla a todos los corazones, i particularmente a los que encendia de antemano juvenil ardor.

Juan Alemparte voló entonces a Arauco a aprestar las fuerzas que habia dejado su padre de guarnicion en aquel fuerte; Horacio Zerrano reunió los cívicos de Talcahuano, i aunque sin armas, los hizo marchar hácia el Itata, porque de aquellos habian recojido los soldados penquistos sobre los cadáveres de sus enemigos los suficientes para armar un pequeño ejército; Juan de Dios de Reyes puso en movimiento, todas las milicias de caballería del departamento de Coelemu, de que era gobernador el distinguido patriota don Toribio Reyes, padre de aquel mancebo; i, por último, el anciano Ventura Ruiz, sacudiendo su cana cabellera como el leon que ha perdido su cria, montaba a caballo i recorriendo los fuertes de la raya fronteriza, que se encontraban completamente tranquilos con relacion a los indios (1), hacia empuñar sus lanzas a todos los que quisieran seguirle para vengar la sangre de su inmolado hermano, a quien amaba con entrañable cariño desde que por la primera vez, siendo ya él veterano, habia conducido a aquel bisoño i terrible soldado a los combates.

Por otra parte, el infatigable Pradel, pronto como el rayo, habia partido matando caballos de Chillan hácia los Ánjeles, i púestose a reunir, de acuerdo con el intelijente gobernador Molina, todos los recursos que ofrecian aquellas belicosas comarcas; mientras a orilla del Ñuble quedaba haciendo esfuerzos para sujetar los dispersos i levantar nuevas tropas de caballería el cuerdo i bien intencionado intendente don Mariano Ramon Zañartu, quien, a instancia de Pradel desplegaba

(1) «En toda la Araucanía, hasta la Imperial, no hai quien mueva una paja» decia el gobernador de Arauco, Gallegos, al intendente Tirapegui con fecha 13 de diciembre.

ahora toda su enerjia (1).—«No den crédito, escribia el mismo coronel Puga desde el Parral el dia 13 al intendente Zañartu (i es solo lástima que el ejemplo de aquel jefe no fuese como su palabra) no den crédito a esos villanos desertores; sobre todo a ese capitan Gonzalez i otros pocos cobardes que han sido la causa del desaliento, que entró por un instante, i que ellos procuraron difundir para cohonestar su infame desercion.»

«*¡Pueblo de Concepcion!*, decian a su vez los habitantes de esta varonil ciudad, en la proclama con que acompañaba el parte de la victoria; los penquistos no serán vencidos nunca; en pocos dias mas no quedará ni sombra de los que han derramado la sangre de nuestros hermanos. En el último caso iremos todos al campo de batalla, ancianos, mujeres, niños, todos defenderán con ardor la libertad de la República, bajo las órdenes del invencible jeneral Cruz!»

En suma, i apesar de los gravísimos tropiezos que por todas partes encontraban los leales sostenedores de la causa de la revolucion, reuniéronse en Chillan en pocos dias cerca de 600 hombres de caballería, de los que dos tercios al ménos habian sido enviados por Pradel desde las fronteras (2).

(1) Véase en el documento núm. 18, algunas comunicaciones de aquel funcionario en que da cuenta de sus operaciones en aquellas circunstancias. No dejará de llamar la atencion del lector la curiosa circunstancia de que el intendente Zañartu, a ruego del orijinal Pradel, hubiese reunido en su propia casa cuanta china o mujer rota habia en el pueblo de Chillan con el objeto de disfrazarlas de hombres i hacerlas montar a caballo, a fin de formar aquel escuadron de despilfarradas amazonas en la orilla del Ñuble i alentar así al ejército revolucionario en su retirada sobre Chillan.

(2) Por lo demas, tanto los vecinos como las autoridades de Concepcion estuvieron casi completamente a oscuras de los sucesos que tenian lugar entre el Ñuble i el Maule, desde el dia 10 de diciembre, en que se tuvo noticia de la batalla de Longomilla,

III.

Pero no eran éstos únicamente los recursos que el patriotismo i la lealtad de los chilenos presentaban a porfía a su caudillo

hasta el dia 23 en que la ocupó el jeneral Rondizzoni, como intendente nombrado por el gobierno.

Los caudales recolectados, que ascendian a 10 mil pesos, llegaron, en consecuencia, hasta la Florida, custodiados por 75 milicianos de caballería i las municiones i vestuarios fueron tomados por el mismo Rondizzoni a orillas del Itata, siendo los últimos en número de 600, con los que se vistió por completo el batallon Chacabuco.

A fin de salir del estado de ansiedad en que se encontraba aquel vecindario, el intendente Tirapegui resolvió el dia 14 enviar su propio secretario a tomar lenguas de la situacion del ejército.

En consecuencia, salió este en la madrugada del dia 15 por el camino de la Florida, al anochecer pasó el Itata, por cuyos vados habian atravesado hasta ese dia, 170 desertores, el 16 llegó a la aldea del Portezuelo, i cuando al dia siguiente iba a dirijirse a Purapel, supo los tratados i el desarme del ejército.

Todo esto consta de un diario de viaje escrito con lápiz por el mismo Pradel que tenemos a la vista. Hemos encontrado ademas el oficio en que el intendente Tirapegui daba cuenta al jeneral Cruz de la mision de aquel, i dice así:

"Concepcion, diciembre 14 de 1851. *(A las 10 de la noche.)*

«La absoluta incomunicacion en que permanecemos hasta esta hora desde el dia 8 del presente, i por otra parte, la multitud de noticias contradictorias que recibimos, me han determinado a convenir en el viaje de don Luis Pradel a ese campamento con el fin de obtener datos seguros, para obrar en esta provincia, como mejor convenga a los intereses de la causa.

«El señor Pradel impondrá a U. E. verbalmente de todos los recursos con que puede contar aun, si es que la desercion del ejército es tan considerable como se dice.

«Dios guarde a U. E.

Nicolas Tirapegui.»

en la hora del conflicto. Bandas de partidarios que alcanzaban por su número o su audacia la importancia de verdadera divisiones volantes, recorrian las provincias de Maule, Talca i Colchagua, i aun penetraban a sus pueblos tomándolos de sorpresa o a viva fuerza.

Al dia siguiente de la batalla de Longomilla, el jefe de las partidas levantadas desde el principio de la revolucion en la parte baja de las costas del Maule, don José María de la Fuente, pedia, en efecto, órdenes al jeneral Urrutia, desde la vecindad de Constitucion, para ocupar este importante i desguarnecido puerto, con 200 hombres que mandaba, i casi al mismo tiempo el guerrillero Villalobos ocupaba la capital misma de la provincia, que era el teatro de los sucesos que narramos, i que el intendente Necochea habia abandonado el dia 5, llamado por el jeneral Búlnes desde su campamento de Longomilla (1).

(1) Este funcionario que habia sostenido su puesto desde que el ejército del gobierno repasó el Ñuble, merced a su enerjia i a las trincheras que él mismo defendia, fusil en mano, con diez o doce vecinos, pues la poblacion en masa de Cauquenes le era hostil, supo en su marcha al campamento de Longomilla el dia 9 la victoria que el jeneral Búlnes habia alcanzado el dia anterior, pues, como hemos visto, ambos belijerantes se atribuian con iguales títulos el éxito del dia. Con esta novedad regresó en el momento a Cauquenes, tuvo la cordura de entrar en avenimientos con los guerrilleros que ocupaban aquella plaza, i al fin, tomó posesion de ella, sin haber ocurrido mas desgracia que la muerte casual de un infeliz labriego, llamado Francisco Carrasco, por un tiro que dispararon desde las trincheras. Puede verse en el documento núm. 19, el convenio celebrado entre los insurrectos i el intendente del Maule, i que honra tanto a éste como a aquellos.

IV.

Del otro lado del Maule era mucho mas imponente el auxilio que comenzaban a ofrecer a la revolucion las montoneras, que, como hemos referido ántes, se mandaron levantar en la provincia de Colchagua, desde los primeros dias del alzamiento de Concepcion, enviándose con aquel objeto al célebre Ravanales i a don Vicente Claro.

Habia puesto este último su guerrilla, que era poco numerosa pero de hombres escojidos, a las órdenes del valiente oficial retirado don Nazario Silva, i obraba con ella activamente en la vecindad de San Fernando, recorriendo impávidamente los llanos de Chimbarongo. El intendente Parga, se habia visto obligado a enviar una fuerza respetable con que poner atajo a sus depredaciones contra los hacendados hostiles a la causa revolucionaria i a sus tentativas para apoderarse de los convoyes de pertrechos, caballos i otros artículos de guerra que el gobierno de la capital enviaba casi diariamente al cuartel jeneral de su ejército.

Iba esta fuerza al mando del antiguo oficial del ejército español don Antonio García Haro, i el dia 10 de diciembre se avistó con la montonera de Silva en uno de los potreros de la montañosa hacienda de Pidiguinco, al oriente en línea recta de la poblacion de Chimbarongo. Al punto de avistarse ambas fuerzas se trabó un sangriente combate, en el que las ventajas fueron indecisas, porque si bien el valeroso Silva, que hizo en aquel encuentro prodijios de valor, perdió 19 de sus camaradas que quedaron muertos en el campo, i solo logró dejar fuera de combate a 7 de sus adversarios, inspiró a éstos tal terror que si la cesacion de la guerra o la muerte que aquel

hombre temerario encontró en breve (ahogándose lastimosamente en el Lontué) no hubiese atajado su brazo, habria dominado en breve, reunido a Ravanales, toda la provincia de Colchagua. «Pelearon, dice el intendente Parga, aludiendo a Silva i sus camaradas, no como montoneros, sino como leones de Africa, que venian sobre las mismas boyonetas de los soldados, quedando muchos ensartados en ellas» (1).

V.

Por aquellos mismos dias, las fuerzas colecticias de que disponia Ravanales entre el Maule i el Lontué eran ya tan considerables, que despues de haberse apoderado por sorpresa en la madrugada del 7 de diciembre de la villa de Molina, i de un convoi de armas que estaba acampado esa noche en la plaza de aquel pueblo, intimaba rendicion al gobernador de Curicó don Luis Urzúa el dia 15, sin que este funcionario (sumamente impopular en aquellos distritos), tuviera para defenderse sino su miedo i una cuba en que se ocultó. Contaba con 120 infantes i 40 jinetes que habia reunido, pero éstos no le inspiraban ninguna confianza contra la division de Ravanales que, segun la confesion del mismo Urzúa, constaba de 400 montoneros, aunque su jefe los hace subir a 700 (2).

(1) Nota del intendente de Colchagua al ministro de la guerra, fechada en San Fernando el 12 de diciembre de 1851.

(2) El comandante de estas fuerzas (que en realidad no prestaron servicio alguno de importancia por lo tardio de su organizacion), era, como es sabido, el antiguo oficial retirado don Matias Ravanales que alcanzó tan grande fama de valiente, no por sus proezas revolucionarias, pues de estas no se conoce ninguna, sino por los hechos distinguidos de su juventud. Segun un memorial que aquel mismo capitanejo nos ha presentado, nació

VI.

De esta suerte, en los mismos dias que precedieron al fatal acuerdo de los tratados de Purapel, habia en campaña mas de

éste en San Fernando en 1802, i comenzó a servir en la montonera que organizó en Colchagua el patriota don Francisco Villota, antes de la invasion de San Martin. Siendo entónces un niño de catorce años, fué comisionado para venir a la capital a fines de 1816, a repartir furtivamente un paquete de gacetas que San Martin habia remitido de Mendoza a aquel valeroso chileno, i cumplió exactamente su comision, burlando las sospechas de San Bruno que le quiso obligar, poniéndole su estoque al pecho, a que declarase si él habia sido el portador de los papeles incendiarios que habian amanecidos desparramados en la poblacion. Cuando se retiraba al sud, a dar cuenta a Villota de su comision, fué tomado preso por sospechas en Rancagua; pero se escapó de la hacienda del Hospital, marchando a pié tres dias i tres noches hasta reunirse a la montonera de Villota. Fué éste muerto luego en un encuentro, i miéntras llevaban su cadáver atravesado en un asno para corgarlo de la horca en Curicó, se dirijió aquel a reunirse con el comandante Freire, que venia a la sazon por el paso del Planchon o ocupar a Talca, enviado por San Martin, i en efecto, se juntó a este jefe en el punto llamado la Laguna de Mondaca.

Sirvió despues como distinguido i oficial del batallon 3 de Arauco (mas tarde Carampangue) en toda la campaña de 1817 hasta la batalla de Maipo, habiéndose señalado estraordinariamente, como ya hemos dicho, en el asalto de Talcahuano, pues fué el soldado en cuyos hombros el jeneral Cruz subió a los parapetos enemigos.

Despues de la batalla de Maipo, se retiró del servicio con el grado de alféres, obligado por una larga enfermedad que le acometió, i llevó una vida azarosa i oscura en su provincia natal hasta 1829 en que los revolucionarios de aquella época, le nombraron comandante de un escuadron de caballería cívica.

Hemos ya referido la manera cómo vino de Concepcion a organizar una montonera en la provincia de Colchagua, i solo nos

mil hombres auxiliares, que aunque sin jefes i diseminados en el territorio de dos provincias, pudieron haber servido eficazmente a segundar los planes posteriores del jeneral Cruz, porque eran todos exclusivamente voluntarios de caballería. Mas, si a éstos se añadian los refuerzos que juntaba el intendente Zañartu en el Ñuble i los que venian en marcha desde las fronteras, no era exajeracion asegurar que el ejército revolucionario iba a recobrar el pié de respetabilidad que habia tenido ántes de Longomilla, i la habia menos en creer que así

alta decir, que despues de varias correrias infructuosas que hizo con solo cinco o seis hombres en las costas de la provincia de Talca, se refujió en la fragosa montaña de Cumpeo, vecina a la cordillera, cuyo propietario, el entusiasta i patriota jóven don Joaquin Pinto i Benavente, comprometido en la revolucion por sus ideas, sus afecciones i casi por un deber de familia, pues era hermano político de José Miguel Carrera, le prestó jenerosamente auxilios de dinero, armas i hombres montados. Con estos recursos, Ravanales, ya viejo i poltron, emprendió sus correrias, pero con tan poco resultado que desmintió por completo la fama de buen soldado que tenia.

Cuando Pinto supo, en efecto, los riesgos que corria el ejército del sud por haber perdido su caballería en Longomilla, le dió inmediatamente aviso para que se aproximáse a la orilla del Maule, pues la sola presencia de sus masas informes de jinetes habria bastado en aquellas circunstancias para desconcertar, en parte al menos, los planes del enemigo. Pero Ravanales, ocupado con su jente mas en desollar las gordas vacas de los monttistas, que en acometer, como Silva, empresas de guerra, no solo no cumplió con aquel encargo, sino que disolvió sus fuerzas, contentándose por toda gloria con haber hecho prisionero, durante unas pocas horas, al comandante Borgoño, que regresaba al ejército, despues de dejar cumplida su mision en la capital. Ravanales, al que los cronistas de diario habian dado una gran celebridad, pintándole como un terrible esterminador (de vacas?), fué capturado en breve i encerrado algunos meses en la Penitenciaria. Vive actualmente en esta capital, achacoso, lleno de hijos i en una condicion tan desvalida que toca a la miseria.

reorganizado, seria capaz de emprender de nuevo las hostilidades i aun verificar sin dificultades su marcha hasta la capital.

¿I quién, en verdad, habria podido responder del dudoso éxito de las armas en aquella terrible crisis en que el gobierno parecia ya agotado por la propia magnitud de sus esfuerzos, basados principalmente en la coaccion i el poder del oro, cuando la ínclita Serena estaba aun en pié i cuando la hora del poderoso alzamiento de Copiapó iba ya a sonar?

Pero en el rejistro de los destinos de Chile estaba escrita aquella desconsoladora anomalía que duró dos lustros completos i que presentó a un pueblo que se habia ostentado jigante, maniatado por el capricho i la fortuna de un potentado advenedizo.

Mas, dando remate e esta rápida digresion, que nos ha conducido a todas las estremidades de la República, alumbrándonos en la senda las mil antorchas del patriotismo tan desgraciado como jeneroso que en aquel luctuoso drama ostentaron los chilenos, es ya llegado el tiempo de asistir a su triste desenlace, que fué el de la perdicion de todos los derechos i de todas las esperanzas que habian apadrinado las armas de la revolucion.

VII.

Dejábamos el dia 13 de diciembre al ejército del sud acampado en la hacienda del Carrizal, a cuyo punto habia llegado por la tarde de aquel dia el plenipotenciario Alemparte con el doble objeto de consultar a los jefes del ejército el borrador de la capitulacion que se habia organizado en el campo enemigo e informarse de si el jeneral Cruz persistia en sus propósitos de entrar en un avenimiento de paz (en cuyo caso regresa-

ria a dar fin a su mision) o si era la resolucion del último continuar la guerra, conforme a la declaracion de quedar rotas las hostilidades que habia dirijido en la madrugada de aquel mismo dia al jeneral Búlnes, declaracion que su marcha de aquel mismo dia, a despecho de la fuerza que cerraban el paso de Comavia, habia corroborado.

Despues de una breve conferencia en la qne el coronel Zañartu vino a toda prisa, desde el punto en que estaba acampado su cuerpo, a hacer valer su ansia por capitular, regresó Alemparte al campo enemigo, llevando por respuesta la aceptacion, mas o menos esplícita del jeneral Cruz, a las bases sobre que deberia tratarse.

Esto tenia lugar al anochecer del dia 13 de diciembre.

VIII.

Mui de madrugada, a la siguiente mañana, emprendió el ejército revolucionario su última jornada hácia el sud, i ántes de medio dia tendió sus reales en la hacienda de Santo Toribio de Purapel, cerca de la confluencia del estero de este nombre con el rio Perquilauquen, quedando asi veinte leguas de distancia de Chillan i solo a seis de Cauquenes. El activo comandante Yañez, que habia tomado la retaguardia de los revolucionarios desde que éstos pasaron el portezuelo de Comavia (destacando al frente de aquellos el rejimiento de Cazadores al mando del mayor Las Casas), se acampó aquella misma tarde a pocas cuadras de las casas de Purapel, engrosando de hora en hora su division con los dispersos i pasados del campo contrario. Entre los últimos se habian presentado los tres sarjentos del Carampangue Peña, Burgos i Aravena, que habian sido recientemente ascendidos a oficiales, el último de

los que, es hoi capitan del 4.° de línea, miéntras Peña conserva todavia su jineta i Burgos ha muerto. «Quien no se desalienta, esclama el coronel Zañartu (1), cuando esta clase de hombres se manifiestan infieles? Qué esperanza nos quedaba? Huir? Rendirnos? ¡Imposible! I en tal caso valia mas tratar de cualquier modo para sacar garantías.»

I en verdad, habia llegado la hora de la consumacion para aquel sacrificio de la deslealtad, por el que los chilenos debian vestir luto durante diez años.

IX.

Mui temprano el dia 15 habíase presentado el parlamentario Alemparte en el campo de Purapel, conduciendo los tratados ya concluidos en todas sus partes, firmados por ámbos plenipotenciarios, i ratificados por el jeneral Búlnes.

Faltábales solo la aprobacion del jeneral Cruz, i en consecuencia, mandó éste citar a junta de guerra a los pocos jefes que aun quedaban en el campo. Eran estos—el jeneral don Domingo Urrutia, cuya lealtad rayó en la campaña de 1851, mucho mas alto que su antigua bravura; el coronel Zañartu (comandante del Carampangue); el teniente coronel Saavedra (comandante del Guia); el teniente coronel Urriola a quien se acababa de conceder la mayoria de aqûel cuerpo; el teniente coronel Lara, que aquella mañana habia sido dado a reconocer, a consecuencia de la fuga de Molina, comandante del Alcázar; el mayor Apolonio, que desde la muerte de Martinez tenia el mando del Lautaro; el secretario Vicuña, a quien el jeneral Cruz habia investido de un carácter mili-

(1) Anotaciones citadas en su diario de campaña.

tar, concediéndole el título de coronel, i por último, el intendente de ejército Alemparte que por su comision tenia tambien virtualmente aquel grado.

Era aquella la última vez que iban a reunirse los viejos campeones de la revolucion del sud i los mas jóvenes adalides de sus batallas para declarar cerrada aquella era a la vez mísera i grande que habia venido desenvolviéndose con tan varios sucesos desde la media noche del memorable 13 de setiembre. Los jefes que hemos dejado designados se habian reunido al rededor de una mesa a cuya testera estaba sentado el jeneral Cruz teniendo en sus manos el pliego de los tratados; pero como la sala en que la conferencia tenia lugar fuese un espacioso granero, única habitacion que componia las casas de Purapel, los oficiales de todos los cuerpos se habian apostado en anciosos grupos, a las puertas laterales que daban acceso a aquel recinto, de manera, que en realidad, todo el ejército revolucionario asistia por la presencia de sus lejítimos delegados a aquella solemne asamblea en que iban a sellarse sus destinos i los de Chile.

X.

Pero dejemos contar a los protagonistas de aquel último lance las peripecias que lo animaron i que sus palabras sean su gloria o su proceso, segun el juicio inapelable de la posteridad.

«Trajo, al fin, don José Antonio Alemparte los tratados para ser ratificados, dice por su parte el secretario Vicuña, refiriendo lo que ocurrió en la junta de guerra de Purapel; pero éstos no eran mas que una capitulacion militar, que dejaba a los antiguos oficiales con los grados que tenian antes

de la revolucion, i un olvido (para solo ellos) de sus faltas políticas desde el 1.° de setiembre.»

«Apesar que yo habia protestado, añade aquel en seguida, no tomar parte en tales tratados, su lectura me indignó, i mucho mas, cuando Zañartu dijo que estaban *buenos.*

«Por tocar todos los recursos de desbaratar aquella obra, hice ver entónces al jeneral Cruz que no habia ningun artículo que salvase los compromisos pecuniarios, i que todos caerian sobre sus intereses para pagarse de los recursos tomados de los particulares o el fisco con su autorizacion.

«El jeneral contestó, que lo que tocaba a su persona, no le afectaba de modo alguno i cargaba con la responsabilidad de todo.

«Viendo frustrado este recurso (añade aquel hombre pertinaz que no temia ya juntar a sus compromisos con el enemigo los que le acarreaba ahora su inflexible constancia entre los propios suyos), dije que seria ignominioso para el ejército i sus jefes, el asegurar sus destinos i sus rentas, haciendo ademas nulos sus compromisos políticos, cuando toda la nacion, levantada a la sombra de nuestros ejércitos quedaba sometida a sus verdugos, que no dejarian de vengarse contra el patriotismo denodado de tantos ciudadanos.

«Zañartu, que vió la impresion que iba haciendo mi discurso, trató de ponerle término diciendo: «que sufriesen los « paisanos las consecuencias de andar levantando a los mi- « litares, sacando despues el bulto a los peligros.»

«Yo le contesté entonces, continúa el secretario jeneral, que aunque no habia tenido cuerpo que mandar, habia corrido todos los peligros de la campaña; pero que él era el menos a propósito para satirizar a los paisanos, aludiendo a que todo el dia 8 lo pasó encerrado tras de murallas que resistian hasta las balas de cañon, i cuya cara, aun despues

de pasado el peligro, espantaba. Añadí que el batallon *Guia* era de paisanos que habian tomado el fusil para defender sus derechos i que los batallones *Lautaro*, *Alcázar* i 2.° *Carampangue* estaban compuestos de ciudadanos que habian ocurrido al llamamiento de la patria. «Son paisanos, esclamé al « fin, los que han perecido en Petorca, Valparaiso i la Serena, « los que por todas partes han sucumbido *a manos de soldados* « *del ejército*, por libertar la República.»

«Mi discurso, concluye aquel, fué sin duda en un tono apasionado porque la cólera me daba valor hasta para morir allí mismo, i nadie se atrevió a interrumpirme hasta que confundí a Zañartu. El jeneral Cruz se levantó entonces como inspirado, i arrojando al suelo los tratados dijo—«Jamas fir- « maré yo este documento, miéntras los paisanos no tengan « las mismas garantías que los militares. Aquí me haré matar « con el último soldado que quiera acompañarme.» «Nadie habló una sola palabra mas, i Alemparte, recojiendo los tratados, dijo que volveria a organizarlos en la forma que se deseaba» (1).

(1) El hijo del secretario Vicuña, que desempeñaba en el consejo el rol de secretario, pues él escribia todas las comunicaciones, confirma con las siguientes palabras que copiamos de sus anotaciones ya citadas, la relacion anterior.

«Zañartu replicó que si tenian que sufrir algo los paisanos era merecido, porque ellos eran los que se ponian hacer las revoluciones i no arriesgaban nada.

«Mi padre no pudo contener su impaciencia i sin mirar a Zañartu, se dirijió a Cruz.

—«Jeneral, le dijo, los que se llaman sus amigos solo quieren arrojar sobre U. lodo e ignominia.

—«A mí nadie me llena de ignominia, señor don Pedro, replicó Cruz enfadado, poniéndose de pié i arrojando lejos de sí con estraordinaria enerjia la silla en que estaba sentado.

—«Si jeneral, le llenan a U. de ignominia, porque le han convertido un triunfo en una derrota, i porque mas tarde U. no podrá

Mas, demos ya la palabra al coronel Zañartu. Él es el acusado, i al escucharle ahora, repetido por los mismos labios de los que lo pronunciaron este postrer diálogo de la revolucion, el historiador no solo salva la inviolable imparcialidad de su ministerio, sino que el hombre mismo deja a cubierto, en un empeño tan solemne como el presente, su lealtad i su hidalguia, mas inviolables todavia.

«En la mañana, dice, aquel jefe a su vez, habia recibido el jeneral una copia de los tratados que dieron lugar a convocar a junta de guerra, en la cual el señor Vicuña opinaba que no debiamos pasar por ellos; i que valdria mas retirarnos para rehacernos en el sur i que él marcharia inmediatamente a Concepcion con el objeto de reunir veinte i cinco mil pesos mensuales para auxiliar al ejército. Esta esposicion se la refuté yo diciendo: «a los paisanos que no « saben lo peligroso que es hacer un movimiento de retirada « al frente del enemigo, a los que comen i duermen bien, « sin el menor cuidado, porque siempre tienen de centinela

esplicar lo que hoi acontece, dejando a la discrecion de un vencedor la suerte de los que han combatido con tanto heroismo en nuestra causa. ¿Quiénes son los que han peleado en Petorca i la Serena sino paisanos? ¿Quiénes los que con tanto denuedo han combatido en las calles de Valparaiso? ¿Quiénes los que han sostenido lo mas terrible de la lucha en Longomilla? Todos paisanos. ¿I así se les puede dejar sin garantías a la merced de la venganza?....Nuestras fuerzas son aun superiores. El soldado es todo nuestro, i no importa que algunos cobardes se vendan o se rindan.

«Cruz quedó un momento pensativo, como calculando la verdad de las palabras que acababa de escuchar, i haciendo en seguida un movimiento convulsivo, tomó los tratados, los apretó en una mano i enseguida tirándolos sobre su mesa dijo con arrogancia— «*No firmo esos tratados, mientras no se garantizen los paisanos.*» Alemparte los tomó i dijo marcharia de nuevo a recabar lo que se exijia.»

« de sus vidas a los pobres soldados, a quienes no les oyen « sus conversaciones, porque jamas se ocupan de ellos, les « parece que no se presentan dificultades para retirarse. « ¿No están Udes. viendo, añadí, que no tenemos recursos; « que la mayor parte de nuestra tropa se queja de carencia « de municiones; que no hai un soldado de caballería que « cubra la retaguardia, ni tampoco un práctico que nos lleve « por caminos aparentes? Si esto es evidente, ¿cómo piensan « que podemos retirarnos?»—El señor Vicuña contestó, que le parecia que se habia perdido el entusiasmo i que parecia que el oro corruptor se habia introducido en el corazon del ejército, pues habian hombres que tomaban interes por transar. Al oir esto le insté porque se esplicára bien claro i nombrase las personas que habian recibido el oro de que hacia mencion. Me contestó que él no lo decia por mí porque estaba perfectamente informado de mi probidad, i que no creía necesario nombrarlos en aquel instante.»

«Como los paisanos, añade en seguida el coronel Zañartu con cierto laconismo que acusa su desazon, no estaban comprendidos en los tratados, se hizo indicacion para que se comprendieran, i tomando votacion, resultó por la afirmativa; i habiéndose agregado este acuerdo, se devolvieron inmediatamente al jeneral Búlnes para que los considerara de nuevo» (1).

(1) Contóse entónces en el campo rebelde que al salir de la junta de guerra los jefes que habian sido convocados, el ayudante del *Guia* Smith, cuya sangre juvenil ardia en su corazon i en sus labios, sacando un condor de su bolsillo, i recordando sin duda la captura del papel que noches ántes habia dirijido el jeneral Búlnes al mayor Robles, dijo a este oficial, mostrándole aquella moneda—*Mayor Robles—Vaya U. a decir a su coronel, que en lugar de las medallas que se pone al pecho se coloque en adelante la que ahora le presento.*»

Algunos de aquellos nobles mancebos, i particularmente el fogoso mayor Apolonio, que acaba de morir, se acercaron despues

XI.

El jeneroso i ardiente espíritu del jeneral Cruz habia recobrado todos sus brios al verse apostrofado en nombre de la patria i de la causa que los pueblos habian confiado a su honradez de ciudadano, no menos que a su lealtad de caballero i de soldado. Colocóse, pues, desde aquel momento a la altura de su mision, i ya que ésta iba a caducar en cuanto al rol que asumió de salvador de los pueblos, quedábale todavia por delante de sus ojos la gloria de ser su héroe o su mártir. Una vez cerrada la conferencia, en que se acordó devolver los tratados, el noble caudillo del sur escribió a su íntimo confidente Pradel las siguientes palabras que parecen escritas con la heroica sangre de los libres, fresca aun en el páramo de Longomilla. «Si el enemigo no pasa por dos modificaciones hechas al tratado, nos habrá llevado el diablo ántes de llegar a esa ; i luego añadía—«Como el enemigo se halla cerca, i bien montado, es probable me alcance mui luego, con lo que quedará decidida la cuestion» (1).

de terminada la junta al secretario Vicuña, cuya enerjia aplaudian en sus corazones, i le insinuaron que si él se ponia al frente del ejército, le acompañarian con el último soldado. Mas Vicuña, que no era militar, i que en ningun caso habria contrariado los planes ni los sacrificios del jeneral Cruz, les replicó que tratasen de pasar el Itata con el ejército, i que una vez en la provincia de Concepcion, él, acaso, podria reasumir el mando político de aquella i ayudarles en su heroica, pero mal aconsejada empresa.

(1) He aquí íntegra esta importante comunicacion, cuyo orijinal tenemos en nuestro poder.

"Campamento en Santo Toribio de Purapel, diciembre 15 de 1851. (A las ocho tres cuarto de la mañana.)

«Mi amigo:

«Anoche recibí la apreciable de U. en que me anuncia las ocurrencias de esa, en cuanto a los jefes i oficiales que se han

XII.

Pero si el jeneral Cruz daba aquellas muestras de magnanimidad de espíritu, al tocar ya el borde de la sima en que iba a precipitarse, arrastrado por un sublime aunque tardío despecho, no las ofreceria menos señaladas de sagacidad i de justa apreciacion de los caracteres i las circunstancias, su feliz émulo, en presencia de la pacífica e inesperada victoria que coronaria sus esfuerzos.

aparecido de fuga de este ejército i de las medidas que U. ha tomado con el objeto de reparar las consecuencias que de ellas debe haberse producido.

«Estas han sido nada ménos que la de tener que convenir en un tratado que deja de hecho la subsistencia de los males que quisieron repararse por la revolucion, i cuando la desercion escandalosa de los jefes i oficiales del ejército ha producido la desmoralizacion i desercion de la tropa, no es mucho haber logrado la garantia para ese ejército i ciudadanos comprometidos en los movimientos políticos, desde el 1.° de setiembre próximo, esto es, si pasa por dos modificaciones hechas al tratado; si no, nos habrá llevado el diablo antes de llegar a esa.

«Al amigo don Ramon Zañartu, que puede parar toda operacion de armamento de tropa, pues que sino se ratifica el tratado, yo debo ponerme en retirada esta tarde, i como el enemigo se halla cerca i bien montado, es probable me alcance mui luego, con lo que quedará decidida la cuestion.

«Reserve U. i el amigo don Ramon la noticia del tratado, pues conviene no se divulgue hasta no haber llegado a Concepcion la que escribo a don Nicolas Tirapegui, que U. remitirá, sin pérdida de momento i la que es con el objeto de que se devuelva en tiempo hábil los 10,000 pesos que aquel patriótico vecindario habia erogado para el ejército. Sin mas tiempo, saluda a U. su amigo.

José María de la Cruz.»

«Le incluyo esa para que se imponga de ella, salud i felicidad.

Cruz.»

El jeneral Búlnes no opuso, en efecto, ninguna séria dificultad a la «promesa personal» de amnistía que se reclamaba de sus nobles sentimientos, i en consecuencia, a la mañana siguiente, 16 de diciembre, se firmaron los famosos «tratados de Purapel» cuyo tenor testual es el siguiente:

«Habiendo sido acreditado por el señor jeneral don José María de la Cruz con el carácter de parlamentario don José Antonio Alemparte, cerca del señor jeneral en jefe del Ejército Nacional don Manuel Búlnes, con el objeto de procurar la terminacion pacífica de las disenciones que desgraciadamente ajitan la República; i hallándose animado este último de los mismos sentimientos de humanidad que reclama la pronta terminacion de una lucha ya demasiado sangrienta i desastrosa, no menos que funesta para la prosperidad i bienestar de los ciudadanos, ha nombrado por su parte a don Antonio García Reyes para que ajuste con el señor Alemparte las bases del espresado arreglo.

«Los comisionados en desempeño de su cargo, han convenido en los artículos siguientes:

«Art. 1.° El señor jeneral don José María de la Cruz, por sí i a nombre de los individuos que se hallan bajo sus órdenes, reconoce la autoridad del señor presidente de la República don Manuel Montt, i entrega al señor jeneral don Manuel Búlnes las fuerzas militares de que actualmente dispone.

«Art. 2.° El señor jeneral don José María de la Cruz se compromete a dar las órdenes para hacer cesar todas las partidas de fuerza armada que en el dia existen en hostilidad contra las autoridades establecidas, en el término de ocho dias para las provincias de Concepcion a Colchagua inclusive, i en el de quince para las demas de la República en que las hubiese, comenzando a contarse estos términos desde la fecha de la ratificacion del presente convenio.

«Art. 3.° El señor jeneral don Manuel Búlnes recibe los militares que pone a sus órdenes el espresado señor jeneral Cruz, en los grados que les hayan sido conferidos por despachos del gobierno jeneral, i les asegura que no serán perseguidos por su conducta política desde el 1.° de setiembre último; i en la intelijencia de que tendrá lugar la pronta i jeneral pacificacion de la República, se ofrece a recabar del Supremo Gobierno una amnistía en favor de las personas que se hallan actualmente comprometidas por los acontecimientos políticos que han ocurrido en el pais. Miéntras tanto se espide la recordada amnistía, el mismo jeneral Búlnes, satisfecho de las benévolas disposiciones del Gobierno, se compromete igualmente a circular instrucciones a las autoridades gubernativas para que no molesten a los individuos que hallan tomado parte en la revolucion i que se les presenten dispuestos a prestarles obediencia.

«Art. 4.° El señor jeneral Búlnes dispondrá el modo i forma como debe verificar la entrega de las tropas i partidas volantes que se ponen a sus órdenes, i a las que el señor jeneral Cruz pasará desde luego el correspondiente aviso de lo estipulado en el presente convenio para su cumplimiento.

«Art. 5.° El presente convenio será ratificado i canjeado por los jenerales respectivos en el término de veinte horas que espiran a las ocho de la mañana del dia 15 del presente mes, salvo que lo impida algun inconveniente, de que se darán oportuna noticia los contratantes.

Longomilla, diciembre 14 de 1851.

A. Garcia Reyes.—José Antonio Alemparte.»

«I por cuanto, los espresados jenerales don Manuel Búlnes i don José María de la Cruz han tenido a bien aprobar en todas sus partes el presente convenio, por tanto lo ratifican en

toda forma i se empeñan en darle su literal i exacto cumplimiento, firmando dos ejemplares de un mismo tenor que se canjearán recíprocamente.

Santa Rosa, diciembre 16 de 1851.

Manuel Búlnes.—José María de la Cruz.»

XIII.

Tal fué la célebre capitulacion militar que puso término a la poderosa revolucion de 1851, cuyos sucesos hemos narrado en los volúmenes que preceden, i a la que cupo, como hemos visto, tanta gloria i tan escasa ventura. En su virtud depusieron las armas los restos de un ejército que habia sido formidable i vencedor delante de los restos de otro ejército que tuvo mas de una vez la espalda vuelta a las lanzas i bayonetas de aquel, en los movimientos estratéjicos, i que sino era inferior en número, no podia ni con mucho pasar mas allá de ser su igual.

Culpa de tanta mengua, no fué ni el ánimo jeneroso del soldado ni la abnegacion a toda prueba del caudillo. No estuvo tampoco el mal i el desdoro de aquel convenio, pacto ya de una inevitable fatalidad, sino en los motivos que arrastraron aquella, cuando la primera chispa de la traicion prendió en las filas, i no se apagó con mano pronta i resuelta.

Considerando militarmente aquella capitulacion parecia mas que una falta, un absurdo inconcebible, desde que deponian las armas tropas que se consideraban vencedoras delante de las que habian sido vencidas, i cuando las fuerzas efectivas de uno i otro ejército eran al menos equivalentes, aunque en aquellos momentos, los que se rindieron se consideraban mas numerosos que sus afortunados captores.

En un sentido político, el convenio de Purapel no era ya un absurdo: era una farsa, pues poniendo a parte la lealtad i las jenerosas intenciones de los caudillos que lo firmaron, el pais entero conocia lo que valian las promesas de las administraciones que habian ido sucediéndose i calcándose unas en pos de las otras, en la que tuvo veinte años atras su nacimiento i su poder en la letra de los pactos de Ochagavia i de Cuzcuz.

Solo como un sacrificio hecho a la vez al patriotismo i al horror inspirado por una guerra civil que habia sobrepasado en sus desastres a todas las grandes pruebas que aflijeron en tiempos antiguos a la República, pudo ser aceptable un desenlace que en sí mismo era de pura humillacion para uno de los belijerantes i de orgullo i de fortuna para el otro.

Comprendiéronlo así, al menos, ambos caudillos en los documentos en que dieron cuenta a sus respectivos comitentes de dejar cumplida su mision, evidenciando ámbos con elevadas palabras los sentimientos que los habian conducido a aquel resultado, i que, fuera de un impulso de patriotismo, eran para el jefe revolucionario el despecho de una traicion, que fué impotente para conjurar, i para el caudillo de la pacificacion, la cuerda sagacidad que le permitia no solo desarmar la *guerra civil*, lo que era acaso posible de conseguir con el poder de las armas, sino vencer la *revolucion*, triunfo que entónces, como en toda época, está fuera del alcance de la bayoneta i del cañon, si ese hecho está encarnado en estas dos entidades inmortales de las naciones; la idea i el pueblo (1).

(1) He aquí, en efecto, los nobles oficios en que ambos jenerales participaron a las respectivas autoridades políticas de que

XIV.

I en verdad, si el caudillo del sud i sus principales lugar tenientes capitularon en Santo Toribio de Purapel, los solda-

dependian su manera de concebir los tratad os que acababan de firmar.

El del jeneral Cruz al intendente de Concepcion dice así:

"Purapel, diciembre 17 de 1851.

«Por una parte, la necesidad de poner un término a la guerra civil, i por otra, los acontecimientos de que me he visto rodeado i que seria mui largo detallar a US. me han obligado a iniciar un tratado en que sin duda no se han obtenido ventajas respecto de la situacion en que se hallaba la República antes de la guerra. Pero un tratado era una necesidad a que habia sido reducido, apesar de hallarme con la fuerza suficiente para continuar la guerra.

«Mi ánimo no es inculpar a nadie, pero en el seno mismo el ejército que mandaba, estaba el jérmen de los sucesos que me han angustiado por el espacio de ocho dias. Al firmar ayer el tratado i volver a la vida privada, he sentido desprenderse de mí un terrible peso que no era fácil soportar. No me ha faltado el ánimo para llenar los compromisos que habia contraido; mucho habíamos avanzados ya; pero contaba con la cooperacion de hombres que me han faltado, contaba con la regularidad de los sucesos humanos, i me he visto contrariado en todo sentido, i aun estos mismos sucesos, cambiados de una manera inesplicable, hasta presentarse las victorias como derrotas.

«Incluyo a US. una copia del tratado, i habiendo sido suficientemente autorizado para realizarlo, espero que US. lo aceptará i lo hará cumplir, sino como un bien obtenido, al ménos como una necesidad a que hemos sido arrastrados.

«Dios guarde a US.

José Maria de la Cruz.»

"Señor intendente de Concepcion."

El del jeneral Búlnes al gobierno de la capital, i que se con-

dos, es decir, el pueblo, no se rindió jamas; i, al contrario, empuñando aquellos sus armas que llegaban a pedirle con

serva aun inédito en el archivo del ministerio de la guerra, está concebido en los siguientes términos.

«CUARTEL JENERAL DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL SUD.

Santa Rosa de Purapel, diciembre 17 de 1851.

«US. debe hallarse impuesto de las diferentes operaciones de este ejército que han tenido lugar despues de la sangrienta jornada de Longomilla i de la condicion en que quedó nuestro ejército i el que comandaba el jeneral Cruz. Conociendo este último el encarnecimiento de las tropas que hacian temer aun mas cruento sacrificio, i apreciando talvez su estado, me propuse cortar amigablemente las disenciones que por desgracia dividian la República. Debí prestar oido a su indicacion, despues de largas i prolijas discusiones, contando con la opinion unánime de los jefes del ejército i de las personas que me acompañan, no menos que con la del señor ministro de la guerra, que ha venido en comision cerca del ejército, he procedido a ejecutar el convenio que orijinal acompaño. El auditor de guerra don Manuel Antonio Tocornal, que lo conduce a esa, lleva encargo de manifestar al gobierno todos los antecedentes de esta negociacion i el aspecto bajo el cual la creemos de notoria importancia. Me refiero a lo que él espondrá verbalmente a S. E. el presidente de la República.

«Solo espero que S. E. tendrá a bien aprobarlo como un paso que concilia el triunfo completo de la causa del órden, con el ahorro de sangre de hermanos, i la prontitud en el restablecimiento de la paz; i en tal concepto, no dudo que dará a las autoridades subalternas las órdenes necesarias para que sean respetadas desde luego aquellas de las disposiciones que no demandan un nuevo acuerdo o acto del congreso o del gobierno.

«Por mi parte, me asiste una verdadera satisfaccion de haber podido terminar la campaña de que fuí encargado, con un acto en que la benignidad del gobierno i de sus ajentes va a curar las heridas profundas que la anarquia habia causado al pais, única solucion, por otra parte, que es posible tengan las guerras entre hermanos.

«Dios guarde a US.

Manuel Búlnes.»

Al señor ministro de Estado en el departamento de la guerra.

respeto i cautela sus conquistadores, se marchaban hácia los pueblos de donde habian partido, haciendo salvas a la libertad i quemando sus últimos cartuchos sobre el sitio maldito en que se habia sepultado la honra de sus banderas i el poderío de la revolucion.

«Inmensa fué la algazara de la tropa (dice uno de los oficiales que presenció aquel estraordinario i casi sublime espectáculo), al dirijirse a sus hogares llevando consigo sus armas i la gloria de sus triunfos. Ellos creian que no se habia capitulado. Unos disparaban sus fusiles i los otros victoreaban a Cruz con el orgullo de vencedores» (1).

Solo cuando ya se habian adelantado alguna distancia hácia el sud los cuerpos rebeldes, i particularmente el leal i valeroso *Guía*, que era el representante mas jenuino del pueblo, hacinaron sus armas los voluntarios del sud, formando una gran pirámide a un lado del camino i se marcharon a sus hogares......

XV.

Aquel trofeo de armas era (como el que un idéntico caso levantarian en la *Cuesta de Arena* con solo unos pocos dias de posterioridad los invictos defensores de la Serena) la pira de la revolucion sacrificada que el pueblo dejaba en su senda,

(1) *B. Vicuña*—Apuntes citados.

«Los soldados despedazaron las casas de Purapel, incendiaron las cercas inmediatas a las casas que ocupaba el jeneral e hicieron, ántes de salir, un fuego graneado con balas sobre ellas.» *(Diario del coronel Zañartu).*

«Los soldados hacian salvas con balas, i cada cuerpo iba como un castillo, creyéndose libres de ser entregados al enemigo.» *(Diario del secretario Vicuña.)*

como una señal de desventura i de gloria, de enseñanza i de reparacion a la vez, para las jeneraciones que llegarian en pos de los vencedores i de los vencidos, de los leales i de los traidores, proclamando la inmortalidad de los principios que constituyen la esencia del jénero humano i que no perecen jamas en las catástrofes que aflijen a las naciones (1).

(1) «Así se desplomaba, dice don Pedro Felix Vicuña, el verdadero autor de la revolucion política del sur en 1851, en los momentos en que se alejaba, el dia 18 de diciembre, del infausto campo de Purapel (i despues de haber estrechado con efusion la mano del amigo que habia sido el caudillo militar del alzamiento de los pueblos, que fué la consecuencia de aquella); asi se desplomaba *por entonces*, el edificio de nuestra libertad despues de tanta sangre derramada i de tantos penosos sacrificios hechos por obtenerla. Dios quiera no sujetarnos a mas duras pruebas, pero yo no dudo que tendremos que pasarlas aun mas terribles. *No obstante, tantas desgracias van a fructificar entre nosotros, van a separar la mala semilla de nuestra sociedad, a manifestar su venenoso fruto i preparar una revolucion que rejenere nuestra sociedad.*»

EPILOGO.

. . . .
. . . .

I.

Al siguiente dia de haber celebrado los tratados de Purapel, los jenerales que los autorizaron con su firma se separaron por opuestos rumbos, despues de haberse sentado cordialmente a un rústico festin en el campo del que habia sido mas afortunado.

El jeneral Cruz se dirijió a su hacienda de Peñuelas, en cuyas soledades deberia vivir dos lustros completos en el olvido de sus honores i en el silencio de la dignidad.

El jeneral Búlnes marchóse a Santiago, donde el repique de las campanas, las salvas de artillería i los tropeles de jentío que siguen siempre al éxito, batiéndole las manos,

anunciaban en la tarde del mártes 23 de diciembre, dia de la festividad relijiosa de la Victoria, la entrada triunfal del pacificador del sur (1).

II.

Al mismo tiempo, el intendente del Ñuble don José Ignacio García i el jeneral Rondizzoni, nombrado intendente de Concepcion, se dirijian a tomar posesion de sus destinos, el primero al mando de una columna compuesta del batallon Buin i del rejimiento de Cazadores a caballo i llevando el último a sus órdenes el escuadron de Lanceros de Colchagua i el batallon Chacabuco.

García ocupó a Chillan el 19 de diciembre, despues de un aparato de resistencia forjado mas como jactancia que

(1) El jeneral Búlnes partió de Purapel el 18 de diciembre, el 19 llegó a Longomilla, i siendo, sin duda, su intencion dirijirse a Santiago por tierra, se encaminó a Talca donde llegó el dia 20. Pero cambiando repentinamente de resolucion, marchóse por el Maule a Constitucion, donde, a las cuatro de la tarde del dia 21 se embarcó en el vapor *Cazador*, llegando a Valparaiso en la mañana del 22 i a la capital en la tarde del dia siguiente.

Acompañóle en el viaje desde Constitucion a Valparaiso, el secretario jeneral del ejército revolucionario don Pedro Félix Vicuña, a quien se habia dado un salvo-conducto para reunirse a su familia, prohibiéndosele espresamente que regresara a Concepcion. Asi fué que el pueblo de Valparaiso, que se agolpaba al muelle en ansiosas olas en el momento que desembarcaba el jeneral Búlnes junto con aquel ciudadano, residente desde algunos años en ese puerto, recibió las mas encontradas impresiones, i no faltaron entre la muchedumbre crédulas voces que decian: *que el jeneral Búlnes habia venido a hacer la entrega de la silla al secretario del jeneral Cruz, mientras éste se desocupaba de sus quehaceres en el sud....*

como ardid por el intendente Zañartu con las numerosas fuerzas de caballeria que habia reunido (1).

III.

El jeneral Rondizzoni no encontró en su marcha ni aun aquel fútil tropiezo. El 21 de diciembre dirijió un oficio al intendente Tirapegui, haciéndole presente su aproximacion i adjuntándole una copia de los tratados en cuya virtud pedia le hiciese inmediata entrega del mando de la provincia. Contestole aquel funcionario al dia siguiente allanándose a todo, i en consecuencia, el 23 de diciembre tomó el nuevo intendente oficialmente posesion de su destino (2).

(1) He aquí el oficio en que aquel funcionario intimó al coronel García detener su marcha, tal cual existe en el archivo del ministerio de la guerra.

"Chillan, diciembre 18 de 1851.

«Ha sido informada esta intendencia por dos oficiales de ambos ejércitos belijerantes, que se aproxima una fuerza armada con la seguridad de haberse establecido la paz, i no habiéndose avisado oficialmente a este gobierno, se previene al jefe de ella se detenga, pues en el caso contrario me obligará a atacar con 600 hombres que tengo a mis órdenes.

«Dios guarde a U. S.

M. Ramon Zañartu.»

(2) Reproducimos en el Apéndice bajo el núm. 24 interesantes cuatro piezas relativas a este acto, a saber:

1.ª Oficio del coronel Rondizzoni al intendente Tirapegui exijiéndole la entrega del mando de la provincia.

2.ª Contestacion de Tirapegui a aquella nota.

3.ª Circular que este último funcionario dirijió a las autoridades departamentales para que reconociesen al nuevo intendente.

4.ª Oficio del intendente cesante Tirapegui al jeneral Rondizzoni en que le avisa quedar entregado el archivo de la intendencia.

IV.

Aquel mismo dia tenia lugar la entrada triunfal del jeneral Búlnes en Santiago, i por una coincidencia mas singular todavia, cumplianse en esa misma fecha, en que la revolucion del sur tocaba oficialmente a su término, cien dias exactos corridos desde el 13 de setiembre en que se habia iniciado.

V.

Sin embargo, en la mañana del siguiente dia 24 de diciembre, circuló por las calles silenciosas i sombrias de la heroica Concepcion, una hoja suelta en que se publicaban los tratados de Purapel, de cuyo contenido no se habia tenido noticia exacta sino mediante la transcripcion enviada por el intendente Rondizzoni, i junto con anunciar al pueblo el triste desenlace de la contienda, se estampaba en ella estas palabras que son dignas de cubrir la lápida del grande cuanto infortunado alzamiento de los pueblos del sud en 1851.

«La desesperacion, las lágrimas, el luto, la verguenza, i cuanto sacrificio haya costado esta lucha de sangre, sofóquelos el corazon desgarrado por el dolor. Algun dia el patriotismo desinteresado i noble presidirá la causa de la República.

«Si una pérfida i cobarde traicion ha manchado la pureza de nuestros principios políticos, en nombre de la patria, que ayer nos ponia las armas en la mano para defender su libertad, resignémonos al sacrificio que exije el bienestar i la tran-

quilidad comun del pais. La resignacion no es incompatible con la dignidad i la firmeza de nuestras opiniones.

« Respetemos nuestra situacion actual « sino como un bien obtenido a lo ménos como una necesidad a que hemos sido arrastrados. » Así tendremos tambien el derecho de exijir el ser respetados. »

FIN DEL QUINTO TOMO.

APÉNDICE.

Los documentos que pertenecen al presente i anterior volúmen son los siguientes:

1.° Diario de campaña de don Antonio Garcia Reyes, secretario del jeneral en jefe del Ejército Nacional en 1851.

2.° Demostracion de la fuerza con que el Ejército Nacional emprendió su marcha al sud, desde Longomilla el 2 de noviembre de 1851.

3.° Carta del comandante Zañartu a don Ignacio Palma, a propósito de la adhesion de aquel jefe a la candidatura del jeneral Cruz.

4.° Diario de campaña del comandante del batallon Carampangue don Manuel Zañartu.

5.° Memoria del jeneral don José Maria de la Cruz sobre sus operaciones en la Araucanía, en desempeño de la comision que se le confirió, como a jeneral en jefe del ejército del sud, a consecuencia del atentado cometido por los bárbaros con los náufragos del bergantin «Jóven Daniel».

6.° Protesta del capitan del vapor *Arauco*, a consecuencia de la captura de este buque hecha por las autoridades revolucionarias de Concepcion el 13 de setiembre de 1851.

7.° Parte oficial de la asonada de San Felipe ocurrida en la noche del 14 de octubre de 1851.

8.° Escritura de fianza otorgada, en virtud de órdenes de la Intendencia revolucionaria de Concepcion por uno de los partidarios de la administracion Montt, comprometiéndose a no hablar de política.

9.° Correspondencia del coronel Riquelme con el comisario de indíjenas Zúñiga, a consecuencia de la rebelion del último.

10. Revista de comisario pasada al Ejército Nacional en San Cárlos el 12 de noviembre de 1851.

11. Lista nominal i clasificada de los señores oficiales e individuos de tropa que fueron heridos i muertos en la jornada del 19 de noviembre de 1851 en el campo denominado *Monte de Urra*.

12. Título del nombramiento de intendente de la provincia del Maule, conferido por el jeneral Cruz a don Juan Antonio Pando.

13. Oficio del jeneral Búlnes al gobierno jeneral en que dá cuenta de sus operaciones desde la jornada de Monte de Urra hasta su retirada sobre el Maule.

14. Correspondencia cambiada entre los comandantes Silva Chaves i Yañez a propósito de sus operaciones en la batalla de Longomilla.

15. Carta del comandante don Ramon Lara al autor sobre los acontecimientos militares de 1851 i particularmente sobre sus operaciones en la batalla de Longomilla.

16. Cartas de don Tomas Jáuregui i don Joaquin Riquelme esclareciendo la muerte del coronel Martinez en la batalla de Longomilla.

17. Relacion de las fuerzas que mandaba el jeneral

don José Maria de la Cruz en la batalla de Longomilla el 8 de diciembre de 1851.

18. Lista nominal i clasificada de los señores jefes i oficiales del Ejército i de la Guardia Nacional que han sido muertos i heridos en las diversas jornadas que han tenido en el Sur i Norte de la República en la próxima pasada crísis, segun consta por los documentos que obran en el Estado Mayor Jeneral, i por los datos suministrados por el jefe de la division pacificadora del Norte.

19. Esposicion que el coronel don Salvador Puga hace de su conducta militar, desde el dia 8 de diciembre hasta el 19 de este mismo mes.

20. Fragmentos del diario de campaña de don Pedro Félix Vicuña. (Comprende la última semana de la revolucion desde el 8 de diciembre, dia de la batalla de Longomilla, hasta el 16 del mismo en que se firmaron los tratados de Purapel.)

21. Correspondencia del intendente del Ñuble don Ramon Zañartu con don Bernardino Pradel, sobre los acontecimientos posteriores a la batalla de Longomilla.

22. Nota del intendente de Concepcion don Nicolas Tirapegui sobre los recursos pecuniarios colectados en el vecindario de aquella ciudad, i nómina de las señoras que se suscribieron para auxiliar el ejército.

23. Convenio entre el intendente del Maule don Eujenio Necochea i los insurrectos de Cauquenes, para ocupar de nuevo esta plaza.

24. Piezas oficiales relativas a la entrega de la intendencia de Concepcion por las autoridades revolucionarias.

DOCUMENTO NÚM. 1.

DIARIO DE CAMPAÑA DE DON ANTONIO GARCIA REYES, SECRETARIO DEL JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO NACIONAL EN 1851.

(SETIEMBRE).

Dia 19.—*Viérnes.*

En este dia llegó al gobierno la noticia de haber ocurrido una sublevacion en Concepcion. Los intendentes de Talca i Maule, que la comunicaban, se limitaban a dar el hecho en globo, sin trasmitir ningun detalle.

El gobierno llamó desde luego al jeneral Búlnes i le encargó sofocar el movimiento.

El jeneral me pidió por secretario i acepté, sin trepidar, a sus deseos. Don Manuel Antonio Tocornal se ofreció para acompañarme en esta empresa i sus servicios tan espontáneos como importantes, fueron aceptados por el jeneral con satisfaccion.

Todo esto quedó arreglado a medio dia. El presidente i el jeneral salieron a revistar las tropas en el campo de Marte i a su vuelta se comenzó a tratar asiduamente del negocio que se tenia entre manos. No teniéndose noticia alguna individual de lo ocurrido, todas las indicaciones eran jenerales i vagas. Se comprendia la conveniencia de que el jeneral partiese rápidamente al sur.

Todo lo demas era incierto. Esa noche se recorrieron los diversos medios de accion que podian emplearse, i se pulsearon los elementos de que el gobierno podia disponer. Despues de echar miradas en grande por este órden sobre el asunto grave que venia a complicar la situacion de la República, los miembros del gobierno i nosotros nos retiramos dándonos cita para el siguiente dia temprano.

El pueblo se apercibió bien pronto de la noticia; pero su influencia en los ánimos no fué profunda, ni alcanzó a turbar el regocijo de las fiestas nacionales. Por otra parte, despues de los movimientos de la Serena, Santiago i Valparaiso, todos esperaban el de Concepcion.

Dia 20.—Sábado.

El jeneral Búlnes fué nombrado jeneral en jefe de los ejércitos de la República.

Se declaró en estado de asamblea las provincias de Concepcion, Ñuble i Maule.

Se dió órden de preparar inmediatamente municiones en número de 50,000 tiros a bala para toda armas, 1,000 fusiles, 1,000 sables, 300 tercerolas i otros artículos correlativos, para que todas marchasen a disposicion del jeneral.

Se pasó a éste la lista de los oficiales residentes en Santiago para que elijiese los que queria llevar consigo. En consecuencia, se nombraron para ayudantes suyos a los tenientes coroneles don Antonio Videla Guzman i don Victor Borgoño, i a los sarjentos mayores don Nicolas José Prieto i don Caupolican de la Plaza.—Por jefe del estado mayor al coronel don José Rondizzoni i por ayudantes al teniente coronel don Antonio Gomez Garfias, al sarjento mayor de guardias nacionales don Pedro N. Campillo i los capitanes del ejército don Agustin Fuenzalida i don Manuel de la Lastra, debiendo ademas ir de agregados a dicho estado mayor el teniente coronel don Juan Torres i el capitan don Eujenio Hidalgo. La comisaría de ejército se puso a cargo del administrador

jubilado don Francisco Vieytes, cuya caja se dotó con 40,000 pesos. Se nombró a si mismo capellan i cirujano i se dieron otras disposiciones para completar los preparativos de la organizacion del ejército i de la marcha.

Se acordó que el Chacabuco marchase al sur i que se formase un nuevo batallon sobre las bases de las dos compañias de este cuerpo que estaban en Valparaiso i un escuadron de lanceros en Colchagua cuyo mando se dió al teniente coronel Yañez.

El jeneral dirijió diversas cartas en sentido conveniente al jeneral Viel, al intendente del Ñuble don José Ignacio Garcia, al coronel de Cazadores don Juan Manuel Jarpa i otros individuos del sur, con cuya adhesion contaba a fin de prepararlos para que lo ayudasen en su empresa. Fué grande la actividad que desplegó durante todo el dia para disponer lo conveniente a su marcha. Todo a su alrededor estaba en movimiento, i atendia simultáneamente a la organizacion del ejército, su provision de armamento i municiones, la correspondencia, la combinacion de planes, de operaciones militares i diversas providencias en el órden político.

Varios emisarios fueron despachados por el jeneral hácia el sur para que inspeccionasen personalmente el estado de las fuerzas revolucionarias i fieles, para que se informasen del estado de la opinion i diesen recados verbales i prevenciones del mismo jénero a diversos capitanes i personas influyentes en la frontera i en las provincias del sud.

El jeneral pidió por escolta 50 Granaderos que desde luego se pusieron en marcha bajo la conducta del teniente coronel don José Tomas Yavar, del capitan don Manuel Baquedano, del teniente San Martin i del alferez Valdez.

No se recibió durante este dia noticia del sur.

En el público no se notaba inquietud. Las jentes acudian a las fiestas públicas sin retraimiento. Ninguna voz se dejó oir en favor de la revolucion i la ciudad estuvo de noche en tranquilidad perfecta.

Entre las providencias acordadas por el gobierno, fué una auto-

rizacion al comisario de ejército para descontar obligaciones de diezmos, pagarees de aduana i otras contribuciones para levantar fondos i librar contra la tesoreria jeneral, todo bajo las instrucciones del jeneral en jefe.

Yo me preparé para el viaje i encomendé mis pleitos a mi amigo don Francisco de B. Egaiguren.

Dia 21.—Domingo.

A las seis de la mañana se puso en marcha la escolta de Granaderos.

El gobierno recibió comunicaciones de Chillan anunciándole que la revolucion de Concepcion habia estallado en la noche del 13 al 14 de setiembre, apoyada por el batallon cívico i la brigada de artilleria veterana de Talcahuano, i acaudillada por don Pedro Félix Vicuña i el jeneral Baquedano. Entre esas comunicaciones venia una del jeneral Viel datada el 16 en los Anjeles i segun la qué, este jefe habia ordenado que el gobernador del departamento coronel don Manuel Riquelme saliese a Chillan con el escuadron de Cazadores que ahí habia i las milicias de caballeria del departamento que pudiese reunir, miéntras tanto él se dirijia con tres compañias del Carampangue sobre Rere para espiar los movimientos de los insurrectos.

El jeneral completó sus órdenes sobre aprestos de marcha i conferenció con el presidente i los ministros sobre las operaciones que debia practicar en la pacificacion del sur.

El presidente nos hizo especial encargo a Tocornal i a mí de que cuidásemos empeñosamente de informarnos de las necesidades de los pueblos que visitásemos en la marcha, i le pasásemos formulados los proyectos de decreto que nos pareciesen convenientes, ofreciéndonos desde luego que serian acojidos i ejecutados empeñosamente. Tambien nos encargó que regularizásemos en lo posible la administracion i diésemos informe detallado de todo lo que debiese estar en su noticia, requiriéndonos mui especialmente que procurásemos desarmar las injustas preven-

ciones políticas que se tenian por algunos, e inspirar confianza en las intenciones del gobierno.

Salimos de Santiago a las dos i media de la tarde, yendo en carruaje toda la comitiva del jeneral. A las siete arribamos a la hacienda de Enós en donde debíamos alojar aquella noche.

En la noche se ordenó al mayor Plaza que se adelantase hasta Rengo a procurar el énganche de voluntarios para el escuadron lanceros de Colchagua que debia formar en esta provincia el teniente coronel Yañez.

El teniente coronel Silva Chaves se presentó a dar cüenta del estado del batallon Chacabuco que comandaba. El cuerpo inspiraba confianza a aquel jefe, i constaba como 220 plazas. Está listo para continuar su marcha al sur la que deberá emprenderse el 22 o 23.

Redacté una proclama del jeneral a los pueblos de la República.

Se escribió a Santiago haciendo varias prevenciones i entre ellas las de que se completase la oficialidad del Chacabuco que era mui reducida.

El jeneral habló con varios soldados de la comitva, con don Alejo Calvo i otros individuos a efecto de ir completando su caudal de informes sobre los cuerpos militares i personas que debia manejar.

Tambien se recibieron notas del intendente de Talca que esplicaba lo ocurrido en la villa de Molina, sobre cuyo acontecimiento el gobierno habia recibido vagos informes en la noche del 20. Yendo a la capital los reos don Nemecio Antunes, cura don Domingo Mendes i don Roberto Souper, acusados de complicidad en la revolucion del 20 de abril, los inquilinos del primero salieron al encuentro de la partida que los conducia en su hacienda de Quechereguas, i lo pusieron en libertad con sus compañeros el 18 de este mes. En seguida la turba de inquilinos i vecinos del pueblo de Molina invadieron con amenazas la casa del gobernador Maturana, i proclamaron en su lugar a Iturriaga. Mas el go-

bernador de Curicó acudió con fuerzas i restableció el órden viniendo en su auxilio los cívicos de Talca i de San Fernando.

Dia 22.—Lúnes.

Salimos de Enós a las nueve de la mañana, i habiendo hecho alto a medio dia en la hacienda del Mostazar, casas de don Eduardo Cuevas, arribamos a Rancagua a las seis. En el camino encontramos apostadas partidas de cívicos de cinco soldados i a distancia de tres o cuatro leguas cada una. El objeto con que se les habia colocado allí era aprehender los pasajeros sospechosos, i especialmente la correspondencia que no fuese con pasaporte del gobernador. Debian ademas prestar ausilio a los espresos que fuesen enviados por las autoridades, uno de los cuales en las noches precedentes habia sido asaltado i herido en la Angostura. Hablamos con los cabos que comandaban una o dos de estas partidas i vinimos en conocimiento de que el servicio se hacia mui mal por ser incompetentes los individuos empleados en él para aquella delicada comision. Ellos no conocen los pasajeros ni saben cual es sospechoso o nó, i a la menor dificultad que se les presente, verdadera o forjada de intencion, se confunden i consienten lo que no debian permitir. Vale mas poner pocas partidas al mando de oficiales capaces en los puntos del camino que son de necesario tránsito.

En Rancagua esperaban al jeneral dos escuadrones numerosos en su fuerza, pero con mala oficialidad, i pésimamente armados i eso en parte, i ademas el batallon cívico, esto es, aquella parte de el que se mantenia en Rancagua, pues la otra habia sido remitida a Santiago con motivo de la sublevacion del Chacabuco. A la entrada de la calle principal estaba preparado un arco, i flores fueron tiradas al jeneral i su comitiva. El aspecto jeneral de las jentes del pueblo parecia favorable, i manifestábase en ellas el interes que les inspiraba la causa de que íbamos encargados. El gobernador don José Hermójenes de los Alamos, jóven lleno de entusiasmo i de bondad, patriota sincero i de carác-

ter benévolo, nos recibió obsequiosamente i con él algunos cuantos vecinos. Encontramos en Rancagua la escolta de Granaderos.

Llegó un espreso del sur, i como el jeneral llevaba autorizacion para abrir la correspondencia oficial, rompimos el paquete. Contenia comunicaciones del intendente de Talca en que daba acta de las ocurrencias de Molina, de Linares i el Parral. En Linares don Joaquin Riquelme i don Santos Toro al frente de una partida como de 80 hombres intentaron amagar la poblacion el dia 18, pero viendo la disposicion en que el gobernador don Andres de la Cruz estaba para resistirle, desistieron de su intento i se marcharon al Parral. El 19 el coronel don Domingo Urrutia se presentó al frente de este pueblo, acompañado de los sobredichos Riquelme, Toro i otros vecinos de su parcialidad como los Arces, Oses etc., formando una partida como de 200 hombres, invadió la poblacion i atacó al gobernador don Santiago Urrutia que con 40 cívicos se hizo fuerte en el cuartel, sosteniendo el fuego de los sublevados por espacio de hora i media. Al cabo de este tiempo los sublevados se retiraron con pérdida de un hombre i llevando varios heridos i pasaron el Itata, en via de Concepcion, yendo en número como de 100 hombres. El intendente de Talca comunica que sofocado el movimiento de Molina por las fuerzas combinadas de Talca, Curicó i San Fernando, los reos Souper i Mendez, habian pasado al oriente de Talca en la tarde del 20 a la cabeza de 25 hombres armados de tercerolas i sables, habiendo sufrido una considerable desercion durante el camino. Se suponia que intentasen pasar el Maule para reunirse con Urrutia.

El gobierno habia remitido al gobernador de Rancagua tres mil pesos para la compra de caballos. Se encargó a aquel funcionario que activase sus dilijencias a este respecto, i en efecto se tomaron desde luego fijándose para la compra el precio de una onza a treinta pesos por animal.

Hubo dificultad para reunir las mulas necesarias para la marcha de la comitiva, por no haberse prevenido a tiempo la necesidad que de ellas habia.

El gobernador pedia con encarecimiento armamento para los cuerpos cívicos.

De todo lo ocurrido di noticia al gobierno en carta dirijida al ministro del Interior.

Dia 23.—Mártes.

Saliendo de Rancagua a las nueve llegamos a Rengo en donde el gobernador nos recibió a la cabeza de un lucido acompañamiento de treinta vecinos i nos obsequió con buena mesa. El aspecto jeneral del pueblo era favorable, i entre los vecinos se notaban algunos mui decididos i entusiastas. Se nos informó que en el pueblo, no en el departamento, habia oposicion, acaudillándola Lavarca, Madriaga i Rivas, hombres de influencia i fortuna. Mientras estuvimos hubo una reyerta por motivos políticos en que salió herido el ministerial. Algunos particulares se presentaron de voluntarios a tomar servicio.

El jeneral dió órden al comisario para que entregase al teniente de ministros dos mil pesos que debia tener a disposicion del gobernador para la compra de caballos.

Ordenó levantar bandera de enganche, ordenando al mayor Yañez que se situase en el pueblo para formar su escuadron.

Dispuso asi mismo que el batallon de Rengo que habia marchado a San Fernando a reemplazar la fuerza que de este pueblo habia espedicionado sobre Molina, lo siguiese en su marcha al sur.

El gobernador Lavin (don Antonio) se mostró entusiasta, activo, decidido e intelijente a satisfaccion del jeneral.

Recibimos en Rengo un espreso del sur. El intendente del Maule anuncia con fecha 21 que el coronel Urrutia estaba en los Cardos i que era probable intentase un nuevo ataque sobre el Parral. El del Ñuble comunica que el coronel Riquelme que habiá salido de los Anjeles con un escuadron de cazadores i otro de milicias habia sido batido en su primer alojamiento.

Salimos de Rengo llenos de incertidumbre por este aconteci-

miento que dejaba entender la sublevacion del Carampangue. Hasta este momento no teniamos noticia de la defeccion de ninguna fuerza veterana, con escepcion de la brigada de artillería.

En Pelequen recibimos nuevas comunicaciones de Chillan que arrojaban alguna luz aunque siniestra sobre aquel suceso. Se decia que efectivamente el Carampangue habia atacado la columna de Riquelme i batídola a poca distancia de los Anjeles. No se tenia parte de Riquelme ni conocimiento exacto de la pérdida que hubiese sufrido.

El intendente se mostraba inquieto por su silencio i su demora en reunírsele. Pero lo mas grave que ocurria era la defeccion del jeneral Viel que se pintaba como mui probable. Se habia marchado a Rere solo sin el Carampangue, i sin comunicar a los demas jefes órden ninguna respecto de las operaciones que debian practicar. Una carta que habia dirijido al coronel García tenia por único objeto pedirle razon de la fuerza con que contaba. El Carampangue se habia sublevado a sus ojos i no daba parte de este acontecimiento. El mismo propio traia de Concepcion a donde habia marchado llevando por órden del gobierno la noticia de la sublevacion del Chacabuco, algunas proclamas del intendente de los sublevados, don Pedro Félix Vicuña i del jeneral Baquedano, asi como una nota oficial del primero al jeneral Búlnes. En las proclamas anunciaba Vicuña que el jeneral habia aceptado la revolucion, aunque por delicadeza no tomaria parte en ella, i en su nota espresaba que se habia pronunciado el escuadron de Cazadores que acompañaba a Riquelme, asi como el Carampangue i que aquel jefe habia sido mandado preso a Concepcion. Se decia intérprete de los sentimientos del jeneral Cruz, anunciando que los propósitos de la revolucion era que se convocase un congreso jeneral que reorganizase la República. Dice contar con 9000 hombres de los cuales 4000 estarian sobre Talca perfectamente armados i equipados dentro de quince dias. La nota tiene fecha 18 de setiembre. La indigna falsía de esta nota era demasiado grosera para que pudiese surtir efecto. Sabíamos positiva-

mente que Riquelme habia sido atacado cerca de los Anjeles en la noche del 18, i por consiguiente la noticia de este suceso no pudo estar en Concepcion el mismo dia desfigurada.

Llegamos a San Fernando a las oraciones. Dos escuadrones de caballería, dos compañías del batallon de Rengo i otras dos del de San Fernando, nos aguardaban a la entrada con el intendente i un buen cortejo de vecinos. En el pueblo las mismas manifestaciones hechas por los anteriores. Varios amigos se acercaron a hablarnos sobre el estado político de la provincia. Decian que algunos opositores declarados, entre ellos don Ramon Rencoret, recorrian las calles esparciendo noticias alarmantes ; la hacienda de mi padre habia sido atacada la noche que se retiró de ella para salir a recibirme a San Fernando. Síntomas desagradables se dejaban sentir. El intendente no mostraba vigor para reprimir los ajitadores, i los amigos no se contaban del todo seguros. Ellos pedian que se les diese armas para mantener en torno suyo algunos piquetes de sirvientes, que sirviesen para resguardo personal i para cuidar del órden en los campos.

El intendente no mostraba temor por el órden i respondia de la provincia. Tocornal se encargó de arreglar este punto i conferenció con unos i otros, resultando de esta dilijencia que convendria que don Julian Riesco viniese en calidad de amigo i colaborador del intendente, que se pidiesen al gobierno armamento i útiles de guerra i que se trazase por él la conducta política que en las circunstancias se debian guardar las autoridades subalternas. Las compañías de Rancagua, fuertes de 116 plazas a las órdenes del capitan Marquez, estaban listas para marchar a las órdenes del jeneral. Se dispuso pues que lo siguiesen a Talca, i como carecia de armamento i de vestuario, se le dió interinamente el uniforme del de San Fernando. Se pidió al E. M. una razon de las tropas cívicas i su armamento desde Rancagua a Concepcion. Se escribió a Santiago dando cuenta de lo que pasaba, i pidiendo la pronta remesa de 1,000 sables i 1,000 fusiles, recomendando como necesario el envio del Buin,

i previniendo que el Chacabuco, o sea el número 4, se alistase cuanto antes para marchar a la grupa. Se recomendó la compra de un vapor que pudiese entrar al Maule, i proporcionase al ejército los recursos marítimos. Estando agotados los fondos de las tenencias de ministros, principalmente en San Fernando, se pidió empeñosamente que se revisen sus cuentas. Se llamó la atencion del gobierno al arreglo de las postas de cuyo buen servicio dependia en gran parte la celeridad i oportunidad de las operaciones. El jeneral dirijió diversas cartas a Garcia, Riquelme, Jarpa, Viel i otros individuos del sur, pidiéndoles informes i cooperacion.

Dia 24.—Miércoles.

Se recibieron por la mañana comunicaciones del sur cuyo sustancial contenido era que el coronel Riquelme habia escapado sin novedad del ataque del Carampangue i se preparaba para entrar en Chillan, con el tercer escuadron de Cazadores i las milicias que pudiese reunir. Aquel jefe, al paso que recomendaba la fidelidad del benemérito sarjento mayor de Cazadores, Venegas, espresaba fuertes sospechas contra el jeneral Viel, que contra lo convenido con él habia puesto de gobernador de la Laja a don Ignacio Molina i de comandante de armas del departamento al mayor del Carampangue Urízar, ambos declarados opositores, i negado municiones a los Cazadores i tropa que con Riquelme salia, no obstante la seguridad que se tenia de que debian ser atacados en su marcha.

En Chimbarongo se recibió nueva correspondencia. El jeneral Viel desde Rere con fecha 19 escribe al ministro del Interior repeliendo con indignacion la sospecha de traicion que se habia hecho recaer sobre él i remitiendo copia de la ácre correspondencia dirijida al intendente revolucionario de Concepcion don Pedro Félix Vicuña por haber dado lugar con sus proclamas falaces a esa imputacion. Le asegura que hará todo lo posible para sofocar la revolucion. El mismo jefe escribe al intendente del

Ñuble anunciándole que tiene 200 cívicos de infantería i el tercer escuadron de la Laja al mando de don Luis José Benavente, con cuyas fuerzas se replega a Chillan. El intendente en sus comunicaciones al gobierno restituye su confianza al jeneral Viel, le participa el exelente estado moral de la tropa que está a sus órdenes, el restablecimiento de la tranquilidad en los ánimos de los vecinos, habiéndose disipado la voz corrida de invasion de indios, pide armamento i fondos. Las fuerzas de que contaba su division eran, artilleros 6, cazadores 50, inválidos hábiles 30, compañía del Yungai 100, batallon cívico 400, compañía de San Carlos 130; total 716. El coronel Riquelme habia alojado en Tucapel el 19 i debia arribar a Chillan el 21. El intendente de Talca con fecha 22 anuncia que por el oficial Padilla sabe que el jeneral Cruz se pondrá al frente de la revolucion. Esta correspondencia, cuyo contenido vivificó al jeneral i su comitiva, se hizo marchar rápidamente a Santiago. Si su contenido era exacto, la revolucion debia darse por concluida.

Arribamos a Curicó por la tarde. Recibimos las mismas demostraciones que en los anteriores pueblos. Estaba preparado un baile a que se nos invitó. Este pueblo está siempre dividido por hondos resentimientos que dividen a los vecinos en bandos rivales. El que dirije don Javier Muñoz i don José Maria Labbé es reputado jeneralmente por desafecto al gobierno i se le acusa de intrigar sordamente en favor de la oposicion; Muñoz estaba arrestado en su casa por ser allí donde se reunian en tertulia los opositores conocidos del departamento. El jeneral que tenia antiguas relaciones con los individuos de este bando, los amonestó empeñosamente, empeñándolos en sostener la causa del órden. Muñoz fué puesto en libertad por influencia suya, i reiteradas protestas de adhesion correspondieron a estas demostraciones. Tocornal obró en el mismo sentido con los miembros de uno i otro bando, i en consecuencia, todos ellos recibieron el encargo de solicitar empeñosamente la compra de caballos para el ejército, para cuyo objeto se destinaron tres mil pesos El mayor Plaza fué comisio-

nado para procurar enganches en Curicó i en los demas departamentos que debia recorrer sucesivamente con este fin. Este oficial es intelijente, activo, tiene amor al servicio i mucho pundonor, es uno de los mejores oficiales que vienen en la comitiva.

El gobernador don José Domingo Fuenzalida, cuyas facultades mentales i vigor de carácter no rayan mui en alto, no despertaba, sin embargo, prevensiones odiosas en el pueblo, i ayudaba con la decision de que era capaz a la causa del órden.

Dia 25.—*Juéves.*

Despedidos de Curicó, atravesamos el Lontué i entramos a la hacienda de Quechereguas. Allí estaba alojada la division de San Fernando a las órdenes del coronel Porras compuesta de 100 hombres de infantería i 50 de caballería. Esta fuerza que se habia ocupado en los dias precedentes de hacer pesquizas en las haciendas vecinas, no tenia ya objeto allí. El jeneral ordenó suspender el acantonamiento dirijiendo la infantería a Talca i la caballería al pueblo de su procedencia. Ordenó que se devolviesen a la hacienda los caballos que se habian tomado de allí, i se diese recibo de las reces consumidas por la tropa. Por la fuga del propietario don Nemecio Antunes i de su mayordomo, complicado en el motin de dias anteriores, la hacienda habia quedado acéfala, i con este motivo el gobernador departamental don Luis Urzúa, habia constituido en ella un administrador oficial desde el dia anterior, el cual se estaba haciendo cargo de las especies que se encontraban. El jeneral se mostró fuertemente impresionado por este procedimiento, tanto mas cuanto que el gobernador habia rehusado consentir a un amigo del prófugo, don Joaquin Pinto, que entrase a poner reparo en sus intereses. Se hizo entender al gobernador que no estaba en las atribuciones de la autoridad pública nombrar administradores de las propiedades particulares, i que debia limitar su protector a ellas libertándolos de los asaltos de terceros, i de cualquier otro hecho criminal que la lei prohibiese. Habiendo espuesto el

gobernador que habia rehusado aceptar los servicios de Pinto, por ser éste un opositor capaz de convertir en perjuicio del órden público los elementos que la hacienda contenia, se le previno que en tal caso espiase sus operaciones, i en último caso le prohibiese estar en la hacienda i sus inmediaciones. Por lo que respecta al estado político del pueblo, el gobernador informó de que todo él estaba convenido i predispuesto al desórden. Antunes i el cura Mendes habian logrado mover la turba, i con ella se habian lanzado contra el gobernador Maturana, quien en la fuga se habia fracturado una pierna i en este estado habia sido conducido violentamente fuera de su casa, hecho que mereció la compasion de uno de los vecinos que lo recojió en la suya. A su juicio era menester ejecutar una severa reprension para conservar la tranquilidad pública, escarmentando a los fautores i cómplices del motin. El gobernador es hombre de carácter i está desencantado de las esperanzas que algunos ponen en los medios pacíficos i conciliatorios para aquietar un pueblo revolucionario. A fé que tiene razon. El jeneral, que no comprende este sistema, i es exesivamente opuesto a todo procedimiento vigoroso i decidido en política, aconsejó que la responsabilidad del cometido se hechase sobre pocas cabezas, que se llamase por bando a los prófugos para que volviesen a sus hogares i labores i se desarmase el aparato de persecucion que pudiera existir. Estaba allí formando el sumario de lo ocurrido el mayor don Eduardo Gutike, persona bastante intelijente i capaz. Se habian puesto en libertad todos los individuos que fueron tomados por las fuerzas de Curicó en el patio de las casas, i solo existian en prision 11 o 12 de los opositores mas culpables en la ajitacion i ataque del gobernador departamental. Habian como 15 prófugos, sin contar los que formaban la partida de don Roberto Souper. Por su parte el gobernador habia ofrecido indulto a los que se presentasen a la autoridad i entregasen las armas en un término prefijado. Evacuadas las providencias que pedian las cosas de Quechereguas, nos pusimos en marcha, siendo bien notoria la

indiferencia i aun la descortesia con que los vecinos de Molina vieron pasar al jeneral i su comitiva.

En Camarico encontramos a don Salvador Palma uno de los principales amigos políticos de Concepcion que marchaba a Santiago. Por él recibimos informes verbales i correspondencia de fecha reciente. Las sospechas contra el jeneral Viel volvieron a renacer. Este jefe no se habia replegado a Chillan ni remitido a aquel canton fuerza de ninguna especie; asegura que el Carampangue permanece fiel a sus deberes, no obstante el ataque dado a los Cazadores por el mayor Urizar, cuyo hecho califica de sambardo; anuncia que el comandante del cuerpo, Zañartu, viniendo de Arauco estuvo con él en Rere el 21, i pasó a los Anjeles en la mañana del 22 a donde lo seguiria el mismo Viel para contribuir a evitar todo movimiento del Carampangue, sin cuyo ausilio las tropas de Concepcion son insignificantes. En la misma carta espresa que el Carampangue estaba dividido en esta forma, 3 compañias en los Anjeles, otra, la de granaderos, en Arauco al mando del capitan Molina, otra en Nacimiento i otra en Negrete. Viel anuncia que no está dispuesto a retirarse de la provincia de su mando por no dejarla en acefalia. El intendente del Ñuble, en oficio del 23, anuncia que en la tarde del 21 se le unió en Chillan el tercer escuadron de Cazadores i un escuadron de la Laja, fuerte de 70 plazas al mando del comandante Aguilera. Sin embargo de este ausilio se habia visto obligado a abandonar a Chillan el dia en que data su nota, por cuanto habia recibido por diversos conductos fidedignos la noticia de que el Carampangue i las fuerzas de Concepcion compuestas del batallon cívico de esta plaza, algunos escuadrones de caballeria i una brigada de artilleria, se movian el 21 por diversas vias a atacarlo, i se hallaba falto de artilleria i de municiones. Los sublevados podian engrosarse con los batallones de la Laja, Lautaro i Rere, con 300 hombres de caballeria de Nacimiento que llevó a Concepcion don Eusebio Ruiz, i la partida del coronel Urrutia. La division de Chillan, llevando en su seno las autoridades i los principales vecinos de aquella

ciudad se acuarteló en San Cárlos en la tarde del 23. Estas ocurrencias eran de siniestro agüero. La provincia entera de Concepcion aparecia en armas contra el gobierno, todas las autoridades políticas desde el intendente abajo habian defeccionado, u abandonado cobardemente sus deberes con la sola escepcion del gobernador de la Laja coronel don Manuel Riquelme. Los cuerpos cívicos habian corrido la misma suerte, i de los jefes militares apenas habia uno bastante leal i honrado, el mayor de Cazadores don Vicente Venegas, que desoyese las sujestiones con que se habia intentado corromperlo. El jeneral Cruz, cuyo nombre no habia figurado hasta entonces ostensiblemente en la lista de los revolucionarios, se habia quitado la máscara, escribiendo a Venegas para que se adhiriese al movimiento, segun lo comunicaba reservadamente el intendente del Ñuble. Sobre todo el abandono de Chillan i el retiro de la division que la guarnecia, debia producir un efecto moral de mucha trascendencia en los pueblos. Este paso habia sido prudente supuestos los antecedentes referidos i la defeccion del jeneral Viel. La division podia verse cortada, u obligada a una retirada rápida con tropas cívicas, teniendo rios a su espalda. Por otra parte los revolucionarios hacian tenaz esfuerzo por desmoralizarla, i era menester arrancarla de aquel peligro.

Bajo la influencia de estas impresiones llegamos a Talca a cuyas puertas salieron a recibirnos el intendente don Pedro N. Cruzat i el coronel Letelier. Ninguna de las demostraciones que habíamos recibido en los demas pueblos nos lisonjearon en esta, cuya frialdad correspondia a la falta de prevision en el intendente para proporcionar alojamiento al jeneral i su comitiva.

Dia 26.—Viérnes.

El jeneral no encontró en Talca los individuos que habia enviado al sur con el objeto de tener noticias fidedignas de lo que ocurria. Oficios del intendente del Ñuble datados de San Cárlos el 24, le comunicaban dos noticias diametralmente contrarias.

En el uno se le decia que las fuerzas rebeldes permanecian aun en Concepcion i la Laja i una partida de caballeria en Itata al mando del coronel Urrutia, inaccion que acreditaba su debilidad i su embarazo, al paso que la division de Chillan se mantenia en la mejor disposicion i los departamentos del Ñuble e Itata en completa quietud. En el otro esplicaba los motivos que habian obligado a abandonar a Chillan, que son los mismos que dejamos espuestos, añadiendo que segun informes de amigos, las fuerzas todas del enemigo se movia el 21 a batirlas. Del cuartel establecido en San Cárlos la division retrocedia al Parral para hacer mas dificil la desercion que comenzaba a desmoralizar sus filas. No teniendo el jeneral base alguna para establecer un plan de operaciones, resolvió ponerse en marcha para inspeccionar las cosas por si mismo. Salió, en efecto, pero a poca distancia le alcanzó una comunicacion del gobierno en que le anunciaba que en atencion al curso que la revolucion tomaba en estas provincias habia dado órden de suspender su marcha a la division destinada a sofocar la revolucion de Coquimbo, bajo las órdenes del coronel Garcia, i compuesta del batallon Buin, dos compañias del Chacabuco, la brigada de marina i una de artilleria, esperando que el jeneral resolviese si estas fuerzas eran mas necesarias en el sur. El jeneral contestó afirmativamente, esponiendo que la provincia de Concepcion con sus numerosos i belicosos cuerpos cívicos estaba en completa insurreccion, la del Maule conmovida por algunos de sus principales vecinos i la del Ñuble emigrando. Las fuerzas reunidas en Talca eran 200 milicianos de Colchagua i con ellas reforzadas con el diminuto batallon Chacabuco i el escuadron lanceros de nueva creacion, la fuerza del gobierno no podria luchar con esperanza de buen suceso; pedia por lo menos el Buin i una brigada de artilleria de 6 piezas, 150,000 tiros a balas, 2,000 fusiles, otros tantos sables, 200 carabinas i los demas útiles correspondientes con una caja de 100,000 pesos por lo menos. Recomienda la idea de formar en Talca un ejército capaz no solo de terminar la guerra felizmente sino de im-

pedirla por su fuerza i elementos. Reiteraba su deseo porque el coronel Gana viniese a hacerse cargo del estado mayor del ejército.

El intendente del Ñuble anuncia que habian en su poder unas proclamas del jeneral Cruz a los pueblos en que aceptaba su revolucion i se preparaba a ponerse a su cabeza; esta proclama tenia fecha de 21 de setiembre. Hasta este momento se habia dudado de que aquel jefe, alma verdadera de la revolucion, quisiese sacar la cara i empeñarse ostensiblemente en la contienda. Sin él la revolucion no tenia jefe. Con él la adquiria en una persona de prestijio i de capacidad, i cobraba nuevas i poderosas fuerzas.

Dia 27—Sábado.

El jeneral se puso en marcha hácia la division de Chillan de la cual se supo que continuaba su marcha retrógrada hasta Longaví. Lo acompañaba el coronel Letelier i ayudante Borgoño i 50 granaderos de la escolta.

Ocupé el dia escribiendo al ministro del interior acerca de lo ocurrido en Curicó, Molina i Talca que es en sustancia lo mismo que tenemos espuesto en este diario.

Dia 28—Domingo.

Se recibió de Santiago un oficio en que se espresaba la remesa de armamento i municiones. La paz no habia sido interrumpida en las provincias del centro. La pequeña division que marchaba por tierra a las órdenes del gobernador de Combarbalá Campos Guzman, compuesta de cívicos de Aconcagua i una compañia de granaderos a caballo, se aproximaba a Illapel. En la Serena los amotinados comenzaban a desalentarse i sus preparativos militares no eran fuertes, no obstante haber arribado allí el coronel Arteaga.

Me informé del estado político del pueblo de Talca. La gran mayoria de sus principales vecinos eran adictos al réjimen legal i un buen número, partidarios decididos. Los opositores eran

pocos en número i de escasa importancia. No obstante, en las clases inferiores se hacian sentir síntomas de desórden. Cuando ocurrió el motin popular de Molina, la plebe en Talca se mostró amenazante i fué menester que los hombres de clase se armasen i custodiasen al pueblo en patrullas, obedeciendo a la misma inspiracion que habia criado la guardia de Santiago. El intendente don Pedro Nolasco Cruzat, animado del mejor espíritu, no tenia, sin embargo, la espedicion, ni el ojo firme i certero que demandan las circunstancias presentes, sobre todo en una provincia que es la frontera del gobierno, en donde debe prepararse i organizarse la espedicion que va al sur. Los amigos conocian esta falta de competencia en el intendente, sin embargo de que todos hacian justicia a la bondad de su carácter i a su apego a la lei. El batallon fuerte de 400 plazas, con mal armamento, estaba acuartelado, i su jefe don Santiago Urzua mui acreditado en el pueblo i querido de sus soldados, me aseguró de la exelente disposicion de la oficialidad i tropa. No obstante, asi él como los vecinos i los militares estaban convenidos en que no podria contarse con ellos para la campaña en ninguna funcion de servicio fuera de la ciudad.

Dia 29.—Lúnes.

Escribí a Santiago dando una idea exacta del estado en que se hallaban las cosas. La sublevacion en masa de la provincia de Concepcion, debida en gran parte a la vergonzosa defeccion de las autoridades, el mal estar del Maule i la retirada de la division del Ñuble. El jeneral Viel, vacilante entre su deber i la traicion, empeñado en apagar con testimonios de deferencias una revolucion que se presentaba altiva, desdeñando a los amigos por ganarse a los adversarios, prescindiendo de toda medida segura por embarcarse en las contingencias de las atemperantes, se habia enredado en marchas i contramarchas, i no habia acertado con un solo paso que pudiese ponerlo en la via conveniente. No se sabia de su suerte actual. Tambien se ignoraba la de los coman-

dantes Sepúlveda i Jofré, gobernadores de Lautaro i Rere, asi como la de otros capitanes subalternos, como Zúñiga, comisario pe indios, Salvo, notable tambien por su influencia en ellos, i Zapata que ocupaba la misma línea. Fuertes presunciones habia tambien para creer que el coronel Jarpa de cazadores a caballo habia abandonado su puesto. Por parte de los revolucionarios se hallaban en abierta rebelion los jenerales Cruz i Baquedano, los jefes del Carampangue Zañartu i Urízar, el capitan don Eusebio Ruiz, caudillo de las aguerridas milicias del Nacimiento i otros, entre los cuales se presumia el comandante Vargas. Nada se sabia sobre la posicion del enemigo. Todos los datos adquiridos hacian presumir que se mantuviesen en sus cuarteles de Concepcion i los Anjeles disciplinándose i ensanchando sus fuerzas. Una partida de caballeria destacada sobre el Itata a las órdenes del coronel Urrutia amagaba aquellos lugares con una fuerza de 200 a 300 hombres. El fuego de la revolucion, sin disputa, habia tomado pábulo, i los ánimos de las poblaciones estaban alarmados i constreñidos por ella. Nuestras operaciones no encontraban cooperacion i ayuda espontánea, ni aun mediana con auxilio del dinero. Lo probaba la escacez irremediable de noticias. Todo esto, sin embargo, no era obra de odiosidad sino de la actitud de la revolucion, i de la debilidad de los medios con que se sostenia la causa del gobierno. Las cosas cambiarian de aspecto tan pronto como hubiese un cuerpo de tropa suficiente a disposicion del jeneral, para emprender sobre el enemigo. Entónces el cuartel jeneral se adelantaria a Chillan, se estrecharia el teatro en que obra el enemigo, i se procuraria sofocar ántes que terminar con sangre la revolucion.

Dia 30.—Mártes.

Se pasó este dia sin mas novedad que la de haber circulado las proclamas del jeneral Cruz dirijidas a los pueblos i al ejército. Produjeron alguna impresion en los ánimos, como era de esperarse.

Recibimos correspondencia oficial anunciando el envio de sables, tercerolas, lanzas i municiones de guerra. Remitimos al jeneral la nota, trascribiéndole las noticias de detalle que habíamos recibido de la capital i de los pueblos intermedios. Lo mas importante de estas noticias era que por el vapor *Driver*, salido de Talcahuano el 25, se sabia que el vapor *Arauco* armado con un cañon de a 24 habia salido de Talcahuano el dia anterior con direccion desconocida, que los sublevados tenian como 600 hombres escasos de armamento i que el indicado dia 24 debia salir una parte con direccion a Chillan, la cual seria seguida de otra el 27. Cruz se hallaba enfermo de disenteria. El destino del *Arauco* no era conocido. El *Firefly* habia zarpado a Coquimbo antes que el *Arauco*. En Santiago circulaban las proclamas de Cruz. Alemparte era mirado como el alma de la revolucion del sur. Santiago, Aconcagua i Valparaiso quietos.

Dia 1.º de octubre.—Miércoles.

Recibimos carta del jeneral datada en Longaví el dia anterior. Nos comunica haberse reunido a la division de vanguardia el 29 al otro lado del rio Longaví hácia cuyas casas se dirijia aquella. Constaba de 1,200 hombres, entre los cuales habian 250 veteranos. El entusiasmo que la animaba es todo el que puede desearse, pero no era capaz de resistir las fuerzas rebeldes. Ninguna noticia clara i cierta habia podido conseguir de éstas i no se hallaba en estado de tomar todavia ninguna deliberacion. La caballada estaba en malísimo estado, i pedia con urjencia la que se estaba comprando en Curicó i demas lugares hasta Rancagua. Encargaba que el intendente hiciese reunir las lanchas del Maule al frente de Talca para que estuviesen a disposicion del ejército. Pedia la pronta remision de una parte del armamento que debia llegar. Aconsejaba el bloqueo de Coquimbo. Encargaba fabricar 150,000 tiros de fogueo. Pedia grado de teniente coronel en propiedad para el sarjento mayor Venegas con el mando interino del rejimiento de cazadores a caballo, i el del sarjento mayor

Cantos en propiedad, i el grado de sarjento mayor al capitan del Yungai don José Campos. Comunica la noticia de que el 27 una fuerza al mando de Urrutia se tomó a Quirihue, llevando al gobernador Martinez en calidad de preso e incorporando a su division mas de 100 cívicos entre infanteria i caballeria que en aquel pueblo habian. Martinez, amigo de Urrutia, debe haber traicionado porque se rindió sin resistencia a fuerzas mui inferiores. Trascribimos a Santiago la precedente nota, i escribimos a los gobernadores e intendentes de la carrera, encargándoles que remitiesen con toda la celeridad posible los caballos comprados, haciéndoles herrar préviamente i que en cada espreso diesen acta del número de caballos que compraban o remitian, del estado de los enganchamientos, de las fuerzas militares i pertrechos que pasaban por el territorio de su jurisdiccion i de cualquiera otra ocurrencia que interesase conocer al cuartel jeneral.

Dia 2.—Juéves.

No ocurrió novedad que merezca referirse. Continua la antigua ansiedad por conocer las cosas del sur. Siguen las vanas alarmas de correrias de Urrutia por Quirihue i Cauquenes. Tocornal se resolvió a ir a ver al jeneral para servir en lo que ocurriese i averiguar el fundamento de estas alarmas.

La correspondencia de Santiago nos participa que el 24 de setiembre la division espedicionaria del norte a las órdenes de Campo Guzman i compuesta de dos compañias de infanteria cívica de Aconcagua i una de granaderos a caballo, habia recobrado el pueblo de Illapel, despues de batir i tomar prisionera la division que ocupaba aquel pueblo a las órdenes de los cabecillas don N. Verdugo i don Benjamin Vicuña, los cuales escaparon con pocos mas a favor de sus caballos. A consecuencia de este suceso, una division de 200 hombres a las órdenes del coronel Arteaga, que venia en auxilio de los sublevados de Illapel, habia retrocedido hácia la villa de Ovalle.

Dia 3.—Viérnes.

En la mañana de este dia recibimos correspondencia oficial en que se dice con fecha 30 de setiembre que en virtud de la nota pasada por el jeneral el 24 del mismo se habia ordenado que la division lista en Valparaiso para marchar al norte, viniese a reforzar el ejército del sur. La division se componia del batallon Buin, dos compañias del Chacabuco, la brigada de marina i otra de artilleria. De estos cuerpos, el Buin i la Artilleria a las órdenes del coronel don Manuel Garcia, debian zarpar de Valparaiso el 2 de octubre en la fragata *Chile* i vapor *Cazador*, dirijiéndose la primera al Papudo i el segundo al puerto Constitucion, en donde debia desembarcar la tropa que llevaba a su bordo, i volver al Papudo para tomar la fuerza qne quedaba en la *Chile* i conducirla al puerto de su destino. Por tierra habian marchado a las órdenes del mayor Escala, cuatro piezas de montaña con pertrechos, armamento, i un fondo de 50,000 pesos i debian partir el 1.° de octubre cuatro piezas de batalla en carretas con sus correspondientes pertrechos.

Tocornal se puso en marcha llevando estas comunicaciones, i encontró al jeneral que venia de regreso a Talca, el que, a consecuencia de ellas, repasó el rio para dar nuevas órdenes a la division de vanguardia.

Viendo que a esta fecha debian estar sobre Constitucion el vapor *Cazador*, i que por una mal acordada disposicion del intendente de aquella provincia, la guarnicion cívica del puerto se habia internado para unirse a la division de vanguardia con el gobernador don Leoncio Señoret, interesante por varios respectos en el puerto, que se veia amagado de invasion por partidas sublevadas, acordamos con el jefe del estado mayor enviar a dicho puerto al comandante don Antonio Videla Guzman, a quien se dieron las siguientes instrucciones. Debia marchar por el rio con cautela, a tomar informes sobre la situacion política del puerto. Si los enemigos se hubiesen apoderado de él, debia dar inmediato aviso al cuartel jeneral, i ganar la ribera norte del

rio, procurando adelantarse a la costa i hacer señales al vapor, izando una bandera negra o haciendo arder fogatas para manifestarle que se hallaba en poder de enemigos. El gran temor que nos asistia era que guiado el vapor por siniestras señales de tierra los rebeldes lo hiciesen encallar. Si el puerto se conservaba bajo la obediencia de la autoridad lejítima, debia procurar al vapor todas las seguridades posibles, alejar la tropa, i hacer que se embarcase inmediatamente para navegar rio arriba, a cuyo efecto se pusieron a sus órdenes siete lanchas fletadas por la intendencia de Talca.

El jeneral arribó a esta ciudad a las oraciones, i despues de informarnos en grande del estado de las cosas, i dejar preparados algunos trabajos para el siguiente dia, nos despedimos.

Los oficiales que lo acompañaban me informaron del estraordinario entusiasmo que su presencia produjo en la division de vanguardia, i la actividad con que habia procurado despachar i dar curso a las operaciones de la guerra, en los dias que permaneció cerca de ella. Fui tambien informado por el jeneral de los pormenores ocurridos en los Anjeles en la noche en que se retiró de la plaza el rejimiento de Cazadores. A la singular decision, lealtad i presencia de ánimo del sarjento mayor don Vicente Venegas era debida la salvacion del cuerpo. Él lo sacó casi a despecho del jeneral Viel, hizo que los soldados cargasen con sus monturas, i desfilasen a media noche al frente del Carampangue que estaba desde la tarde en acecho para echarse sobre ella. Logró por fortuna llegar al potrero de Uman donde estaba la caballada aunque en pésimo estado de servicio. Allí fué visitado por el mayor Urizar que procuró seducirlo con promesas de honores i de dinero, hechas a nombre del jeneral Cruz, las cuales el mayor repelió con dignidad, i conociendo que tras de Urizar se aproximaban fuerzas para atacarlo se retiró. Cruz le habia dirijido en seguida empeñadas cartas para atraerlo a sus planes. El jeneral recompensó su lealtad con el grado de teniente coronel efectivo i el mando del rejimiento.

Dia 1.—Sábado.

Vino al cuartel jeneral el intendente del Maule; por él i por varios informes de diferentes personas, se supo que los enemigos se ponian en movimiento con el grueso de sus fuerzas. El gobernador de Cauquenes anunciaba que el coronel Urrutia se hallaba en Lircai a pocas leguas de la poblacion, que hallándose indefensos, él i los vecinos intentaban abandonar el pueblo porque habiéndose acercado el comandante Señoret con la brigada de Constitucion fuerte de 130 plazas, la habia hecho marchar hácia aquella ciudad para guarnecerla. Esta noticia nos manifestó que Señoret i su columna se habian salvado del ataque de Urrutia que se habia susurrado. Se le dió órden para que inmediatamente regresase sobre Constitucion, tomando ante todas cosas las precauciones suficientes para evitar todo encuentro de enemigos, puesto que interesaba sobre manera que llegase íntegro a Constitucion, cuyo punto debia defender a toda costa. Cauquenes quedaba indefenso, es verdad, pero la ocupacion de la ciudad era de poca consecuencia desde el momento que los campos en donde se hallaban los elementos de guerra, quedaban espuestos a las correrias de Urrutia. Se sabia que por Chanco, un vecino, Martinez de Lara, andaba con una partida de rebeldes, i los escuadrones de milicia se hallaban dispersos, sus soldados sujetos a la impresion de temor que inspiraba Urrutia, i no obedecian las órdenes de reunion que daban las autoridades i que los jefes i oficialidad de los mismos escuadrones no se curaban mucho de cumplir. Asi pues toda la parte occidental de la provincia del Maule estaba desguarnecida, i apenas se conservaba débil en Cauquenes el gobernador sostituto del intendente que habia marchado a Linares i que lo era el juez de letras don José Manuel Eguiguren.

Escribimos a Santiago cartas particulares esponiendo el estado de las cosas, i recomendando la pronta venida del coronel Gana. Se hablaba en la intelijencia de que el enemigo emprendia su

marcha hácia las provincias del Maule, sin que nos diera tiempo talvez para organizar a la ribera sur de este rio las fuerzas con que debiamos resistirle. Se dió órden al Chacabuco para que se pusiese en marcha.

En nuestro campo habia ocurrido novedades que no complacieron al jeneral. La division se habia replegado al norte, avandonando su acantonamiento de Longaví para dirijirse a Longomilla lugar situado doce leguas mas acá i distante siete solamente de Talca. Los motivos que dieron lugar a este movimiento fueron: 1.° estar ahí la tropa mal alojada por falta de comodidades: 2.° tener su flanco derecho descubierto a los ataques del enemigo: 3.° comenzarse a sentir una desercion que cundia rápidamente pues en la noche del 2 se habian separado 60 hombres, inconvenientes que se deseaba evitar separando los soldados de los lugares de Chillan, San Carlos i Parral a que pertenecian. Esta operacion tenia el inconveniente de dejar entregados al enemigo nuevos campos, i espuestos los amigos a todas las penalidades que los odios de los enemigos podian hacerles sufrir, a mas de la influencia moral que la retirada produce.

El jeneral mandó recado, por medio del gobernador de Linares, a varios de los vecinos de Concepcion para que se le presentasen.

Llegaron a Talca varios vecinos de Chillan que venian emigrando. Entre èllos estaba el juez de letras Menare, Mieres Alamos, Ojeda i otros.

La correspondencia de Santiago nos anuncia que debian salir de Valparaiso la *Chile* i el *Cazador* conduciendo el Buin i una brigada de 25 artilleros con cuatro obuses. Ambos buques navegarian juntos hasta perder de vista la tierra, i entonces se dirijiria la *Chile* al Papudo, i el *Cazador* a Constitucion, para que desembarcando allí la tropa que conducia, volviese al Papudo para tomar los que llevaba la *Chile* i transportarse al dicho puerto de Constitucion.

Dia 5.—Domingo.

Se descargó en este dia un fuerte temporal que habia comenzado en los dias anteriores i que debia ser mui grande en el sur.

De Constitucion nos llegó aviso de que el pueblo estaba libre, quieto i adherido a la causa. El comandante Videla habia arribado sin novedad. En la tarde del 3 se avistó el vapor del gobierno pero no pudo entrar por lo avanzado del dia. A la noche recibimos nuevas comunicaciones segun las que, aquel buque esperado con tanto ahinco, i objeto de nuestras ansias en los dias anteriores, habia salvado felizmente la Barra, a la una del dia 4 i se dirijia al fondeadero. Dirijimos instrucciones a los ajentes del gobierno en Constitucion. Al gobernador Señoret se le encargaba cuidar especialmente de la entrada i salida del vapor, i convenir con él en señales para el próximo viaje que debia hacer trayendo el resto del batallon Buin, para que sirviesen a éste de gobierno. Segun los casos, debia hacer indicaciones a la division desembarcada sobre su marcha por el rio, alojamiento, provisiones, etc. Se le encomendaba bajo la mas estrecha responsabilidad la defensa del puerto a toda costa, para lo que se le autorizaba a retener una parte del Buin hasta tanto que llegase el refuerzo, con las municiones necesarias. Al comandante Videla se le encargaba hacer lo mismo, ínterin llegaba al puerto el gobernador Señoret, despues de lo que debia regresar al cuartel jeneral. Al jefe de la fuerza desembarcada se le ordenaba ponerse inmediatamente en marcha por el rio, desembarcar en el morro i dirijirse por los potreros bajos de Villavicencio i Vaquería a unirse con la division de vanguardia situada en Longomilla.

Recibimos comunicacion de Santiago en que se nos decia que un vapor de guerra ingles habia aprehendido el *Firefly* en Coquimbo, rescatándolo de los revolucionarios, a los cuales habia exijido 40000 pesos por perjuicios i gastos de captura, los que debian ser pagados a plazos; que mientras estaba en Coquimbo

dicho vapor, habia arribado el *Arauco* con oficiales, i como navegaba en guerra con una patente del jeneral Cruz, que se denominaba jefe supremo del sur, habia sido retenido hasta tanto que el asunto del *Firefly* fué arreglado, el 28 de setiembre.

Llegó al cuartel jeneral una partida de 150 caballos enviados de Curicó i se recibió aviso de que otra partida de igual importancia se preparaba a marchar de Rancagua i otros pueblos.

Vinieron de Concepcion de viaje dos franceses i el correo ordinario despachado por el intendente revolucionario Vicuña. Estaban contestes en referir que un buque del gobierno bloqueaba a Talcahuano i Tomé; que cuando apareció, vinieron de Concepcion con 200 hombres de tropas cívicas a hacer la defensa del puerto; que los castillos estaban armados en estado de batir; que un cuerpo de tropas de Concepcion habia partido para el Gualpen, hacienda del jeneral Cruz, del 26 al 28 de setiembre, que el jeneral Cruz habia estado enfermo de gravedad, que la revolucion era popular en Concepcion i que los jóvenes i las jentes del pueblo mostraban por ella gran entusiasmo.

La correspondencia de Santiago fecha 3 nos anuncia que en aquella ciudad apenas habian quedado 100 hombres veteranos de artillería i caballería. Con todo, sobre la base de la caballería se habia formado un nuevo escuadron de granaderos ya completo, i sobre una compañía del Yungai se habia formado por el sarjento mayor Tocornal el número 3 de línea que contaba con 130 hombres. Sobre la base de dos compañías del Chacabuco se habia mandado levantar otro batallon en Valparaiso. El Buin habia sido elevado a 520 plazas. En Valparaiso habia de dias atras una ajitacion alarmante en la plebe, i a imitacion de Santiago, las personas de clase habian formado ahí la guardia del órden para patrullar la ciudad. En el norte, Campos Guzman se hallaba en Illapel con 200 hombres de caballería i 50 de infantería. En órden a marina el *Cazador* i la *Chile* estaban listos para transportar tropas; el trasporte *Infatigable* armado en guerra, la *Janequeo* en compostura. La *Constitucion* esperando artillería, el *Meteoro*

bloqueando a Talcahuano. El vapor *Arauco* armado en guerra por los sublevados habia salido de Talcahuano el 25 de setiembre e inspiraba recelo.

Dia 6.—Lúnes.

Llegó el parte de Constitucion relativo al arribo del vapor. Venia a las órdenes del comandante Simpson, armado en guerra con seis carronadas por no haber permitido su poca manga, i su cámara alta recibir artillería de grueso calibre. Desde su salida de Valparaiso habia traido a la vista el vapor *Arauco* que se dirijia a Talcahuano. La fuerza de desembarco se componia de 220 hombres del Buin, la flor del cuerpo, con el coronel don Manuel Garcia a su cabeza. Quedando en el puerto 30 hombres con un oficial, el resto debia ponerse en camino el 5 por la ruta designada.

Se ofició al gobierno dándole cuenta del estado de las cosas i los accidentes ocurridos desde el 26 de setiembre en que se le dirijió una comunicacion igual.

Llegó del sur Rufino Alvarez, el mas activo, resuelto e intelijente espia de que nos valemos. Habia recorrido a San Cárlos, Chillan i Concepcion, i dado por resultado los informes siguientes. Que el jeneral Cruz, despues de una enfermedad que lo habia tenido postrado en cama, habia marchado el dia 2 o 3 con direccion a los Anjeles para mover el batallon Carampangue. Que quedaban presos en Concepcion el jeneral Viel, el comandante Sepúlveda i comisario de indios Zúñiga, con otros mas, i entre ellos algunos oficiales del Carampangue por haber intentado hacer una revolucion. Que Chillan estaba por los sublevados, pero sin fuerzas militares todavia; que el coronel Urrutia se hallaba allí, despues de haber ocupado a San Carlos con su columna de 300 hombres indisciplinados i mal armados que condujo desde el departamento de Itata, el cual habia abandonado por ocupar los pueblos del interior. Otro espia que llegó mas tarde confirmaba las mismas noticias con referencia a San Carlos, añadiendo que Urrutia se habia trasladado a este punto.

Dia 7.—Mártes.

La correspondencia de hoi venida de Santiago nos anuncia que los sublevados del norte se habian dirijido al interior abandonando la Serena el 24 de setiembre, a consecuencia del aviso que tuvieron de que se dirijia sobre ellos una espedicion por mar. Su propósito era dirijirse directamente sobre Aconcagua, sublevarla i con las fuerzas cívicas que allí habia, emprender sobre Santiago al que suponian desprovisto de fuerzas veteranas. Traian por jefe a don José Miguel Carrera, que se daba el título de jeneral, bajo cuyas órdenes militaba el coronel don Justo Arteaga, al mando de 4 piezas de artilleria. Se encontraban o debian encontrarse el dia 5 sobre Illapel. El gobierno para hacerles frente, habia ordenado que la division de Campos Guzman se replegase sobre la costa, que la parte del batallon Buin que abordo de la *Chile* se encontraba en el Papudo, desembarcase para unirse con ella, i que se uniesen a estas fuerzas las dos compañias del Chacabuco que guarnecian a Valparaiso.

Tocornal salió con el objeto de encontrar en el morro la columna del Buin i acompañarla en su marcha hasta Longomilla. Este dia así como el anterior nos dejó algunas horas de descanso. Habiendo atendido a todas las ocurrencias que se ofrecian en los diversos lugares sujetos a nuestra inspeccion, habiendo pesado i estimado todas o cada una de las circunstancias en que nos hallábamos e ilustrado en hipotésis los diversos casos que podian ocurrir, no teníamos otra cosa que hacer sino esperar nuevas noticias i nuevos acontecimientos que diesen materia de resolucion.

Dia 8.—Miércoles.

La correspondencia de este dia nos anuncia que habian arribado a Valparaiso los señores Andonaegui, intendente interino de Concepcion, Sotomayor, juez letrado de la misma, i otros individuos, los cuales comunicaban pormenores interesantes a cerca del movimiento. Sotomayor salia a este cuartel jeneral para

informar de ellos al jeneral en jefe. Se miraba como un hecho indudable la indigna defeccion del jeneral Viel.

Se habia nombrado para mandar en jefe la division sobre el norte al coronel don Juan Vidaurre Leal.

Santiago no tenia mas fuerza veterana que una parte del rejimiento de granaderos. El entusiasmo de los vecinos continuaba en el mismo estado que antes; la guardia de Santiago patrullaba todas las noches. En Aconcagua i Valparaiso no se notaba síntoma alguno de gravedad.

A las nueve del dia nos pusimos en marcha con el jeneral en jefe para ir a visitar la division de vanguardia. Arribamos a medio dia al lugar de Longomilla, en donde estaba acampada bajo el mando del coronel don José I. Garcia. La componian los batallones Chillan cívico i Chillan de línea, el rejimiento de Cazadores a caballo i dos escuadrones uno de la Laja i otro del Ñuble, ambos cívicos, a las órdenes de los comandantes Aguilera i Briseño. Visité a algunos de estos cuerpos. El Chillan cívico tenia por comandante al coronel don Clemente Lantaño, militar antiguo que habia servido en la guerra de la independencia bajo la bandera del rei de España, i despues a la República. Pasando ya de los setenta años de edad i casi impedido de accion por la exesiva gordura, venia, sin embargo, al frente de su cuerpo no para mandarlo militarmente sino para estimularlo con su ejemplo personal. Habia soportado el hambre i la lluvia durante la retirada, resistiendo las instancias de su familia i amigos para retirarse de la division en donde sufria la interperie i las penalidades a que todavia estaba sujeto. El batallon habia salido de Chillan con 430 plazas, pero habia perdido por desercion hasta esta fecha 70, cuya mayor parte se separaron en Longaví. El estado de su instruccion no aventajaba al comun de los cuerpos cívicos que estan en buen pié; pero la tropa era buena, i la oficialidad bien dispuesta. El Chillan de línea era una reunion de los piquetes de milicias de San Carlos, Parral i Cauquenes, agregados a la compañia de cazadores del Yungai. Su número total era de 330 plazas

i se hallaba todavia informe, mui atrasado en su instruccion i sin oficialidad competente. Todo estaba a cargo del capitan de la compañia del Yungai don José Campos, jóven oficial que manifestaba exelentes disposiciones para el servicio. Su compañia que servia como de base al cuerpo se hallaba en exelente estado de disciplina. El rejimiento de Cazadores era la verdadera alma de la division. Cuerpo aguerrido, moral, acreditado en las anteriores campañas, era el terror de los sublevados i su nombre gozaba de un inmenso prestijio entre los habitantes de las provincias del sur. Su fidelidad a la causa del órden se debia al sarjento mayor don Vicente Venegas que desoyendo las sujestiones del jeneral Cruz, i no obstante el ejemplo de abandono que daba el jefe del cuerpo coronel don Juan Manuel Jarpa, separándose de él en las circunstancias presentes, i la conducta equívoca i falsa guardada por el jeneral Viel, habia sabido conservarse adherido a sus deberes de militar, i arrancado uno de los escuadrones del rejimiento de la dominacion militar en que se hallaba del batallon Carampangue en los Anjeles. Hombre de 40 años formado en la carrera de las armas, de intelijencia clara, de valor acreditado, me pareció estar destinado a ser un buen jefe de su rejimiento i acaso comandante de las fuerzas de la frontera. De los escuadrones cívicos, que no visité, no se hacia mui alto aprecio en la division. A la cabeza de estas fuerzas se hallaba el coronel don José I. Garcia i coronel don Manuel Riquelme, el primero en calidad de comandante en jefe i el segundo en jefe del detal. Garcia era un oficial de crédito en su arma de caballeria, pero sus circunstancias de valor i pericia militar no rayaban mui alto. Dotado de la suspicacia i penetracion que son las dotes características de los hombres del sur, no gozaba de la respetabilidad i consideraciones que se atribuian al segundo universalmente. El coronel Riquelme era tio carnal del jeneral don Bernardo O'Higgins. Al abrigo de esta division se hallaban varios vecinos de Chillan i Maule comprometidos en la causa. Entendí que habia en el campo buen espíritu marcial, moralidad i union; pero la tropa

estaba con pésimo vestuario i de mal aspecto militar, i los jefes por no usar distintivos i trajes de su profesion, sujerian a primera vista una idea poco favorable de la disciplina que correspondia a un ejército regularizado.

El jeneral se impuso algun tanto de las necesidades de cada cuerpo, i acordó la renovacion del armamento, la formacion de vestuario, la remision de dinero menudo para el pago de los diarios que se suministraba a la tropa, i principalmente la promocion a oficiales de varios sarjentos que se habian distinguido por su moralidad i servicio. Apreciando con los jefes de la division las fuerzas con que podria espedicionar el enemigo mas acá del Itata, llegó a convenirse en las indicaciones que sobre el particular hizo el coronel Riquelme, como el mas conocedor i capaz de formar juicio sobre la materia. Segun ellas, el jeneral Cruz podia contar con la fuerza siguiente:

Artillería		50
Infantería.		
Carampangue	400	
Batallon de Lautaro	100	
Id. de Concepcion	200	
Id. de Rere	100	
Id. de la Laja	200	
Id. de Chillan	150	— 1150
Caballería.		
Escuadron de Lautaro	600	
Id. de la Laja	500	
Id. de Rere	400	— 1500
Total		2700

El Carampangue cuenta de 60 a 70 hombres aguerridos que hicieron la campaña del Perú; el resto se halla en un estado mui aventajado de disciplina. Las caballerias de Lautaro i Rere son

aguerridas en encuentro de indios ; pero parece difícil que puedan reunir los caballos que necesitan para su marcha i batalla. Era claro que la division del gobierno en Longomilla, no podia hacer frente al enemigo, i que necesitaba de un mui poderoso auxilio para ponerse en accion.

Dia 9.—Juéves.

Volviendo de regreso a Talca por los hermosos paisajes que presentan las riberas de Longomilla i de Maule, encontramos pasajeros que confirmaban la noticia ya recibida del jeneral entusiasmo con que los vecinos de la provincia de Concepcion habian abrazado la causa del jeneral Cruz. Recibimos tambien correspondencia de Santiago en que se decia que la reunion de las fuerzas que debian componer el ejército del norte habia tenido lugar en la hacienda de Quilimari, i que los sublevados habian entrado a Illapel.

Habia llegado a Talca el Juez Letrado de Concepcion don Rafael Sotomayor, quien informó prolijamente al jeneral de los detalles del movimiento revolucionario i otros datos. Supe por él que en la noche del 13 de setiembre el jeneral Baquedano se habia dirijido a Talcahuano, en donde el capitan de fragata don Pedro Angulo se acababa de apoderar del vapor *Arauco*, que venia de Valparaiso trayendo veinte i dos mil pesos para el ejército. Regresó a Concepcion en donde la brigada de artillería se sublevó, colocándose bajo sus órdenes. Inmediatamente se pusieron centinelas en la casa del intendente sostituto Andonaegui i de los principales amigos del gobierno, Barriga, Palma, Solar, Sotomayor, Novoa, Varas, Castellon i otros. Al venir el dia, la brigada ocupó la plaza, concurrió a ella el batallon cívico i pueblo i quedaron instaladas las autoridades rebeldes mediante el acta que se levantó al efecto. Los aprehendidos fueron puestos en libertad pocos dias despues i se les permitió salir de la provincia. Confirmaba los demas hechos de que estábamos en posesion.

En este dia las compañías del Buin que vinieron por Constitucion llegaron al campamento de Longomilla, en donde fueron saludadas con demostraciones de sincero interes. Aquel jefe era una adquisicion que hacia el ejército de notable importancia por el crédito que le habian granjeado su valor, su pericia militar i su decision por la causa del órden.

Tocornal regresó a Talca. La brigada de artillería i los pertrechos que con ella venian llegó a Talca en la mañana de este dia: la forman 30 artilleros que conducen 4 obuses, viene a las órdenes del sarjento mayor don Erasmo Escala. Tras ella vienen 4 piezas de batalla.

La correspondencia de Santiago fecha 7 anuncia que los sublevados de Coquimbo en número de mas de 800 hombres, la mayor parte de infantería i cuatro piezas de artillería habia ocupado a Illapel el 5. Vienen a las órdenes de don José Miguel Carrera con el título de jeneral, quien trae de 2.º jefe a don Nicolas Munizaga, con el grado de coronel, al mando de la artillería el coronel Arteaga, i jefes de cuerpo Martinez, Salcedo i Zepeda. La division de Campos Guzman se habia retirado a la costa del departamento de la Ligua, en donde debia reunírseles las fuerzas de línea i cívica que el gobierno mandaba en su auxilio. La provincia de Atacama habia dado un testimonio brillante de civismo. Teniendo noticia de la sublevacion de la Serena, los vecinos erogaron fuertes cantidades con las que habilitaron para la marcha el escuadron veterano de Cazadores que estaba de guarnicion en las minas, levantaron otros dos escuadrones mas, compuestos el uno de atacameños i el otro de arjentinos emigrados, con una fuerza total que pasaba de 300 hombres. Los soldados fueron enganchados a onza i ganaban un peso diario, los caballos no importaban menos de cuatro onzas. Esta columna se puso a las órdenes del teniente coronel Prieto del rejimiento de Cazadores. En Santiago corrian incesantemente proclamas incendiarias i boletines de falsas noticias dados por la oposicion que tenian consternado al pueblo. Se corria la voz de una intentona; pero el gobierno se

habia preparado para ella elevando a 1,000 hombres el cuerpo de policia rejimentado militarmente. En Valparaiso habia estallado una asonada i ocurrido disturbios los dos dias 5 i 6 que el pueblo permaneció desguarnecido por la salida de las dos compañias de Chacabuco a unirse a la division de Campos Guzman. Se hizo marchar a aquel punto al batallon número 3 de línea, cuyo respeto contuvo el desórden.

Dia 10.—Viérnes.

En este dia entró el batallon Chacabuco al mando de su comandante don José Maria Silva Chaves. Trae poco mas de 300 plazas, de las cuales 160 son veteranas i el resto reclutas tomados en el camino. Despues que este cuerpo se sublevó en Santiago para entregarse en seguida al gobierno, se sacaron para diferentes destinos como 80 hombres de los que parecian mas sospechosos, reemplazándoles por dichos reclutas. El aspecto jeneral del batallon, el jesto i semblante de los soldados al desfilar al frente del jeneral en su marcha de camino, desagradó a todos los circunstantes. Pocos momentos despues se recibieron informes fidedignos que corroboraban la noticia que se tenia del mal estado de este cuerpo. Desde su venida de Santiago habia esparcido en el camino voces alarmantes sobre su fidelidad, anunciando que tan pronto como recibiese municiones se sublevaria. El jeneral hizo llamar al comandante para prevenirle de lo que ocurria. Aquel jefe se mostró ignorante del estado de su cuerpo, i sabiendo que hacia dos meses no le abonaban sueldo, el jeneral le ordenó que procediese desde luego a hacer la paga i les arengase en términos convenientes para afirmarlos en su deber. El comandante cumplió este encargo i vino a informar de que su arenga habia sido recibida con largos, i al parecer sinceros aplausos.

Arribó al cuartel jeneral el teniente coronel don Antonio Videla Guzman que habia sido enviado al puerto de Constitucion. Anunciaba que el *Cazador* habia zarpado felizmente el dia 7 con direccion al norte i que el gobernador Señoret habia entrado el 8

con la brigada cívica del puerto que andaba espedicionando sobre Cauquenes. Este jefe hacia un pedido de armas i municiones para proveer a la seguridad del puerto.

Dia 11.—Sábado.

Las compañias de Colchagua partieron para el campo de Longomilla.

El jeneral visitó el cuartel del Chacabuco, en donde estaban en formaciones distinta los veteranos i los reclutas. Los veteranos presentaban una bonita columna bastante diestra en el manejo del arma. Se dieron vivas al jeneral que no parecian mui sinceros. En seguida se visitó el cuartel de artilleria en que nada de particular se notó.

La correspondencia de Santiago nos dice que el 7 la division de Campos Guzman se juntó con la tropa desembarcada de la *Chile* en el Papudo. El coronel Vidaurre i teniente coronel retirado don Victorino Garrido que estaban destinados a mandar el ejército del norte salieron de Santiago el mismo dia 7. La Serena apenas contaba con una guarnicion de 100 hombres i sobre ella debia caer la columna de Atacama el dia 12. Los recursos fiscales habian hecho frente a las circunstancias i podian continuar sufragando a los que ocurriesen en lo sucesivo.

Dia 12.—Domingo.

Salió para el campamento de Longomilla la artilleria i el Chacabuco. Se recibieron malos informes acerca del mal estado moral de este último. Algunos soldados vivaron al jeneral Cruz en un bodegon i un sarjento Verdugo espresó a un vecino de Talca la intencion decidida que tenian sus compañias de pasarse a las filas de los sublevados. Se tomó la medida de separar del cuerpo dos cabos i dos sarjentos, i se espelió a Verdugo del cuerpo, despues de haber recibido al frente de la tropa 200 palos en el campo de Longomilla.

Dia 13.—Lúnes.

Llegó al cuartel jeneral el señor ministro de la guerra don José Francisco Gana. Venia en comision del gobierno conservando su carácter de ministro. Por consiguiente, no tomaría en el ejército ninguno de los puestos que le son privativos, pero asistiria a los consejos del jeneral para madurar los planes de operaciones i dirijiria el estado mayor en todos sus detalles, no obstante que el coronel Rondizzoni firmase las órdenes que por él se espedia. La amistad personal que ligaba a ambos jefes permitia sostener este órden anómalo. El señor Gana reanimó notablemente el espíritu dominante en el cuartel jeneral, que no era el mas lisonjero, con la espectativa de los auxilios que debian esperarse del norte, i con la idea que sujirió del acierto i actividad con que obraba el gobierno. La division del norte, segun él, se componia de 314 hombres del Buin i 120 del Chacabuco, 52 de la brigada de marina, 25 artilleros i granaderos a caballo con mas 300 o 400 hombres de infanteria i caballeria pertenecientes a las guardias cívicas de Aconcagua.

Dia 14.—Mártes.

La correspondencia de Santiago anuncia que el 9 se habian reunido en Quilimari todas las fuerzas que debian componer el ejército del norte. Los sublevados habian salido de Illapel el 8 i tomaban el camino de la cuesta de las Vacas. El *Cazador* i la *Infatigable* seguian por la costa los movimientos de nuestro ejército para que inmediatamente despues de vencer al ejército de los sublevados, lo que se miraba como seguro, transportase a Constitucion toda aquella fuerza que no fuese necesaria para terminar la pacificacion de Coquimbo. Se habian enviado de intendentes a Chiloé a don Juan Miguel Riesco i a Valdivia a don Vicente Perez Rosales.

Entró a Talca el escuadron lanceros de Colchagua, que constaba de 120 hombres, a las órdenes del sarjento mayor Yañez, don José Antonio. No obstante lo reciente de su formacion, presenta-

ba buena apariencia i anunciaba buenos servicios en la próxima campaña. Continuó su marcha al campamento de Longomilla.

Bajo la direccion del señor Gana se dió principio a la organizacion de algunos departamentos anexos al ejército. El hospital, i la provision fueron atendidos, i se creó en el estado mayor una mesa de injenieros, a cargo del sarjento mayor don Caupolican de la Plaza, encargándole la direccion de los obreros que debian contratarse para el servicio del ejército en la refaccion de los caminos, reparacion del armamento, compostura de carros etc. Se encargó a las autoridades locales que proporcionasen carretas i mulas para transportar la artilleria, parque, equipajes etc. i se dieron providencias para proporcionar los ganados que debian servir para la mantencion.

El jeneral se resolvió a dejar a Talca i trasladarse al campamento de Longomilla. Como el intendente de la provincia por ser paisano no podia correr con las comisiones i encargos que debia hacer el ejército para acabar de surtirse i prepararse a la campaña, i como era menester poner las armas bajo la direccion de una persona competente que atendiese el servicio militar que las circunstancias hacian necesario, se encargó al coronel don Bernardo Letelier la comandancia jeneral de armas de la espresada provincia.

Dia 15.—*Miércoles.*

Continuaron los trabajos de organizacion principiado el dia anterior. El comisario de ejército se trasladó al campamento de Longomilla para pasar revista i pagar el sueldo de la tropa.

Se escribia a Santiago dando cuenta de las últimas ocurrencias i anunciando la marcha del jeneral que debia emprenderse al siguiente dia.

El comandante i oficialidad del batallon Talca ofrecieron sus servicios en la primera campaña.

Dia 16.—*Juéves.*

El cuartel jeneral se movió de Talca a las ocho de la mañana.

El jeneral con sus ayudantes i demas acompañamiento, trayendo el escuadron de granaderos por escolta, llegó a Longomilla por la tarde i tomó su alojamiento.

Dia 17.—Viérnes.

En la mañana de este dia se recibió correspondencia de Santiago que anunciaba el triunfo obtenido en Petorca sobre el ejército de los sublevados en Coquimbo. Despues de haberse aproximado los dos ejércitos belijerantes sobre la cuesta de las Vacas, Carrera avanzó al oriente i ocupó a Petorca el 12, dirijiendo su vanguardia sobre Putaendo. Con esta noticia el intendente de Aconcagua puso en movimiento alguna parte de las milicias de los Andes i San Felipe i el gobierno envió 100 hombres de infantería i 120 de caballería, correspondientes a la brigada de policía de Santiago, haciendo que se pusiese a la cabeza de estas fuerzas que debian ascender a 700 hombres, el córonel don Lorenzo Luna que estaba desempeñando la comandancia jeneral de armas de la capital. El 14 por la mañana se avistaban en Putaendo las avanzadas de una i otra parte. En la noche que precedió a ese dia ocurrió la sublevacion de un escuadron de caballería en San Felipe de que se dá noticia en el boletin oficial núm. 9 i que produjo una sensacion profunda en el gobierno i los amigos del órden, a cuyo conocimiento llegó. En estos dias Santiago se hallaba en una alarma i desazon sombria. La oposicion se levantaba altanera, i desparramaba proclamas incendiarias i daba por momentos un boletin de falsas noticias, cuyo taller no pudo descubrir la policia. Se temia que el ejército de los sublevados, despues de haber burlado la vijilancia de las tropas del gobierno se avanzase hasta Aconcagua i se engrosase con los cuerpos cívicos de esta provincia, entre los cuales habia estallado ya motines. De esta penosa situacion vino a sacarla la noticia de la completa derrota que esos mismos sublevados habian sufrido en la mañana del 14. Los pormenores de este suceso se encuentran en el boletin de noticias, i hasta este momento apenas se sabe acerca de él lo que

contienen los primeros partes publicados. Es fácil concebir el efecto que aquel suceso produjo en el ejército acampado en Longomilla. Se hizo salva de artilleria i las músicas de los diversos cuerpos ocurrieron al alojamiento del cuartel jeneral a celebrarlo.

DOCUMENTO NÚM. 2.

DEMOSTRACION DE LA FUERZA CON QUE EL EJÉRCITO NACIONAL EMPRENDIÓ SU MARCHA AL SUD, DESDE LONGOMILLA EL DIA 2 DE NOVIEMBRE DE 1851.

CUERPOS.	*Jefes.*	*Ofis.*	*Tropa*
Artilleria.	2	4	100
Rejimiento Buin, compuesto de dos batallones.	4	28	670
Batallon de línea Chillan.	1	23	308
Batallon cívico de Chillan.	2	14	370
Batallon cívico de Talca.	2	7	286
Compañias de infantería cívica de Colchagua. .	2	12	180
Rejimiento de Cazadores a caballo.	2	15	198
Rejimiento de Granaderos a caballo.	2	10	182
Escuadron de línea Lanzeros.	1	7	120
Rejimiento de caballería cívica de Caupolican.	1	11	274
Escuadron id. id. de Linares. . . .	1	5	84
Escuadron id. id. de Curicó.	1	3	126
Escuadron id. id. de Chillan. . . .	1	8	101
Escuadron id. id. de la Laja. . . .	2	4	60
Escuadron id. id. de Rancagua. . .	2	4	102
Total jeneral.	26	155	3,164

Santiago, enero 11 de 1852.

Antonio Gomez Garfias.

(Memoria del Ministerio de la Guerra en 1852).

DOCUMENTO NÚM. 3.

CARTA DEL COMANDANTE ZAÑARTU A DON IGNACIO PALMA, A PROPÓSITO DE LA ADHESION DE AQUEL JEFE, A LA CANDIDATURA DEL JENERAL CRUZ.

Señor don Ignacio Palma.

Arauco, marzo 6 de 1851.

Apreciado amigo:

Las circunstancias en que se halla el pais, a causa de las opiniones políticas, me han impelido a preferir estos andurriales para residir en perfecta tranquilidad, sin esponerme a vivir entre hombres que manifiestan tanto afan en los trabajos preparativos a la próxima eleccion de presidente, i evitar de este modo el andar danzando en los miles de cuentos que se forman para atraer o comprometer a las personas, que no están acostumbradas a esos manejos innobles, ajenos de un caballero; pero su carta, fecha 4 del actual, me ha puesto al corriente de lo que se hace en favor del señor don Manuel Montt quien, segun me lo asegura U., cuenta con el apoyo del señor presidente. Agradezco la noticia que U. se sirve darme, pero deseo que no se tome ese oficioso trabajo, porque nada quiero saber, pues soi militar i no pertenezco mas que a la patria, cuya advertencia me hace U. sin que yo se la haya pedido. En su carta me anuncia U. que los afectos a la candidatura Cruz dicen que cuentan con los jefes de los cuerpos ¿i para qué? ¿será para que emitan su voto a favor de ese señor? Yo no creo otra cosa, pero ni aun eso es presumible, pues en los puntos donde nos encontramos no hemos sido calificados, i por consiguiente, no tenemos voto. Trabajen Udes., segun el concepto que se formen de los candidatos, i en consecuencia de las conveniencias que esperan, pero un patriota viejo como yo no aspira mas que a ver a la nacion en tranquilidad, órden i en un estado floreciente. Cuando en el año de 1841 se elijió al actual

señor presidente trabajé en compaña de mi hermano Alejo en favor de dicho señor hasta esponernos a ser tragados por las aguas del rio Duqueco, donde nos botamos a nado por llegar a tiempo a los Anjeles, i en la reeleccion, U. es un testigo de lo que hacia por el mismo caballero, pues trabajabamos juntos, porque entonces estaban uniformes nuestras opiniones políticas, i creo que todo lo haciamos no solo porque era i es nuestro amigo, si no en la firme conviccion de ser bien capaz de hacer la felicidad del pais como no lo ha desmentido. Repito que ni voto tengo, pero si lo tuviera ¿qué tendria de estraño que lo emitiera en favor del señor jeneral Cruz, cuando éste es tambien mi amigo i lo juzgo lleno de cualidades recomendables para el ascenso? Este modo de pensar no debe U. atribuirlo como vertido por un enemigo de su candidato, a quien le considero digno, pero no le conozco personalmente. Sin embargo, si es elejido, le obedeceremos como a la primera autoridad legalmente constituida. Si le hablára a U. en otros términos daria lugar a que me calificara como falaz, cuyo epíteto no merezco, pues soi honrado i franco, i desde mui jóven he marchado siempre de frente i con una sola cara, pues tengo mas de caballero por costumbres que por orijen i nunca me he ocupado en escudriñar los sentimientos de nadie i mucho ménos de las personas a quienes he titulado amigos. Ya U. vé, mi amigo don José Ignacio, que no soi un solapado i que le hablo con la franqueza que me es característica, sin suplicarle que reserve el contenido de ésta, por mas que U. me dice en la suya que solo U. sabrá mi contestacion sea cual fuere. Le imitaré a U. diciéndole que el no estar conformes en nuestras opiniones no será motivo de perder la amistad que le profesa S. S. S.

Manuel Zañartu.

DOCUMENTO NÚM. 4.

DIARIO DE CAMPAÑA DEL COMANDANTE DEL BATALLON CARAMPANGUE DON MANUEL ZAÑARTU.

El 1.° de octubre de 1850 se me dió órden verbal por el señor comandante jeneral de armas sustituto, coronel don José Rondizzoni, para que con cuatro compañias del cuerpo de mi mando marchase luego a la plaza de Nacimiento, a donde llegué en la tarde del 5 del mismo mes con el título de comandante de armas del departamento de Lautaro.

A principios de febrero de 1851 llegó a Nacimiento el teniente coronel jefe principal del batallon lijero *Valdivia*, don José Bartolomé Sepúlveda, a quien el supremo gobierno nombró de comandante de armas de aquella plaza, i en seguida se le dió tambien el título de gobernador del departamento. El señor jeneral don José Maria de la Cruz, que investía entónces el carácter de intendente de la provincia i jeneral en jefe del ejército, juzgando innecesaria mi permanencia en Nacimiento, por ser yo mas antiguo que el nuevo jefe nombrado de comandante de armas, i deseando dar impulso a un pueblo que yo habia mandado delinear, a fuera del recinto de Arauco, me ordenó pasar a mandar esta plaza, a donde me marché inmediatamente con parte de la plana mayor i la banda de música.

El dia 12 del referido mes i año se publicó el pronunciamiento de Concepcion, elijiendo para candidato de la presidencia de la República al señor jeneral de division don José Maria de la Cruz: este jefe me dispensaba su amistad i confianza a la cual le correspondia yo de todo corazon, porque a mas de ser un caballero de providad conocida, es tambien uno de los antiguos guerreros de nuestra independencia: mantenia con él mi correspondencia epistolar recíprocamente, i muchas de sus cartas conservo en mi poder, porque en ellas espresa sentimientos de órden i amor a la felicidad del pais, i en una particularmente me dice: «Talvez no

faltará alguno de los de la oposicion de Santiago que pretenda convencerlo de la necesidad que hai de estar preparado para un cambio violento, si el gobierno, por medios reprobados, quisiese hacer triunfar su candidatura. Escusado es le diga a Ud. les manifieste su rechazo debido a tales principios. Yo, despues de haberles manifestado un *no* redondo a admitir su union con condiciones ni programas, i conociendo que tales propuestas eran solo velos con que pretendian encubrir sus planes verdaderos, les he contestado que estaba mui decidido a dejarme ahorcar impunemente, antes que comprometer al pais en una guerra civil.» Con estos consejos pues, i el conocimiento de ser el predicho jeneral un amigo meritorio i lleno de honradez, trabajé todo lo posible porque se ganara la eleccion en su favor en el departamento de Lautaro, pero no se me pasó por la imajinacion la idea de cooperar para que fuese colocado en la presidencia, por medio de la revolucion, en la cual él ni yo pensamos entónces, porque creíamos que la voluntad de los pueblos debia sobreponerse a la fuerza e influjo del gobierno.

El 5 de marzo recibí una carta que con fecha 4 del mismo me dirijió don José Ignacio Palma instruyéndome del estado en que se encontraban las opiniones políticas, i como en esta epístola se avanzó a escudriñar mis pensamientos con respecto a eleccion de presidente de la República, i darme consejos que no le habia exijido, me hallé en el caso de contestarle al siguiente dia, cuyo contenido con el que dió lugar a la respuesta, es el signado con la nota número 1 (1). Mi oficioso amigo me ofreció que nadie sino él sabria mi resolucion; pero sin embargo de haberme devuelto mi carta orijinal, mandó copia de ella al señor jeneral Búlnes, cuyo conductor fué don Pascual Pino.

Despues de la asonada del 20 de abril, de que no tuvimos noticia hasta el 24 del mismo mes, que se supo en Concepcion por las comunicaciones del ministerio, el gobierno llamó al señor je-

(1) Estas dos piezas estan ya publicadas en la presente relacion histórica. —(Nota del editor).

neral Cruz, quien para cumplir con la órden que se le impartió, se embarcó en Talcahuano el 7 de mayo; pero la noche antes de marcharse me dirijió una carta en que me dice: «Le encargo i recomiendo mui especialmente que no abandone, por mas que le aguijoneen el alma, su prudencia i calma. La causa de los pueblos es de demasiada importancia para esponerla a jugarla en albures a que juegan por lo comun los locos i perdidos. Con mi marcha se levantarán diariamente miles de cuentos, a los que no debe de ningun modo dar ascenso.»

El 25 de junio me elijieron los habitantes del departamento de Lautaro para formar parte del colejio electoral de presidente de la República, i debiendo cumplir con esta importante comision, salí de Arauco el 12 de julio i llegué el 13 a Concepcion. A los dos dias despues de mi arribo debia presentar mi solicitud, que a prevencion traia hecha, pretendiendo mi retiro porque estaba en la persuacion que emitiendo mi voto conforme a mi libre opinion, no podia inspirar confianza al gobierno, puesto que mis simpatias eran por el señor jeneral Cruz que, segun las probabilidades, no habia de obtener el mayor número de sufrajios para ser elevado a la presidencia; pero mis amigos, que de uno i otro partido me visitaron, me aconsejaron que no solicitara mi separacion i el mismo jeneral don Benjamin Viel me mandó un recado con su ayudante Alvarez Condarco para que le hiciera el servicio personal de no presentar mi solicitud, pues se hallaba en el caso de no admitirla: mas como yo jamas he conocido la aspiracion a empleos ni dinero a que ambiciona tanto el corazon humano, insistia siempre en separarme para descender a otra vida mas tranquila i menos espuesta a los azares, viviendo pobremente con el sueldo que me designase la lei, en compensacion de mis antiguos servicios, pero las instancias de mis amigos, i particularmente las de mi mas apasionado don Agustin Castellon, me hicieron desistir por entónces, reservándome para poner en planta mi determinacion de retirarme del servicio activo tan luego como pasase la estacion del invierno.

El 16 de julio recibí una carta que el jeneral Cruz me dirijió de Santiago en la que solo me anuncia el modo como se habian hecho allí las elecciones. En la noche tuve precision de pagar una visita a mi compadre don Manuel Zerrano i habiéndome presentado en casa de dicho señor, encontré allí a don Pedro Félix Vicuña i a su hermano don Francisco de Paula, a quien yo no conocia. Este me dijo que acababa de llegar de Valparaiso i que no me traia carta del jeneral Cruz, porque le habia dicho que era mui riesgoso conducir comunicaciones en las presentes circunstancias.—«No sé que peligro puede haber, le dije, en traer cartas, i si lo hai, creo que ha hecho buena escapada don Francisco Smith, pues por su conducto acabo de recibir una.—Vea Ud. señor! I el jeneral me dijo que no le escribia conmigo porque no me espusiera, pero que le diera órden verbal para que Ud. se moviera.—Ya me he movido de Arauco a esta ciudad.—No me entiende Ud., señor!—Es que si Ud. no me habla bien claro, yo tengo mucha dificultad en comprenderle.—Señor, yo traigo libranzas para Ud.—¿Para mí señor? Si Ud. me ha tomado por comerciante porque llevo el vestido de paisano, sufre una equivocacion, pues soi un jefe militar i vivo de mi sueldo, sin tener negocio de ninguna clase con persona alguna.—¡Válgame Dios! repito que Ud. no me entiende absolutamente.—Yo insisto en que si Ud. no se esplica con mas claridad no puedo entenderle.—Pues bien señor, en Santiago contamos con los sarjentos del batallon Chacabuco, para hacer una revolucion contra el gobierno!—Dios nos libre de revolucion de sarjentos, pues no dejan títere con cabeza, ¿qué no recuerdan lo que sucedió en Valdivia con los jefes i oficiales que se hallaban allí de guarnicion el año de 1822? Yo creo, señor, que Uds. piensan con mucha lijereza i no se precaben, pues cuando intentan hacer un movimiento, lo comunican a tantos que no falta uno que dé cuenta de ello al gobierno, quien los manda capturar. Si les agrada, para que los periodistas se ocupen de Uds., estar presos o andar espatriados, continúen con su modo de proceder, pero a mí no me gusta entenderme con hombres que tie-

nen el corazon en la boca, i asi no hablemos mas de esto, pues yo soi amigo del jeneral Cruz i no de revoluciones.»

Concluida la precedente conversacion, entró don José Antonio Alemparte i me habló estensamente sobre los justos motivos que habian para hacer una revolucion.—Díjele que con qué recursos contaban para ello.—Con el conocido patriotismo de U. i del Carampangue, i procuraremos tambien formar un batallon de los retirados.—Seria un cuerpo de hombres corrompidos, pues cuando dejan el servicio activo, i no están a la vista de sus jefes, se llenan de vicios, como lo patentizan, pues ni a la revista dejan de presentarse ébrios.—Tenemos seguridad de que se pongan a nuestra disposicion los artilleros, i seiscientos hombres de allá, ochocientos de acullá.—Estos últimos no sirven mas que para abultar, pues cuando se presenta el peligro cada uno se marcha a su casa, i si Udes. no cuentan con mas recursos que los que me hacen presentes, me parece que el movimiento fracaza: no tienen dinero, ni armas etc. i mejor es que no piensen en esto sino quieren verse en desgracias i envolver con ellas a los que les acompañan.

El jeneral Cruz regresó de Santiago a fines de julio, i hablando confidencialmente con él, le dije:—«Aquí hai algunos hombres sin juicio que piensan en revueltas; es preciso que U. tienda la vista i conozca que no son sus amigos, pues pertenecen a la oposicion de Santiago, i como su candidato es paisano i no tiene prestijio en el ejército, se han venido a refujiar entre nosotros a fin de instigar a U. a que encabeze una revolucion, i obligarlo de este modo a comprometer a sus verdaderos amigos que, como U., detestan los movimientos porque no reportan mas que la ruina del pais. El jeneral me contestó.—«No seré yo el que pretenderé jamás colocarme en un destino por medio de las boyonetas.»—Asi es como deben pensar los hombres verdaderamente patriotas i honrados, pues no les haría honor mandar por la fuerza.

Permanecí en Concepcion hasta el 8 de agosto, que volví para Arauco, donde me hallaba destacado; pero ántes de mi partida

conocí a don Pedro Félix Vicuña, quien despues me escribió anunciándome que en el vapor venian de Valparaiso los coroneles Rondizzoni de intendente, Godoi de comandante de armas i el teniente coronel Mardones con un cuadro de oficiales destinados al Carampangue, que no habian podido disolver.

El 6 de setiembre se presentó en Arauco el ayudante mayor de mi cuerpo don Samuel Valdivieso, conduciendo el haber correspondiente al batallon para el mes de agosto, i despues de entregar esta suma, le sobraron quinientos pesos, cuya cantidad pretendió que le admitiera porque tenia encargo de dármela para ayudar a mis gastos de pagos de propios, cuidando de ocultar el nombre de la persona que los mandaba. Me negué a recibirlos, i le ordené que devolviese ese dinero a quien se lo hubiese dado, diciéndole a mi nombre que yo no lo necesitaba para nada, ni mucho menos quince varas de paño lacre que tambien me llevaba para obsequiar a los indios.

El 11 llegó a la plaza de Arauco don Juan José Arteaga quien, segun me dijo, era comisionado por la junta patriótica para instruirme que la revolucion debia estallar de un dia a otro, i que juzgándome adicto a ella, me lo prevenian a fin de que impartiese órdenes a los oficiales de las compañias de la frontera, para que reconocieran i prestaran obediencia a las nuevas autoridades que se nombraran. Le contesté que nada sabia de tal revolucion porque, a escepcion de dos paisanos sin prestijio, ninguno mas me habia hablado de ella; que no podia dar la menor órden porque ignoraba quien encabezaba el movimiento; que apesar de creerlo justo, i de ser íntimo amigo del jeneral Cruz, no podia acceder a las pretensiones de la junta porque el indicado jeneral, a cuyas órdenes solo me pondria, no me prevenia nada i que yo no queria comprometerme tan tontamente, pues no tenia en mi poder una sola carta de aquel jefe que manifestase que él se ponia a la cabeza de la revolucion i que debia hacerse tal o cual dia; que si la hacian seria sin su consentimiento; que yo de ningun modo me adheria al movimiento que hicieran

los enemigos del jeneral Cruz de quien era yo amigo de corazon.

El 14 del referido mes recibí otra carta del señor Vicuña, en que me dice: que ya éramos felices; que viviera la libertad; que dominábamos el mar con el vapor *Arauco*, que fué apresado con todo lo que traia a su bordo; que la revolucion habia estallado el dia anterior; que los pueblos se levantaban en masa reclamando sus derechos, i últimamente, me dá órden, como intendente, para que me mueva con la tropa veterana i milicias que tenia a mi disposicion. Esta carta la vió i leyó el capitan graduado de sarjento mayor don Francisco Molina, que se hallaba en mi casa, así como tambien la contestacion que se reducia a decirle suscintamente: que era la primera vez que oia hablar de revolucion estallada; que el movimiento lo creia hecho contra la voluntad del jeneral Cruz; que nunca me habia hablado de tal cosa, a pesar de merecerle su amistad i confianza; que yo permaneceria tranquilo en aquel punto, cumpliendo con el deber de cuidar de la frontera de que estaba encargado, de donde no me moveria mientras tanto disponia otra cosa el jeneral.

Luego que concluí la carta anterior, hice un espreso al jeneral don Benjamin Viel, que a la sazon se hallaba en los Anjeles, dándole cuenta de lo que me anunciaba el nuevo intendente.

El 18 a las diez de la noche volvió el propio trayéndome dos cartas del referido jefe: en la primera me dice que me le reuna en cualquiera punto donde se halle, i en la segunda, me ordena que me dirija a Rere, sin llevar tropa, pues en aquel pueblo se hallará a los tres dias despues de la fecha (16 de setiembre) junto con el mayor don Pedro José Urízar i las dos compañías de mi cuerpo con que salió de Concepcion. Como no tenia pronto los caballos para marchar, no salí luego de Arauco; pero lo hice en la tarde del dia siguiente i alojé al pié de la cordillera de Santa Juana. A las ocho de la noche llegó a mi alojamiento un postillon trayéndome dos cartas de los señores Vicuña i Alemparte en que ámbos me notician la sublevacion de los Cazadores a caballo, la prision del coronel Riquelme i otros mas, pero no dí crédito ni

les contesté, i despues de gratificar al conductor de la correspondencia, le hice volver luego con una carta dirijida al comandante de armas que me sustituia en que sucintamente le dije: «despache U. al propio venido de Concepcion anunciando a los señores que me escriben que no me hallo en esa, pero que ya me ha mandado las comunicaciones que me dirijen.»

El 20 a las nueve de la mañana llegué a Santa Juana, i media hora despues se presentó allí el habilitado de mi cuerpo, teniente don José del Cármen Bustos, que regresaba de los Anjeles. Este oficial me dió la noticia de que el sarjento mayor don Pedro José Urízar habia hecho un movimiento para hostilizar a los Cazadores a caballo que salian con direccion a Chillan, i que el jeneral Viel, se hallaba solo en Rere. Con esta certidumbre me dirijí para el espresado pueblo i en Talcamávida hallé un propio que me entregó una nota oficial i otra particular que me dirijia el mencionado jeneral: en la primera me hace saber que me ha nombrado gobernador del departamento de la Laja, comandante jeneral de alta i baja frontera e intendente de la provincia, en caso que él se ausente, i en la segunda me dice: que debemos esperar aviso sobre lo que ocurriese en las demas provincias de la República; que si se pronunciaban en favor de un cambio de administracion respetaríamos sus determinaciones; pero que mientras tanto, quedásemos impasibles observadores de los acontecimientos que iban a tener lugar.

Sabiendo que de Talcamávida a Rere solo hai una distancia de seis leguas, me dirijí a este pueblo con el fin de hablar al jeneral sobre el suceso que se me habia noticiado, referente a la tropa de mi batallon con los Cazadores a caballo. Luego que llegué le espuse que venia mui disgustado por el movimiento practicado por el mayor Urizar, comprometiendo a una parte del cuerpo a entrar en una revolucion para la que a ninguno de sus individuos se le tenia hablado. El jeneral me contestó: «Ese jefe ha dado el paso que Ud. me indica en cumplimiento de su deber, i para que Ud. se convenza, lea esas notas.» Sus comunicaciones oficiales que

me manifestó eran dos, i en ámbas le dá parte que estando el coronel don Manuel Riquelme, reuniendo fuerza para atacarlo, se habia anticipado a batirlo, i que, al darle este aviso, esperaba que en el término de diezioho horas se regresara el jeneral a los Anjeles, pues de lo contrario podian suceder muchas desgracias inevitables. A las siete de la noche del mismo dia 20 recibió el jeneral Viel una carta del intendente de la provincia del Ñuble, coronel don José Ignacio Garcia, en que, al mismo tiempo de felicitarlo por no haber tomado parte en la revolucion, le ofrece poner a sus órdenes en la orilla del rio Itata, una division de cuatrocientos infantes i algunos escuadrones de caballeria; pero a esta insinuacion no contestó nada hasta el 22 que le escribió desentendiéndose de la oferta de fuerza i solo se contrajo a decirle que tenia intencion de retirarse a Chillan con la tropa cívica que hubiera podido reunir, temiendo una sublevacion del Carampangue, pero que sabiendo que este cuerpo se mantenia en órden, a escepcion del sambardo cometido por el sarjento mayor Urizar, permanecia siempre en la provincia de su mando.

El 21 por la mañana llegó don José Maria Concha a la casa que ocupaba en Rere el jeneral Viel, i en su presencia colocó aquel sobre la mesa unos impresos i dos mil pesos en onzas de oro que por órden del nuevo intendente Vicuña se le remitieron de la tesoreria principal de Concepcion al mayor Urizar para los diarios de los cívicos, i el referido jeneral, despues de instruirse del contenido de los periódicos, dejó pasar al dicho sujeto sin ponerle el menor embarazo. En la noche de este dia llegó tambien de los Anjeles, i se alojó en casa del jeneral, el ayudante don Samuel Valdivieso que pasaba a Concepcion a donde marchó al aclarar el siguiente dia, sin que el indicado jefe le hubiera hecho la menor pregunta referente a la comision que desempeñaba.

El 22 a las diez del dia se presentó en Rere don Bernardino Pradel, acompañado de don Matias Rioseco, i despues de estar media hora en conversacion con el jeneral Viel, me preguntó és-

te si queria yo marchar a la hacienda del jeneral Cruz para hablar con él, i habiéndole contestado que no tenia ningun asunto de que tratarle, me ordenó que marchara luego a los Anjeles, con el título de comandante jeneral de frontera i demas empleos que, como tengo dicho, me habia conferido antes.

Ignorando yo si el jeneral Cruz se habia puesto a la cabeza de la revolucion, que aunque la creia justa i necesaria, juzgaba que sus promotores la anticiparon imprudentemente, puesto que todavia no contaban con los recursos precisos para llevar adelante i con buen éxito sus intenciones, i no teniendo ningun compromiso con los autores del movimiento, dije al jeneral Viel que dictase algunas providencias para evitar o impedir los males que pudieran resultar en la frontera, si las fuerzas de Riquelme i de Urizar se atacaban; pero él me contestó. «Compañero, deje Ud. las cosas en el mismo estado que estan.» En consecuencia de esta prevencion, salí para los Anjeles en la tarde, a donde llegué el dia siguiente, i luego fuí instruido que existia una decision jeneral por la revolucion. No me hice cargo de la gobernatura i dejé que continuase desempeñándola don Ignacio Molina, que habia sido nombrado ántes por el jeneral Viel.

El 28 recibí una carta que me dirijió el jeneral Viel en la cual me ofrece el empleo de coronel efectivo, i un grado a todos los oficiales en premio de haber sabido que mi cuerpo se mantenia en órden, pero no dictó providencia alguna para estinguir el movimiento. A esta carta me acompañó otra autógrafa comunicándome reservadamente que el primer oficial de secretaría don Vicente Prieto le habia contado a su ayudante don Ignacio Luco que don Bernardino Pradel llegaria esa noche a los Anjeles, con la firme intencion de darme un pistoletazo sino me pronunciaba por el jeneral Cruz.

Efectivamente, llegó la noche citada el señor Pradel i a las once de la misma se me presentó en mi habitacion acompañado del mayor Urizar, diciéndome, a nombre del jeneral Cruz, que era preciso me decidiera por la revolucion en la que él i la mayor

parte de mis paisanos i amigos se hallaban sumamente comprometidos: le contesté que no solo habia tenido presente la circunstancia de que me hacia relacion, sino la de ser una causa justa para decidirme por ella, aunque bien podia haberme negado con la idea de que a los que precipitaron el movimiento no los juzgaba amigos del jeneral, a quien comprometian del modo mas imprudente, pero que sin embargo estaba resuelto a seguirlo en la defensa de los derechos de los pueblos.

Las dos comunicaciones de que he hecho referencia me las trajo el comerciante don Matias Allende, con quien yo tenia amistad, i habiendo sabido que algunos del bajo pueblo pensaban ultimarlo porque pertenecia al partido ministerial, le mandé decir con el mayor Urizar que si no queria esponerse a sufrir una desgracia saliera luego del lugar, evitándome asi el sentimiento que me causaria que en el tiempo de mi mando sucediese un acontecimiento que me afectaría, i llenaría de luto a su familia. Este caballero accedió a mi insinuacion i se retiró inmediatamente.

Como en la primera carta que me escribió el jeneral Viel me dice «que se queda en Rere para reunir algun dinero con que gratificar a la tropa, i yo tenia el antecedente de haber visto que el conductor de los primeros dos mil pesos sacados de la tesoreria i remitidos por órden del señor Vicuña al mayor Urizar pasó libremente, lo mismo que el ayudante don Samuel Valdivieso que conducia igual cantidad, sin que el espresado jeneral los pusiera en prision, como debió hacerlo en cumplimiento de su deber, me persuadí con razon de que el indicado jefe queria hacernos su juguete, i por estar ya comprometido en la causa de la revolucion, le contesté haciéndole los cargos que merecia por su irresolucion, i le dije que se retirase de Rere porque yo estaba resuelto a compañar al jeneral Cruz.

Mientras permanecí en los Anjeles recibí varias comunicaciones de la intendencia en que dispone que para ahorrar el dinero que se gastaba en dar diarios a la tropa cívica, mandase sacar animales de las haciendas Santa-Fé, Canteras, Curiche i Coyanco; pero

yo ni contesté tales comunicaciones, ni ménos impartí la menor órden para hacer semejantes estorciones. Por el contrario, pagué de mi peculio al mayordomo de Santa-Fé, una vaca que comió allí la 3.ª compañia de mi cuerpo que de Nacimiento venia a los Anjeles. De la verdad de esta esposicion, apelo a la conciencia de los mayordomos de las indicadas haciendas, i les suplico que si tienen alguna firma mia por la que haya autorizado a persona de cualesquera clase para sacar animales u otra cosa, la presenten al público, a fin de que este haga de mí el desprecio que merece un embustero.

Comprometido ya en la revolucion, me contraje a formar un cuerpo de infanteria compuesto de las compañias cívicas que existian en los Anjeles que despues se denominó *Alcazar:* nombré jefes i oficiales, arreglé del modo que me fué posible su mal armamento i me dediqué a su instruccion, que no tenia.

En los primeros dias del mes de octubre llegó a los Anjeles el jeneral Cruz que, apesar de encontrarse enfermo, se ocupó en dictar órdenes para la organizacion de varios cuerpos i en arreglar el modo de que los indios permaneciesen tranquilos en su tierra, pidiéndole para esto algunos rehenes, mientras el ejército hacia la campaña, pero habiéndose ofrecido algunos caciques con sus mocetones a marchar en union de las tropas, fué aceptada la oferta, i en su consecuencia hicieron sus preparativos de marcha que verificaron en pequeñas fracciones.

El 13 de octubre salí con cuatro compañias de mi cuerpo en direccion a la hacienda de Peñuelas, perteneciente al jeneral Cruz, donde llegué el 15, i permanecí allí ocho dias recibiendo e instruyendo los demas cuerpos que se reunieron en aquel punto, a donde tambien llegó el resto de mi batallon que habia quedado a retaguardia para reunirse con la tropa cívica de Yumbel i Rere, designada a la formacion del 2.º rejimiento del Carampangue. Esta tropa se mantenia con la racion de carne que se les daba de cincuenta animales chicos que se me entregaron en los Anjeles; pero los dos últimos dias se racionaron de algunas vacas de

la hacienda de nuestro jeneral en jefe que, avaluado su valor, se le entregó al mayordomo N. Melo un recibo de cuatrocientos i tantos pesos, visado por mí, cuya cantidad ignoro si se la pagaria.

El 16 por la mañana escribí a mi hermano Alejo, residente en la ciudad de Chillan, pidiéndole quinientos pares de zapatos para calzar mucha parte de la tropa del primer batallon de mi rejimiento, i a todo el segundo que se encontraba descalzo, cuyo artículo recibí i repartí a los dos dias siguientes, i como estos hombres se hallaban enteramente desnudos, dispuse que de los colchones del primero se hicieran i que con el vestuario blanco de éste se vistiese al segundo, dejando al primer cuerpo solo con una levita i pantalon de paño que tenia mas de tres años de uso: asi mismo ordené que los morriones se entregasen al segundo, pues la mayor parte de estos individuos se servian de bonete; tal era la exuverancia de nuestros recursos.

El 17 llegó al punto de mi campamento el señor Vicuña con su hijo don Bernardo, i un acompañamiento de ocho o diez personas mas, quien nos dijo que doscientos cincuenta hombres de las tropas del gobierno se habian pasado a las que en nuestro favor venian de Coquimbo, cuya noticia me la aseveró el jeneral Baquedano, quien me las comunicó desde la Florida.

El 20 por la tarde se nos reunió el jeneral en jefe i despues de comer suscitó conversacion sobre la justicia de la causa que defendíamos. Yo dije entonces en presencia de los que nos hallábamos allí, que parecia que no estábamos uniformes en nuestras ideas, porque habíamos hombres de diversas opiniones políticas, i tocando con suavidad el hombro del señor Vicuña que se encontraba a mi derecha, le aseguré que se decia que él no pertenecia a nuestro partido; pero él contestó que se equivocaban en la calificacion, pues era liberal.

El 21 por la mañana llegó un propio trayendo una carta al jeneral en que le anunciaban la derrota que las tropas de Coquimbo a las órdenes de don José Miguel Carrera i coronel don

Justo Arteaga habian sufrido en Petorca: en consecuencia de esta noticia empezamos ese mismo dia a prepararnos para emprender la marcha.

El 22 (1) salimos de Peñuelas con direccion a la villa de Búlnes donde llegamos al ponerse el sol: pasamos allí la noche con la artilleria i el batallon Guia que habian llegado ántes, i al alba del 23 marchamos para Chillan a cuya ciudad entramos en la tarde del mismo dia.

El 25 empezamos a enseñar los primeros rudimentos de la milicia a las tropas que se incorporaron en el ejército, pues poco o nada sabian. Estos cuerpos necesitaban de un trabajo asíduo para arreglarlos e instruirlos, pues que, a escepcion de la compañia de artilleria i el primer batallon Carampangue, los otros se componian en su mayor parte de tropas colecticias que no conocian ni el modo de usar las armas. En el batallon Guia, despues de tanto entusiasmo, solo se encontraron dos de los oficiales que pertenecian al cuerpo cívico de Concepcion, obligando de este modo a que el jefe de aquel llenase las vacantes con paisanos enteramente ignorantes en la profesion militar, cosa que bien se pudo evitar habiendo concedido estos destinos a varios sarjentos veteranos como Yañez, Parra, Ramos, Pinto Alderete i otros mas licenciados por cumplidos en el Carampangue, que se alistaron espontáneamente en aquel cuerpo, pero lejos de hacerlo así los dejaron en sus clases, i no faltó oficiales de línea (el teniente de artilleria don Manuel José Riveros) que hizo la campaña en su empleo en el batallon indicado, mientras que algunos jóvenes que no sabian mandar poner al hombro, ni colocarse la espada, los hicieron hasta capitanes.

La caballería tambien en instruccion, se hallaba en diferen-

(1) Hai alguna leve equivocacion en ciertas fechas de este diario. El ejército del sud no salió de Peñuelas sino el 23 i 24, habiéndose puesto en marcha a las 12 de este último dia el jeneral Cruz. Por consiguiente todo el ejército no estvuo reunido en Chillan sino en la tarde del 25 i no en la del 23 como dice el comandante Zañartu.—(Nota del editor.)

tes puntos, a las inmediaciones de Chillan, i se componia de cuatro rejimientos de milicias enteramente bisoños, a las órdenes de algunos jefes que nunca habian mandado ni por cuatro a la derecha. Uno de estos cuerpos lo mandaba el veterano coronel don Ceferino Vargas, a quien acompañaba de mayor el capitan de línea don José Antonio Grandon (muerto en la batalla de Longomilla) i a consecuencia de que el capitan del mismo rejimiento don Benjamin Silva, le anunció infundadamente al teniente coronel Urízar que aquellos jefes tenian intencion de pasarse al enemigo, les quitaron el mando i se lo dieron a un jóven don Martiniano Urriola que hizo la campaña del Perú en 1838 en clase de subteniente del batallon Santiago, i que habiéndose retirado despues de ella, no habia motivo para suponerlo con conocimientos suficientes al buen desempeño de aquel destino. Sin mas antecedentes que los chismes separaron, como ya he dicho, al coronel Vargas i mayor Grandon, i como empezaron a desconfiar de éstos, colocaron al primero de ayudante del estado mayor jeneral, en reemplazo del coronel don Manuel Tomás Martinez que fué nombrado comandante del batallon *Alcazar* i al segundo se le mandó en comision a la Frontera, de donde volvió para morir en defensa de los mismos que desconfiaban de su fidelidad.

El 1.° de noviembre se mandó dar una buena cuenta de diez pesos a los oficiales desde la clase de subteniente hasta capitan, tres pesos i medio a los sarjentos, tres pesos a los cabos i dos a los soldados; pero a los jefes no se nos dió un solo real, a pesar que no pasaban de cuatro los que podíamos mantenernos de nuestro peculio, así es que algunos no habríamos tenido con que proporcionarnos el alimento diario si los bolsillos no hubieran sido los fieles depositarios de los ahorros de sueldos anteriores.

El 3 se mandaron anticipar dos pesos de mesada a las mujeres de la tropa, a fin de que no la siguieran, pero aquellas recibieron la asignacion i siempre persistieron en marchar, porque ningun obstáculo es insuperable para ellas, i por mas que a las que

pertenecian a dos compañias formadas en Chillan para el segundo batallon Carampangue, se les dió por don Fábio Zañartu dos fanegas de trigo a cada una, no fué posible que desistiesen de su idea de marcha, pues, segun ellas decian, querian morir con sus compañeros.

El 8 dieron cuenta los instructores de que los reclutas a quienes enseñaban desde catorce dias antes, se hallaban en estado de foguearse. En consecuencia de este aviso, se examinaron i encontrándolos capaces de cargar i tirar que era todo lo que habian aprendido, se mandó que se fogueasen, quemando cinco cartuchos cada individuo, porque no habiendo bastantes municiones se hacia preciso economizarlas.

El 9 recibimos aviso oficial de haber sido muertos por los indios, en la costa de Arauco, el comisario de ellos, sarjento mayor don José Antonio Zúñiga, su hermano Ignacio i tres hijos del primero. En este mismo dia tuvimos tambien noticia de una sublevacion estallada en Valparaiso, que las autoridades de aquella ciudad estinguieron en su oríjen a causa de haberla encabezado, segun se dijo, un jóven Sampayo, acompañado de un sarjento retirado, que no obstante su arrojo no pudo conseguir un éxito feliz porque, a mas de faltarle elementos, carecia de esperiencia i de personas que le dirijieran i acompañaran en los peligros, pues en tales casos no se presentan muchos que presten cooperacion; pero despues que pasa el espanto se encuentran infinitos habladores para dar i quitar crédito a su antojo.

El 10 se previno por órden jeneral que al dia siguiente debiamos marchar para Santiago, sin llevar equipajes, porque no habian mulas en que cargarlos, i como no fué posible que nos pusiésemos en marcha el dia prefijado porque se presentó mui lluvioso se suspendió el viaje, quedando prontos para verificarlo a segunda disposicion.

El 13 a las dos de la tarde dieron parte nuestras avanzadas que una gruesa columna de caballeria enemiga se habia presentado al frente del balseadero de Cocharcas, i apesar de que con este

movimiento manifestaban ocultar el que ejecutaron, a distancia de ocho o nueve leguas de la posicion que nosotros ocupábamos, puesto que no la acompañaba tropa de otra arma, se impartió órden por el jefe de estado mayor para que inmediatamente saliese el ejército, a situarse al referido balseadero, a donde nos marchamos i permanecimos hasta el 15 por la tarde que se dispuso nos trasladásemos a la orilla del rio Cato, donde se hallan las casas del señor Quintana, a cuya inmediacion pasamos la noche.

El 16 por la mañana se publicó la órden organizando dos líneas, para lo que se dividió el antiguo batallon Carampangue del modo siguiente: las compañías granaderos i primera con la de granaderos primera i segunda del 2.° batallon a las órdenes del teniente coronel don Pedro José Urizar, formaban la derecha de la primera línea con la 1.ª, 2.ª, 3.ª i 4.ª compañias del batallon Guia, mandadas por su comandante don Cornelio Saavedra, i el batallon Alcazar a las órdenes de su coronel don Manuel Tomas Martinez, que se hallaba a la izquierda; las compañias 2.ª, 3.ª i 4.ª del primer batallon Carampangue, unidas con la 3.ª, 4.ª i cazadores del 2.° i la de granaderos del Guia, formaban la 2.ª linea o columna de reserva que se hallaba a mis órdenes. La compañia de cazadores del primer batallon Carampangue con la del Guia, bajo las órdenes del capitan graduado de sarjento mayor don Joaquin Rojas marchaba a la vanguardia. Los cuerpos de caballeria se dividieron en dos columnas, una a la derecha a las órdenes del jeneral don Domingo Urrutia, otra a la izquierda, bajo la direccion del coronel don Salvador Puga, i un escuadron de Rere, mandado por el sarjento mayor don Enrique Padilla acompañaba a la reserva. La artilleria se colocó en los intérvalos de los cuerpos de infanteria. Formados en el órden ya espuesto, nos dirijimos a las casas de la hacienda denominada Guindos, donde se estableció nuestro cuartel jeneral. En la noche de este dia el jefe de estado mayor formó en batalla todo el ejército, i habiendo yo recorrido la linea a las doce, sin embargo que no me hallaba de servicio, noté que la izquierda de la primera linea distaba mas de dos cua-

dras de la derecha de la segunda, encontrándose en el centro colocadas aisladamente dos piezas de artilleria, sin mas tropa que los artilleros de dotacion para su servicio. Viendo pues que la batalla no estaba formada conforme a las reglas del arte, me dirijí al alojamiento del jeneral en jefe i le noticié el error en que se incurrió. En consecuencia de este aviso, se levantó el jeneral i vino, junto conmigo, a dar sus disposiciones para arreglar mejor la formacion en que permanecimos los cuatro dias siguientes.

El 19 por la mañana se presentó el enemigo en columna jeneral, i se dirijió a la ciudad nueva de Chillan por el camino del norte, que se halla como a ocho cuadras de la posicion que ocupabamos, i en su tránsito no dejó de ser molestado por los indios i partidas de nuestra caballeria que hacian fuego sobre su flanco izquierdo i retaguardia.

Al avistarse el enemigo, mandó el jeneral en jefe a su ayudante de campo sarjento mayor don Tomás Rioseco, que fuese de parlamentario; pero ningun jefe de cuerpo teníamos indicios de tal determinacion, i por consiguiente ignorábamos las pretensiones que contendria la nota dirijida al jeneral del ejército enemigo. El indicado parlamentario fué recibido, pero no por esto dejaron de disparar continuos tiros los hombres que componian nuestras partidas avanzadas, pues no se les dió órden para suspender los fuegos, i sino lo hicieron voluntariamente fué porque siendo tan nuevos en la milicia no conocian su deber en tales casos, pues ni aun sabian lo que era parlamentario, como lo manifestaron allí mismo, pues cuando lo vieron con la bandera, decian entre la tropa: «Allá vá el correo»!

Luego que el ejército enemigo pasó por el frente de la línea que formamos sobre una pequeña altura que se halla al este de las casas de los Guindos, el nuestro emprendió su marcha en columna jeneral a la retaguardia de aquel por el mismo camino que llevaba. Las columnas enemigas pasaron a inmediaciones de unos fosos que dividen el fundo de don Manuel Jimenez con el camino

que se dirije a Chillan i que se encuentran a distancia de unas nueve cuadras al oriente de los suburbios del pueblo, quedándose al parecer formados en columna de ataques parciales i paralelas. Nosotros organizamos entonces la linea sobre una pequeña loma que hai en la estancia de señor Quintana, apoyando nuestra derecha cerca de una casa que se halla al norte del camino, i la izquierda en un monte de la hijuela de don Gonzalo Gasmuri, denominada «Monte de Urra». Ambos costados fueron cubiertos por nuestra caballeria que se componia de milicias como ya lo he referido, casi en su totalidad, armada de lanza i unas pocas i malas carabinas i fusiles recortados. La mayor parte de estos individuos no tenian espuelas ni frenos. Los indios de Colipí, que solo eran 37, tambien formaron a la derecha, pero los de Maguil que componian el número de 150, no se movieron del punto donde se hallaba la provision colocada fuera de tiro de cañon. La reserva formada en columna se situó a 200 pasos, a retaguarcia de la linea.

Las partidas de caballeria continuaban molestando con sus fuegos al enemigo. En este estado se desprendieron de las columnas contrarias como tres compañias de cazadores de infanteria que se dispersaron en guerrilla al frente. Por nuestra parte se verificó el mismo movimiento mandando dispersar a vanguardia de la línea la compañia de cazadores del primer batallon Carampangue i la del Guia. Estas tropas se hicieron fuego recíprocamente, i el oficial que dirijia la pieza de artilleria colocada a la izquierda de nuestra línea de infanteria, mandó romper el fuego, sin que lo hubiese así dispuesto el jeneral ni ninguno otro jefe. A este cañonazo siguió tirando toda la artilleria que se componia de siete piezas, i la enemiga, en número de diez, le contestó durante el cambio de balas cerca de dos horas; pero sin hacernos mas daño que matar un soldado de la reserva i herir con un casco de granada un pié del capitan de caballeria don José Miguel Saenz.

Mientras la artilleria jugaba, una parte de nuestra caballeria que

se hallaba a la derecha fué cargada por otra enemiga que hizo retroceder a aquella de tal modo que yo me ví obligado a mandar que mi columna variase de direccion por la izquierda para presentarles el frente. Los enemigos continuaron su carga sin advertir que el rejimiento de Dragones mandado por su valiente comandante don Eusebio Ruiz, colocado detras de las casas i álamos, los atacaban por retaguardia envolviéndolos i dejándoles cortada la retirada. En este estado se corrió la voz de que la caballeria enemiga se habia pasado, por cuyo motivo pararon los fuegos i cargas porque, segun se me ha dicho, lo dispuso asi el jefe de estado mayor, jeneral don Fernando Baquedano que se entretuvo en hablar con el comandante don José Antonio Yañez, que mandaba el escuadron lanceros enemigos. Otra columna de caballeria contraria (se me ha dicho que era el tercer escuadron de cazadores) se aproximó en auxilio de los cortados que se alentaron i siguieron sus fuegos; pero habiéndose presentado en proteccion de nuestra caballeria el rejimiento de carabineros (con pocas carabinas i sables) que mandaba mi hermano Alejo, colocado ántes a la izquierda de la línea, se retiró aquella sin que la artilleria le hiciera fuego no obstante que se encontraba a dos cuadras de distancia. El escuadron que se hallaba en la reserva, luego que sintió el golpe de algunas balas que corrian entre las patas de sus caballos se dispersó, i no volví a ver mas esa tropa que no pudo contener su jefe i creo que no pararon hastas sus casas. No sé asertivamente el número de muertos que cayeron en este choque, pero algunos que los contaron dijeron que pasaban de 50 los contrarios i 14 o 15 los nuestros. Tambien salieron bastantes heridos de ambos ejércitos, i nosotros tomamos prisioneros a los tenientes don Benjamin Diaz Valdez i don N. Molina que se mandaron a Concepcion; pero los individuos de tropa fueran incorporados a los cuerpos. Luego que la caballeria enemiga se reunió a su infanteria, cesaron los fuegos de artilleria, que fueron bien eficaces, i la nuestra tambien los imitó porque no habian bastantes municiones. Asi mismo suspendieron sus fuegos los cazadores de infanteria.

Cuando empezaron los primeros tiros de cañon, los paisanos asilados al ejército pusieron los pies en polvorosa i no pararon hasta los Guindos, unos, i muchos i se fueron a sus casas porque conocieron que el campo de flores de que tanto se les hablaba se les habia vuelto de balas, que no son hechas para aromatizar sino para mutilar o concluir con la existencia del que las recibe. Tan poca voluntad tenian nuestros agregados para permanecer en el peligro, que no faltó un ayudante de campo del jeneral en jefe que se manifestase activo en guardar su gorra con galon blanco, sostituyéndola con un sombrero de lana que llevaba preparado, con cuyo disfraz se marchó luego, sin parecer hasta el dia siguiente para retirarse en seguida a Cauquenes, lugar de su residencia.

En la noche del 19 hicieron ambos ejércitos un mismo movimiento, retirándose unas cuantas cuadras a retaguardia i colocándose tras de unos fosos seguramente para evitar una sorpresa, i hubo tal descuido por nuestra parte que se olvidó retirar la compañia de cazadores del primer batallon Carampangue, que quedó situada a distancia de tres o cuatro cuadras de las columnas enemigas, hasta que despues de una hora avanzada de la noche, recibió órden de replegarse al ejército. Nuestra caballeria anduvo perdida toda la noche, pues ignorando la colocacion del resto del ejército, se dirijió a los Guindos, de donde volvió al alba del dia siguiente mui diminuta ya en su fuerza.

El 20 se hallaban los dos ejércitos al frente i a distancia de unas diez cuadras uno de otro, sin molestarse. Cerca de las nueve de este dia volvió despachado nuestro parlamentario, trayendo una nota oficial del jeneral Búlnes que pocos supieron su contenido. Media hora despues, el ejército contrario hizo un corto movimiento de avanze; pero luego retrocedió i se entró a la ciudad de Chillan. En la tarde de este mismo dia nos retiramos a los Guindos, en desprecio de la advertencia que mi hermano Alejo (era el práctico) hizo para que nos situásemos en la chácara de la Victoria, que se halla a las inmediaciones de Chillan, cuya ciudad ocupaba ya el enemigo.

El 21 por la mañana llovió un poco; pero habiendo mejorado el tiempo en la tarde, nos trasladamos inmediatamente a «Boyen», hacienda de don Estevan Acuña, que se halla a la parte sur del rio de Chillan, donde permanecimos tres dias esperando que se nos reuniera el intendente de ejército don José Antonio Alemparte, que venia de Concepcion con el batallon Lautaro, compuesto de 300 cívicos, a los que acompañaban algunos indios costinos i caballeria recien organizada.

El 22 se presentó en mi alojamiento el teniente coronel don Pedro José Urizar i me dijo—«El jeneral Cruz anda bien enfermo, señor; si tenemos la desgracia de perderlo, todo se volverá un desórden, i para evitarlo, preciso es que nos fijemos en un jefe, que aunque caresca de conocimientos militares, tenga algun prestijio, i yo estoi por el jeneral Urrutia, para que tome el mando del ejército, pues yo no sirvo a las órdenes de Baquedano.» Díjele que asentia a su pensamiento porque el jeneral que me indicaba era un sujeto a quien respetaba como jefe i amaba como amigo. Este acuerdo seguramente se lo trasmitió luego Urizar al jeneral en jefe, quien, entendiéndolo de diverso modo, entró en recelos, pues en la tarde se me aseguró que hallándose éste con el jeneral Urrutia i otros sujetos, habia dicho.—«Si yo tuviera dos hombres como don Bernardino Pradel, la patria seria feliz.» Esta noticia me hizo inferir la causa que dió lugar para que el jeneral Cruz se espresara en esos términos en presencia de uno de sus principales jefes i de quien no tenia el menor motivo de desconfianza, pues era su fiel i verdadero amigo; pero no quise decirle al señor Urrutia mis sospechas, i por consiguiente ignoró la conversacion confidencial a que me provocó Urizar, hallándose presente el comandante del batallon Alcazar don Francisco Molina.

El 23 a las dos de la tarde se anunció la aproximacion del señor Alemparte que llegó al oscurecer con la fuerza que esperábamos, i que fué recibida con el mayor contento colocando al batallon Lautaro en la primera línea.

El 24 por la mañana se dieron a reconocer por comandante del batallon Lautaro al que lo era del Alcazar, coronel graduado don Manuel Tomas Martinez, que a causa de su estrictez en el servicio se habia atraido el odio de los oficiales i tropa de este cuerpo; de sarjento mayor de aquel al capitan de la compañia de cazadores del primer batallon Carampangue don Joaquin Rojas, con retencion del mando de la columna de cazadores; de comandante del Alcázar al sarjento mayor del Carampangue don Francisco Molina i de sarjento mayor de este rejimiento al capitan de la 1.ª del 1.º del mismo don Juan Antonio Vargas, que desde julio del presente año se hallaba detenido en Santiago.

Luego que los jefes nombrados se recibieron de sus respectivos cuerpos, marchamos nuevamente a los Guindos. En la tarde visité al jeneral en jefe en su alojamiento i lo hallé formando un plano topográfico de la quinta de doña Juana Bautista Zañartu que se encuentra a unas tres cuadras al oeste de la ciudad vieja de Chillan, i me dijo que le habian sujerido la idea de situarse el ejército en aquel lugar que le parecia mui conveniente. Yo era bastante conocedor del terreno, i aunque estaba en la persuacion de que el jeneral incurria en un error, no me avanzé a contestarle: 1.º porque no me pidió parecer: 2.º porque me hallaba convencido de que era difícil hacerle variar de opinion: 3.º porque al dia siguiente del encuentro del Monte de Urra, fué llamado mi hermano Alejo, que es bien práctico en aquellos lugares, para que dijiera en qué punto debíamos colocarnos, teniendo presente que era necesario protejer la reunion del señor Alemparte, i habiendo dicho que ya que no se queria que el ejército se posesionase en la chácara de la Victoria, como lo tenia indicado, le parecia de necesidad dirijirnos a la hacienda de Boyen por ser una posicion inespugnable i hallarse a la parte sur del rio Chillan, a donde le seria fácil a la division que esperábamos reunirse, tomando el camino de la ceja de la montaña.—Al oir esta razonable esposicion, el jeneral volvió la cara i dijo «cobarde»!, haciendo esta ofensa a un jefe que desde el principio de su

carrera tenia dadas muchas pruebas de lo contrario i no merecia tal calificativo; i 4.° porque no tuve voluntad de sufrir un insulto semejante; pero es mui cierto que la posicion elejida por el jeneral no era aparente porque las casas de la quinta distan tres cuadras de la ciudad vieja, tan abundante de licores i que nuestros soldados aficionados a ellos, dejarian armados los pabellones i se dispersarian para irse a embriagar, i porque conociendo que el enemigo no tenia intencion de batirse, puesto que no lo verificó cuando teníamos 700 hombres menos de fuerza, claro era que no habia de buscarnos allí para forzarnos a que le cediéramos el camino que se dirijia a Concepcion por donde no tenia necesidad de marchar. Si el jeneral hubiera oido la opinion de los jefes que conocian perfectamente el campo inmediato al pueblo, le habrian aconsejado que se situara al frente de la ciudad nueva, al pié de una pequeña loma que solo dista cuatro cuadras hácia el oeste de la alameda, donde a mas de encontrarse suficiente agua limpia, bastante pasto i fosos para parapetarse, si queria, podia haber evitado que el enemigo marchase por el camino que por aquel campo se dirijia a los vados del Ñuble i que encontró sin obstáculo, pues por allí mismo emprendió su retirada.

El 25 al amanecer nos pusimos en marcha, sin que nadie supiese el punto fijo donde ibamos a parar, o si el objeto era batirnos, pues nos dirijimos a Chillan. A las diez de la mañana pasaba el ejército en columna a las inmediaciones del monte«Badillo», que se halla como a seis cuadras al norte de Chillan nuevo. Habiendo salido una partida de tiradores de caballeria enemiga por el camino que se dirije al balseadero de Cocharcas en el Ñuble, se encontró con una de nuestra parte, i se hicieron fuego a la antigua, es decir, desde lejos, pues no salió ningun herido. Por este motivo el ejército suspendió la marcha i paró en un campo desnudo de árboles que proporcionase sombra i donde no se encontraba mas que un pozo de agua detenida. En la tarde se pasó a nosotros un tal Martinez, que fué mi asistente en el año de 1830, i aunque

mui pocas preguntas se le hicieron, se le creyó sospechoso porque dijo que su ocupacion era cuidar de los caballos del jeneral Búlnes i por lo que se le mandó quitar las armas i poner preso; pero aquel hombre desmintió con la conducta que observó, a todos los que sospecharon de él, porque trabajó despues en nuestro favor. Al oscurecer la noche se formó la linea en la orilla de un fozo que se encuentra al frente del monte, i yo desplegué mi columna de reserva por la retaguardia del costado izquierdo de la referida linea, formando martillo con ella. En esta posicion permanecimos hasta el dia siguiente.

El 26 por la mañana fuí preguntado por el intendente del Ñuble don Mariano Ramon Zañartu si estaríamos bien situado, allí, contestéle que nó, pues habiendo un campo abierto a derecha e izquierda, i conociendo el arrojo del jeneral Búlnes, que tambien era práctico en el terreno, debíamos esperar que nos presentase en la noche sus columnas por alguno de los flancos i nos enfilara; que a escepcion de mi cuerpo, las demas tropas no sabian hacer fuegos oblicuos; que si los obligaran a esto, indudablemente se matarian unos a otros, i que estábamos espuestos a ser envueltos i destrozados, pues en una sorpresa no era fácil ejecutar movimientos, máxime cuando no se saben. Esta asercion se la comunicó el referido intendente al jeneral sin nombrarme, i segun me dijo aquel, contestó *que nadie sabia mas que él.* Sin embargo, recorrió el campo, observó los fozos que eran mas hondos que la estatura de un hombre, i al entrarse el sol, dió órden de retirarnos a las casas del señor Quintana que, como ya he dicho, se hallan a la orilla del rio Cato, cuya agua no es mui potable por ser mui turbia i de mal gusto, a causa de que su curso lo trae por los minerales. Al ejército no se le presentaba otra conveniencia allí que hallarse parapetado de fozos; pero no habia la menor sombra para resguardarse del sol, que era sumamente abrasador. Su comida era de carne asada, muchas veces sin sal; no tenia pan ni dinero con que comprar, el que para exitar su apetito, se vendia por los vivanderos, i últimamente carecia hasta de lo ne-

cesario para su aseo; asi es que los soldados presentaban una figura ridícula por falta de limpieza i por estar mui andrajosos, pues todo su vestuario se componia de una camisa, pantalon i chaqueta de tocuyo blanco. Los jefes i oficiales tambien sufríamos la privacion de lo preciso para mudarnos, pues ántes de salir del pueblo se nos prohibió llevar equipaje, porque no habian mulas ni carretas en que cargarlos, ni nadie proporcionaba este auxilio. En la noche llegamos al nuevo campamento i allí recibimos 44 soldados del batallon Rancagua, junto con el gobernador del indicado pueblo don José Hermójenes Alamos, que era comandante de aquel cuerpo, don José Miguel Mieres i dos oficiales, que una de nuestras partidas de milicias hicieron prisioneros en la hacienda Virguin. Los sujetos nombrados quedaron presos, pero la tropa fué incorporada al batallon Lautaro, cuya fuerza era diminuta.

El 27 dió órden el jeneral en jefe al comisario don Miguel Prieto que repartiese a los cuerpos de caballeria algunas balijas con ropa que el rejimiento de Cazadores a caballo del ejército enemigo habia dejado en la villa de San Carlos, de donde fueron remitidas por los jefes de nuestras partidas. Hecho esto, pasó a rejistrar el equipaje de don José Miguel Mieres, en presencia de éste, i solo se le encontró en sus baules algunos impresos i un poco de dinero que se contó, pero no supe si se le devolvió o entró a formar parte de nuestra caja militar.

El 28 por la mañana se preparó nuestra caballeria para hacer la descubierta, i la hizo efectivamente, acercándose bien al pueblo de Chillan que ocupaba el enemigo, i en la tarde volvió, sin haber sufrido desgracia ninguna, no obstante que se cambiaron algunas balas en la alameda del norte de la poblacion. En la noche se espantaron los caballos de los cuerpos de caballeria colocados a la izquierda de la línea i se fueron con jaquimones i bozales hácia el punto que ocupaba el enemigo, sin que los contuviera el vivo fuego que hizo la gran guardia del batallon Guia, que por el tropel se persuadió que eran enemigos, a pesar que los

tiros que les dirijian, no se los contestaban ni sufrian combate ninguno por los que creian ser contrarios. Por este incidente el ejército se puso sobre las armas hasta que se dió parte por el jefe de servicio de lo ocurrido.

El 29 por la mañana llamó el jeneral en jefe al jeneral Urrutia i le ordenó que con dos escuadrones de milicias mal armados i sin disciplina marchara a tomar una fuerza de infanteria que se hallaba atrincherada en la villa del Parral. El jefe comisionado pidió una compañia del Carampangue, esponiendo que le parecia imposible el buen éxito de su empresa, haciendo para ello uso de caballeria. No se accedió a su peticion, i segun me ha informado el señor Urrutia se le dijo «haga U. lo que le mando». Obedeció i marchó a su destino con los escuadrones de los comandantes Souper i Arce.

A las ocho de este mismo dia, la caballeria se puso en marcha para volver a practicar la descubierta, i a causa de que el rejimiento de Dragones no se reunió luego por estar pasando el rio Cato, mandó el jeneral en jefe a uno de sus ayudantes que diese órden al jeneral Baquedano de suspender el movimiento. En estas circunstancias me hallaba yo hablando con el comandante Ruiz i el capitan Larrañaga i se me presentó un paisano trayéndome un papel de un amigo en que me avisa que el ejército enemigo habia salido de Chillan, en retirada, con el objeto de pasar el Ñuble, en el vado del Ala, pues para aquel punto se dirijia. Inmediatamente dí cuenta de esto al jeneral; pero a pesar que él tambien recibió esa misma noticia por una esquela que le dirijió una señorita de Chillan, no la creyó.

A las dos de la tarde se hallaba la tropa haciendo su comida; pero pararon esta ocupacion porque habiendo recibido el jeneral una carta de un caballero que reside en Chillan, confirmándole la noticia que yo le comuniqué cuatro horas ántes, se mandó tocar llamada i marcha que dirijimos para Chillan i al llegar a las Pataguas, que distan del pueblo unas doce cuadras, conversamos a la derecha i caminamos a la retaguardia del ene-

migo, encontrando en el camino varios soldados cívicos de Chillan, que fueron agregados a mi rejimiento. No he podido concebir el motivo que obligó al jeneral a tomar tal disposicion en lugar de ordenar que marcháramos por la orilla del Cato i dirijirnos por la del Ñuble abajo, i salir por la derecha de los enemigos que habríamos alcanzado a las dos horas, pero perdimos camino i tiempo inútilmente.

Una mitad de carabineros, mandada por mi hermano Alejo, a quien acompañaban algunos indios, se adelantó con el fin de entretener las columnas enemigas, para dar lugar a que se aproximase nuestra infanteria que marchaba paulativamente, i como los esploradores hicieron una marcha acelerada, luego alcanzaron las partidas que cubrian la retaguardia enemiga, con quienes empeñaron una refriega de que resultó la muerte de seis hombres de ambas partes, entre los cuales cayeron dos indios que se separaron de la partida. Como el grueso de nuestra caballeria, a las órdenes del jeneral Baquedano, marchaba a las inmediaciones de la partida de vanguardia, fué descubierta por las columnas enemigas que se hallaba ya cerca del vado denominado Ala. No pudieron pasar allí i se dirijieron al paso de los Máquis, en el Huape, donde, a la vista de nuestras guerrillas, estuvieron manobriando hasta entrado el sol, a cuya hora llegó nuestro ejército a las casas de la hacienda de Carico, perteneciente a doña Josefa Alarcon, que distan poco mas de una legua del vado donde pasó el enemigo. Pernoctamos allí sin hacer movimiento ninguno i sin saber el que practicaban los enemigos. Desde que la tropa vió que el ejército a quien perseguíamos pasó el rio Ñuble, sin que nadie le incomodase, se empezó a desalentar i perder el entusiasmo, pues llegó a penetrar la vacilacion del jeneral, i ya no le trataban con el respeto i afecto que ántes le manifestaban, saludándole con vivas, dando con esto una prueba inequívoca de que se habia desprestijiado.

El 30 el ejército oyó misa en el mismo alojamiento, i a la una de la tarde salimos, sin comer, con direccion al vado de Dadinco.

A las dos i media empezaron a pasar a la grupa de la caballeria, las dos compañias de cazadores i una parte de la primera línea, i como se hubieran ahogado varios soldados i mujeres, a causa de que el paso era peligroso, por estar cerca de la naciente de un canal i de hallarse el rio lleno i correntoso, se determinó que el resto del ejército pasase en una lancha cuyos remeros trabajaron 24 horas, sin descansar, pues la mitad de la artilleria i su parque, el batallon Alcazar, el Lautaro, bastante tropa del Guia i toda la columna de reserva no acabó de pasar hasta el dia siguiente por la noche.

En la mañana del referido dia 30 se embriagaron mas de 300 indios, robaron sin impedimento todo el dinero, alhajas etc., que hallaron en las casas de la hacienda del señor Rubio, i recojiendo algunos animales de los vecinos, se volvieron a su tierra sin que nadie los contuviera, a pesar que se mandaron en su alcance varios capitanes de amigos que tampoco regresaron, no obstante haberles amenazado con severos castigos.

El 1.° de diciembre continuamos aun pasando el rio i en la mañana se echó menos la guardia de prevencion del batallon Lautaro, que desertó junto con el oficial Flores que la mandaba; en la noche concluimos de pasar i formamos la línea en el llano inmediato a los molinos de Dadinco, de donde desapareció tambien la mayor parte de la 3.ª compañia del batallon Alcázar, compuesta casi en su totalidad de cívicos de Quirihue i por lo que, segun me dijo el capitan de ella don Francisco Melo, i sarjento mayor del cuerpo don Joaquin Fuentealva, quedaron solo los que no pertenecian al referido departamento, que eran bien pocos. En los rejimientos de caballeria se notó bastante desercion, pues se advertia ya una fuerza mui reducida.

Muchas personas, a pesar de estar íntimamente convencidas de que el ejército se componia de partes etereójenas i sin unidad, seguíamos solo por ser consecuentes a nuestras convicciones, i a la amistad que nos ligaba con el jeneral i cuatro o seis sujetos mas que se comprometieron en la defensa de los derechos

de los pueblos; pero sin la menor esperanza de buen resultado a no ser que la suerte nos hubiera protejido, pues observamos que la tropa no marchaba de buena voluntad para el norte.

Habiendo sabido el jeneral en jefe que el enemigo se hallaba el dia 1.° en Ñiquen, convino en que la marcha la emprendiéramos a las once de la noche para alcanzarlo ántes que pasase el rio Perquilauquen, i al efecto, le previno al coronel don Salvador Puga que marchase con la caballeria unas dos leguas a vanguardia i que, segun me ha dicho este jefe, luego que viera que el ejército se aproximaba al punto de su campo, se pusiese en marcha; pero amaneció sin que nosotros supiéramos la causa de tal demora.

El 2, ántes que saliera el sol, marchamos i a las doce del dia paramos en un monte que se encuentra poco mas de una legua al norte de la hacienda denominada Merced, donde ni la sombra de los árboles nos fué útil, pues estaba situado en un terreno lleno de lodo. Allí se racionó la tropa i a las cuatro i media de la tarde emprendimos la marcha; a las nueve de la noche llegamos a Ñiquen, en cuyo punto encontramos alojados a los escuadrones de milicia que andaban con el jeneral Urrutia, que, aconsecuencia de no haber podido tomarse a la villa del Parral ni la fuerza que la defendia, contramarcharon por la montaña i se colocaron ahí para reunirse al ejército. La tropa de infanteria permaneció mas de una hora parada en el barro que forman las aguas del estero Ñiquen, hasta que algunos jefes de cuerpo, cansados de esperar la órden de continuar la marcha o alojarse, me hablaron para que buscara al jeneral i le preguntara donde formábamos la linea. Accediendo a esta pretension marché preguntando por este jefe que encontré a vanguardia, donde lo tenian entretenido algunos visionarios. Luego que llegué, le advertí que nuestra tropa se hallaba metida en el agua, por no saber donde nos colocábamos. En contestacion, me designó el lugar e inmediatamente tomamos alojamiento. En este dia sufrí muchos disgustos, pues la tropa se habia desmoralizado. Ya empezaba a merodear, tirando tantos fusilazos que parecia fuego graneado, sin mas objeto que espan-

tar a los vivientes de las inmediaciones del camino. En este mismo desórden marchó el ejército hasta Longomilla, por lo que se notaba diariamente una gran desercion, pues los que lograban agarrar un caballo se volvian a sus casas, sin ser perseguidos por que, segun ellos decian, eran voluntarios.

El 3 continuamos la marcha, i a pesar de sufrir fuertes chubascos, tener que pasar el rio Perquilauquen i el paso de la Tinaja, bastante cenagoso, llegamos a las once de la mañana a la orilla de un pequeño arroyo que se halla en la hacienda de los Cardos, cerca de la villa del Parral. Allí pasamos la tarde para comer escasamente, pues a mi columna, que constaba de 547 hombres, solo se le dieron 30 corderos, que repartidos entre 8 por cabeza, no alcanzaron mas que 240 individuos.

No ignorando el jeneral en jefe que la escasez de dinero era exesiva en el ejército, i que por consiguiente la tropa no tenia con que comprar los comestibles que conducian los vivanderos i los que vendian las jentes del campo que salian al camino, con el objeto de hacer este comercio, mandó publicar en la tarde de este dia, la órden de entregar por el comisario una buena cuenta de tres pesos a los sarjentos, veinte reales a los cabos, i dos pesos a los soldados que, en proporcion de su escasez, estuvieron mui contentos con esta noticia; pero como no tenia dinero sencillo el pagador, no recibió nada entonces el habilitado de mi rejimiento. Ignoro si a los demas oficiales que desempeñaban esta comision en otros cuerpos le sucederia lo mismo, pero es mui probable. Al oscurecer este mismo dia seguimos caminando, i es indudable que perdimos la ruta, pues hacíamos repetidas paradas para que los prácticos nos condujesen mejor, i habiendo conseguido esto, llegamos a las dos de la mañana a la hacienda del Membrillo, no habiendo podido vencer mas que dos leguas en siete horas de marcha.

El 4 a la madrugada nos pusimos en marcha; pasamos el sol en las casas del juez Mella, donde se racionó la tropa con un ganado ovejuno que se aporrató a inmediaciones de aquel lugar.

En la tarde continuamos la marcha i tomamos alojamiento en la playa sur del rio Longaví. Allí permanecimos hasta las ocho del dia siguiente, esperando algunos animales vacunos que debian traernos de las haciendas cercanas a la villa de Linares, cuya demora tenia colérico al jeneral, pues la provision se hallaba enteramente agotada, i por consiguiente el ejército no tenia que comer en todo ese dia; pero a la hora referida llegó el señor Oses conduciendo unos cuantos bueyes, i en vista de este auxilio nos preparamos para marhar.

El 5 a las nueve de la mañana nos dirijimos al vado del rio Achibueno, a cuyo lugar llegamos a las dos de la tarde i pasamos luego el rio. El ejército se acampó en las arboledas inmediatas, se racionó i comió. Una parte de los artilleros se ocupó en secar algunas municiones que se mojaron en el paso i que hacian notable falta, porque llevábamos mui pocas de repuesto, pues solo se contaba con 16,000 tiros de fusil que se conducian en ocho cargas, únicas que yo he visto, pero puede ser que en el parque se condujesen algunas mas. Sin embargo, creo que serian mui pocas. La caballeria que desde que pasamos el Ñuble no se reunió a la infanteria, porque siempre marchaba a vanguardia, se hallaba situada en la orilla del rio Putagan. En la tarde llegó a nuestro campamento el crucista don Doroteo Ibañez, trayendo quinientos pesos en moneda de plata para cambiar con diez reales de utilidad en cada onza (1) hizo la especulacion con nuestro pobre comisario que de ese dinero entregó a mi rejimiento cien pesos, que se repartieron luego dando un real o real i medio por plaza, segun alcanzaban los presentes, lo que dió lugar a una rechifla, pues la tropa creia recibir el completo de la buena cuenta que se designó por la órden publicada dos dias antes. Hubieron tantos desórdenes en este dia, que me ví obligado a quedarme un poco a retaguardia del ejército, junto con mi hermano i el capitan Ba-

(1) Todo era negocio i así se portaron todos los crucistas de boca i no de corazon.—(*Nota del autor.*)

quedano para contener a varios ladrones que acompañaban a los indios, i a quienes fué necesario darles de palos i herir a dos de ellos porque no querian dejar una yunta de bueyes i algunos otros animales que quitaron de algunos pobres que vivian inmediatos al camino. Uno de los capitanes de amigos se resistió del modo mas insolente a entregar unas mulas, i como manifestó intencion de defenderse con obstinacion, le tiré un pistoletazo i lo conduje preso a mi columna; pero una o dos horas despues lo puso en libertad el comandante Urizar, tomando para ello el nombre del jeneral. En la noche se dispuso que saliéramos a formar la línea en el campo próximo a la arboleda en que pasamos el dia.

El 6 al aclarar seguimos la marcha i a las once de la mañana paramos para comer i pasar el sol en una arboleda inmediata a los molinos de Longomilla, cuya hacienda llaman Huaraculen. A las cuatro de la tarde nos dirijimos al camino de los callejones i a las nueve de la noche llegamos a las casas de don Santiago Urzúa que se denominaban «Reyes», a cuya derecha se hallaba ya acampada la caballeria que se adelantó en la mañana. Luego que yo me presenté a pedir órdenes para saber donde debia situarme con mi columna, manifestó el jeneral en jefe un gran enfado contra los que le colocaron allí, pues, segun me dijo, debíamos habernos posesionado en el Portezuelo que dejamos un poco a retaguardia. Sin embargo, ordenó que dentro del cuadro que forma la ramada de matanza se colocaran los batallones Alcazar, Lautaro i la columna de reserva, quedando al lado de afuera, donde él situó su tienda de campaña, la artilleria, las dos compañias de cazadores, mandadas por el mayor Rojas, cinco compañias del 1.° i 2.° batallon del rejimiento Carampangue, que tenia a sus órdenes el teniente coronel don Pedro José Urizar, i el batallon Guia, sin sus compañias de granaderos i cazadores, mandadas por su comandante don Cornelio Saavedra. En esta situacion permanecimos toda la noche, sin saber la causa porque habíamos suspendido la marcha i no la continuábamos para batir el enemigo que perseguíamos.

El 7 por la mañana se entregaron cien pesos en dinero sencillo para mi rejimiento, cuya cantidad fué distribuida inmediatamente en la misma forma que se hizo con la que se dió dos dias antes. Creo que de este proceder, ni de la ocurrencia del dia 5 tenia noticia el jeneral en jefe, pues por algunos dias estuvo persuadido que los jefes de los cuerpos habíamos recibido el completo de la cantidad designada el dia 3. A las 8 de la mañana se dispuso que mi hermano Alejo con el rejimiento de carabineros que tenia a sus órdenes se avanzase media legua hácia el punto que ocupaba el enemigo para observar sus movimientos, i se le advirtió que en la tarde seria relevado, en atencion a que andaba enfermo; pero se olvidaron de mandarlo relevar, i el cuerpo permaneció en el campo, a la vista de los contrarios, con sus caballos ensillados hasta entrado el sol, a cuya hora recibió órden de retirarse. En todo este dia no se hizo el menor reconocimiento del campo que ocupamos, se ignoraban las avenidas i por lo mismo no se colocaron guardias avanzadas, lo que dió ánimo a un lenguaras de indios N. Burgos, a pasarse al enemigo a la vista de todo el ejército, pero luego se supo que el pasado estaba ébrio.

A las once de la noche, hallándome solo con el jeneral en jefe en la cuadra de la casa que le servia de habitacion, se presentó un paisano, viviente de por allí inmediato, i dijo que unas hermanas suyas habian estado vendiendo aves a la tropa enemiga, de donde acababan de llegar, trayendo la noticia de que se susurraba allí que venian esa noche con el objeto de asaltarnos, lo que le parecia indudable, pues aquellas vieron muchos movimientos en la artilleria i caballeria que indicaban prepararse a la marcha. En consecuencia de este aviso, me ordenó el jeneral poner preso al paisano porque se persuadió que no decia la verdad, pues otras veces habíamos ya sufrido engaños de esta clase para tenernos en alarma. Salí pues con mi buen crucista, como él se denominaba, i cuando volví a dar cuenta de haberlo dejado detenido en la guardia de mi columna, me dijo el jeneral en jefe que fuese luego a mandar trabajar escalas i andámios en el

cuadro; pero no se dió aviso a la caballeria, que pasó toda la noche con sus caballos desencillados hasta por la mañana. Para cumplir con la comision que se me dió, me dirijí al corralon donde se hallaban como ya he dicho la mayor parte de los cuerpos de infanteria; hize nombrar alguna tropa para emprender la obra i recordé a los desgraciados coroneles Martinez i teniente coronel Urizar, a quienes anuncié la noticia que acabábamos de recibir, previniéndoles que estuviesen con vijilancia. El primero de estos dos últimos jefes me proporcionó al capitan don Mauricio Apolonio, que hacia veces de mayor en su cuerpo, cuyo oficial me ayudó mucho en la direccion del trabajo, pues a pesar de hallarse herido en la mano izquierda, permaneció conmigo hasta cerca del dia.

El 8, a las cuatro de la mañana, un oficial de caballeria, don Pedro Cid, que se dirijió a unas casas que se hallan hácia el rio Maule en busca de algo que comer, fué avisado por unos paisanos que el enemigo se aproximaba. Inmediatamente se regresó i sobre una pequeña loma dió voces de alarma, por lo que creyeron muchos que habiamos sido sorprendidos, pues a escepcion del jeneral, coronel Martinez, teniente coronel Urizar i yo, ningun otro sabia la noticia del asalto. Luego que el jeneral tuvo el aviso de venir el enemigo que no fué comunicado por ningun comandante de avanzada, pues no la habia (1), montó a caballo i se dirijió a una loma que se halla al norte de las casas que ocupábamos, llevando consigo el anteojo para observar los movimientos del enemigo, i despues de ser testigo ocular que éste marchaba en disposicion de atacar, se regresó a las casas, i segun me aseguraron algunos jefes, solo previno al jeneral Baquedano que atacase por escuadrones sucesivamente.

Mientras el jeneral permanecia haciendo sus observaciones, se tocó llamada i los jefes de los cuerpos formaron por si solo los

(1) Varios jefes de caballeria me aseguraron que el mayor Padilla estaba de avanzada o gran guardia i que a media noche se habia retirado con su tropa para el centro.—(*Nota del autor.*)

suyos en el órden siguiente: las compañias de granaderos i primera del primer batallon del rejimiento Carampangue, la de granaderos, primera i segunda del 2.° del mismo cuerpo, a las órdenes del teniente coronel don Pedro José Urizar, estaba en batalla al lado de afuera de las casas, apoyando su derecha en el fin del corredor hácia el norte del edificio, dando el frente al camino que traia el enemigo, i formaba la derecha de la línea con dos piezas de artilleria mandadas por el mayor don Juan José Gaspar. En el camino jeneral, donde empieza el callejon de álamos, se hallaban dos piezas de artilleria, dirijidas por el comandante de esta arma teniente coronel don Bernardo Zúñiga. En una pequeña altura que está a la izquierda del callejon indicado se formaron en línea las compañias 1.ª, 2.ª, 3.ª i 4.ª del batallon Guia a las órdenes de su comandante teniente coronel don Cornelio Saavedra, a quien acompañaba de mayor don Benjamin Videla, cuya tropa tenia cuatro piezas de artilleria colocadas a la izquierda sin proteccion ninguna por el costado del rio. Las compañias cazadores del primer batallon Carampangue i la del Guia, al mando del mayor don Joaquin Rojas, habian marchado al principio de disponer el órden de batalla hácia la izquierda de la línea, pero les hicieron volver i se situaron a la derecha de las casas, en el punto donde está la viña. En el cuadro que forma la ramada de matanza se hallaba el batallon Alcazar a las órdenes de su comandante el teniente coronel don Francisco Molina, formado en batalla. Al costado del sur el Lautaro, en el mismo órden, al pié de la pared del norte bajo el mando de su jefe el coronel graduado don Manuel Tomas Martinez, i la reserva que tenia a mis órdenes i se componia, como ántes he espresado, de la 2.ª, 3.ª i 4.ª compañias del primer batallon Carampangue, 3.ª, 4.ª i cazadores del 2.° del mismo rejimiento i la de granaderos del Guia, se encontraba formada en columna cerrada al este del cuadro.

La caballería, que se habia colocado ya en una pequeña loma que está al norte de donde estuvo avistando al enemigo, se retiró en órden i se colocó en columna jeneral por escuadrones en

un bajo, como a dos cuadras a retaguardia de la izquierda de la linea hácia el rio Longomilla, pero sin estar protejida por ninguna otra arma. No se dispuso que quedase reserva de caballeria i no habia una sola partida de individuos de esta arma en ningun punto mas que en el que dejo mencionado. El cerro que se hallaba a unas cuatro cuadras hácia el sur de las casas se cubrió luego de mujeres, cantores i algunos de los empleados que mas hablaban ántes del peligro, pero no duraron mucho tiempo allí porque luego que conocieron que estaban espuestos a recibir una bala perdida se retiraron en diferentes direcciones.

A las siete de la mañana empezaron los primeros tiros, i viendo al campesino que nos dió esta noticia de este ataque, mui aflijido i lloroso, ordené su libertad para que se retirase a su casa, pues no habria sido justo que despues de habernos hecho un servicio, lo hubiéramos espuesto a sufrir la muerte. En este instante ví tambien al jeneral en jefe sobre el tejado del sur de la casa, observando con su anteojo los movimientos del enemigo, sin que le acompañase mas que su criado Jil.

Las compañias de cazadores del ejército enemigo se dispersaron en guerrilla al frente de las casas, circunvalándolas por la izquierda, pues su derecha la apoyaban en los álamos que forman el callejon. Unas columnas de infanteria contraria marchaban sobre las nueve compañias que formaban nuestra línea i fueron recibidas con fuegos de artilleria i el graneado que hizo la tropa, que siendo bien sostenido obligaron a que los enemigos se dispersaran sin dejar por esto de ganar terreno por su costado derecho, cuyo movimiento precisó al Guia retirar su izquierda hácia las casas el cual siguió tambien la artilleria. Las compañias de Carampangue avanzaron su derecha perdiendo en esta maniobra a muchos de sus individuos que cayeron muertos i prisioneros, contándose entre los primeros al teniente coronel Urizar, que no tuvo tiempo ni para mandar preparar a causa de que al principiar los tiros de cañon recibió un casco de metralla en la parte superior de la frente. Viendo esto, el jeneral dió órden para que el mayor

del Alcázar don Joaquin Fuentealva saliera con dos compañias de su cuerpo en proteccion de los retirados, i consecutivamente dispuso que el coronel don Manuel Tomas Martinez, con dos compañias del batallon Lautaro, del que era comandante, reforzase la fuerza que ya habia salido; este jefe fué muerto luego, i como no se encontraba en el campo ningun otro que mandase la tropa, ésta se empezó a retirar a las casas i por el camino que se dirije al sur, a escepcion de la mayor parte de la compañia de granaderos del primer batallon Carampangue que se quedó tendida en guerrilla al lado de afuera del edificio en el costado del norte. Alguna tropa del batallon Lautaro se colocó, de mi órden, sobre los techos i andamios i hacia un fuego bastante vivo, pero sin buen acierto, pues la mayor parte de ella, a mas de no tener instruccion, era la primera vez que se fogueaba.

Una columna de dos batallones i un escuadron enemigo que se hallaban situados a inmediaciones de una casa que se encuentra al oriente de nuestra posicion, emprendieron su marcha por la izquierda, dirijiéndose a la viña; pero habiendo sufrido el fuego de la artilleria i el que le hicieron las compañias de cazadores i alguna otra tropa que espontáneamente se colocó por allí, se dispersó i el escuadron, que se quedó a retaguardia, de donde no era visto por nuestros soldados, se volvió pasando por el frente de las casas que nosotros ocupábamos, fuera del alcance de tiro de fusil, pero mui en órden, en columna por mitades, i se dirijió a la derecha de su ejército, donde varió de direccion i marchando por la izquierda de nuestras tropas que peleaban en dispersion, logró reunirse con unos 80 o 100 hombres de infanteria que pasaron entre las casas i el cerro i se colocaron en el callejon del camino jeneral, quedando de este modo a nuestra retaguardia.

Despues de observar con mi anteojo los movimientos de que he hecho referencia, me puse al frente de mi columna, i el jeneral, sin advertir que se hallaban formadas ocho compañias de los batallones Alcazar i Lautaro, me ordenó que mandase salir al campo una compañia de la reserva. Mandé pues al capitan de

la 3.ª compañia del primer batallon Carampangue don Samuel Valdivieso, cuyo oficial, no habiendo recibido órden para colocarse en un punto determinado, se dirijió de motu propio al lugar en que se encuentra la viña, donde se encontró con el capitan del ejército enemigo don Manuel Lastra (1) que, creyéndolo rendido se abrazó con él. En estas circunstancias se presentó allí otro oficial enemigo mandando una fuerza que traia reunida, i tomó prisionero a Valdivieso, junto con el teniente de la misma compañia don Eujenio 2.° Morales i la mayor parte de la tropa, habiéndole muerto antes al subteniente don Gregorio Riquelme i algunos individuos mas. En este estado me persuadí que era llegado el caso de hacer uso de la reserva i me preparé para salir con el resto de mi columna, por la puerta del este, que aprevencion tenia abierta ya, para tomar al batallon Buin por el flanco izquierdo i batirlo, sin darle lugar a que su columna la variase de direccion por la derecha i desplegara en batalla, pues, segun lo veia, se hallaba en masa presentando su costado izquierdo hácia la puerta de oeste; pero lejos de resolverse de este modo, mandó el jeneral que las compañias de la reserva saliesen sucesivamente hasta que no me quedó mas que la 4.ª i cazadores del segundo batallon, que a mas de ser reclutas, no alcanzaba su número a 90 hombres, con mal armamento. Viéndome ya con tan poca tropa, i sin órden de salir del cuadro, dispuse hacer la defensa en las casas, i al efecto hice subir a las paredes i techos toda la fuerza disponible que me quedaba, i yo mismo subí tambien tomando un fusil con el que, para ejemplo, hacia fuego a la vez con los soldados. En estas circunstancias se presentó el jeneral en el cuadro i ordenó que saliera la cuarta compañía con su capitan don José Leonor Santapao, que luego recibió un balazo en la pantorrilla izquierda, i últimamente mandó que saliera

(1) Este honrado oficial habia servido en el Carampangue de donde se separó ocho meses ántes, i por su carácter bondadoso todos lo apreciábamos como hermano.—(*Nota del autor*.)

tambien el capitan don José del Carmen Bustos con su compañia de cazadores, dejándome a mí sin mas individuos de que disponer que los que se reunian allí de diversos cuerpos i mui particularmente de los del Alcazar i Lautaro que abandonaron su formacion, viendo que en ellos no quedaba ningun veterano.

Una de las muchas granadas que los enemigos dirijian a las casas incendió el techo que cubre la bodega de la esquina sur del edificio, i en estas circunstancias volvió a entrar al cuadro el jeneral para disponer que alguna tropa, bajo la direccion del injeniero Mr. Henry, apagase el fuego, cortando para ello las maderas i echando encima vino i chicha, de la que habia en bodegas, para lo que se mandaron abrir éstas, i luego que vió que se empezaban a ejecutar sus órdenes, se regresó al patio que formaba la casa que le servia de alojamiento, sin dar ninguna otra órden.

Nuestra caballeria, que como ya he referido, se hallaba en un bajo sin ser vista por el enemigo, marchó súbitamente de frente, no sé porque órden, como a las dos o tres horas de empezada la accion, i habiendo hecho ese movimiento sobre una loma donde encontró una gran barranca, cuyo obstáculo no pudo superar, fué descubierta por la artilleria e infanteria enemiga, que hizo sobre aquella un fuego vivo que, a mas de causarles estragos, se envolvió toda bajo una nuve de polvo que impedia conocerse. En tal conflicto recibió la carga de la caballeria contraria, que ayudada de alguna infanteria la dispersó i derrotó completamente, sin que en todo el dia se hubiese podido reunir mas que unos 18 o 20 hombres que con los capitanes don Hermójenes Urvistondo i don Benjamin Silva i teniente don Juan Avalos, acompañaron al jeneral don Fernando Baquedano, cuando despues de herido repasó el rio Longomilla para reunirse a nosotros; pero todos estos se presentaron en circunstancias que ya no habia con quien pelear (i por mas interes que hubieran tenido no pudieron hacerlo antes pues estaban cortados) porque los enemigos en dispersion abandonaron el campo dejando dos obuses, mucho armamento, todos sus heridos que se hallaban en el hospital de sangre

i bastantes prisioneros que luego se pusieron en libertad, i que encontrando ocasion se volvieron a su ejército.

La caballeria pudo mui bien haber permanecido tranquila en la posicion que ocupaba hasta el fin de la accion, si se hubiera querido, i no tenia motivo para hacer ese movimiento desacertado que ejecutó cargando sin que le fuese posible vencer el obstáculo del barranco que tenia al frente, pues sus escuadrones no entendian de tales maniobras. De la ejecucion de este movimiento culpan todos al jeneral Baquedano que cometió un error garrafal, porque estando su tropa colocada en un punto fuera del peligro de recibir balas i sin ser vista de la caballeria enemiga, debió esperar que esta se desordenara con los fuegos de nuestra artilleria e infanteria para cargarla. De este modo se habria evitado la dispersion i derrota de nuestros milicianos que quedaron asustadizos desde Chillan.

Nuestra infanteria peleó con obstinacion sin abandonar el terreno; pero la caballeria se espantó al principio de su confusion de tal modo que se dispersó en distintas direcciones i el coronel don Salvador Puga, que, segun se me ha informado por algunos jefes i oficiales, logró reunir una fuerza como de 80 hombres en la otra parte del rio Longomilla, no pudo conseguir hacerla repasar allí mismo por mas interes que tomó i por lo cual se dirijió a un vado que se hallaba al frente de los callejones donde la tropa e indios volvieron a resistirse a causa de que los que huian posteriormente, les anunciaron que la caballeria enemiga se hallaba saqueando las casas contiguas a la capilla inmediata a los molinos. Por esta circunstancia contramarchó, anduvo toda la noche hácia el sur, i al aclarar paró en la confluencia del Longaví con el Perquilauquen, una jornada a retaguardia del campo de batalla; pero otros se fueron a Chillan e infinitos a la Frontera o a sus casas, porque los pobres campesinos que no estaban habituados a estas clases de peleas, donde los hombres se matan sin estrecharse, sufrieron una obstinada persecucion a fusilazos hasta la orilla del rio Longomilla que pasaron a nado,

dejando sepultados en sus aguas a un gran número de sus camaradas.

Cerca de la una de la tarde salia yo para fuera sin tropa ninguna i habiendo encontrado en el pasadizo de la puerta principal, del lado oeste, una culebrina i un cañon de a cuatro, hize sacar estas piezas para hacer fuego, pero los sarjentos de artilleria Sepúlveda i Monsalve que se hallaban allí, me dijieron que no habian municiones ningunas. Entonces rejistré unos cajones que ví tirados a la inmediacion i solo hallé en ellos varios tarros de metralla. En estas circunstancias se presentó el mayor de artilleria don Juan José Gaspar conduciendo en su manta algunos cartuchos, que en compañia de algunas mujeres recien habia construido, i con este auxilio ordené que cargaran e hicieran fuego a una partida de infantes enemigos que se llevaban uno de nuestros cañones, que quedó abandonado en la izquierda, el cual dejaron con perdida de algunos de sus compañeros. Mandé en seguida que las dos piezas se colocaran en el callejon i fueran conducidas por el mayor i sarjentos de que he hecho referencia a quienes acompañaban algunos músicos del Carampangue, un soldado Juan J. Arriagada de este mismo cuerpo, i mi sirviente José Martinez que siempre anduvo a mi lado. Dadas i ejecutadas estas disposiciones volví a ocupar mi puesto.

Una hora despues de estas últimas ocurrencias, hallándome sobre el techo con un corto número de hombres de diferentes cuerpos que se reunian para hacer fuego desde alli, noté que la infanteria enemiga que teníamos al frente, se retiraba precipitadamente, i que la caballeria en columna marchaba a galope sobre una fuerza de nuestra infanteria que la rechazó, haciéndole fuego por el frente i flanco izquierdo obligándola a envolverse i retroceder en dispersion. Nuestra tropa, que vió el buen éxito de su resistencia i fuegos, a pesar que solo serian unos 100 hombres, se avanzó ganando terreno hácia el rio Maule. Inmediatamente que advertí que el enemigo volvia en derrota, pues sin poder rehacerse huia i nos dejaba el campo, monté en mi caballo i pasé

al otro patio donde suponia que se encontraba el jeneral para darle cuenta de lo que acababa de presenciar i recibir sus órdenes; pero al llegar al pasadizo de la casa ví al ayudante de campo don Manuel Prieto i Cruz, apoyado en una mesa de la cuadra i preguntándole por el jeneral, me contestó que se hallaba acomodando a los oficiales heridos. En estas circunstancias salia el capellan Valenzuela i le dije: dígale al jeneral que los enemigos fugan en dispersion, i volví mi caballo i me dirijí a la loma donde acababa de colocarse nuestra tropa, a cuyo punto llegué a tiempo que el teniente Bravo, de mi cuerpo, mandó disparar el último tiro de cañon, pues no existia ya mas cartucho que aquel de que se hizo uso. Como en esta posicion solo se veian unos 100 hombres desordenados, porque la mayor parte de la fuerza que nos quedaba andaba dispersa en el espinal i por el costado de la viña en persecucion de los fujitivos, no nos fué posible marchar adelante, máxime cuando la tropa me hizo presente que a retaguardia quedaba infanteria i caballeria enemiga. Con esta advertencia, pues, volví a las casas con el objeto de reunir alguna fuerza (pues no me acompañaban mas que uno de mis asistentes José Santos Salas i el otro, que era Juan Manuel Gonzales, lo tomaron prisionero), para oponerme a un ataque por nuestra espalda. Al llegar al punto donde me dirijí encontré al jeneral, quien me dijo: «yo me voi hasta Talca i U. quédese aquí reuniendo los dispersos». A esta prevencion le hice notar que por el cerro situado a unas cuantas cuadras del sur de las casas desfilaba un escuadron i compañias de infanteria enemigas, i habiéndose asegurado de esta verdad por su misma vista, mandó de parlamentario a un oficial Robles que pertenecia al batallon Guia, ofreciendo perdon a los oficiales i tropa que se entregaran; pero dicho oficial se dirijió por el callejon a las casas de Chocoa, donde fué hecho prisionero por una guerrilla que aun quedaba en aquel punto.

Tan pronto como el jeneral despachó el parlamentario se marchó i reunió el ejército en la loma donde se tiró el último tiro,

que está a unas cuatro cuadras al norte de las casas de Reyes, i yo me quedé en ellas, como se me tenia ordenado, solo i sin mas tropa que la que se reunia allí en busca de auxilios o de sus deudos. Algunos oficiales me aseguraron que los soldados gritaban *vamos a beber agua al Maule,* i que el jeneral les contestaba «yo sé lo que hago, pues no puede haber batalla completamente ganada sin caballeria que persiga al enemigo», i que despues de mandar marchar la derecha de la línea, dispuso que se sentasen a descanzar en lo que se entretuvieron desde las tres de la tarde hasta cerca de las siete que marcharon para pasar la noche un poco mas de media legua al norte del lugar donde se dió la batalla. Asi mismo me noticiaron que en la noche se le presentó un sarjento de Dragones, que despues de ser prisionero se escapó, diciéndole al jeneral en jefe, que el enemigo no habia logrado reunirse i que venia a darle cuenta para que tomara sus disposiciones, pero que no se le hizo caso.

Al oscurecer me hallaba haciendo apagar el fuego con algunos soldados i mujeres a quienes pagaba en plata su trabajo, i a esa hora se me presentó el capitan don Mauricio Apolonio diciéndome que por órden del jeneral se venia a poner a mi disposicion con alguna tropa de su cuerpo. Le previne que se colocara en el cuadro de la casa i yo continué en hacer estinguir el incendio que se comunicaba por el enmaderado. La tropa armó pabellones i como las bodegas estaban abiertas, se entró a ellas i bebieron hasta embriagarse. A las ocho de la noche se me presentaron unas mujeres que se escaparon de las casas de Chocoa, i me dieron noticia de que alli existia una pequeña partida de enemigos ocupada en desnudar a las familias de nuestros soldados. Con esta certeza, procedí inmediatamente a escojer 20 hombres de los que se hallaban en mejor estado i los mandé al cargo del teniente del batallon Lautaro don Tomas Garrido, con órden de batir o tomar prisioneros a los que componian aquella guerrilla. Mi tropa volvió a las dos horas trayendo 15 hombres de diferentes cuerpos enemigos i tambien al oficial Robles, que éstos tomaron

prisionero en la tarde como ya lo he referido. Despues de esto, dispuse se colocaran centinelas en los techos para observar el movimiento que hicieran los enemigos que habia visto en la tarde, i que ignoraba si se habian quedado a las inmediaciones, pues se dirijieron a los potreros que están al Este de las casas, i habiendo notado cerca de mí que el capellan de mi rejimiento don José María Merino se hallaba en una cama en el patio, me acosté tambien en ella para dormir un poco, pues hacian dos dias que me encontraba insomne.

Un cuarto de hora despues de haberme acostado llegó a las casas Mr. Henry i me comunicó órden del jeneral para que le mandara la tropa que tenia allí, quedándome solo con 25 hombres.«Contéstele U., le dije, que la poca fuerza que hai a mis órdenes no está disponible porque se ha exedido en el licor i es difícil hacerla marchar en el estado en que se encuentra, mucho ménos cuando no conocen, como el soldado veterano, las penas que designan las leyes a los que cometen insubordinacion.» Esta contestacion, que yo francamente la publico, a pesar que mui pocos la saben, es la que ha dado lugar para que los que no conocen los deberes de militar, la crean una falta punible. Ellos son los que maliciosamente han variado los hechos, pues dicen que me negué a cargar con la reserva, dando por disculpa que la tropa estaba mui cansada, cuyo pretesto me valió para quedarme en las casas. La aseveracion de esta negativa no manifiesta mas que la intencion de desacreditarme, pues ántes de concluirse la accion ya no tenia fuerza ninguna de mi columna, porque el jeneral dispuso que saliera al campo por compañias separadas, i entonces, ni en todo el dia se me ordenó que cargara al enemigo. Si contesté en los términos que ya he espuesto al negar la fuerza, fué: 1.° porque en realidad era cierto que la tropa estaba ébria: 2.° porque no me consideraba un jefe de montoneros para obedecer la órden que me impartia un estranjero, que aunque usaba insignias de jefe, como muchos otros, no se le habia hecho reconocer como ayudante de campo del jeneral: 3.° porque creia

una paradoja disponer que el único coronel del rejimiento veterano que existia en el ejército, acreditado por su esperiencia i regular instruccion en su arma, se quedase distante del cuartel jeneral con el mando de 25 hombres, de cuerpos estraños, que habria podido dirijir un sarjento, esponiéndose de este modo a ser muerto o prisionero por los enemigos, que no mui distante de la posicion que yo ocupaba, se vieron en la tarde, i que ignoraba si aun permanecian inmediatos; i 4.° porque habiendo esperimentado en la pasada del Ñuble que un artillero asistente del mayor Zúñiga me desobedeciese hasta el estremo de avalanzarse a mí (1) i presenciando tambien en dias anteriores que algunos soldados del Lautaro ofrecian balazos al capitan Green i teniente Pradel porque estos cometieron la imprudencia de comprar en los llanos del Membrillo, un costal de pan sin permitir que a aquellos se les vendiese un solo medio, no quise esponerme a sufrir un insulto por una tropa que a mas de ser cívica no me conocia i estaba embriagada. La órden de que hago referencia seguramente fué apócrifa, pues nunca recibí del jeneral la mas pequeña reprension, pero suponiendo que hubiese sido cierta la determinacion indicada ¿qué pensaba hacer el jeneral en aquella hora con unos cien hombres mas de infanteria, sin instruccion, sin municiones, mal armamento i perdido el entusiasmo que los animaba anteriormente? ¿Creía acaso que podria tener buen éxito la repeticion de un ataque contra una fuerza que se le dió lugar para reunirse, municionarse i que debia estar alentada con la idea de tener en su poder mas de 400 prisioneros nuestros? Parece imposible, pues lo único que habria conseguido, era una derrota inevitable i en tal hipótesis muchos estariamos ya olvidados.

Difícil es decir con seguridad la fuerza que presentó hoi en la batalla nuestro ejército, porque la aseveracion de esto, es incumbencia peculiar al jefe de estado mayor; pero por un cálculo

(1) El sarjento de mi rejimiento Andres Riquelme lo contuvo i condujo preso a la guardia de mi columna despues que yo le dí algunos golpes con mi espada al insubordinado artillero.—(*Nota del autor.*)

bien aproximativo creo que no alcanzaba a tres mil hombres. Ignoro el número de caballeria, pues siempre andaba separada del centro del ejército, pero en consecuencia de las decenas de individuos que desertaban, habia disminuido mucho, i por el espacio que ocupaba en los momentos de la accion se dejaba ver que no ascendia a 800 hombres, inclusos los pocos indios que nos acompañaban. Esta opinion me la han hecho afirmar despues, las noticias que me proporcionaron algunos jefes i oficiales de dicha arma. De la artilleria e infanteria estoi seguro que no se ha presentado mas que la que se manifiesta en la relacion siguiente: Artilleria 120, la mayor parte reclutas; rejimiento Carampangue 776, la mitad tambien reclutas; batallon Guia 509; batallon Alcazar 300; batallon Lautaro 300. Estos dos últimos cuerpos tenian esa fuerza en Chillan, pero en la marcha sufrieron mucha desercion como ya lo he referido; no obstante supondré que formaron con sus 300 hombres cada uno para que se pueda inferir que sin dar ninguna baja en los dos espresados batallones, el ejército no formó mas que dos mil ochocientos cinco individuos contando en este número a los que se hallaban enfermos, de lo que se deduce que de cuatro mil cincuenta i dos hombres (1) que teníamos despues de la reunion del señor Alemparte, se nos desertaron en la marcha desde Ñuble mil doscientos cuarenta i siete, sin contar en este número a muchas personas notables que con sus sirvientes se fueron o se guardaron en sus casas.

El 9, despues de aclarar el dia, volvió el jeneral en jefe con la tropa que tenia reunida. A las ocho de la mañana se incorporaron los señores jenerales Urrutia, intendente Alemparte, coronel Vargas i otros que a causa de no tener tropa a sus órdenes el dia de la batalla se hallaban sobre el cerro de donde no pudieron reunirse a la infanteria, por temor de caer prisioneros i se dirijieron para Linares, luego que vieron derrotada nuestra ca-

(1) El estado jeneral aun existe en poder del ayudante jeneral coronel don José Ceferino Vargas, que tuvo la bondad de mostrámelo en Chillan despues de los tratados.

ballería. Tres horas despues me dieron cuenta algunos jefes i oficiales (yo era el de mayor graduacion que quedaba) de que las tropas nos querian abandonar, i preguntándoles la causa de tal proceder, me dijieron que a varios individuos les oian decir que no teniendo municiones ni caballería con que defenderse en un segundo ataque, era preciso volver al sur para rehacerse o que sus jefes vieran el mejor modo de transar, pues ya habian muerto bastantes de sus compañeros. Luego que me informé bien de esta ocurrencia, la puse en noticia del jeneral, en presencia de su secretario, quienes, despues de manifestar disgusto por esto, quedaron en mandar un parlamentario, pero como ninguna cosa se hacia en reserva, se hizo pública la determinaion de tratar, lo que dió lugar a que se empezaran a levantar chismes para malquistar a varios jefes, que resentidos de andar metidos en asunto entre algunos jóvenes que, a pesar de su inutilidad, pretendian suponer mas que el mismo jeneral, le dieron sus quejas a éste, a fin de que los moderara.

A las ocho o nueve de la noche del mismo dia 9 llegó a nuestro cuartel jeneral, situado en el campo de batalla, el coronel don Salvador Puga con 300 i tantos hombres de caballería que el jeneral los mandó colocar en un potrero que se halla a unas cinco cuadras a retaguardia de nuestra posicion, cuya órden dió a pesar de que Puga le manifestó, segun me dijo, que era necesario poner aquella fuerza bajo la custodia de la infanteria, pues venian contra su voluntad. Esta misma noche durmieron algunos cuerpos dentro del cuadro de la ramada de matanza, i otras al lado de afuera sin formar línea i sin mas precaucion que una guardia del Guia, colocada a una cuadra al frente de las casas hácia el norte, pero no habia ninguna avanzada de caballería, porque no se ocuparon en este servicio, porque se temia la desercion.

El 10, al aclarar el dia, hicieron fuego sobre la guardia del Guia dos o tres montoneros de los enemigos i la tropa les correspondió con doce a quince tiros que fué lo que dió motivo para que nues-

tra caballería reunida últimamente, se espantára de nuevo i se retirara hasta sus hogares, sin querer obedecer las órdenes, ni atender a las súplicas de sus jefes i algunos de sus oficiales veteranos.

Se ha dicho públicamente que los jefe i oficiales de caballería de línea tuvieron la culpa de la dispersion de su tropa porque no la supieron contener i hacerla entrar en órden; pero esto se dice solo por los hombres que no saben lo que es mandar milicias sin disciplina en una funcion de guerra, i que creen que es mui fácil obligar a esa clase de hombres a que presenten su pecho a las balas una vez que le han vuelto la espalda. Yo he hablado con varios jefes i oficiales de esta arma, i haciéndoles los cargos que les hace el público, me han contestado que muchas veces se pusieron en los desfiladeros, puertas i portillos de cercas para reunir la tropa que se desbandaba, pero que esta enristraba su lanza i los atropellaba, cosa que no es estraña entre individuos sin subordinacion i sin conocer las penas que designan las leyes a los que la cometen. Es pues una injusticia desacreditar a estos jefes, a quienes les he dado entero crédito, pues los conocía que no eran de los asustadizos.

A las nueve de la mañana se convocó a junta de guerra, que despues de ocuparse en desenredar chismes, pasó a tratar sobre retirada, pero sin resolverse ésta porque no teníamos seguridad de que se proporcionasen las lanchas para pasar el Longomilla, por lo que se disolvió la junta. Dos horas despues salió de la cuadra el señor Vicuña, trayendo un pliego cerrado, i llamando en mi presencia a don José Hermójenes Alamos, que como ya lo he espuesto, se hallaba prisionero entre nosotros, le dijo: «Inmediatamente monte U. a caballo para que se marche de parlamentario donde el jeneral Búlnes.»—«Yo no puedo desempeñar comision contestó el señor Alamos, pues soi prisionero, tengo honor i conciencia i temo cumplir mal, porque me veré obligado a contestar a las preguntas que me haga el jeneral Búlnes.» El señor Vicuña, no obstante haberle dado repetidas escusas el señor Alamos, le

mandó que marchara, proporcionándole el caballo que montaba el capitan don Eleuterio Baquedano; pero ningun jefe llegó a saber el contenido de la comunicacion que llevó el parlamentario, que luego se puso en marcha, volviendo a las dos o tres horas, acompañado de don Manuel Antonio Tocornal, que fué recibido por el jeneral solo en su alojamiento, sin que a nadie se le permitiese estar presente en la entrevista. El enviado del jeneral Búlnes regresó a su campamento, dejándonos a todos los jefes sin saber lo que habian acordado con nuestro jeneral, con quien habló cerca de dos horas. Un poco despues de haberse retirado el comisionado para tratar, se convocó a nueva junta de guerra i entónces se echó ménos al sarjento mayor del batallon Alcazar i varios oficiales, entre ellos, dos ayudantes de campo del jeneral. La junta se reunió i acordamos retirarnos a la otra parte del rio Longomilla, donde tenia cuidado de pasar la noche nuestro intendente de ejército, su hijo i otros sujetos mas.

Cuando salimos de las casas donde nos reunimos en junta, se dió parte por las centinelas apostadas sobre los techos, que venia el enemigo; se tocó llamada i salimos a formar la línea al campo; la tropa gritaba que no los volvieran a hacer pelear en aquel lugar lleno aun de cadáveres, i algunos oficiales subalternos, ignorando el objeto que se proponia el jeneral, i con poca confianza en su valor, se desalentaron con la idea de que el parlamentario que fué al ejército enemigo, era prisionero i se persuadieron que este habia dado noticia de que nuestra fuerza no solo se hallaba disminuida, sino tambien sin municiones, i creidos que se empeñaba segunda batalla, desaparecieron de mi cuerpo nueve oficiales i bastantes individuos de tropa, pero de los otros batallones noté que faltaban muchos que yo conocia personalmente i que no fueron heridos, muertos ni prisioneros.

Despues que los cuerpos formaron en batalla, mandó el jeneral que se plegaran en columna i les arengó en particular. La tropa contestó con vivas i luego se dispuso que desfilásemos para el balseadero de Longomilla. Los cuerpos que no tenian práctico

hicieron un rodeo de mas de media legua, pero la tropa del mio que conocia esos lugares, solo anduvo seis cuadras, que era la distancia que habia de las casas al balseadero.

En la tarde, antes de entrarse el sol, ya estaba la tropa al otro lado de Longomilla en cuyo paso trabajaron alguno remeros con diez lanchas. Dormimos a la orilla del rio sin colocar avanzadas ni guardia alguna, i muchos individuos no se reunieron a sus cuerpos porque no sabian en que punto se encontraban éstos, pues todo se puso en desórden i por consiguiente no se formó la línea. Luego que nos retiramos, tomó posesion de nuestro campo un escuadron de lanceros enemigos, que se situó en el callejon de álamos i una partida de doce hombres de caballería llegó hasta las casas de Reyes, segun los veíamos desde la cima de los cerros, pero todos se retiraron al anochecer, pues allí no encontraron mas que los heridos que no pudieron marchar.

El 11 aun permanecíamos a una cuadra de distancia de la playa del rio, i como una partida de tiradores enemigos hacian fuego sobre nosotros, ordenó el jeneral nos retiráramos fuera de tiro de fusil, colocándonos en el mismo camino, sin formacion ninguna, mientras el dicho jefe subió a un cerro inmediato con el fin de observar los movimientos del ejército contrario, i cuando volvió, dispuso que nos situásemos en una ensenada que forman las eminencias contiguas al rio, en donde no habia sombra ninguna ni agua suficiente, pues solo encontramos un pequeño pozo que contenia mucho lodo, i que a pesar de esto luego se agotó. El ejército no tenia que comer, pues para el rejimiento Carampangue no dieron mas que cinco terneras de las que entran a dos años, con las que no se alcanzó a racionar la mitad de la tropa que aun le quedaba, cuyo número llegaba a cuatrocientos ocho hombres bien desordenados, porque las compañias 1.ª, 2.ª i 3.ª del primero i granaderos 3.ª i 4.ª del segundo se encontraban sin ningun oficial, pues de 41 que habian en el rejimiento solo me quedaron cinco de los que tenian estos empleos ántes de la revolucion i ocho de los que ascendieron despues como

consta de la lista que se encuentra al fin de esta memoria.

A las nueve de la mañana del mismo dia veíamos que varios cuerpos enemigos se situaban en diferentes puntos del campo que dejamos el dia anterior, i que una columna de caballeria marchaba por el camino que se dirije al sur. A la una de la tarde me hallaba yo al pié de un cerro, sufriendo, como el soldado, toda clase de privaciones, i a esta hora me dió parte el sarjento primero de la compañia de cazadores del 2.º batallon Carampangue José Miguel Vera que el teniente de la 1.ª del primer cuerpo del espresado rejimiento don José Manuel Novoa, acompañado de 30 hombres de tropa se habia desertado, llevándose cada uno sus armas, i que el sarjento segundo de la compañia de granaderos del primero Anastacio Tapia, tambien se dirijia al sur con una partida de 20 i tantos soldados, la banda de músicos i tambores, a escepcion de los pitos Rojas i Ferreira, el tambor Manuel Guajardo i tres o cuatro de los primeros entre los que tengo mui presente a Manuel Valdivia i Juan Agustin Jeréz, que nunca nos abandonaron, i como esta noticia me la confirmaron los oficiales, monté a caballo i salí en busca del jeneral para darle cuenta de lo que acababa de suceder, pero no habiéndolo encontrado en el campo pregunté por él a varios soldados, quienes me contestaban «ya se fué para Constitucion, pues por aquí pasó llevándose la plata». Mas, habiendo visto una casa de teja que se halla a unas seis cuadras al sur por la orilla del rio, i presumiendo que allí podria encontrarse, me dirijí a ella donde efectivamente lo hallé con su secretario i otras personas de las que nos acompañaban, i al concluir la narracion de aquella desgraciada ocurrencia, se me presentó el ayudante don Anselmo Urrutia diciéndome que toda la tropa se estaba desertando con sus armas, porque se habia propagado la voz de que el jeneral se marchaba a Constitucion con el objeto de embarcarse, llevándose el dinero i que yo tambien le seguia abandonándolos. Este nuevo acontecimiento lo puse luego en noticia del jeneral, quien me dijo que inmediatamente mandaria de parlamentario a don José Antonio Alemparte, para

negociar unos tratados que no nos fuesen deshonrosos. En esta virtud regresé al campamento acompañado del jeneral Urrutia, i del ayudante que me trajo el aviso de la desercion de la tropa. A mi llegada noté que solo quedaban unos setenta i tantos hombres con sus armas en la mano, i habiéndome manifestado deseos de salir de aquel lugar caluroso, para buscar agua i sombra, como ya lo habia hecho el Alcázar i muchos soldados de otros cuerpos que se dispersaron, trabajé en contener a mas de 200 que estaban en disposicion de marchar, los reuní i saqué de allí a una loma baja que está en el camino, donde, aunque no encontramos árboles que dieran sombra i nos libraran del sol, gozábamos el aire que corria i lográmos beber el agua que contenia un poso que hallamos a nuestra inmediacion, evitando de este modo el desórden que se advertia. Las demas tropas siguieron este movimiento, i luego que llegué al punto que dejo indicado, me noticiaron que el jeneral, despues de despachar el parlamentario, pasó por allí con direccion al camino del sur para alcanzar i volver la tropa que tomó aquella ruta, i que el comandante Saavedra tambien marchaba con el mismo objeto por el camino que se dirije a la hacienda de la Vaqueria i vuelta de Maule, por donde caminaba en dispersion gran número de individuos del ejército. Poco ántes de entrarse el sol, se nos reunió el jeneral en la posicion que últimamente tomé, con unos doscientos i tantos hombres que consiguió hacer regresar, dispuso que alojásemos allí para esperar el resultado de la comision que desempeñaba el señor Alemparte, cuyo contenido solo sabian el jeneral, su secretario i el comisionado; pero lo ignoraban los demas jefes pues no se convocó a junta de guerra para dar tal paso.

El 12 por la mañana se dirijió para la ciudad de Talca el jefe de estado mayor, jeneral don Fernando Baquedano que se encontraba herido en el muslo derecho. En ese momento se me presentó el sarjento de la 4.ª compañia del primer batallon de mi rejimiento Juan Gutierrez, quien teniendo la fama de valiente i nadador, fué comisionado por el capitan don José 2.º Robles

i ayudante don Federico Bravo para conducir una cartela de marfil dirijida, segun me dijo al mayor don Pedro Aguilera, cuñado del segundo, en la cual le escribieron suplicándole que influyera con el jeneral Búlnes para obtener indulto, pero el indicado sarjento me entregó un papel escrito por el comandante don José María Silva Cháves, dirijido al capitan Robles en que le dice «que el jeneral Búlnes no contestaba porque teníamos entre ellos un parlamentario, pero que si querian pasarse, pusieran dos banderas a la orilla del rio Longomilla para prepararse a recibirlos.» Este papel se lo dí a leer al jeneral don Domingo Urrutia i al comandante don Francisco Molina i les hice presente que si lo entregaba al jeneral en jefe ordenaría el fusilamiento de aquellos oficiales, que siendo mui queridos por la tropa se negarian a cumplir tal órden i que la ejecutarían talvez contra el jeneral, con quien se hallaban mui disgustados, porque a él le culpaban de todas sus desgracias, i para evitar un suceso funesto lo eché al fuego i nadie sino las personas que indico supieron tal ocurrencia. A las once de este mismo dia aun no volvia nuestro parlamentario, i como todos sufriamos infinitas privaciones, ordenó el jeneral que marchasemos a tomar la sombra en las arboledas de la hacienda de un señor Valenzuela que, segun se nos dijo, se hallaba algo distante del camino que traíamos. Yo tomé la vanguardia con mi cuerpo, i como no teniamos ningun baqueano, el mismo jeneral preguntaba por la dicha hacienda a los vivientes de las casas que encontraba en el camino, i habiéndole dicho que se hallaba al pie de unos cerros que divisábamos a la derecha, me ordenó que hiciera alto i se dirijió al lugar que le indicaban; pero los grupos que cubrian la retaguardia, desmoralizados ya, siguieron adelante causando un desórden, pues empujaban al mio. En estas circunstancias ví a mi lado a don Martiniano Urriola que montaba buen caballo i le mandé que alcanzara al jeneral i le diera parte en mi nombre de lo que acababa de presenciar. En consecuencia de esta noticia, me ordenó por medio de un ayudante que continuase mi marcha i buscara agua i sombra al pie del Portezuelo de Palgua,

cuya disposicion se me comunicó en presencia del jeneral Urrutia que andaba conmigo i me acompañó hasta que pasamos a la orilla de un pequeño arroyo donde encontramos un poso de agua detenida. Hacian tres o cuatro horas a que estábamos descansando, cuando se me reunieron los batallones Alcázar i Lautaro i a los diez minutos despues llegó el teniente Duran perteneciente a este último cuerpo i me dijo, en presencia del jeneral de quien he hecho relacion i de los oficiales de mi rejimiento que se hallaban conmigo, «que el jeneral en jefe lo mandaba con la comision de decirme que saliera al camino con la division que tenia reunida», i aunque ésta estaba dispersa tomando la sombra que les presentaban los espinos esparcidos por allí, hice tocar llamada, la formé inmediatamente i salí con ella para el punto que me indicó, i habiendo encontrado luego al jeneral le pregunté si ocurria algo de nuevo, me contestó: *nada hai, pero me fueron a decir que el ejército se habia disuelto i le he mandado dar cuenta de esto a Búlnes.* Contestele que para qué procedia con esa precipitacion, sin asegurarse primero de la verdad de lo que le anunciaban, i que ya veia de manifiesto el engaño; que la division no se habia desbandado. Pues, entonces «me dijo, mandaré que alcanzen i vuelvan al propio, o le escribiré nuevamente a Búlnes para instruirlo de la falsa noticia que se me habia dado.»

Como en la cima del cerro que forma el portezuelo de Palgua se hallaba colocada alguna infantería i caballería enemiga que nos impedia el paso, dispuso el jeneral que nos alojásemos en el camino i situó una guardia avanzada con tropa del Guia a las órdenes del teniente don Tomas Smith, cuyo oficial aprehendió en la noche a una mujer que conducia un papel de indulto del jeneral Búlnes i otro que este jefe dirijia al capitan don José 2.° Robles cuyo contenido ignoro. Un poco despues de las doce de la noche se presentó el jeneral en jefe a la cabeza de mi rejimiento, donde yo me hallaba recostado i sentándose a mi lado me dijo: «¿Sabe U. que el oficial Robles nos vá a amarrar?—No sé como pueda ser eso señor.—Acabo de tomar un papel que le dirije el

jeneral Búlnes.—Le escribirá ciento, pero Robles no tiene esa alma; él se resolverá a abandonarnos, hará todo lo que U. crea, pero amarrarnos nó, porque para esto era necesario que contase con la cooperacion de la tropa i ésta me tiene mas afecto a mí que a ningun otro, i por lo mismo no puedo convencerme que mis soldados sean capaces de cometer tal felonia, a pesar de conocer que andan disgustados, porque no cuentan con los recursos necesarios para su defensa i mantenimiento. Estas reflecciones creo que persuadieron al jeneral, pues no me volvió a decir nada i se retiró.

El 13, despues de amanecer, nos abandonaron el comandante Molina, mayores Rojas, Gaspar i muchos oficiales de la clase de subalternos i no quedaron mas de los jefes que el jeneral Urrutia, comandantes Saavedra, Lara, Urriola i yo. En consecuencia de este acontecimiento, se presentaron dificultades i apuros para continuar la marcha, por cuyo motivo se convocaron dos veces juntas de guerra a que pocos querian ya asistir, pues entraban a ellas como jefes, no solo capitanes sino tambien un jóven Contreras que fué cabo del colejio militar i que en esos dias se titulaba comandante de artillería, porque se hizo cargo de los cañones abandonados, pues ya no teníamos ningun oficial de esta arma que nos acompañase.

En uno de los consejos de guerra se leyó (me lo dijeron porque yo no asistí) una nota del jeneral Búlnes que dirijió en contestacion al aviso que recibió de haberse disuelto el ejército, en la cual ofrece al jeneral Cruz un asilo en su campo; pero como no habia motivo para aceptarlo, dispuso la marcha del modo siguiente.—El Alcázar subió por una quebrada a la derecha del camino, el Guia un poco mas a la izquierda, un piquete del Lautaro por la izquierda del camino, i por este, que tomó tambien el jeneral, la Artillería, Carampangue i el resto del Lautaro. Los enemigos que ocupaban las alturas se retiraron, luego que vieron que nosotros subíamos i se formaron fuera de tiro de fusil en un bajo hacia el este.

A las nueve de la mañana pasamos el portezuelo de Palgua, i el ejército hizo alto en el camino, mientras el jeneral entró en una casa, que hai al pié del cerro, con el objeto de leer una nota del jeneral Búlnes en que le dice, que en virtud de habérsele noticiado últimamente que nuestras tropas se hallaban reunidas, continuaban los tratados de paz que se estaban trabajando. Como el sol era bastante fuerte i no habia por allí inmediato sombra ni agua, seguimos la marcha i nos posesionamos en una arboleda que llaman el Carrizal donde comió la tropa.

A las cuatro de la tarde me avisaron que el señor Alemparte pasaba a verse con el jeneral en jefe, que se alojó en unas casas que se hallaban como a seis cuadras a retaguardia del punto que nosotros ocupábamos. Con esta noticia monté inmediatamente en el primer caballo ensillado que encontré allí i me dirijí al espresado alojamiento, i hablando con Alemparte, me dijo que él existia en clase de prisionero, pues al concluirse los tratados de paz se recibió el aviso de estar disuelto el ejército, por lo que venia a informarse de la verdad, volviendo luego a continuar en el desempeño de su comision, pues el jeneral Búlnes manifestaba deseos de que concluyera todo pacíficamente.

Al ponerse el sol volví a la arboleda donde se hallaba toda la tropa, a escepcion del Guia, que se situó en unas casas que se veian en la falda de un cerro inmediato; hice tocar retreta i pasar lista i luego se me dió parte que faltaban los subtenientes recien ascendidos Peña, Estevan Burgos i Pedro Maria Aravena i los sarjentos Anastacio Burgos i los dos hermanos Vicente i José M. Quezada, que todos ellos se pasaron a una fuerza enemiga mandada por el comandante Yañez, que paró su marcha a unas ocho cuadras a nuestra retaguardia, siendo de advertir que el primero de estos se habia envejecido sirviendo en el cuerpo i por su honrada conducta i adhesion a sus superiores inspiraba mucha confianza.

Con los tres cuerpos que se hallaban allí reunidos salí a colocarme en línea a la derecha de la casa que ocupaba el jeneral,

quien al darle parte de las novedades de mi cuerpo, me dijo que el capitan Robles, a quien habia hecho él sarjento mayor el dia de la batalla se le presentó el comandante Yañez, con quien estuvo hablando hasta cerca de la noche i que para ser recibido por el jefe enemigo puso una media sobre la punta de su espada, i que lo sabia porque uno del ejército contrario se lo mandó decir. En seguida me previno que a las dos de la mañana debíamos marchar para tomar posesion de las casas de la hacienda Purapel; pero se demoró la marcha porque amaneció sin hacer movimiento ninguno.

El 14 a las seis de la mañana continuamos la marcha, i a las once del mismo dia llegamos a las casas de la hacienda de Purapel donde no encontramos mas sombra que la que proporcionaba un pequeño edificio, que solo sirvió para habitacion del jeneral, ni otra agua que la del rio Perquilauquen, que corre a cuatro o cinco cuadras de distancia de la posicion que ocupábamos, i que no podiamos tomarla sin esponernos a ser prisioneros, pues la caballería enemiga que seguia nuestros pasos con bastante inmediacion, se acampó bien cerca de la playa del indicado rio. Las tropas armaron pabellones i en seguida recibió una racion de carne mui escasa i nada de sal etc. En la tarde se retiraron para Chillan el teniente coronel Zúñiga i sarjento mayor Videla i varios otros mas que se hallaban heridos i todos fueron bajo el cuidado de un frances Leopoldo, que tambien era oficial del Guia i se portó mui bien el dia de la accion. Esta comision la desempeñó en union del filántropo don José Miguel Mieres, que el dia de la batalla cuidó mucho a los heridos, dedicando algunas horas en hacer enterrar a los muertos que se hallaban en el campo.

El 15 se dió órden de presentar las listas de revista de comisario que con dificultad se hicieron, pues a mas que no teniamos papel, andábamos tan desordenados desde el dia de la batalla que no se podia dar noticia segura de los muertos, heridos, prisioneros o desertores, por lo que no se puede dudar que las mencionadas listas eran inexactas. En vista de las listas se formaron

presupuestos i se mandó entregar un sueldo íntegro a los jefes i oficiales, media onza de oro a los sarjentos, seis pesos a los cabos i un cuarto de onza a los soldados, quienes estuvieron en continuas disputas porque no habiendo sencillo, fué necesario dar una onza (las mas eran del cuño estranjero) para cada cuatro individuos, de los que, marchándose uno, lo seguian los otros por no perder su dinero, de modo que en este dia quedaron los cuerpos con un número de tropa mui reducido.

En la mañana habia recibido el jeneral una copia de los tratados, que dieron lugar a convocar a junta de guerra, en la cual el señor Vicuña opinaba que no debiamos pasar por ellos i que valdria mas retirarnos para rehacernos en el sur, i que él marcharia inmediatamente a Concepcion, con el objeto de reunir veinte i cinco mil pesos mensuales para auxiliar al ejército. Esta esposicion se la repelí yo diciendo.—«A los paisanos que no saben lo peligroso que es hacer un movimiento de retirada al frente del enemigo, a los que comen i duermen bien sin el menor cuidado, porque siempre tienen de centinelas de sus vidas a los pobres soldados, a quienes no les oyen sus conversaciones porque jamás se ocupan de ellos, les parece que no se presentan dificultades para retirarse ¿no están Udes. viendo que no tenemos recursos, que la mayor parte de nuestra tropa se queja de carencia de municiones, que no hai un soldado de caballería, que cubra la retaguardia, ni tampoco un práctico que nos lleve por caminos aparentes? Si esto es evidente ¿cómo piensan que podemos retirarnos?» El señor Vicuña contestó: «que le parecia que se habia perdido el entusiasmo i parecia que el oro corruptor se habria introducido en el corazon del ejército, pues habia hombres que tomaban interes para transar.» Al oir yo esto, le insté porque se esplicara bien claro i nombrase las personas que habian recibido el oro de que hacia mencion. Me contestó que él no lo decia por mí, porque estaba perfectamente informado de mi probidad, i que no creia necesario nombrarlos en aquel instante.

Como los paisanos no estaban comprendidos en los tratados,

se hizo indicacion para que se comprendieran, i tomada votacion resultó por la afirmativa i habiéndose agregado este acuerdo se devolvieron inmediatamente al jeneral Búlnes para que los considerase de nuevo.

En la tarde del mismo dia 15 dí a reconocer por órden del jeneral en jefe de comandante del batallon Alcazar a don Ramon Lara, que siendo teniente retirado del batallon Aconcagua, que hizo la campaña del Perú en 1838, fué hecho teniente coronel de caballería i jefe de carabineros, cuando estalló la revolucion; pero el cuerpo lo recibió con mucha frialdad porque a mas de serle desconocido el nuevo jefe que les nombraban, ya no era tiempo de estar subordinados.

A las cuatro de la misma tarde llegó el ejército enemigo a la orilla del rio Purapel, que corre a unas nueve o diez cuadras al norte de las casas que nosotros ocupábamos, i luego se acampó detras de las lomas hácia el oriente.

El 16 se recibieron nuevamente los tratados, que primero anduvieron en las manos de varios jóvenes paisanos que en las de los jefes, i aquellos se ocupaban en esplicar la acepcion jenuina de las frases, diciendo que debian suprimirse las palabras—«I en el supuesto que tendrá lugar la pronta i jeneral pacificacion de la república» i colocarse la de—«I en la intelijencia que tendrá lugar etc.» Se quitaron pues las espresiones que les desagradaron, sostituyendo las que mejor les sonó al oido, i con esta variacion se devolvieron los referidos tratados al jeneral Búlnes, quien en la tarde del mismo dia los aprobó i mandó con el señor Alemparte, quien regresó acompañado del coronel don Manuel Garcia i sarjento mayor don Nicolas José Prieto, comisionados por el espresado jeneral para disponer el órden de la marcha que debian hacer, para los puntos de su residencia los cuerpos cívicos que formaban la mayor parte de nuestro ejército, cuya operacion no se practicó luego, a pesar de haber firmado los tratados el jeneral Cruz, porque se creyó peligrosa i por lo que los indicados jefes volvieron a su campo.

El 17 por la mañana se presentó en nuestro campamento el jeneral Búlnes acompañado de los señores Antonio Garcia Reyes, don José Antonio Alemparte i otros sujetos que yo no conozco, i despues de estar un cuarto de hora en conversacion con nosotros pidió un vaso de agua que le pasó Alemparte, se levantó del asiento, convidó al jeneral Cruz i a mí para que le acompañáramos a comer en su campo, donde se retiró luego. En la tarde se dirijió para Concepcion el comandante Saavedra con la fuerza que le quedaba del Guia, del Alcazar i Lautaro en dispersion, por falta de jefe. Se marcharon a la frontera, pero como a estas tropas no se le pagaron los sueldos que a gritos cobraban, incendiaron las cercas inmediatas a las casas que ocupaba el jeneral e hicieron antes de salir un fuego graneado con bala sobre ellos, porque todo se puso en peor desórden que en el que andábamos, i por lo que se les mandó desarmar en el primer alojamiento. Pasado este fuego, me impartió órden un ayudante del jeneral Búlnes para que me le presentara inmediatamente, i a mi llegada me preguntó este jefe qué número de tropa me quedaba del primer batallon Carampangue i habiéndole contestado que no sabia con seguridad porque algunos de los individuos estraviados se estaban presentando i otros se dispersaban, me ordenó volver al campamento i le llevara una noticia exacta. Regresé pues i formando una relacion de la fuerza que solo ascendia a 192 hombres, inclusas las clases, me volví a presentársela. En estas circunstancias llegó allí el jeneral Cruz, acompañado solamente de Mr. Henry, i despues de comer con el jeneral Búlnes i varios de sus principales jefes, me regresé junto con el jeneral Cruz a nuestro alojamiento del que nos separamos al dia siguiente, dirijiéndose él a una de sus haciendas.

El 18 por la mañana se disolvió mi antiguo cuerpo, que sirvió treinta i cuatro años con honra i fidelidad a la patria, sin que jamas hubiese sido vencido en la guerra de nuestra independencia, ni en las dos revoluciones en que entró, pues en la batalla de Longomilla no fuimos derrotados ni dispersos, pues no de-

samparamos el campo como es constante a todos los que se encontraron allí. La miseria i escasez de recursos de todo jénero fueron nuestros mayores enemigos i éstos i no las armas contrarias nos obligaron a pasar por unos tratados que, sin embargo de sernos desventajosos, eran necesarios para todos los que aman la felicidad del pais, i desaprueban la guerra de vandalaje, único arbitrio que nos quedaba en aquellas circunstancias por el estado de estenuacion en que se hallaba nuestra fuerza.

Luego que el jeneral Búlnes concluyó de dar sus disposiciones se volvió el mismo dia 18 para Santiago, i yó para Chillan donde permanecí hasta el 7 de marzo de 1852, que en consecuencia de haber dado cuenta, al dia siguiente de los tratados, al jeneral Búlnes i despues al gobierno por conducto del intendente de la provincia del Ñuble, que existian en mi poder los fondos que tenian las cajas de los batallones Carampangue i cívicos de Lautaro que tambien mandaba, se me ordenó trasladarme a esta ciudad con el objeto de entregar las cantidades que resultaran de remanente, lo que verifiqué en fin de mayo de 1852, sin faltar un solo centavo como lo aseverará el inspector jeneral delegado teniente coronel don Antonio Gomez Garfias, que se recibió de ellas con sesenta i cuatro pesos sesenta i seis centavos que se entregaron de mas del fondo del primer cuerpo.

Treinta i tantos años de honrados servicios en el ejército, i mi asidua aplicacion a los deberes militares para el mejor desempeño de ellos, me hicieron adquirir un crédito que sobrepujaba a mis esperanzas, que es la única fortuna con que contaba i a la que siempre he aspirado; crédito que en fuerza de mi probidad i mediana instruccion en mi arma conservé aun despues del aciago dia 8 de diciembre de 1851 en que se dió la batalla de Longomilla, la mas obstinada i sangrienta que se ha visto en Chile, i puedo aseverar que hasta el 16 del mismo mes en que se firmaron los tratados de paz en Purapel, nadie pronunció mi nombre para infamarlo, pues siempre merecia el respeto i consideracion debida a la posicion distinguida que ocupaba en el

ejército; pero tan luego como se disolvieron nuestras tropas empezaron mis adversarios a trabajar para destruir el edificio de mi felicidad que habia construido por mí mismo, levantándose al efecto muchos detractores, siendo los primeros i principales nuestros amigos políticos que han propagado la voz de que he sido comprado por cuarenta mil pesos; que maté a mi infortunado amigo el teniente coronel Urizar; que tiré un balazo al jeneral Cruz i otra infinidad de sandeces. Estas groseras falsedades, pues, que han sonado en los oidos de los habitantes de la República, son las que desde el principio de su invencion dieron lugar para que unos las creyesen, otros las abultasen, i otros, en fin, las afirmasen segun la mayor malicia o ignorancia de las personas dispuestas a dar crédito a lo malo que se dice de sus semejantes. Es verdad que en esta aglomeracion de chismes ha tenido una gran influencia la nota oficial que el 17 de diciembre de 1851, dirijió el jeneral Cruz desde Purapel al intendente de esta provincia, pues los términos en que está redactada dan lugar a que se hagan interpretaciones deshonrosas contra los hombres de crédito que andábamos en el ejército.

Confieso con toda la franqueza que me es característica, que desde que se hicieron los tratados de paz me formé el propósito de olvidar todo lo que pasó en la revolucion i me resigné a pasar mis dias en la oscuridad, sin hacer reminiscencia de lo que presencié en aquellos dias desgraciados, pero los enredos i esa nota bien ofensiva de que hago referencia, i de que me he instruido últimamente, me obligan a escribir estos verdaderos datos que nunca pensé traer a la memoria.

Desde que para infamar mi reputacion se han formado tantos, i tan diversos asuntos para herirme, no he hecho otra cosa mas que contestar a las personas que me los trasmitian.—«Déjenlos UU. decir lo que quieran que el tiempo que todo lo descubre, los hará variar de concepto i lenguaje.» Pero por una fatal desgracia mia ni el no haber visitado al jeneral Búlnes, con quien he tenido una antigua amistad, ni la idea de hallarme reducido a

esperimentar toda clase de privaciones a que no estaba acostumbrado, han sido suficientes motivos para que mis detractores injustos, dejen de continuar en los chismes que inventan, con el esclusivo objeto de disponer contra mí el ánimo de las personas crédulas.

Como he dicho ántes, no tenia la menor intencion de hacer recuerdos de los incidentes de la revolucion; pero la negra ingratitud con que se nos ha pagado en premio de nuestros sacrificios, me ha impulsado, apesar mio, a escribir sin el menor respeto a las desgracias de los que fueron mis amigos, puesto qué ellos han tenido la avilantez de no respetar las mias.

Todas las personas que me han tratado con inmediacion saben que soi un hombre honrado i franco, que nunca he solapado mis sentimientos, i el jeneral Cruz no ignora que si entré en la revolucion, a cuyo frente se puso él, fué por mis propias convicciones i no por aspiracion a mayores empleos ni por mejorar de fortuna pecuniaria, pues aunque no la tengo, no la deseo, porque creo ser feliz gozando como estoi el inestimable bien de no deber a nadie.

En esta desventurada revolucion, los jenerales quedaron en sus puestos gozando de sus rentas íntegras i de sus comodidades; los paisanos que con entusiasmo vistieron el hábito militar i los que conservaron su frac se comprometieron (1) con palabrerías o se manifestaron mui próvidos volvieron a sus ocupaciones lucrativas, i nadie han sido mas sacrificados que los jefes subalternos, oficiales i tropa vetérana, porque despues de haber sufrido todas las penurias que son consiguientes en una campaña, hemos quedado hasta ahora sin destino i sin recursos con que trabajar para ganar lo necesario a la vida, pues muchos de nosotros nos desprendimos, en la época de la revolucion, de cuanto numerario teníamos para atender con él a las necesidades del soldado, i evitar de este modo los latrocinios a que, por lo comun,

(1) No faltó quien prestara con el uno por ciento de interes.

se entregan los hombres de esta clase que se hallan estimulados por el hambre i desnudez.

Continuamente veo infinidad de individuos de tropa llenos de andrajos, buscando el sustento diario que no pueden ganar con sus manos, unos por hallarse mutilados, otros porque habiendo abrazado desde jóvenes la carrera militar en que cifraban su felicidad, no se dedicaron en tiempo a otra profesion que les proporcionase una mediana fortuna, i lo mas raro es, que estas desgracias solo las deploran sus jefes i oficiales que, a pesar de sufrir como ellos, nunca dejan de partir el único peso que talvez poseemos por el gusto de aliviar de algun modo las urjentes necesidades de aquellos ¿quién de los paisanos con dinero de su propiedad, titulados crucistas ha prestado el auxilio de un solo real a uno de tantos infelices que andan en la calle con una pierna o brazo ménos, perdido en la guerra en defensa de su partido? Ninguno, pues la mayor parte de ellos, o los que mas pretenden figurar se ocupan solo en denigrar i deprimir a los que con las armas en las manos pelearon por defender sus derechos esponiéndose a recibir una muerte segura.

En medio de la aislada vida que paso, me consuela el recuerdo de que aunque el batallon Carampangue entró en la revolucion, no habrá una sola persona que acuse a sus jefes, oficiales o tropa de haber recibido un centavo de gratificacion, ántes, ni en la época de la campaña, en la cual ni los sueldos se nos pagaron; ni tampoco que hayan tomado el valor de un cuartillo a nadie, pues los individuos que componian aquel benemérito batallon se portaron siempre con una conducta propia de un cuerpo de órden que desde su formacion dió muchos dias de gloria al pais en la guerra de nuestra independencia i estoi bien seguro que los que de dicho cuerpo sigan la profesion militar, serán el ejemplo de sus compañeros, i con sus virtudes cooperarán a moralizar el ejército.

Mui persuadido estoi que la presente esposicion no me la rebatirá nadie porque es la verdad de lo que he presenciado i les

consta a todos los hombres de criterio que andaban en el ejército.

Concepcion, junio 1.° de 1852.

Manuel Zañartu.

PREVENCION (1).

En este cuaderno tengo hecha la crítica de algunos errores militares en que incurrió el jeneral don José Maria de la Cruz, durante la campaña del año 1851, errores quizá provenidos de la debilidad en que lo puso su falta de salud, de malos consejos, talvez, i de la carencia de un segundo jefe que le hiciera sus advertencias; pero seria una injusticia, por mas enemigo que alguno sea de él, ofender su fidelidad a sus principios políticos i su acendrada honradez, pues es uno de los jefes de mas probidad de los que he conocido en el pais. Su fortuna la debe a su trabajo personal i economias i no a los manejos innobles que denigran a un caballero. Como hombre honrado i gran patriota siempre le aprecio i respeto.

Manuel Zañartu.

DOCUMENTO NÚM. 5.

MEMORIA DEL JENERAL DON JOSÉ MARIA DE LA CRUZ SOBRE SUS OPERACIONES EN LA ARAUCANIA, EN DESEMPEÑO DE LA COMISION QUE SE LE CONFIRIÓ COMO A JENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DEL SUR, A CONSECUENCIA DEL ATENTADO COMETIDO POR LOS BÁRBAROS CON LOS NÁUFRAGOS DEL BERGANTIN «JÓVEN DANIEL».

Estancia del Rosario de Peñuelas, setiembre 12 de 1850.

Concluida mi visita de la Frontera, a fines de mayo, traté, a mi regreso de Arauco, de dar a V. S. cuenta de ella, mas la aten-

(1) Este último párrafo no está incorporado en el diario que nos ha remitido el señor Zañartu, pero sí ha venido en una serie de notas relativas a aquel documento que se ha servido enviarnos despues. Creemos, sin embargo, un deber el estamparla a la conclusion de aquel. (*Nota del editor.*)

cion preferente que demandaba el despacho de los asuntos de la intendencia, recargada por falta del secretario (la que este hacia para arreglar aquella redaccion), i la decadencia progresiva en que marchaba mi salud, todo me fué un impedimento a cumplir con ese deber. Retirado hoi en el campo, en uso de la licencia que el Supremo Gobierno me tenia acordada desde el año anterior, con el objeto de recuperar esa salud, i mejorada ésta algun tanto, considero deber posponer la consideracion de pasar ese parte bajo una redaccion i forma arreglada a la necesidad que considero hai de que obren en conocimiento del gobierno el estado de esa Frontera, como las medidas i observaciones a que dicha visita ha dado lugar.

Promovida ella por las circunstancias de alarma producida en la frontera, a consecuencia de las exijencias dimanadas por el naufrajio del «Jóven Daniel», tuve que dirijir mi marcha en derechura a Nacimiento con el fin de descubrir si la conducta vacilante i aun simulada que se habia hecho notar en el cacique Colipí, tenia procedencia por combinaciones con las otras tribus, o era solo orijinaria de pretender hacerse valer como necesario para vender cara la cooperacion que se le habia prevenido corresponderle tomar en la reparacion que se intentaba; diferencia que era necesario distinguir con exactitud para arreglar las medidas.

Al emprender mi marcha para este punto previne al gobernador del departamento de Rere me esperase en el puente de la Laja i entre otras cosas se le ordenó de proceder inmediatamente a la organizacion de un batallon de infantería cívica con el fin de que, en caso preciso, hubiese con que reforzar los de la Laja i Lautaro. La organizacion de aquel batallon se efectuó con una prontitud admirable, debida a la actividad i celo esmerado de su gobernador, el que antes de los dos meses logró, no solo organizar completamente las cuatro compañías de Yumbel i Rere, sino tambien el que se presentasen uniformadas. Aprobada por disposicion superior la creacion de este cuerpo, resta solo se le dé el

armamento i órden para el abono de sus clases de plana mayor, porque es de sentir que su instruccion en el arma se halle paralizada, cuando su fuerza puede servir de un apoyo mui oportuno a la frontera, por la situacion que ocupa.

La compañía de Talcamávida, al frente i solo rio por medio de Santa Juana, la de Tucapel, inmediata a Antuco, i las cuatro de Rere i Yumbel se hallan en situacion de ocurrir con prontitud a cualesquiera de los flancos por su posicion central o a su frente en auxilio de los Anjeles. Incontinenti, de mi pase por los Anjeles i llegada a Nacimiento, se tomaron providencias para el arreglo i adelanto de la instruccion de los dos batallones de estos departamentos, lo que no obstante hallarse prevenido con mucha antelacion, observé con desagrado se habia descuidado. Este descuido fué reparado con el aumento de un dia mas de instruccion en la semana, con la absoluta indispensacion de las inasistencias que fueron dispuestas correjirse, con el empleo del tiempo de arresto en diario aprendizaje del manejo del arma, i sea tambien el interes que las circunstancias de un riesgo próximo producian en el aumento de los medios de defensa, asi es que en mui poco tiempo se hallaron estos cuerpos no solo en estado de poder hacer uso de su arma regularmente i con un aumento mas del doble de la fuerza que tenia, sino que el empeño en esto se unió el esmero de presentarlos en un pié de uniformidad regular, desapareciendo como de improviso aquel aspecto chocante que presenta un cuerpo vestido de diversos colores i formas, transformacion que no dejó de influir en los bárbaros, pues veian duplicadas las guarniciones de improviso.

Si en la próxima primavera i verano se pone una igual atencion en su instruccion, su fuerza será un aumento efectivo de defensa. Como el armamento de estos dos cuerpos se hallaba en su mayor parte descompuesto, se hizo necesario disponer se mandase una fragua a la frontera i que marchase con ella el único armero que habia en la maestranza para abreviar una compostura que las circunstancias hacian exijente, por haberse desarmado de

un golpe a los cuerpos en tiempo que necesitaban de esa arma para instruirse en su manejo, i tambien porque resultaba una economia de los ahorros de fletes de conduccion a Concepcion i vuelta. Sería sin duda útil cubrir la plaza del otro armero que tenia esta maestranza para poder dejar en la frontera el que se hizo marchar a ella, pues que siendo esta parte donde permanece la mayor parte de la fuerza veterana destinada a la guarnicion de la provincia i donde hai un mayor número de cuerpos cívicos, deben por precision de ocurrir en mayor cantidad las descomposiciones de armamento, cuyo gasto de compostura se aumenta con los costos de conducciones.

Con escepcion del escuadron de Colcura, a quien no pude revistar por la estacion lluviosa en que regresé de Arauco, los tres restantes del departamento de Lautaro i los seis del de la Laja se hallan en un pié mas que regular de instruccion, principalmente los tres que mencioné a V. S. al dar cuenta de la revista pasada en los Anjeles i el escuadron de Arauco que se distingue de todos por su número de fuerza, bien montados i decente equipo de sus individuos. Estos cuerpos se hallaban cuasi completamente desarmados con escepcion del escuadron del comandante Benavente i el del comandante Plaza, cuyos jefes habian proveido por sí a su armamento de lanza: esta falta se halla en el dia en su mayor parte reparada con seiscientas lanzas que habia en los almacenes de Concepcion i los chuzos que se remitieron de ésa. Por la clase de enemigos contra quienes puede destinarse a obrar estos cuerpos, seria conveniente proveer a cada escuadron con veinte tercerolas. El escedente número de plazas que tienen los escuadrones de Arauco, Nacimiento i Santa Juana i las grandes distancias que tienen que vencer muchos de sus individuos que componen los dos primeros, hace de necesidad elevar a seis los cuatro escuadrones de Lautaro; formando el quinto con parte de los distritos de las subdelegaciones de Nacimiento i Santa Juana i el sesto con los habitantes al sur de la Alvarrada, quedando el de Arauco con los de este punto al norte

hasta el Araquete, que es el límite de la subdelegacion divisoria con Colcura, con cuya medida se evitaría el perjuicio que reciben los individuos de los mencionados cuerpos con la concurrencia a los ejercicios desde doce, diez i ocho i veinte leguas de distancia. Circundado el puerto de Colcura de grandes serranías boscosas i reunida a sus contornos un número de poblacion considerable, atraida por el empleo de trabajo diario que le proporciona el establecimiento de molino i cierra, sería conveniente organizar en dicho punto una compañía de infantería. Esta medida no solo es conveniente, mirada con atencion al resguardo del puerto, sino respecto a la defensa de la frontera, porque es sabido que los indios respetan mas a la infanteria, i serviria como cuerpo preparado para reforzar a Arauco, o para evitar el paso de cualesquiera asalto que intentasen los bárbaros sobre la parte llana de Coronel i San Pedro, que en el dia se halla completamente indefensos por la desguarnicion de Colcura, por donde deben descender. Por otra parte, este puerto está llamado a tomar una gran importancia no solo por la atraccion que llama al comercio los establecimientos situados en él, sus minas de carbon i abundantes maderas de su costa, sino mui en especial porque es la única ensenada o caleta de las situadas al sud de Talcahuano en donde pueden los buques mantenerse al abrigo de los temporales de norte; así es que él vendrá a ser por precision el punto de depósito de todos los frutos de la costa del departamento de Lautaro. La circunstancia de haberme detenido en este punto tres dias un temporal de agua i norte, me proporcionó observar la completa serenidad de la mar de su ensenada en tales circunstancias i que se hacia el embarque i desembarque de la tripulacion de un bergantin i una lancha que habian entrado a ella en uno de esos dias de temporal con igual facilidad que la que se efectua en Talcahuano en dias de bonanza.

Con la organizacion de esta compañía, que deberá considerarse la quinta del batallon de Lautaro, que se le dén las clases de plana mayor, jefe instructor i armamento al batallon nuevamen-

te creado en Rere, i la subdivision dicha en los escuadrones de Arauco, Santa Juana i Nacimiento, se llenarán las medidas que por ahora se hacen mas necesarias respecto al arreglo de los cuerpos cívicos de la frontera, pues que el vacío que dejó el reglamento, con no considerar la brigada o compañía de artillería de esta parte, se ha reparado con destinar a esta arma la primera escuadra de cada una de las compañías de las plazas.

Otro de los objetos que las circunstancias de alarma ya dicha hacian la primera atencion, era el estado de destruccion de los fosos i parapetos de los recintos antiguos de las plazas. Por mas que se hiciese notar la necesidad de proveer a su reparacion, se tocaron con multitud de obstáculos que lo hacian inrealizable con la premura que era necesaria; en unos, por la completa destruccion, en otros, porque los gastos que demandaba su reparacion no bastaban para poner a cubierto la poblacion que se ha estendido fuera de los recintos, uniéndose a ello la falta de herramientas; así fué que las pocas i casi inútiles que se juntaron de las que habian servido en la reedificacion de cuarteles, se destinaron a la reparacion del foso del de San Carlos, que se renovó mediante el esmero que tomó en ello el sarjento mayor Urizar, haciendo trabajar su tropa la mayor parte del tiempo que cubrió el punto. Igual providencia se dispuso tomarse con el de Santa Bárbara que demandaba poco trabajo, i aunque el de Negrete, por la situacion que ocupa i su malísimo estado demandaba aun de preferencia su composicion, nada pudo hacerse en su mejora por esa falta de herramientas i porque habiendo tratado cubrirlo con una estacada de pellines, el vecindario de donde podian sacarse, trató de especular con la necesidad que miraba. Ultimamente se ha ordenado se remitan a él todas las herramientas para reparar sus fosos en lo posible, recomendándole al capitan comandante de la plaza su conato en la obra.

Que es de necesidad reparar las obras de defensa de las plazas, es punto que no puede admitir duda, como que tiende al aumento de defensa que no puede reemplazarse con el aumento de plazas

que necesitarian para cubrirlos, i a poner a cubierto la existencia de su poblacion, lo que proporcionará tambien poder minorar las guarniciones, para poder tener un cuerpo reunido, capaz de protejer algun punto amagado, lo que no puede efectuarse ahora por la indefencion de los recintos.

Así como es palpable esta necesidad, tambien es cierto que las obras que se emprendan no deben ser de la resistencia i gran costo de las antiguas fortalezas, como que no son destinadas a resistir bombardeos, ni deben considerarse permanecer por mucho tiempo como plazas fronterizas. Por lo tanto considero que lo que debe hacerse, por ahora, es circundar de foso o estacada, segun la calidad del terreno lo requiera, los pueblos de Arauco, Nacimiento i Negrete con dos torreones o baluartes en los ángulos opuestos para protejer el espacio de los frentes que no pueden reputarse defendidos por su estension sino con una gran guarnicion. El poner a cubierto estos pueblos es sumamente indispensable, pues que la reparacion de solo los recintos no contribuiria a otra cosa que a la defensa de las personas, dejando espuestos los intereses i edificios a ser saqueados e incendiados en cualquiera golpe de mano.

Las plazas de San Carlos i Santa Bárbara no es de necesidad tan suma cubrir sus poblaciones, como que se hallan de esta parte del Bio-bio. El montaje de la artillería de las plazas se halla completamente inútil, con escepcion del de una pieza de a cuatro de Arauco que se mandó construir hace un año i otro que se refaccionó en el presente de una pieza de igual calibre de Nacimiento. Esta falta la tengo indicada de antemano i pedido su reparacion, la que espero dispondrá V. S., ordenando al comandante jeneral de armas, la efectue con los repuestos, que se me ha asegurado existen, tomando por antecedente de la falta i para la remesa, los datos que le suministran los inventarios de las plazas que existen en su poder.

La distinta colocacion que la alarma pasada demandaba deber darse a las guarniciones, hizo indispensable preparar un aumento

de cuartel en la plaza de Nacimiento. Fabricarlo a continuacion del que habia, no era posible por la premura con que se necesitaba; i consultando esta exijencia i la economía en los gastos, me obligó a disponer se reparase la parroquia de la plaza que se hallaba cerrada i abandonada, cerca de dos años por el estado ruinoso de su enmaderado, la que no debiéndose reedificar en el mismo local por su poca estension, prometia aprovecharse de sus murallas, casi en su totalidad, pues solo dos esquinas estaban un poco deterioradas, lo que daba un gran ahorro en el gasto i tiempo. Igual medida se tomó en Arauco por el mal estado i estrechez del rancho que servia de cuartel, haciendo se refaccionase la parte de edificio, tambien ruinoso, que habia servido de habitacion al misionero, antes de caerse la capilla i parte del edificio misional.

Mediante al esmero de los servicios de los comandantes del Carampangue i Valdivia no solo se cubrieron las faltas en tiempo sino que lo efectuaron con una economía suma, empleando para cubrir el déficit que dejaban los limitados presupuestos, el trabajo de la tropa, pues los mismos artesanos que habian hecho los cálculos no quisieron hacer la obra por lo que la habian computado. En Arauco se levantó ademas una piezecita para almacen de pólvora que no lo habia, i en Nacimiento un cuartel para el oficial o comandante de la guardia.

La venida de las tres compañías de Cazadores a caballo hizo igualmente preciso aumentar el cuartel de los Anjeles i se dispuso refaccionar una cuadra del antiguo cuartel que se hallaba completamente arruinado su enmaderado, por haberse descuidado sin duda su reparacion en tiempo oportuno; i con el fin de evitar iguales deterioros en el existente i en los de San Carlos i Santa Bárbara, se hizo levantar los presupuestos para el reparo de goteras. Se hizo del mismo modo reparar con lo dado en el primer presupuesto el antiguo galpon de caballerizas, porque cuando se recibió la aprobacion del nuevo que se trataba de construir de material, no habia tiempo para su compra ni para le-

vántarlo en el corto que mediaba al de la venida de la estacion de lluvias. Por iguales motivos i el haber errado completamente el presupuesto del almacen de bóveda, mandado levantar en dicha plaza de los Anjeles se dispuso reconstruir el antiguo, pues que habiendo entendido por bóveda el que levantó el presupuesto, un edificio subterráneo, presupuestó tablones para piso en lugar de ladrillo i cal para los arcos que debía formar aquella, como US. lo notaría en los considerandos del decreto de la intendencia en que se dispuso la dicha reedificacion. Se reparó i mejoró tambien las piezas destinadas al servicio de hospital. Mucha parte de estas obras han sido acordadas en junta de hacienda i todas ellas han obtenido la sancion superior, habiéndose reparado en el mal estado del alojamiento de la tropa i de las piezas destinadas a almacenes de municiones que se tenía hecho presente.

Como no era posible a un mismo tiempo reparar todas las obras, no se dispuso la de los ranchos que sirven de cuerpo de guardia, calabozos i cuartos de cornetas en el recinto de los Anjeles, i mui principalmente porque su mal estado no admitía reparacion sino reedificacion. Siendo tan espuesto a un incendio esta clase de edificios, i siendo que esta plaza será por muchos años cuartel indispensable de la caballería destinada al servicio de la Frontera, considero que su reconstruccion debe hacerse de pared de adobe o ladrillo i teja, arreglado a lo cual se dispondrá se levante el presupuesto para someterlo a la sancion suprema.

Como la reparacion de las piezas del convento misional de Arauco con el objeto de que sirviesen de cuartel, se hizo por cubrir la necesidad del momento, aprovechando el trabajo de una obra levantada con mui diferente aplicacion, es indispensable se construya siempre el cuartel conforme al plano i presupuesto que últimamente se recibió, aprobado por el supremo gobierno i aplicar aquellas para cuartel de la compañía cívica i depósito del armamento de la caballería. Se espera para dar las órdenes de la compra de materiales la decision sobre las observaciones hechas por la intendencia respecto la suma que se destinó para cubrir este gasto.

de cuartel en la plaza de Nacimiento. Fabricarlo a continuacion del que habia, no era posible por la premura con que se necesitaba; i consultando esta exijencia i la economía en los gastos, me obligó a disponer se reparase la parroquia de la plaza que se hallaba cerrada i abandonada, cerca de dos años por el estado ruinoso de su enmaderado, la que no debiéndose reedificar en el mismo local por su poca estension, prometia aprovecharse de sus murallas, casi en su totalidad, pues solo dos esquinas estaban un poco deterioradas, lo que daba un gran ahorro en el gasto i tiempo. Igual medida se tomó en Arauco por el mal estado i estrechez del rancho que servia de cuartel, haciendo se refaccionase la parte de edificio, tambien ruinoso, que habia servido de habitacion al misionero, antes de caerse la capilla i parte del edificio misional.

Mediante al esmero de los servicios de los comandantes del Carampangue i Valdivia no solo se cubrieron las faltas en tiempo sino que lo efectuaron con una economía suma, empleando para cubrir el déficit que dejaban los limitados presupuestos, el trabajo de la tropa, pues los mismos artesanos que habian hecho los cálculos no quisieron hacer la obra por lo que la habian computado. En Arauco se levantó ademas una piezecita para almacen de pólvora que no lo habia, i en Nacimiento un cuartel para el oficial o comandante de la guardia.

La venida de las tres compañías de Cazadores a caballo hizo igualmente preciso aumentar el cuartel de los Anjeles i se dispuso refaccionar una cuadra del antiguo cuartel que se hallaba completamente arruinado su enmaderado, por haberse descuidado sin duda su reparacion en tiempo oportuno; i con el fin de evitar iguales deteriodos en el existente i en los de San Carlos i Santa Bárbara, se hizo levantar los presupuestos para el reparo de goteras. Se hizo del mismo modo reparar con lo dado en el primer presupuesto el antiguo galpon de caballerizas, porque cuando se recibió la aprobacion del nuevo que se trataba de construir de material, no habia tiempo para su compra ni para le-

vantarlo en el corto que mediaba al de la venida de la estacion de lluvias. Por iguales motivos i el haber errado completamente el presupuesto del almacen de bóveda, mandado levantar en dicha plaza de los Anjeles se dispuso reconstruir el antiguo, pues que habiendo entendido por bóveda el que levantó el presupuesto, un edificio subterráneo, presupuestó tablones para piso en lugar de ladrillo i cal para los arcos que debía formar aquella, como US. lo notaría en los considerandos del decreto de la intendencia en que se dispuso la dicha reedificacion. Se reparó i mejoró tambien las piezas destinadas al servicio de hospital. Mucha parte de estas obras han sido acordadas en junta de hacienda i todas ellas han obtenido la sancion superior, habiéndose reparado en el mal estado del alojamiento de la tropa i de las piezas destinadas a almacenes de municiones que se tenía hecho presente.

Como no era posible a un mismo tiempo reparar todas las obras, no se dispuso la de los ranchos que sirven de cuerpo de guardia, calabozos i cuartos de cornetas en el recinto de los Anjeles, i mui principalmente porque su mal estado no admitía reparacion sino reedificacion. Siendo tan espuesto a un incendio esta clase de edificios, i siendo que esta plaza será por muchos años cuartel indispensable de la caballería destinada al servicio de la Frontera, considero que su reconstruccion debe hacerse de pared de adobe o ladrillo i teja, arreglado a lo cual se dispondrá se levante el presupuesto para someterlo a la sancion suprema.

Como la reparacion de las piezas del convento misional de Arauco con el objeto de que sirviesen de cuartel, se hizo por cubrir la necesidad del momento, aprovechando el trabajo de una obra levantada con mui diferente aplicacion, es indispensable se construya siempre el cuartel conforme al plano i presupuesto que últimamente se recibió, aprobado por el supremo gobierno i aplicar aquellas para cuartel de la compañía cívica i depósito del armamento de la caballería. Se espera para dar las órdenes de la compra de materiales la decision sobre las observaciones hechas por la intendencia respecto la suma que se destinó para cubrir este gasto.

He omitido hablar a US. de la plaza de Antuco o fuerte de Vallenar porque las atenciones de los arreglos de los asuntos producidos por el naufrajio del «Jóven Daniel» me impidieron pasar a dicho punto en el mes de marzo, época para que habia citado a los caciques del Butralmapu Trasandino para allanar varias quejas producidas recíprocamente por los dueños de las haciendas chilenas i de indios, por robos que éstos dicen reciben de los vaqueros i españoles que se introducen sin conocimiento de las autoridades i por igual cosa que aquellos acusan a éstos de efectuar en sus ganados. Estos asuntos i otros, no de menos importancia que tengo hecho presentes al gobierno, hacen indispensable realizar estos arreglos en la visita que se haga a esta plaza, i en conformidad de tal sentir se les volvió a citar para noviembre próximo con los mensajeros que me mandaron a Concepcion, por consecuencia de mi inasistencia en la cita. El fuerte i cuartel de este boquete se encuentra del todo destruido i el presupuesto del costo de su reconstruccion se halla en el ministerio del cargo de US., debiendo hacerle presente que considero de suma importancia poner en estado de defensa a este boquete por ser el de mas fácil tránsito i permanecer la mayor parte del año abierto, uniéndose a ello el interes que tienen manifestado los caciques de que vuelva a situarse allí el destacamento, pues que colocado en el pueblo de Antuco, donde hoi se pone, no alcanza a evitar la introduccion i salida clandestina de los que entran i regresan con animales robados, ni encuentran tampoco quien los reciba, como era de costumbre, i atienda la seguridad de sus efectos que sacan de conchavo, que se los roban lo que los ven ébrios.

Considero no deber llamar la atencion del gobierno sobre los recintos i cuarteles completamente destruidos de Santa Juana, de Colcura i S. Pedro, porque estas plazas no corresponden ya al objeto con que fueron construidas, habiéndose avanzado en una grande estension sobre el interior la poblacion española i desaparecido del todo por haberse confundido con ésta las reducciones de indíjenas que habitaban en sus inmediaciones.

Aunque el supremo gobierno aprobó la medida de la apertura del camino de los riscos i suministró los recursos de herramienta i dinero para gratificar a los dos caciques que se comprometieron a su composicion, no fué posible dar principio al trabajo porque el injeniero a quien se comisionó para que hiciese la delineacion, regresó sin realizarla por la anticipacion del invierno i por haber dado una caida del caballo que le imposibilitó para el trabajo; asi es que aunque uno de los objetos de mi visita a Arauco era el de promover el principio de esta obra i distribuir las herramientas a los cacique, no pude llenar este fin por aquel motivo: creo sí que la obra se realizará por la buena disposicion que manifestaron para emprenderla, no solo los caciques comprometidos a ello, sino tambien sus vecinos que les ofrecieron ayudarles i componer por su parte los malos pasos que hubieren en el que atraviesa por sus reducciones o tribus. De sentir es que la direccion de las obras, de que está especialmente encargado en el pueblo este injeniero, no le dé lugar a salir esta primavera a efectuar la demarcacion, pues que al perderse el tiempo oportuno para el trabajo se arriesga el que desmaye el interes que han manifestado los indios viendo nuestra tardanza.

Espresado el estado de las fuerzas cívicas de la frontera, el de su armamento i el en que se encuentran sus fortalezas i cuarteles, era propio entrar en la indicacion de los medios de mejorar su línea de fortificacion i advertir aquellos puntos que convendría ocupar con nuevos puestos militares, para poner a cubierto el territorio; mas visto lejos el que suministren los elementos para promover i llevar a cabo la empresa de reduccion, i el que se proceda a establecer ese arreglo de administracion especial de frontera solicitado por la intendencia, como indispensable a preparar i dirijir la marcha a aquel fin, limitaré en estas mis observaciones a aquellos puntos que se hace indispensable fijar la atencion desde luego.

El estado actual de las tribus habitantes en la comprension del territorio del Estado es completamente tranquilo, i en el pre-

sente año se han avanzado relaciones de amistad con algunos de los caciques del interior que se habian mantenido en entera incomunicacion con la frontera i el gobierno; mas este estado de tranquilidad no destruye de ningun modo los fundamentos que tengo aducidos para considerar indispensable el aumento de la guarnicion de línea reclamada i que repito; pues el que habla ha considerado i considera no deber sujetar sus observaciones al círculo de épocas especiales, ni dirijir sus deliberaciones bajo el mismo sentido de limitacion, sino, por el contrario, cree está en su deber examinar i pesar las probabilidades o incerteza que hai para contar con la estabilidad o insubsistencia de esa paz i las operaciones i recursos que sean necesarios para sostenerla, como asi mismo lo preciso para facilitar la marcha de los objetos que deben tenerse en mira sobre frontera i tribus. Confiar en las protestas de amistad i alianza de bárbaros i de bárbaros belicosos como los que tenemos en el centro de nuestro territorio, seria algo mas que imprudencia, aunque no tuviéramos a la vista la multitud de antecedentes que nos comprueba su inconstancia, que les proporcionará ejercer sus depredaciones i esterminios sobre esas poblaciones que miran como el yugo preparado para uncirlos.

De las operaciones i manifestaciones producidas por consecuencia de los incidentes a que dió lugar el naufrajio del «Jóven Daniel» se puede deducir, sin errar, que las tribus mas fronterizas a nuestras plazas tienen ya formada una conviccion de que la guerra les acarrearia males mui superiores al goce de la rapiña que ella les produciría; mas tambien han demostrado con bastante claridad que se hallan mui dispuestas a aceptarla i hacerla al menor paso que se intente de internacion, porque imbuida en la idea de que el gobierno trata de apoderarse de sus tierras, i por desgracia alimentada i sujerida tal desconfianza por muchos de los que especulan sobre la compra de ellos, cualquiera movimiento o paso del gobierno, lo atribuyen o se les hace entender ser dijirido a aquel fin. Las tribus interiores i mui principalmente las del butralmapu de la ceja de montaña de la Cor-

dillera, se puede aseverar que lo único que los retrae de la continua agresion es el inconveniente que les presenta la trascendencia de esas tribus fronterizas que como inmediatas temen que la represalía recaiga en primer lugar sobre ellos, a lo que se ha unido el temor que tenian a Colipí.

La muerte de este cacique es un incidente que ha hecho variar completamente el estado de las tribus i frontera; situacion que debe tenerse mui a la vista, pues que en su desaparicion se ha destruido el contrapeso establecido entre los tres Butralmapus de esta parte de la cordillera, lo que refluye mui directamente en la posicion de aquella. Esta pérdida es tanto mas de sentir cuanto ella influye en el aumento de prestijio del cacique Maguil, cabeza de ese Butralmapu montañez o andino; indio astuto i sagaz para promover i mantener sus relaciones de amistad i alianza con los caciques de las otras tribus; desconfiado, suspicaz i altanero en las mui pocas que tiene con los españoles, i estremadamente simulado para ocultar sus intentos i aspiraciones; calidades que entre ellos son de gran valor i lo que le ha dado una grande influencia. La paz en que se ha mantenido este indio desde el alzamiento que promovió cuando se intentó repoblar a Puren, débese solo a que residente cercano de Colipí, se hallaba espuesto a ser sorprendido de un momento a otro por él, mientras que él con mayores fuerzas se hallaba detenido, temeroso de que se le devolviera el ataque acompañado con las nuestras, i de aquí su resolucion de entrar en relaciones con el comandante de Alta Frontera para evitar el golpe que miraba como mas cercano, pero dirijiendo siempre esas relaciones por medio de otros caciques, sin haberse podido hacerlo salir a los Anjeles, ni pasando a este lado del Bio-bio, ni se dispuso a ver a ese jefe para inspirarle confianza, pasando solo el lenguarás a hablar con él; así es que ese estado de quietud o paz no debe de mirarse sino como calculado i que no espera otra cosa que la oportunidad de dar el golpe con suceso i esa oportunidad sabrá él preparársela, destruyendo las tribus de la reduccion de Colipí, a quien respetaba no

tanto por su influencia i fuerza sino por el temor de la proteccion que juzgaba tener en las nuestras. Desembarazado hoi de ese enemigo temido de todos sus aliados, que tanto tiempo le ha servido de freno, debe de esperarse que no tardará en emprender la destruccion de esas tribus que le detuvieron en su guerra de vandalaje i le han sido de estorbo a sus planes; el incentivo de las numerosas haciendas que ha dejado; la satisfaccion de rencores i venganzas i la minoracion de fuerzas que ha sufrido el contrario, en la sola pérdida de su caudillo, son mas que suficientes antecedentes para esperar la realizacion del ataque, pues no puede detenerle ni aun temores de represalia desde que el mando de sus contrarios ha pasado a manos de un jóven sin prestijio i malquisto aun entre sus mismas tribus que servian de aliadas al padre. A estos antecedentes que hará servir para decidir a los demas a la empresa o para que no tomen parte contra ella, tiene él el motivo poderoso para no dejarla, que sin destruir esas tribus, no llegará a reasumir de nuevo el mando jeneral con que se hallaba cuando ese antiguo enemigo salió a oponérsele.

La reunion de las tribus bajo la direccion de un solo caudillo obraría de un modo mui directo en empeorar la situacion de la frontera, pues que si ese poder unido no alcanzaba traer a su alianza al Butralmapu de la costa, lograría por lo menos neutralizarlo; i por lo tanto no solo considero de un interes sumo el trabajar para evitar esa union, sino que el interes del pais exije el sostener de un modo directo i positivo esas tribus de Angol, Puren i Lumaco, en el primer ataque que se realizase sobre ellas. La conveniencia que resulta de que los dos Butralmapus mas guerreros e indómitos no se pongan bajo la direccion de un solo caudillo: la ventaja que se adquiere con tener en esa division uno de los cuerpos en nuestro favor i la que produce de tener por tal medio un puesto avanzado que nos prevenga o contenga a la vez los ataques, son consideraciones bien positivas, sin contar con que el fin del resultado del sostenimiento de esa parte mas

débil, sería sin duda el que esta misma parte nos daría la posesion de Angol para tener cercano un punto de apoyo.

La ocupacion de la línea del rio Vergara es de un interes mui marcable para apartar las miras de tal objeto, pues que a proporcionar su canal un medio seguro para introducir los socorros en los puntos que se fortificasen. Sin necesidad del empleo de fuerzas, tiene el de que la ocupacion de esa línea proporcionaría el dejar aisladas entre nuestras fortalezas a las tribus habitantes entre este rio i Bio-bio: tribus que siempre han sido las promotoras de las alarmas, o las primeras por donde se han efectuado los movimientos. V. S., en vista de esos antecedentes, me dará sus instrucciones para el caso de efectuarse el ataque que he dicho, ataque que no debe mirarse sino como el preludio del que se segundará sobre el robo de las haciendas de en frente de las plazas, sino se guarnece de un modo mas conforme la frontera.

Preciso es convencerse i partir bajo el principio que sin el aumento de fuerzas no solo se halla espuesta a ser saqueada esa frontera de un momento a otro, como lo ha sido hasta el año 36, que trascendian a esta parte del Bio-bio, sino tambien no será posible de esa marcha paulatina, vacilante i pendiente de circunstancias eventuales a que nos hemos arreglado i sometido por considerar sin duda como motor principal de la obra de reduccion (o civilizacion como la llaman) lo que no puede servir ni tenerse sino como un medio secundario.

Civilizar a las tribus bárbaras por el solo medio de misiones sería obra de un siglo, si se mejorase su administracion i llevasen consigo los medios de propagar las artes e industria; esto es suponiendo que sea dado civilizar a bárbaros antes de reducirlos i someterlos i sin contar con las consecuencias que acarrearia para la civilizacion de esas grandes masas en el goce i ejercicio pleno de su independencia.

Nuestro deber primero es someter esa parte de poblacion habitante a la parte central del territorio del Estado i de poner a cubierto las vidas e intereses de la poblacion civilizada que está

a su frontera, i como tal deber no puede ponerse en duda, es indispensable tener presente la estension de esa frontera i el número de fuerzas que hai que contrarrestar para proporcionar las de su defensa. Se quiere avanzar los puestos para ir sometiendo poco a poco esas tribus; preciso es el aumento de soldados para cubrir esos puestos. Se siente la necesidad de reducir en lo posible la fuerza de línea; refórmese entonces el plan de retiros, dividiéndolo en hábiles e inhábiles i destíneseles aquellos a esos puestos para que reparen la falta de la disminucion, con lo que sin disminuir de un modo marcable la defensa, se obtendrá dar a esa frontera una base de aumento a su poblacion. Se cree útil la introduccion de colonias, necesario es para atraerlas asegurarlos, o mas bien dicho, presentarles los elementos que garantir puedan su existencia i el fruto de sus labores. Deséase efectuar la moralizacion i civilizacion de esas tribus; atiéndase en primer lugar a la de esa poblacion que se halla en inmediato contacto con ellas, como que ese roce i trato será siempre el resorte mas directo que ha de obrar en la reforma de sus costumbres. Se considera como un medio indispensable i adecuado al mismo fin la introduccion de misiones, tómense de antemano las precauciones convenientes para que con los encargados de tan santo misterio no le tomen o conviertan en medio de especulacion, i recomiéndeseles deber fijar su mayor atencion i esmero en la enseñanza del sexo femenino, como que es el que dirije los primeros pasos a los hijos i le infunde las primeras ideas. Quiéreseles someter a nuestro réjimen administrativo; preciso es para realizarlo formular primero uno especial que no esté en contradiccion con sus hábitos i costumbres. Se quiere proceder a reduccion por medio de paz; el mejor medio de ello i el de evitar verse comprometido de un momento a otro en una guerra, es el de tenerles a su frente una fuerza que les infunda respeto.

He aquí, señor, el conjunto de que han partido mis ideas al llamar la atencion del gobierno sobre los puntos enumerados; i como, segun se nota, el motor principal de la obra, es el apoyo

de la fuerza, parece indispensable que V. S. promueva la destruccion de los obstáculos que hasta hoi han tenido su aumento, cuya necesidad i falta he reproducido hasta el cansancio.

El infranscrito sabe que los miembros del gobierno i varios de los del Consejo de Estado se penetraron tanto de la necesidad de este aumento, cuanto de la de establecer un réjimen especial para la administracion de la frontera. No le son desconocidos tampoco los motivos que han sido parte a suspender la manifestacion de aquella necesidad i el resultado de hechos posteriores, le acreditan que esa manifestacion habría sido desatendida: sabe que estos hechos le obligaron al señor ministro en la alarma pasada, a prevenir al que habla limitar sus operaciones a lo que considerase poder reparar con las fuerzas que le habian puesto a sus órdenes: conoce tambien que esta órden en cuanto a sus precedentes demandas, cubre en parte su responsabilidad; empero, como todo esto no basta a evitar las consecuencias que acarrear puede al pais la desatencion de un punto de tan vital interes, de aqui es que para reproducirlo no deben detenerle ni la evidencia de las disposiciones contrarias a criar esa fuerza, ni temores de que su demanda le atraigan sobre sí suposiciones desfavorables; pues que conociendo la importancia de lo que se espone (i que los sacrificios descubiertos, a no ser desproporcionados, a nuestra situacion, reportarian ventaja mui superiores) mal haría el detenerse por consideraciones que debe de mirar como secundarias, siempre que se contrapesen con intereses jenerales. Finalizaré esta parte con esponer a V. S. que por lo menos se necesita aumentar la guarnicion de esta provincia con la elevacion de los batallones que se hallan en ella al pié de guerra; aumento demasiado limitado, si se atiende a que las plazas deben mantenerse en estado de defensa i que se necesita ademas un cuerpo de fuerza reunido para socorrerlas u obrar en caso necesario.

Creo deber recomendar a V. S. que desde los primitivos tiempos en que se consideró como oportuno, para sujetar a las tribus

i atraer a relaciones u obediencia a los caciques, el poner a éstos en el goce de un sueldo, desde entonces se usó la práctica de que este sueldo pasaba al hijo o cabeza en que recaia el baston, i de aquí el que el intendente se ve molestado continuamente con la demanda de los sucesores a los caciques con sueldo que han fallecido. Sin duda es conveniente destruir tal práctica, porque nuestra situacion i las de las tribus ha cambiado en mucho, respecto al estado colonial, pero esa destruccion debería irse principiando por aquellos sucesos, cuyo poder i relaciones fuesen de poco valer, i que como es visto la ventaja que resulta de tener a sueldo algunos caciques, se concediese este en lo sucesivo como premio o retribucion de algun servicio hecho, como se hizo con algunos de los caciques principales que fueron a la Imperial; mas respecto los indios Pehuenches creo necesario por los motivos que aduje al solicitar en el año pasado las casacas i sombreros que en la junta que debe hacerse este año, se les ponga en posesion de la renta a los sucesores de Humané, Tripañan, Paillahuala i Haillallan, pues lo que se evita i se obtiene por medio de estas gratificaciones insignificantes, compensa con superabundancia el desembolso o gasto; al solicitar esta resolucion tengo tambien presente que de los quince caciques rentados que se hallan anotados en la lei de presupuestos del presente año solo quedan en goce cinco.

La division establecida de comandancias de alta i baja frontera no tiene un objeto de mejora en el servicio; por el contrario esa division ofrece a la vez entorpecimientos i competencias de jurisdiccion con las comandancias de armas particulares, que no ha alcanzado a cortar las aclaraciones terminantes hechas por el decreto supremo de 30 de agosto de 1848. Da tambien lugar a esos entorpecimientos el que la comandancia de armas del departamento de Lautaro, se halla sujeta a las dos comandancias especiales de frontera, de modo que no sería estraño el que a la vez se encontrase con el conflicto de poder cumplir con una órden sin incurrir en no dar cumplimiento a la otro: por lo tanto

considero debería suspenderse esa separacion de alta i baja frontera, dejando el mando particular de las plazas al comandante de armas del departamento i el jeneral al comandante jeneral de armas de la provincia o al particular de fronteras, si el gobierno creyese necesario ponerle un jefe especial.

No obstante la autorizacion dada al infranscrito para proveer la plaza de cirujano del batallon Valdivia, no ha sido posible cubrirla por haberse negado los facultativos a admitirla por la cortedad que hai de sueldo en el reglamento. La necesidad que hai de dar cirujano a cada uno de los dos batallones que cubren esta guarnicion es inmensa, pues que no habiendo mas que los hospitales de Concepcion i los Anjeles, tienen que dirijir sus enfermos a ellos desde distancia de doce i veinte leguas, resultando de ello que no pocas veces mueren individuos de enfermedades que reparadas a tiempo, se habrian curado en tres dias con una sangría o vomitivo. El cubierto de esta plaza en los mencionados cuerpos no solo sería conveniente a ellos, sino tambien a la poblacion de los puntos que cubren, cuyos habitantes no son menos dignos de la consideracion del gobierno. Creo innecesario estenderme en encarecer la necesidad que hai de poner remedio a tal estado i por lo tanto no dudo que V. S. tomará las medidas precisas para reparar el inconveniente que se presenta para llenar en plaza de dotacion, la que no obstante el diminuto sueldo que le señala la ordenanza, no fué atendida en el arreglo de sueldos hechos posteriormente.

Por notas especiales i en el órden de los acontecimientos dí cuenta al Supremo Gobierno de las operaciones i resultados producidos de los reclamos i averiguaciones hechas sobre los incidentes del naufrajio del «Jóven Daniel», mas la aparicion de un comunicado inserto en el número del *Correo del Sud* suscripto por uno de los comisionados que mandó el gobierno de Valdivia, lo que supo dicho naufrajio, como algunos comentarios que se han deducido de él, dirijidos a refutar el órden en que dirijió los sucesos el que habla, le ponen en la precision de reasumir en ésta

las consideraciones que tuvo para decidirse a tomar parte en la averiguacion de aquel suceso, como las que le estimularon a creer quedaban llenados los fines que se tuvieron presentes en el reclamo, con la retencion hecha de los acusados.

Aunque el naufrajio ocurrió dentro del territorio que se dice marcado a la provincia de Valdivia, creí de mi deber tomar parte en el reclamo de los efectos robados porque estaba cerciorado que tanto la tribu de Puancho, donde habia ocurrido la desgracia, como las demas que habitan entre Tolten i Cautin no se consideran dependientes de ella, sino de ésta por ser parte de las que componen los tres Butralmapus del estado araucano sito de este lado de la cordillera. I cuando por el parte dado por el capitan de amigos, que mandé a informarse de los sucesos i hacer presente a los caciques deber proceder a recojer lo robado, fuí informado de la alarma que se propagaba i de la amenaza con que habia contestado el cacique Curiñaneu, las que le habia dirijido el comisario de Valdivia, como de los rumores que se corrian de haber sido asesinados los náufragos; entonces creí deber tomar una intervencion mas directa para llamar a cuenta a esos que se consideran depender de esta intendencia para los arreglos, pues que a saber los desconocimientos que tienen de la otra autoridad, el arreglo necesario en el caso, no era de deslinde de territorio, sino con las personas que desconozcan la dependencia de jurisdiccion, sujecion a que no podia obligarlos ni el majistrado de aquella provincia ni el de ésta, sino por medio de una requisicion armada.

Si al infranscrito se le hubiese pasado esa relacion que hoi aparece en ese comunicado del comisionado, habria arreglado sus averiguaciones i cargos a los detalles enumerados en él i el contesto le habrian suministrado sin duda mas exactos antecedentes para formar juicio de los hechos; mas suprimido ese detalle en el parte dado al gobierno por la intendencia de Valdivia; omitido tambien en los interrogatorios i cargos de la sumaria, ni héchose la menor mencion de tales antece-

dentes en el curso de la correspondencia que sobre los mismos asuntos mediaron entre el que habla, la culpa es de aquella intendencia o del comisionado si los omitió, al dar cuenta: por lo tanto sería mui oportuno que US. pidiese a dicho señor intendente las esplicaciones sobre la omision que se nota, pues que al arrojar las declaraciones tomadas en ésta, antecedentes poco favorables a los comisionados, es de suma importancia descubrir lo que haya sobre esa divulgacion i testificaciones de asesinato, sino resultaren del finiquito de la causa.

Tomada nuestra posicion de amago, como medida preventiva de la alarma advertida i no con el objeto de conquista, sino con el de reparar las consecuencias que acarrear pudieran el dejar sin reparacion crímenes de la naturaleza de los que se acusaban a los caciques Curiñaneu i Huerapil, parecia deberse considerar llenado el fin, una vez habidos estos a responder de la acusacion i entregados los efectos que decian haberles tocado del robo. El infrascrito, atendiendo a sus usos i costumbres en la forma de reparar sus atentados, tampoco creyó oportuno admitir las pagas de animales que se le ofrecian en compensacion del daño, porque a deberlas considerar insignificantes, miradas como retribucion de lo robado i destrozado, una vez admitida esa paga se habría encontrado en el deber de dar libres a los acusados, antes de saber con certeza si realmente eran o no criminales. No se intentó tampoco la ocupacion del territorio de la tribu acusada, como un motivo de reparacion porque de los enfermos i reconocimientos hechos resultó la inadecuacion para establecer en él una colonia militar, único modo de ocuparlos, i porque desvanecidos en su mayor parte los cargos de asesinatos, no habia razon para llevar a esa parte la desolacion i esterminacion, único medio de despojarlos de su propiedad.

Puedo asegurar a US. que sin el antecedente de la conviccion que parecía asistirle al primer majistrado de la provincia de Valdivia de haber sido asesinados los náufragos, i sin la presencia de una capa de señora i unos retazos de efectos sin mancha

ni señal de haber sido mojados que daban fuerza a aquella opinion, la del infranscrito fundada en los antecedentes que le suministró la averiguacion, las contradicciones que se advertian en las declaraciones del sumario de Valdivia i las reflecciones a que el estado de las cosas conducia, habría sido el de deber considerar no haber ocurrido tales asesinatos, al pasar esa nota en que dió cuenta de creer conveniente suspender toda operacion i dejar la aclaracion del problema en que se presentaban los hechos i acusaciones al resultado de la causa.

Los antecedentes que se presentaban como una prueba verídica de los asesinatos de que eran acusados Curiñaneu i Guerapil, eran las declaraciones del indio Porma e india Catalina, cuyos testigos examinados aquí, no solo negaron haber declarado lo que allí aparecia, sino que daban las razones que obraban en contradiccion del acerto sentado. El primero acreditaba el desdicho no solo por la consonancia con que se hallaba su relato con la relacion hecha por los indios que ocurrieron al lugar del naufrajio, sino tambien con el correo de la carrera de Valdivia que se habia hallado alojado en su casa desde el dia anterior al descubierto del buque perdido i con quien ocurrió a la playa, cuyo correo nada ha debido declarar de tales asesinatos, por no haberse pasado su declaracion, i si solo la del compañero con quien concurrió i recojió algunos efectos: este correo habia sido absuelto en 1.ª instancia en la causa que se le siguió. La segunda, al negar tambien la declaracion, se vé en su principio que entra a relacionar los hechos como testigo de vista, mientras que todos los antecedentes acreditaban que desde dos meses ántes de la pérdida del buque se hallaba ausente de la tribu. El cacique Curiñaneu, acusado como principal promotor i hechor en los asesinatos comprobaba no haber concurrido al punto donde se perdió el buque, sino a la tarde del dia en que se descubrió, por aviso que le dió una india, i que cuando llegó estaban en la playa los cinco cadáveres i Guerapil con otros indios e indias recojiendo los efectos: con que dado por efectivos los asesinatos, resulta que Guerapil

fué el asesino porque tanto él como dos de los indios que le acompañaban convienen en la anterior esposicion i de haber sido los primeros que llegaron al lugar donde estaba el buque; i falsas las declaraciones de Catalina i Porma, aunque no estuviesen negadas respecto la concurrencia de aquel a los asesinatos, i si se une a esto el embarazoso incidente del estravio que resulta de onzas i de la aparicion solo de las espuelas de oro, sobre las que no se habian hecho mencion en los partes, tendremos que de tales antecedentes no podia sacarse la evidencia de los asesinatos. Agregaré algunas otras consideraciones que no dejan ser de atencion para la averiguacion de los hechos. Se dice que los náufragos habian salvado la carga del buque i que permanecieron allí un dia i parte del otro, tiempo por lo menos necesario para el descargo i que se infiere de la precedencia del regalo de aguardiente a la reunion de junta para el acuerdo de los asesinatos. ¿Cómo es que estando reunidos los náufragos solo han resultado cinco o seis cadáveres donde salió el buque i carga? Lo inaccesible de la playa para efectuar aun en bonanza embarque o desembarque se haya comprobado por informes transmitidos por el señor intendente de Valdivia i coronel Viel i por el testimonio de otras personas. ¿Es entonces presumible que los náufragos hayan verificado el desembarque en medio del mismo temporal que los arrojaba a tierra: que esos náufragos, entre los que iban personas que poseian el idioma índico, no hubiesen tratado de poner en abrigo a las señoras en rancho de los indios habituados a facilitar hospedaje a los comerciantes, ni que ninguno de ellos lse hubiese resuelto a emprender su marcha inmediatamente a Valdivia o mandar un propio para solicitar auxilio? Puede ser de desprecio la presentacion i entrega espontánea de los mismos acusados cerciorados del crímen que se les imputaba, i cuando a sola clase de terreno que habitan les garantía no poder ser tomados? Consideraciones son éstas, con otras que se deducen de los hechos resultantes de las averiguaciones que en realidad alejan toda sospecha sobre la evidencia de los asesinatos i que dan

materia para formar otros juicios que la prudencia aconseja dejar al resultado de la causa. I no obstante, que por el logro de la prision de los acusados nos hemos puesto en actitud de descubrir la verdad i de poder hacer recaer sobre ellos el peso de la lei, si resultan criminales ese logro, se dice, era insuficiente para hacer cesar las operaciones, operaciones que ademas las suponen erradas por no haberlas dirijido desde un principio con la punta de la bayoneta, importando poco la precedencia del exámen de la justicia con que esas bayonetas iban a introducir la desolacion i esterminio, ni el calcular las consecuencias que acarrear puede una guerra, máxime cuando el Estado no se encuentra preparado para ella. Mas aprobado el manejo del que habla por la autoridad superior bajo cuyas órdenes obró, debe menospreciar tales críticas i evitar el trabajo de refutarlas.

Si le es satisfactorio haber merecido esa aprobacion i la de las personas sensatas, no le es ménos el que los arreglos hechos presten a esos bárbaros un testimonio de ser mas conveniente arreglar las querellas por los medios de paz, que someter el deslinde de reparaciones o agravios a los eventos siempre funestos de la guerra, como asimismo el haber economizádole gastos al erario, que aunque hechos necesarios por las circunstancias, el resultado ha demostrado no eran precisos. Antes de entrar a dar cuenta de ellos debo hacer presente a US. que sin la asistencia de la cooperacion del comandante de Alta Frontera coronel don Manuel Riquelme i del comisario sarjento mayor don José Antonio Zúñiga no me habria sido fácil alcanzar los resultados de que he dado parte.

Esos gastos estraordinarios en el aumento de tropas sobre las armas, no han sido otros que el que se ocasionó con el llamamiento de cívicos para llenar la guarnicion de Concepcion, que no alcanzaba a cubrir en el todo las dos compañías del Carampangue que se dejaron en esta ciudad con este objeto. De la suma sacada de la destinada a gastos estraordinarios de guerra se han gastado ochenta i un pesos seis reales, pues aunque el resúmen de la

cuenta pasada por los ministros que se acompaña bajo el núm. 1 asciende a ciento cincuenta i seis pesos dos reales, deben deducirse sesenta pesos tres reales valor de las partidas tercera, quinta, octava i novena por corresponder a buenas cuentas de pagos de sueldos ordinarios a los que se han cargado, i catorce pesos un real de las partidas diez i once que pertenecen a la composicion de armamento i ramo de reparacion de edificios.

De los seiscientos pesos puestos a disposicion del infrascrito por decreto supremo de 27 de octubre para atender a los gastos de la espedicion de indios mandados al Imperial, se han invertido doscientos setenta i ocho i medio real, pues de los cuatrocientos tres pesos uno i medio reales que se manifiestan en la relacion núm. 2, deben deducirse los veinte i cinco pesos de la partida sétima i los cien de la octava por corresponder la primera a la asignacion del misionero i la segunda al trabajo del edificio misional.

De los seiscientos pesos presupuestados en los años 49 i 50 para la visita de frontera, se han gastado trescientos ochenta i cuatro pesos seis reales, segun se demuestra en la relacion de los ministros núm. 3, deducida de ella los noventa i cinco pesos siete reales de la partida doce por haberse dispuesto agregar esta suma a la que por decreto supremo se dispuso dar la gratificacion a los ciento treinta i cinco mocetones i once caciques costinos que permanecieron tres meses en el Imperial, sin cuyo gasto habría sido insignificante como se vé el que se hizo por consecuencia de la alarma i requisiciones, i el que habria sido aun mas diminuto, si a la vez no hubiera tenido que pagarse algunas cosas por el tercero o duplo mas de su valor, como sucede por lo regular cuando sé que el estado es el que tiene necesidad del objeto, pues se le pone el precio de la urjencia.

Finalizaré esta cansada comunicacion con reproducir de nuevo a U. S. habiendo cesado el motivo porque el Supremo Gobierno tuvo a bien honrarme con el nombramiento de jeneral en jefe del ejército de operaciones del sud, es innecesaria la subsistencia de

ese nombramiento por bastar a la direccion de las fuerzas existentes en la provincia, las facultades que en sí tiene la comandancia jeneral.

Dios guarde a U. S.

José Maria de la Cruz.

Señor Ministro de Estado en el departamento de la Guerra.

DOCUMENTO NÚM. 6.

PROTESTA DEL CAPITAN DEL VAPOR «ARAUCO», A CONSECUENCIA DE LA CAPTURA DE ESTE BUQUE HECHA POR LAS AUTORIDADES REVOLUCIONARIAS DE CONCEPCION EL 13 DE SETIEMBRE DE 1851.

Señor escribano público don Juan B. Gonzalez.

Sírvase U. estender en su rejistro de escrituras públicas una de protesta que hacemos nos los abajo firmados, capitan, pilotos i demas tripulacion del vapor, titulado *Arauco*, por los motivos, i demas circunstancias que a continuacion espresamos.

Que habiendo salido de Valparaiso, embarcados en dicho vapor, el dia 12 del corriente a las doce i media del dia con direccion a este puerto, trayendo a su bordo quince pasajeros i alguna carga, echamos de navegacion treinta i dos horas, habiendo fondeado en esta bahía el dia 13 a las ocho i media de la noche: que los pasajeros se desembarcaron inmediatamente, despues de recibida la visita de costumbre. Que una hora despues que habia fondeado el buque, un oficial, con jente armada de tierra, entró abordo del vapor, i el oficial entregó a mi el capitan, Jorje Middleton, una órden por escrito, firmada Pedro Angulo ordenándome que desembarcase inmediatamente; i así lo hice, acompañado del oficial i tres hombres armados. Que luego de desembarcado el señor Angulo, dió órden para que se desembarcase todos los demas de la tripulacion, que tambien firman esta protesta; i les ordenó que no fuesen mas abordo sin su permiso, diciendo que él

tenia órden de las autoridades superiores de Concepcion para tomar posesion del vapor, i lo verificó así, despojándome a mí el capitan Middleton del mando, i echándome a tierra con toda la demas tripulacion de mi mando con la fuerza armada. Al tiempo que el oficial presentó la órden del señor Angulo a mí el capitan Middleton, para mi desembarque, el mismo oficial se apoderó de un paquete de la carga, que contenia un mil doscientas onzas de oro selladas, cuyas onzas el oficial entregó al señor Angulo; i este dió recibo de ellas, a mi el referido capitan sobre el conocimiento correspondiente. Yo el capitan Middleton tambien hice presente al señor Angulo, de que el rancho i provisiones, vinos etc. que se hallaban abordo, eran todos de mi propiedad particular. Por tanto. Los otorgantes protestamos por sí i a nombre de los dueños del mencionado buque; *una, dos, tres veces* i cuantas mas el derecho nos permita, tanto contra el señor Angulo, como contra las autoridades que le han facultado de apoderarse del mencionado vapor por la fuerza, o contra quien mejor hubiere lugar, tanto por el violento despojo que hemos sufrido, cuanto por los daños i perjuicios que se nos han orijinado i en lo sucesivo se nos orijinasen.

Sírvase U. agregar las demas cláusulas i requisitos que den la suficiente fuerza a la presente protesta, dándonos asi mismo testimonio de la escritura orijinal para usar de nuestro derecho ante quien i como mejor convenga. Talcahuano, setiembre 16 de 1851.—*George Middleton*, comandante.—*Edward Wilde*, primer oficial.—*George Miers*, segundo oficial.—*Louis Kemp*, primer mozo de cámara.—*Walter Winslow*, marinero.—*William Brown*, marinero.

(Del *Comercio* de Valparaiso).

DOCUMENTO NÚM. 7.

PARTE OFICIAL DE LA ASONADA DE SAN FELIPE OCURRIDA EN LA NOCHE DEL 14 DE OCTUBRE DE 1851.

Intendencia de Aconcagua.

San Felipe, octubre 17 de 1851.

Señor Ministro:

Cúmpleme el ingrato deber de participar a U. S. los detalles del motin ocurrido en esta ciudad a las once i media de la noche del 14 del corriente.

Como U. S. sabe, desde la mañana de este dia, nuestro campamento situado en la villa de Putaendo, constante de 550 hombres de milicias de caballería e infantería del mismo lugar i de los Andes, incluso el piquete del batallon Yungai que era la guarnicion de esta plaza, se halló desde por la mañana del 14 a la vista de una avanzada enemiga al mando del jóven don Benjamin Vicuña, aguardando inútilmente durante él, la llegada del resto de las fuerzas contrarias, que presumimos se dejarian caer sobre los nuestros en el instante menos esperado; puesto que, ignorábamos de todo punto que a la una de ese propio dia, habian sido completamente batidos Carrera i Arteaga, en el departamento de Petorca.

Trascurrido así en ansiedad el dia entero en nuestro campamento de Putaendo, i con las noticias que de él a esta ciudad se trasmitian con frecuencia, por la corta distancia de tres leguas que repasan uno i otro lugar, llegó la noche.

Sonaron las once i media.

En este momento se oye un ruido alarmante hácia la cañada del oriente de esta ciudad, punto por donde se hallaba situado el cuartel que ocupaban unos 200 hombres de los escuadrones cívicos del departamento, para velar por la seguridad comun. Numerosos gritos pueblan el aire i en pocos segundos se oyen

correr desarmados por las calles numerosos grupos del pueblo bajo, perseguidos i apoyados por la mayor parte de esos mismos soldados de caballería cívica hácia el cuartel de prevencion i cárcel de la plaza principal.

Marchaban armándose al asalto: e instruido en los mismos instantes el que suscribe, de lo que ocurria, por el comandante don José Joaquin Villarroel, jefe de los cívicos amotinados, me dirijí al cuartel amenazado, que se hallaba guarnecido de 33 hombres de infantería de los Andes, venido en relevo del piquete del Yungai, enviado al campamento de Putaendo.

Dispuse la defensa, i en el acto, los 33 soldados de que hago mérito, al mando del subteniente del cuerpo de Asamblea don Cárlos Contreras i el de igual clase de guardias nacionales don Waldo Casanova, asestaron sus fusiles a las ventanas del cuartel que miran a la plaza, decididos a sucumbir en sus puestos.

Se avanza incontinenti una gruesa columna de caballería, comandada por el teniente de cívicos don Anselmo Aguilar con ánimo de forzar las puertas. Un gran número de pueblo amotinado, compuesto i dirijido por muchos cabecillas de la insurreccion de noviembre, se le reunen e inician el combate.

La guardia de prevencion atendiendo a su propia seguridad, rompe sus fuegos sobre los asaltantes, i a los pocos momentos cae herido de muerte el jefe ostensible de la rebelion que marchaba en primeras filas, don Anselmo Aguilar.

Tal acontecimiento debia inspirar temores saludables a los amotinados, pues desde ese instante, se les vió replegar al costado izquierdo del cuartel que mira a la cañada del norte, i parapetados tras de los pilares, esquinas i boca-calles, persisten por media hora en cambiar con los nuestros un fuego vivísimo.

Mas la magnitud del delito que se perpetraba i la leccion un tanto dura recibida, hizo una profunda impresion en la tropa de caballería asaltante, pues no se le vió mas repetir en sus cargas, i segun se me ha noticiado despues, comenzó desde luego a desbandarse.

Solo restaba ya la completa dispersion del populacho a pié; la que no se hizo aguardar mucho tiempo. Principiaron como era de esperarse a retroceder gradualmente, hasta que no quedó un solo individuo ni en la plaza ni en las calles.

Miéntras lo relacionado acontecia, i se hallaba trabada la lucha del cuartel, diferentes partidas de los amotinados, entre los que habian hasta mujeres i niños, circulaban la poblacion dando desaforados gritos e incitándose a la rebelion i al pillaje.

Desde la primera hora del motin atendieron los sediciosos a hacer tocar a rebato en las campanas de la iglesia mayor, Santo Domingo i la Merced, logrando solo efectuarlo en la de este convento último, pero por poco tiempo.

Asi marchó el motin desde su principio hasta su conclusion, considerándolo en globo i refiriéndolo concisamente. El espacio de tiempo empleado en él, fué de tres largas horas.

Durante ellas, la chacra del vecino don Blas Mardones, cuna del movimiento revolucionario, porque en ella se hallaba alojada la enunciada tropa de caballería, sufrió perjuicios de consideracion i fué presa del mas refinado bandalaje. La bodega, provista de valiosos aguardientes, quedó exhausta; no solo los sediciosos se complacian en beber, sacaban para llevarse cuando se satisfacian i aun lo derramaban.

Igual suerte, aunque no parecida en la magnitud de los actos de depredacion, sufrió la chacra de don Pedro Malbran, próxima al pueblo.

La casa de comercio del capitan graduado don Juan García, fué asaltada i defendida por su dueño armado. Herido a bala uno de los acometedores, la dejaron en tranquilidad.

La casa del coronel graduado de milicias don Domingo Luco del Castillo, ausente en servicio en nuestras tropas en Putaendo, fué tambien acometida, derribadas las puertas, tomado gran número de caballos i saqueadas algunas armas que el mencionado coronel tenia guardadas de las de su escuadron.

Asi mismo, el Estanco i Tenencia de Ministros, casa del veci-

no don Pedro Varas i oficinas de algunos estanquilleros de los suburbios del este de la ciudad, fueron circundadas por los grupos de los sublevados del pueblo, i sufrieron recios acometimientos.

El licenciado don Francisco Caballero i el vecino don Matias Tapia fueron sorprendidos en las calles i víctimas tambien de infinitas tropelias.

Reunidos ocultamente los cabezas en pequeño número, hácia el paraje conocido con el nombre de *Aconcagua arriba*, i de connivencia anticipadamente con algunos pocos soldados del escuadron que tomó parte en la insurreccion acaecida, a un instante dado, se echaron sobre el cuartel en el que estaban dentro cincuenta hómbres llamados al servicio ese mismo dia, incluso el teniente Aguilar, i aprovechándose de la ausencia del comandante Villarroel, lo tomaron, aprehendieron al teniente don José García, sedujeron a la tropa i arrastraron i dieron asi principio a su desacordado movimiento.

A las tres horas despues, como he repetido, se hallaba ya la poblacion en tranquilidad i el remordimiento del crímen debia consumirlos.

Omito el nombre de los fautores, i algunos otros pormenores del suceso de que doi cuenta, tanto porque no han llegado todavia suficientemente esclarecidos a mi noticia, cuanto porque pertenece al dominio i a la averiguacion del juez competente. Actualmente se instruye el proceso respectivo.

Réstame solo recomendar al Supremo Gobierno a los individuos que constan de la nómina que acompaño, tanto particulares, como oficiales i soldados que contribuyeron a la represion de la sublevacion de que hablo, i que, reunidos a mí en el cuartel acometido, me ayudaron con todos sus esfuerzos a no dejar ultrajada la autoridad i afianzar el órden público, por medio de la defensa de la plaza i el estímulo que con su accion i voces prestaban a la valiente guardia de prevencion.

Esos individuos a quienes debo recomendar particularmente,

son el ayudante en comision del batallon cívico de este departamento, subteniente don Carlos Contreras, el teniente de guardias nacionales que se hallaba de servicio al frente de la guardia de la cárcel, don Antonio Váras, el subteniente cívico don Waldo Casanova i el oficial de la secretaría de la intendencia don Miguel Carreño.

De igual manera i mui especialmente se han hecho acreedores a la gratitud de un gobierno paternal, i a la estima i consideracion pública, los soldados de esa guardia de prevencion, compuesta como he dicho arriba, de cívicos de los Andes, quienes, por el solo hecho de ser oriundos de ese departamento, tienen la dicha de reunir en alto grado las dotes de lealtad, buen juicio i heroico valor.

Si US. hubiera presenciado, como tuvo ocasion de hacerlo el infrascrito, la actividad i enerjia desplegadas por ese puñado de hombres en los momentos de conflicto; si US. hubiera notado la confianza que abrigaban de un espléndido triunfo, i la fé que rebosaban sus varoniles semblantes en la justicia de la causa que sostenian, se hubiera llenado, como todo buen ciudadano, de un sentimiento de noble orgullo, i se habria complacido en la consideracion, que si en la comun patria hai insensatos que quieren mancillarla, hai tambien otros valientes que conservarán su honor puro.

Debo igualmente recomendar a la brigada de policia que a cargo de su comandante don Fernando Garcia, acudió presurosa al lugar del peligro a reforzar el piquete que guarnecia el enunciado cuartel de cívicos.

Dios guarde a US.

Juan Francisco Fuenzalida.

Al señor ministro de estado en el departamento del Interior.

INTENDENCIA DE ACONCAGUA.

Relacion de los particulares, oficiales i tropa qne sostuvieron el ataque del cuartel la noche del 14 del corriente.

Particulares.

Don Miguel Carreño, oficial de la secretaría.

Guardia de prevencion.

Ayudante en comision del batallon cívico de San Felipe, subteniente de ejército, don Carlos Contreras; sarjento segundo de línea perteneciente al batallon cívico de este departamento, Jenaro Orellana; sarjento segundo, id. id. José Antonio Cordero; cabo primero Ramon Moreno.

Piquete andino.

Sarjento segundo, Antonio Herrera; id. id. José Antonio Salinas; cabo primero, Santos Godoi; id. id. Ventura Martinez; id. segundo, Juan Quiroga; id. id. José Pulgar; soldados, Gregorio Silva, Francisco Morillo, Eduardo Lemus, Francisco Ibaceta, Manuel Celedon, Pedro Montenegro, Nicolas Rios, Manuel Varas, Eujenio Varas, Juan Agustin Rodriguez, Justo Herrera, Domingo Herrera, José Tomas Arbulú, Tomas Sanchez, Antonio Araya, José Bahamondes, Eujenio Jorquera, Juan Urtuvia, Francisco Calderon, Patricio Cataldo, Cosme Ponce, Nicolas Barri i Silva, Dolores Herrera, Ramon Lopez, José Escobar, Cornelio Lopez, Casimiro Bahamondes.

Cuerpo de policia.

Comandante, don Fernando Garcia; cabo, Matias Estay; soldados, José Marin, Cornelio Ibaceta, Francisco Ordenes, Pedro Mascureño, Anselmo Camus, Santiago Araya, Bernabé Araya, Lázaro Jimenes.

Guardia de la cárcel.

Teniente de guardias nacionales don José Antonio Varas; sarjento segundo de línea, Andres Quevedo; cabo primero, Pascual

Montoya, id. id. Pedro Salinas; soldados, Camilo Gonzalez, Juan Francisco Lazo, Pedro Cataldo, José Enrique Morales, José Calderon, Rafael Paez, Francisco Gonzalez, David Diaz, Silverio Calderon, Juan Herrera.

Músicos.

Basilio Herrera, Miguel Ramirez.

San Felipe, octubre 17 de 1851.

Está conforme.—*Juan V. Blest*, secretario.

Visto Bueno.

Fuenzalida.

(Del *Boletin* oficial de noticias del 18 de octubre de 1851.)

DOCUMENTO NÚM. 8.

ESCRITURA DE FIANZA OTORGADA EN VIRTUD DE ÓRDENES DE LA INTENDENCIA REVOLUCIONARIA DE CONCEPCION POR UNO DE LOS PARTIDARIOS DE LA ADMINISTRACION MONTT, COMPROMETIÉNDOSE A NO HABLAR DE POLÍTICA.

En la ciudad de Concepcion, a veinte i un dia del mes de octubre de mil ochocientos cincuenta i un años, ante mí el escribano i testigos comparecieron don José Dolores Garcia, como principal i como su fiador llano i pagador don José Ignacio Palma, de este vecindario, a quienes doi fé conosco i dijeron; que a efecto de otorgar una escritura de fianza, a favor de propios i para gastos de policia, por la cantidad de tres mil pesos, declaraban por bases de dicha obligacion, el decreto del señor intendente que se trascribió al presente escribano, cuyo tenor a la letra, es como sigue:

Concepcion, octubre 20 de 1851.—En una carta de don José Dolores Garcia la intendencia ha decretado lo que sigue: Considerando la carta que precede obra de la imprevision de su autor

don José Dolores Garcia, por mas invectivas que contiene i deseando cortar el mal que producen tales faltas, vengo en disponer de consentimiento con Garcia que rindiendo una fianza de tres mil pesos en la que se compromete a no repetir la falta en que ha incurrido, ni de palabra ni por escrito, comprometiéndose su fiador a pagar la referida cantidad tan luego como se le pruebe haber faltado, a mas del castigo a que se haga acreedor el afianzado por la culpa en que incurriese, i siendo de la satisfaccion de la intendencia el fiador ofrecido don José Ignacio Palma, el escribano de hacienda estenderá la competente escritura en favor de propios para gastos de policia i con el testimonio de hallarse rendida se pasará a la secretaria para que se archive con este decreto que se trascribirá al escribano para que lo inserte. Se trascribe a Udes. para su cumplimiento. Dios guarde a Udes.—*José Antonio Alemparte.*—Al escribano de hacienda.

En su consecuencia, los susodichos don José Dolores Garcia como principal i como su fiador don José Ignacio Palma juntos de mancomun otorgan: que se obligan a cumplir exactamente todo lo que se contiene en el decreto superior inserto, con el bien entendido que cuando se espresa que Garcia no incurrirá en su falta de palabra, se entenderá que ha faltado de palabra cuando sus dichos o aserciones sean claros i terminantes, que puedan ser probados de una manera que no dé lugar a dudas, judicialmente i con testigos abonados, como se requiere para en la prueba de hechos de tal naturaleza: en su virtud ratificando de nuevo todo lo espuesto en esta escritura e insercion, aseveran, que han procedido de su libre i espontánea libertad, sin que para su debido cumplimiento les valga escusa ni pretesto alguno, antes sí sea visto no se les oiga ningun reclamo judicial ni estrajudicialmente, sino que por todo rigor se les ha de compeler a su observancia en cumplimiento de lo dispuesto de la lei 1.ª, tit. 1.º, lib. 10 de Nov. Recop., que manda que en cuanto se obligue el hombre queda sujeto a cumplirlo. Renuncia el beneficio de escusion que concede la lei 9.ª, tit. 12, part. 5.ª, i se con-

forman con la 8.ª del mismo título i partida que permite al acreedor dirijir su accion del mejor modo que le convenga. I porque asi lo verificarán, obligan sus personas i bienes presentes i futuros: dan poderio a las justicias para que a lo espuesto les ejecuten, compelan i apremien por todo rigor legal: como por sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada i consentida sobre que renuncian todas las leyes, fueros i derechos de su favor. Así lo otorgan i firman juntamente con los testigos instrumentales, de que doi fé.—*José Dolores García*,—*José Ignacio Palma*.—Testigo, *José Miguel Rocha*.—Testigo, *Juan Ocampo*.—Ante mí, *José Eduardo Benavente*, escribano público.

Es copia de su matriz que obra en el protocolo de mi cargo a que me refiero, i en virtud de lo mandado, doi la presente en Concepcion, octubre veinte de mil ochocientos cincuenta i uno.—*José E. Benavente*, escribano público.

DOCUMENTO NÚM. 9.

CORRESPONDENCIA DEL CORONEL RIQUELME CON EL COMISARIO DE INDÍJENAS ZÚÑIGA, A CONSECUENCIA DE LA REBELION DEL ÚLTIMO.

A los señores caciques Llampi, Purany i Tosé.

Loncomilla, octubre 26 de 1851.

Mis amigos i compañeros: a nombre del señor jeneral don Manuel Búlnes i al mio, los saludo a todos. Sé que Cruz, Urrutia i los Arces, piensan mandar donde Udes. a conquistarlos para que tomen armas en mi contra i matarme a mí i al señor presidente; si fuese así, Udes. no deben moverse de sus tierras, i ocuparse en cuidar sus familias i ganados, porque los enemigos quieren hacerles perder todo.

El presidente tiene ocho mil hombres mui valientes, i con estos piensa castigar a los malos. Udes. no deben moverse mién-

tras yo no les mande decir, i cuando lo haga, irá el recado con una seña i por un amigo conocido.

Luego vamos a marchar para Chillan i los Anjeles en busca de los que nos están robando nuestros animales, para castigarlos como ladrones.

Si algun enemigo de nosotros fuese donde Udes., agárrenlo preso i tráiganlo al señor presidente Búlnes, i él les dará un regalo mui grande i bonito.

El comisario don José Antonio Zúñiga, que Cruz tenia preso, se arrancó para la costa, i está ahora en Tucapel viejo con todos los caciques del alto i bajo Imperial, reuniendo muchos indios para ayudarnos a pelear.

El señor presidente don Manuel Búlnes, les ha mandado a todos los caciques que están con Zúñiga, ropa i mucha plata de regalo.

Estas palabras que les hablo a Udes., me harán el favor de mandarlas con sus amigos a los caciques de Lonquimai, para que ellos manden propio donde mi hermano el cacique Maguil Bueno, que está de esta parte de la cordillera por Cangulo arriba, para que este Maguil Bueno me espere en frente de San Carlos, para que nos abrazemos cuando yo llegue a los Anjeles, i como lo he hecho siempre con él mismo.

Adios mis amigos caciques, hasta que nos veamos, encargándoles que no dejen solos sus mallines i sus aguas, porque si lo hiciesen perderían sus tierras, que yo siempre les he defendido i pienso defenderlas con mi sangre i con los muchos soldados que tenemos con el señor presidente don Manuel Búlnes.

Manuel Riquelme.

A los señores caciques Llampi, Tosé, Caipi, Puran i Ñancangrll.

Loncomilla, noviembre 2 de 1851.

Mis amigos: el señor jeneral Búlnes me ha ordenado mande cerca de Udes. a don Manuel Palacios i a Jil Mella, para que sepan que el jeneral Cruz se ha levantado contra el gobierno i

se ha hecho un ladron de todos, a quien piensa castigar el jeneral Búlnes con un ejército de cinco mil hombres que tiene.

Como los soldados de Cruz pueden mandar donde Udes. a conquistarlos o bien a que los escondan, es preciso no hacerles caso i agarrar a todos los que se presenten, i traerlos presos al señor jeneral, porque estos perros quieren hacerlos perder sus tierras, aguas i ganados, como igualmente sus familias i mallines.

Si el capitan de amigos José María Becerra o Jara de Antuco fuesen donde Udes., tómenlos presos i los mandan amarrados al señor jeneral don Manuel Búlnes.

Es preciso que hagan sus juntas, i pasen estas palabras a las reuniones de Hueyeli, Trapa, Quenco i Lonquimai, para que hagan lo mismo que Udes. en caso de ser invitados o de presentárseles algunos lenguaraces.

Si Salvo llega a mandar donde Udes., tampoco deben obedecerle porque desconfio de él.

Es preciso que Udes. sean tan buenos como ha sido Lecurpan el comisario Zúñiga, quien se arrancó de la prision para la costa con el fin de defendernos, i en donde se halla con dos mil indios en nuestro favor mandando hasta el Imperial i Puancho, como asi mismo a las demas reducciones de la tierra.

Bueno seria que en los boquetes de la cordillera pongan guardias para pillar a los que intenten internarse o llegar cerca de Udes. con algun mal fin.

Tambien les doi permiso para que pidan a los vaqueros del otro lado de la cordillera dos o tres animales para comer, sin atropellar a los sirvientes o cuidadores.

Cada uno de Udes. debe mandar un moceton donde el señor jeneral Búlnes como en prueba de que obedecen sus órdenes, i para hacerles un obsequio i darles un abrazo, cuidando no hacer el viaje por Chillan i sí por Alico, haciendo la marcha junto con Palacios i Mella.

Miéntras tengo el gusto de verlos recibirán de Palacios i Mella

dos abrazos que a cada uno le manda el señor jeneral i su afectísimo servidor.

Manuel Riquelme.

Señor don José Antonio Zúñiga.

Loncomilla, noviembre 1.° de 1851.

Mi querido mayor:

El alferez Búlnes deberá entregar a U. esta, cuyo oficial marcha a ponerse a las órdenes de U. con diez granaderos que lleva, el cual le entregará tambien cien sables, cincuenta carabinas, cien chaquetas para los indios i cien camisas, previniéndoles a éstos que no les mando mas, ni van mas adornadas por haberse trabajado en el mismo campamento; pero que las otras que deben mandárseles, serán mucho mejores segun me ha asegurado el señor jeneral.

Mañana debemos partir en busca del enemigo que se halla hasta hoi en Chillan, i U., luego que reciba ésta, debe de principiar a obrar sobre la frontera, a fin de evitar la retirada de ellos, pues de lo contrario podrán hacer mas duradera la guerra, i mucho mas crecidos los males.

No es posible que yo pueda dar a U. instrucciones sobre el modo que debe proceder, porque ignorando su posicion i circunstancias, podria mui bien sufrir un error en mi juicio, i esto nos perjudicaria sobre manera, asi es, que U., tratando únicamente de evitar los desórdenes de los indios, puede en todo lo demas darle el jiro que quiera a sus operaciones.

A Maguil es preciso no ofenderlo i buscarlo como amigo a toda costa, lo mismo a los Lumaguinos, i en fin, a todos los demas, aunque se hayan declarado enemigos nuestros.

La única fuerza que de alguna importancia tienen los enemigos son los 400 hombres del Carampangue; pero para esto tenemos cerca de 3000 infantes, entre los cuales contamos al rejimiento Buin, que se compone del batallon Valdivia i del batallon Chacabuco, con cuyo cuerpo seria mui suficiente para poner en completa derrota a toda la infantería enemiga; pero el señor

jeneral Búlnes quiere a toda costa evitar el derramamiento de sangre, i por esto trata de amagar a los sublevados por todas partes i con dobles fuerzas, para que se le rindan a discrecion.

Si U. consigue reunir algunos españoles para quienes van las carabinas i sables, trate siempre marchen reunidos con los indios para evitar del todo los desastres que estos pudieren ocasionar a los pueblos.

Mui importante es tomarse todos los pueblos del departamento de Lautaro, i dejar en ellos una pequeña guarnicion que los custodie, pues si U. supiese que los enemigos de Chillan se obstinasen en disputarnos el paso del Ñuble, debe en tal caso a toda costa reunirse a nosotros, a cuyo efecto i para que esté en actitud de poderse incorporar lo mas pronto posible, debe situarse en la Candelaria i tomar animales de don José Maria de la Maza i de don Manuel Zerrano para el consumo de sus fuerzas.

A mi ahijado Luengo i a Mansor no deje U. de mandarlos ver, i decirles que es preciso no se equivoquen, que el triunfo por la causa del órden es seguro, i que sino quieren hacerse desgraciados, es preciso que lo acompañen.

Pantaleon Sanchez tambien será uno de los comprometidos, i a éste debe U. hacerle entender que el nombramiento de Lengua jeneral que le han dado, no puede serle permanente, en virtud de la importancia del que se lo ha concedido, i que por consiguiente vuelva sus armas contra los rebeldes.

A don José Manuel Cid no dejará U. tambien de hablar a mi nombre i últimamente a todos los demas amigos, para que persuadidos de la justicia de nuestra causa, del poderoso ejército que llevamos i de los inmensos recursos con que contamos, vuelvan sobre sus pasos.

Si U. tuviese medio como participarnos su paradero i demas circunstancias, no descuide de anunciarlo, pues tenemos la felicidad de protejerlo por medio de los vapores que podríamos mandar en mui pocos dias donde U. se halla.

Adios mi amigo, i mientras tengo el gusto de verlo, le desea toda felicidad su afectísimo i S. S.

Manuel Riqųelme.

DOCUMENTO NÚM. 10.

REVISTA DE COMISARIO PASADA AL EJÉRCITO NACIONAL EN SAN-CÁRLOS EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1851.

CUERPOS.	Coroneles.	Ten. coroneles.	Sarj. mayores.	Capitanes.	Ayudantes.	Tenientes.	Cirujanos.	Capellanes.	Subtenientes i alféreces.	Sarjentos. 1.os	Sarjentos. 2.os	Trompetas.	Tambores.	Cabos. 1.os	Cabos. 2.os	Soldados.	TOTAL.
Estado mayor jeneral.	2	1	4	3	1	1	3	2	3	»	»	»	»	»	»	»	»
Infantería.																	
Brigada de artillería.	»	»	2	»	1	1	»	»	2	1	4	1	»	3	4	87	100
Rejimiento Buin, 11 compañías.	1	1	2	7	2	9	»	»	9	13	41	»	20	41	41	584	737
Batallon cívico de Chillan. . .	1	»	1	6	1	6	»	»	1	6	22	»	4	24	24	292	372
Batallon id. de Talca. . . .	»	1	1	3	»	2	»	»	»	10	22	»	6	25	24	199	286
Batallon Chillan de Linea. . .	»	»	»	7	»	8	»	»	8	11	14	2	5	23	20	251	326
Batallon cívico de Colchagua.	»	1	1	4	»	3	»	»	5	8	22	»	2	25	21	186	264
Caballería.																	
Rejim. de Cazad. 2 escuadrones	1	1	1	4	1	4	»	»	8	5	15	8	»	16	16	147	207
Escuadron Granaderos.	»	1	»	2	1	2	»	»	3	1	4	»	»	8	2	44	59
Escuadron Lanceros.	»	»	1	1	»	1	»	»	5	2	3	4	»	4	5	100	118
Escuadron cívico de la Laja. .	»	1	1	»	»	1	»	»	3	1	4	4	»	8	»	43	60
Escuadron cívico de Chillan. .	»	2	1	1	1	»	»	»	3	3	13	1	»	8	8	79	112
Escuadron cívico de Rancagua.	»	1	1	2	»	»	»	»	2	2	7	1	»	8	7	84	109
Rejim. Caupolican, 3 escuad.es.	»	»	»	2	»	6	»	»	6	7	29	1	»	25	26	301	399
Suma. . . .	5	10	16	42	8	44	3	2	58	70	200	22	37	218	198	2394	3139

DOCUMENTO NÚM. 11.

LISTA NOMINAL I CLASIFICADA DE LOS SS. OFICIALES E INDIVIDUOS DE TROPA QUE FUERON HERIDOS I MUERTOS EN LA JORNADA DEL 19 DE NOVIEMBRE ÚLTIMO EN EL CAMPO DENOMINADO «MONTE DE URRA».

Rejimiento de Granaderos a caballo

Ayudante mayor don Francisco San Martin (muerto).
Teniente don Fermin Urzua (herido).
Sarjento 1.° Casimiro Salinas "
Sarjento 2.° Fermin Vallejos "
" " Bernardo Cofré "
Cabos 1.° Leandro Castro (muerto).
Joaquin Grez " "
Cabos 2.° Dionisio Rojas " "
" " Francisco Romero "
" " Ramon Manriquez (herido).
Soldados Juan Pablo Astudillo (muerto).
" Juan de Dios Ibara "
" José Gavino Ulloa "
" Franciscoo Navarrete "
" José Antonio Lagos "
" Diego Muñoz "
" Pedro Galves "
" Juan Miguel Gutierrez "
" Juan Mendoza "
" Cornelio Eliavorria "
" Domingo Quijada (herido).
" Felipe Garcia "
" José Ignacio Castillo "
" Juan de Dios Diaz "
" Juan Alcaino "
" Saturnino Gomez "

Soldados	Juan de Dios Silva	(herido).
"	José M. Castillo	"
"	Tránsito Castillo	"
"	Marcelino Sanchez	"
"	Hilario Suares	"
"	Santiago Flores	"
"	Manuel Gonzales	"

Rejimiento de Cazadores a caballo.

Sarjento	Damian Zurita (herido).	
Cabo	Juan Jeldres (contuso).	
"	Pablo Palma	"
"	Simon Rojas	"
Soldados	Julian Miranda	(herido).
"	Lorenzo Valdevenito	"
"	José Santos Henriquez	"
"	Francisco Perez	"
"	Juan Peñalosa	"
"	Juan M. Garcia	"
"	Juan Guajardo	"
"	Andres Saez	"
"	Manuel Santivañez	(contuso).
"	Eduardo Narvaez	(herido).
"	Juan de Dios Toledo	"
"	Juan M. Salinas	"
"	Patricio Ortega	"
"	Vicente Contreras	"
"	José Maria Salazar	(contuso).
"	Pedro Reyes	"
"	Juan de Dios Alcántara	(herido).
"	Jesus Salazar	"
"	Miguel Bravo	"
Trompeta	Cristoval Castillo	(muerto).

Escuadron de lanceros.

Alferez	Belisario Ibañez	(herido).
Soldados	Manuel Belis	"
"	José Maria Navarrete	"
"	Antonio Morales	"
"	Bartolomé Guerrero	(contuso).
"	Remijio Henriquez	(herido).
"	Rafael Henriquez	"
"	Gregorio Alvarez	"
"	Miguel Poblete	"
"	Antonio Ruiz	"

Rejimiento Caupolican.

Alferez	Alejo Gonzales	"
Cabo	Manuel Marchand	"
Soldados	Juan Toro	(heridos).
"	José M. Araya	(contuso).
"	Pacífico Leon	"
"	José Morales	(herido).
"	Julian Anguita	"
"	Ambrosio Soto	(contuso).
"	Bartolomé Sanchez	(heride).
"	José Gonzales	"

Batallon Buin.

Sarjento	Mariano Riquelme	"
"	Pedro Zapata	(contuso).
"	Miguel Gonzales	(herido).
"	Pedro Lisana	(contuso).
"	Juan Concha	(herido).

Batallon Chillan de línea.

Sarjento	Manuel Basualto	(contuso).

Batallon cívico de Talca.

Cabo	Alejandro Bravo	(herido).

DOCUMENTO NÚM. 12.

TITULO DEL NOMBRAMIENTO DE INTENDENTE DE LA PROVINCIA DEL MAULE, CONFERIDO POR EL JENERAL CRUZ A DON JUAN ANTONIO PANDO.

Cuartel jeneral de los Libres.

Campamento de Boyen, noviembre 25 de 1851.

Con esta fecha S. E. ha decretado lo que sigue:

Siendo indispensable proveer al establecimiento de la primera autoridad de la provincia del Maule para que esta designe las que por la lei corresponden a aquella provincia, con el fin de poder atender debidamente a la tranquilidad i buen gobierno de ella, cortando en tiempo los males ocasionados allí por las que ha establecido el titulado gobierno de la República; que con este fin i teniendo presente la desolacion en que la ha dejado el ejército enemigo, se hace preciso habilitar de las facultades necesarias a aquella autoridad para que pueda obrar en el cumplimiento de sus deberes con la prontitud i facilidad que requieren las presentes circunstancias; usando de las facultades que me han conferido las provincias de Coquimbo, Concepcion i Ñuble, he venido en decretar:

Art. 1.° Nómbrase intendente de la provincia del Maule al ciudadano don Juan Antonio Pando; i se le faculta para que inmediatamente que dé principio al ejercicio de sus deberes, destituya a todas aquellas autoridades que hayan sido nombradas en dicha provincia por el titulado gobierno Nacional, i nombre en su reemplazo a aquellas personas que por su patriotismo i decision por la causa de los pueblos libres, crea mas idóneas para el desempeño de aquellos cargos.

Art. 2.° Se autoriza al citado intendente para que pueda disponer de los fondos públicos i propiedades muebles de los particulares, dando a estos el competente recibo para que sean pagados cuando el erario lo permita, con el objeto de atender a

la tranquilidad i defensa de los derechos de los pueblos, hasta que sea restablecida la paz pública, por ser este el único recurso capaz de cortar los males que se cometen por el citado gobierno nacional contra las propiedades i derechos de los pueblos.

Art. 3.° Anótese, comuníquese i publíquese en el *Boletin Oficial.*

Se trascribe a U. S. para su intelijencia i efectos consiguientes.

Dios guarde a U. S.

Pedro Félix Vicuña.

DOCUMENTO NÚM. 13.

OFICIO DEL JENERAL BÚLNES AL GOBIERNO JENERAL EN QUE DA CUENTA DE SUS OPERACIONES DESDE LA JORNADA DE MONTE DE URRA HASTA SU RETIRADA SOBRE EL MAULE.

Longomilla, diciembre 5 de 1851.

Voi a dar cuenta a U. S. de los motivos que me obligaron a repasar el Ñuble en la noche del 29 del pasado, i de las operaciones del ejército de mi mando desde el siguiente dia de la jornada del 19.

Participé a U. S. en mi comunicacion anterior que habiendo acampado ambos ejércitos en la posesion que ocupaban el 19, el de mi mando se preparó nuevamente para atacar a los sublevados ejecutando varios movimientos que tenian por objeto obligar al enemigo a empeñar la accion, desalojándole del puesto que ocupaba. Despues de inútiles tentativas, avanzado ya el dia, me persuadí que fatigaba insfructuosamente a la tropa, i los jefes de caballería me representaron el mal estado de los caballos, encareciéndome la necesidad de refrescarlos, porque las jornadas de la marcha i las cargas del 19 los habian dejado sobre manera maltratados. Esta circunstancia me decidió a ocupar a Chillan para salir de esa ciudad tan luego como los caballos se hubiesen

repuesto. Mientras tanto el enemigo, que habia escusado el combate, se retiró mas al sur, es decir, del otro lado del rio Chillan, incorporó nuevas fuerzas enviadas de Concepcion, volvió despues a su antigua posesion de los Guindos, se movió en seguida hasta la orilla del Cato i destacó algunas fuerzas de caballería que llegaron hasta el Parral. Todo me indujo a creer que el enemigo encubria el designio de pasar el Ñuble. Recibí tambien varios avisos que confirmaban ese designio hasta asegurarme que una parte de la infantería de los sublevados se encontraba ya de este lado del citado rio. Como un movimiento de esa naturaleza comprometia el buen éxito de la causa cuya defensa me está encomendada, salí de Chillan en la mañana del 29 en direccion al vado del Huapi para maniobrar en la márjen del rio restableciendo así la comunicacion del norte, protejiendo las fuerzas del canton de Talca que suponia ya en marcha, decidido en fin, a pasar el Ñuble i alcanzar al enemigo si éste me habia precedido en el paso de este rio. A las dos de la tarde, cuando los cuerpos de infantería descendian a la caja del rio, avistó la caballería enemiga i sin pérdida de tiempo ordené que se formara nuestra línea dispuesto a dar la accion, si todas las fuerzas enemigas se presentaban. Hubo entonces una pequeña escaramusa entre las guerrillas de caballería i no divisando la infantería enemiga, me confirmé en la persuacion en que estaba de antemano de que los sublevados trataban de ocultar el designio de pasar el Ñuble, avanzando su caballería hácia el ejército de mi mando con el objeto de distraerlo i ejecutar de una manera mas segura el paso del rio. Sin pérdida de instantes retiré nuevamente la infantería a la orilla del rio i dí órden para que en la noche del 29 pasase todo el ejército tomando las precauciones necesarias para ponerme a cubierto de un ataque u asalto repentino. Aunque en ese momento hubiese abrigado dudas a cerca de la resolucion del enemigo de pasar el Ñuble dominando éste el paso del valseadero que le colocaba en una via mas recta hácia el norte, que le facilitaba el recurso de las lanchas, la pérdida de pocas horas

habria bastado para que me tomase la vanguardia que por mi parte trataba de evitar a toda costa. Aceleré pues el paso del rio en el lugar que he indicado mas al poniente del que ocupaban los sublevados burlándolos, asi porque no era posible que se apercibieran que un ejército numeroso superara en una noche las dificultades consiguientes al paso de un rio caudaloso. Cualquiera indecision habria frustrado una operacion tan difícil. Para llevarla a efecto era necesario olvidar completamente los peligros i obrar con una prontitud de que no hai ejemplo. En la mañana del 30 todo el ejército de mi mando con el parque, bagajes etc. se encontraba en este lado. Emprendí la marcha en direccion al Parral elijiendo el camino que me facilitara el medio de dar mas pronto alcance al enemigo, si es que me habia avanzado en la marcha. En la noche de este dia supe ya de una manera fidedigna que la infantería i la artillería de los sublevados habia pasado el rio en la tarde. Continuando nuestra marcha con la brevedad posible, nos encontramos desde anoche acampados en este lugar habiendo traido a la vista partidas de la caballería enemiga, cuya infantería, o mas bien, el grueso de la fuerza de los sublevados maniobra en la direccion de Linares creyendo sin duda poder franquearse el paso del Maule.

La breve reseña de los acontecimientos que han tenido lugar desde el 20 del próximo pasado bastará para dar a conocer a U. S. cuan acertadas han sido las operaciones del ejército de mi mando. Desde ese dia, es decir, el 20, los sublevados ocupando posiciones ventajosas maniobraban dentro de un círculo donde no era posible batirlos, sin comprometer el éxito de la causa que me cabe la honra de sostener. Escusando el combate i colocado siempre tras de fosos i palizadas, ocultaban, como he dicho antes el designio de escaparse i avanzar hasta el Maule. Seguro estoi que lo habrian verificado sino hubiese concebido la resolucion audaz de repasar el Ñuble en la noche del 29 para perseguirlos en todas partes e impedir a toda costa que llevasen a efecto la resolucion de adelantarse hácia el norte, i mucho mas la de que

hubieran podido precedernos en el paso del Maule. Mirando como accesoria la proteccion e incorporacion de las fuerzas del canton de Talca, he marchado tan solo en persecucion del enemigo i me lisonjeo sobre manera de encontrarme hoi en disposicion de batirlo de este lado del Maule. Al efecto, he tomado todas las providencias necesarias para reunir en un solo punto, es decir, el paso del Naranjo, todas las embarcaciones que cruzan ese rio. Mi permanencia en este lugar dependerá de los movimientos que emprenda el enemigo segun las noticias que vaya adquiriendo. Dispuesto a batirlo donde se presente, no abrigo temores por el éxito de una accion, tanto mas favorables en las actuales circunstancias cuanto que harian mas decisivos los resultados por la larga distancia que separa ahora a los sublevados del teatro de sus primitivas operaciones, de sus recursos etc.

Réstame solo participar a U. S. que las fuerzas del canton de Talca, incluso el batallon de línea Santiago estan ya incorporadas al ejército de mi mando.

Sírvase U. S. elevar esta nota al conocimiento de S. E. el presidente de la República.

Dios guarde a U. S.

Manuel Búlnes.

Al señor Ministro de la Guerra.

DOCUMENTO NÚM. 13 BIS.

CORRESPONDENCIA CAMBIADA ENTRE LOS COMANDANTES SILVA CHAVES I YAÑEZ, A PROPÓSITO DE SUS OPERACIONES EN LA BATALLA DE LONGOMILLA.

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Santiago, octubre 13 de 1862.

Mi apreciado amigo:

Habiendo leido con particular atencion el capítulo de su historia en que describe la batalla de Longomilla con tan estraor-

dinaria abundancia de datos i detalles, he creido conveniente a la verdad de la historia apuntar a U. un pequeño error que aparece en su relacion, con referencia a la parte que yo tomé en esa famosa accion de guerra.

Mi comision, al principio de la batalla, fué enteramente independiente de toda otra operacion i del mando de otros jefes. El señor jeneral Búlnes me ordenó adelantarme con mi escuadron de lanceros i 100 cazadores del Buin al mando del capitan Pardo, con el esclusivo objeto de reconocer las posiciones del enemigo. En consecuencia, llegué con mi columna hasta corta distancia de las casas de Reyes, i habiendo recibido nuevas órdenes, trasmitidas por el comandante Videla Guzman, ayudante del jeneral en jefe, dejé a retaguardia mi escuadron i me adelanté con los cazadores del capitan Pardo, desplegados en guerrilla, hasta coronar la loma que U. llama de *vanguardia*. Como desde este punto se observaban perfectamente las disposiciones del ejército enemigo i era mui apropósito, al mismo tiempo, para situar el nuestro, envie parte al señor jeneral en jefe, diciéndole la ventajosa posicion que ocupaba, con el porta-estandarte que me servia de ayudante don Manuel Francisco Garcia.

En consecuencia, i pocos momentos despues, se presentó el comandante Silva Chaves con su division flanqueadora; pero yo no me puse a sus órdenes ni tampoco el capitan Pardo. No es pues exacto lo que refiere aquel jefe en los apuntes que U. cita cuando dice que al capitan Pardo «que estaba a mis órdenes, le mandé hacer fuego, ganando terreno».—El capitan Pardo mal pudo ejecutar este movimiento por órdenes de Silva Chaves, pues estaba a las mias, i solo dejó de estarlo cuando recibí órden del jeneral en jefe, por conducto de su ayudante de campo Briceño, para pasar por el frente de los fuegos enemigos a completar la victoria de su caballería en la derecha.

Mi rectificacion se reduce a manifestar que mi columna tuvo una comision especial e independiente, i no agregada a la division

del comandante Silva Chaves, como aparece por los datos que U. publica.

Me apresuro a hacer a U. estas observaciones, que en nada dañan a la veracidad de su relato, en conformidad a los deseos que U. manifiesta en su carta al señor Alfonso, publicada en la *Voz de Chile*, para que oportunamente se le dirijan todas las observaciones que sean conducentes a esclarecer en todas sus partes la verdad histórica que U. con tanto celo persigue.

Soi de U. atento etc.

José Antonio Yañez.

SS. EE. del *Ferrocarril.*

Santiago, octubre 13 de 1862.

Mui señores mios:—Háganme Udes. el gusto de publicar las cartas que les adjunto en contestacion a una comunicacion publicada por el teniente coronel don José Antonio Yañez, en el núm. 181 de la *Voz de Chile*, dirijida a don Benjamin Vicuña Mackenna, sobre pormenores de la batalla de Longomilla.—De Udes. S. S.

J. M. Silva Chaves.

Señor don Pedro Pardo.

Los Andes, octubre 15 de 1862.

Estimado señor:

No sé si esté trascordado, en cuyo caso no lo estaria ahora, sino desde la fecha que datan los apuntes que conservo sobre la campaña de 1851.

En los datos que he suministrado al señor Vicuña sobre la batalla de Loncomilla, entre otras cosas, digo: que desde que me dieron en Bobadilla la colocacion sobre la izquierda de la línea, estuvo Ud. con su compañía del Buin protejiendo el frente de la tropa que estaba a mis órdenes, etc., etc.; i digo mas, que cuando marché con la columna de infantería compuesta del 2.º Buin

i del Chillan de línea, Ud. cubria mi frente, i le ordené hiciera fuego de avance i al capitan Nuñez fuego por el flanco, esto es, cuando emprendí la marcha sobre el flanco derecho del enemigo.

Le estimaré a U. se sirva contestarme al pié de ésta a la brevedad que le fuese posible, suscribiéndome de Ud. su afectísimo i S. S.

J. M. Silva Chaves.

Señor don José Maria Silva Chaves.

Rancagua, octubre 17 de 1862.

Apreciado señor:

Contestando a lo que me pregunta en su estimada que precede, digo a Ud.: que es mui cierto todo lo que narra en ella i relativo a la batalla de Loncomilla; agregándole, por mi parte, que deberá Ud. recordar: que cuando me dió la órden de «hacer fuego de avance», me invitó Ud. tambien el irnos a la carga sobre el enemigo; i yo le respondí: «adelante!», i lo efectuamos inmediatamente.

Saluda a Ud. afectuosamente S. S.

Pedro Pardo.

SS. EE. del *Ferrocarril.*

Sírvanse Udes. publicar en su acreditado diario la siguiente

ACLARACION.

A consecuencia de los comunicados suscritos por los señores tenientes coroneles don José Antonio Yañez i don José Maria Silva Chaves, publicado el del primero en la *Voz de Chile* núm. 181, i el del segundo en el *Ferrocarril* núm. 2,113, i referentes ámbos a dar esplicaciones sobre algunos movimientos ejecutados por ellos i yo en la batalla de «Loncomilla», me he visto en la

necesidad de tomar la pluma para aclarar una duda que resulta del relato de dichos jefes.

Es efectivo todo lo que refiere el señor Yañez en el segundo acápite de su comunicado (previniendo que yo recibí personalmente del señor jeneral Búlnes la órden de marchar con el señor Yañez bajo las órdenes de éste); i cierto tambien que ni él ni yo marchamos a las órdenes del señor Silva Chaves: aquí pues, es donde está la duda. ¿Cómo, si yo no estaba a las órdenes del teniente coronel Silva Chaves, obedecí a éste cuando me mandó «hacer fuego de avance?» La razon es mui secilla.

Habiéndose retirado el señor Yañez, por órden del jeneral en jefe, a otro punto diverso i distante de aquel en que yo me encontraba maniobrando con mi tropa, dejándome solo i sin comunicarme órden ninguna sobre lo que debia hacer en lo futuro: encontrándose a mi retaguardia, momentos despues, la division del teniente coronel Silva Chaves, cuyo frente yo protejí casualmente, en circunstancia de que este jefe trataba de marchar sobre el flanco derecho del enemigo; i siendo el citado jefe el único que estaba en contacto conmigo, operando con su tropa, movimientos que necesitaban absolutamente estar de acuerdo con lo que yo ejecutaba, es por esto que yo no vacilé un instante en obedecerle, como era de mi obligacion, al ordenarme «hacer fuego de avance»; i acto contínuo de darme esta órden, me hizo la *invitacion* a que aludo en mi contestacion que ha publicado el referido teniente coronel Silva Chaves en su comunicado.

Sin mas que esto, SS. EE., me suscribo de Udes. su afectísimo S. S.

Pedro Pardo.

SS. EE. del *Ferrocarril.*

Santiago, octubre 28 de 1862.

En el *Ferrocarril* de hoi he leido una rectificacion o esclarecimiento que hace el teniente coronel don Pedro Pardo, sobre

si estuvo o nó a mis órdenes en la batalla de Loncomilla, o a las del comandante del escuadron lanceros don José Antonio Yañez, a lo cual no daré mas contestacion, que publicar lo que a este respecto dice el señor jeneral en jefe en su parte sobre dicha batalla, i el que se rejistra entre los documentos de la memoria del Ministerio de la Guerra de 1852. Dice el señor jeneral.

«. . . . .

«El único punto vulnerable que ofrecia estaba a la espalda de « las casas. En aquella parte se hallaba a mui corta distancia un « cerro de bastante elevacion, i segun entendí, el enemigo no ha- « bia cuidado de ocupar el espacio intermedio con una fuerza « competente. Para aprovecharme del favor de esta circunstancia, « destaqué al teniente coronel Silva Chaves con una columna « compuesta del 2.º batallon Buin, a las órdenes inmediatas del « sarjento mayor don Basilio Urrutia, el batallon de línea Chi- « llan a las órdenes del de igual clase don José Campos i el « escuadron lanceros, ordenándole se dirijiese por aquella parte « i desbaratase cualquier obstáculo que encontrase, rebalsar la « línea enemiga i caer sobre retaguardia»....

. . . .

Por lo que se vé, no solo hacian parte de mi columna los dos batallones mencionados, sino tambien el escuadron del comandante Yañez, i por consiguiente la compañia del capitan Pardo, que segun su misma esposicion, marchó con el espresado escuadron.

De Udes. S. S.

J. M. Silva Chaves.

DOCUMENTO NÚM. 14.

CARTA DEL COMANDANTE DON RAMON LARA AL AUTOR SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS MILITARES DE 1851 I PARTICULARMENTE SOBRE SUS OPERACIONES EN LA BATALLA DE LONGOMILLA (1).

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Tenia resuelto, apreciado amigo, guardar profundo silencio respecto de los acontecimientos políticos que U. reseña con florido estilo en su Historia de los diez años; i tal propósito lo creia acertado i necesario para evitar que se me atribuyera pretensiones de hacerme espectable, en el hecho de avanzarme a apuntar algunas observaciones; i por otra parte, emprendiendo esa tarea, me es forzoso colocarme en el duro pero justo caso de echar por tierra los falsos laureles con que U. en varias partes de su relato

(1) La presente carta del señor Lara se publicó en el *Doce de Febrero*, periódico de San Felipe, en el mes de noviembre de 1862, pero desgraciadamente su continuacion ha sido aplazada indefinidamente.

En cambio damos lugar aquí a algunas notas que nos ha enviado el señor comandante Zañartu sobre la revolucion del sur.

Hemos publicado en el presente volúmen íntegramente el diario del señor Zañartu, así como todas las piezas que hagan a la honra de su carácter o a su defensa. Pero no queriendo apartarnos un momento de nuestro empeño por restablecer la verdad de la historia, a todo trance, estampamos aquí las rectificaciones del señor Zañartu, tal cual éste nos las ha enviado.

No importa que la susceptibilidad del hombre padezca a influjos de apariencias mortificantes, como se ve en el ardiente lenguaje de la carta de nuestro amigo Lara i en algunos arranques de las notas del señor Zañartu. El escritor debe ser el primero en someterse a la lei de la tolerancia i salir siempre al encuentro de su propia vanidad para acallarla. Ademas, a fin de conquistar dignamente el derecho de decir la verdad a los otros, es preciso comenzar por dar el ejemplo en cabeza propia i sufrir que cada uno la diga, tal cual aparezca en su conciencia, i nosotros en esta parte hacemos justicia a nuestros críticos.

Sin embargo, no deja de ser satisfactorio que las rectificaciones de un hombre tan caracterizado como Zañartu, por su puesto en la revolucion, se refieran solo a detalles casi insignificantes que en nada comprometen la exactitud del relato histórico, i son casi exclusivamente *personales*.

Prèvias estas lijeras esplicaciones damos a luz las rectificaciones del señor Zañartu que dicen como sigue:

Observaciones al 4.° tomo de la Historia de los diez años de la administracion de don Manuel Montt.

Paj. 17, lin. 9 dice: "don Samuel Bandera." Ese capitan se llamaba Pedro.

P. 53, l. 21, dice: "i sostuvo por último cuatro meses de sitio a que fué re-

corona sin merecerlo a varios hombres por quienes conservo grandes simpatías.

Mas, cuando sus repetidos encargos para que le advierta algunas inexactitudes que pueda notar en su importante trabajo, me ponen de manifiesto su noble intento de escuchar siempre la verdad, para darle prominencia en su historia, verdadero mo-

ducido Freire en el fuerte de Arauco."—Ruiz no estuvo en Arauco despues de la muerte de Cienfuegos, ni Freire fué sitiado en aquel punto. Mandaba la plaza de Arauco en aquella época, el capitan don Francisco Molina (álias el Catalan) i en consecuencia de sus imprudencias i un pequeño desórden militar fué depuesto, i le reemplazó en el mando el capitan don Agustin Lopez. Un capitan Diaz, chilote de nacimiento, junto que Benavides nos atacó en la plaza el 25 de julio de 1817 con cuatriplicada fuerza de infantería i mas de mil indios de caballería; i como la nuestra era solo de dos compañías, nos tuvieron sitiados todo ese dia; pero en la noche llegó el sarjento mayor don Ramon Boedo con una parte del batallon, cuarenta granaderos a caballo i dos piezas de artillería i a la vista de esta fuerza los enemigos se retiraron a Curaquilla, donde los atacamos el 28 retirándonos en cuadro hasta la plaza. Despues llegó el comandante Freire con el resto del cuerpo, i el 3 de agosto volvimos a batirlos en los cerros de Tubul donde fueron derrotados.—Soi testigo ocular.

P. 54, l. 17, dice: "29 de diciembre de 1820." Esa accion tuvo lugar en los suburbios de Chillan el 24 del mes i año citados.

P. 60, l. 7, dice: "el primero como comandante del Carampangue." Mi hermano Vicente sirvió en aquel cuerpo hasta la clase de capitan graduado, pero nunca fué comandante de él. El año de 1830 obtuvo la efectividad de sarjento mayor, porque ya era graduado, del batallon Maipo, cuyo cuerpo mandó despues como jefe principal, por ausencia del coronel Vidaurre.

P. 60 l. 14, dice: "en el que recibió una herida de bala." Si la recibí, yo no lo he dicho ni ese hecho está consignado en mi hoja de servicios.

P. 60, l. 28, dice: "encontrándose como jefe de la reserva en la batalla de la Vega de Saldias." En la accion del 10 de octubre de 1821 que tuvo lugar en la Vega de Saldias, no mandaba la reserva, fueron los tiradores. La reserva estuvo a mis órdenes en la mañana del 24 de diciembre de 1820 i en la accion de ese mismo dia mandaba los tiradores.—Véase mi hoja de servicio.

P. 61, l. 7, dice: "mas en aquel año volvió a incorporarse etc." Salí de la Inspeccion Jeneral para venir de ayudante del Estado Mayor del ejército del sur en 1831, de donde pasé al Carampangue en clase de sarjento mayor el 13 de enero de 1838; habiendo desempeñado este destino en comision desde agosto del año anterior.

P. 61, l. 18, dice: "le ordenó trasladarse a Arauco con una compañía de su cuerpo la de granaderos etc." Esa compañía estaba en el punto que se dice, i yo me hallaba en Nacimiento cuando la proclamacion del jeneral Cruz i allí recibí órden para pasar a Arauco con la música i parte de la plana mayor.

P. 64, l. 6, dice: "con el objeto de marchar de acuerdo a fin de sofocar la asonada de Concepcion etc." Léase la parte de carta del jeneral Viel que se halla en mi diario i por su sentido se convencerá que no habia intencion de contrariar las ideas de los revolucionarios, pues allí me dice que permanezcamos impasibles cuidando de la Frontera etc. Yo no estaba en el caso de descubrir mis pensamientos a nadie mas que al jeneral Cruz que debia encabezar el movimiento, por esto es que desconocí la autoridad del señor Vicuña, i no porque abrigase celos por no haberme nombrado intendente; pues nunca he aspirado a empleos que no habria podido desempeñar por carencia de actitudes.

P. 67, l. 7 dice: "tenia pocos amigos etc." Mui mal se me ha juzgado, pues

numento que U. levanta para el porvenir, me creo obligado a cumplir con sus deseos. A su justa aspiracion debe posponerse el interes personal i todos debemos contribuir con algo para llevar adelante empresa de tan grandes resultados.

Penosa i compromitente, a la verdad, amigo mio, es la tarea a que U. me incita; pero no tanto me mueve a ella su razona-

no soi adusto de jenio, que no tiene nada de melancólico, sino de corto; bastante tratable soi, i por lo mismo nunca he carecido de innumerables i buenos amigos.

P. 68, l. 2 dice: "amábanle sus soldados apesar de su severidad." No sé en que sentido se dice esto, pero infiero que sea una equivocacion si se me supone riguroso en el castigo. Yo no permití jamas que se aplicase palos a la tropa: me querian i respetaban porque era justo con todos, porque les servia a tiempo, socorriendo de mi peculio sus necesidades, i porque enseñaba lo concerniente a la profesion con claridad i paciencia, sin violentarme jamas, como lo hacen otros.

P. 68, l. 16 dice: "todo hombre que no hubiese nacido en la orilla del Biobio etc." Esto no es verdad, pues seria necesario que fuese mui estúpido para aborrecer a todos los habitantes de un pueblo sin mas motivo que ser paisanos de unos cuantos aspirantes innobles que piensan medrar por medio de revueltas, valiéndose de falsedades para comprometer a inocentes. En Santiago hai muchos hombres de mérito que han contribuido con sus servicios a formar la Patria, i aquí tambien hai santiaguinos con quienes me ligan estrechas relaciones de amistad: queda pues desmentida esa aseveracion, lo mismo que la de ser envidioso, confesándole al autor de la obra que no conozco la pasion de la envidia, i que si alguna vez he deseado obtener lo ajeno, es cuando veo que otro sabe mas que yo, pero me conformo no solo porque la instruccion e intelijencia no es trasmisible, sino porque me consuela la idea de que ya que perdí el tiempo en que debí educarme, lo he ocupado en servir i ser útil a mi patria.

P. 72, l. 2 dice: "la pérdida de tres dedos de una mano que arrebató una bala de cañon etc." El capitan Apolonio no fué herido de bala, perdió los dedos por haber puesto la mano sobre la máquina del cañon que dirijia en el vapor *Arauco*.

P. 94, l. 6 dice: "habia en los Anjeles cerca de mil hombres etc." No existian mas que tres compañias del Carampangue i dos de cívicos i dos escuadrones que estaba formando Alarcon, i no Ruiz, que se hallaba en Nacimiento.

P. 99, l. 8 dice: "si el jeneral Cruz etc." Repito que jamas he anhelado destinos porque conozco mi insuficiencia.

P. 150, l. 1, no es cierto lo que se dice. Yo tenia tres compañias del 1.° i tres del 2.° i Urizar tenia igual fuerza. El mayor era Vargas i no Gonzalez que mandaba la cuarta compañía de mi columna.

P. 152, l. 25 dice: "era el capitan don Domingo Tenorio, hijo etc." Era hermano i no hijo de don Pascual Tenorio, teniente del Carampangue, inmolado en San Pedro el año de 1817.

P. 219, l. 10, Gallegos no era coquimbano, era penquisto.

P. 259, l. 13, Puga no mandaba la caballeria de la derecha, era la de la izquierda.

P. 260, l. 2 Los Cazadores estaban a las órdenes de Venegas, i no de Las-Casas, que fué el último que entró.

P. 260, l. 19. El ayudante San Martin de Granaderos a caballo no fué muerto por bala de cañon, sino por los sables de algunos soldados de nuestra caballería. Este oficial cometió la imprudencia de cargar a nuestros campesinos

ble exijencia, como el sagrado deber que creo me incumbe de reclamar justicia para el malogrado i mui benemérito rejimiento de Carabineros de la República, el primero que tenia el mui ilustre jeneral Cruz en su ejército del sur en 1851.

Ese rejimiento compuesto en su mayor parte de gloriosos veteranos licenciados del ejército, llenos de distinciones como lo estaban de cicatrices, recibidas en tantas i honrosas batallas, en que cada uno fué un héroe, defendiendo nuestra patria; ese rejimiento de valientes soldados enaltecidos con segundo i tercer premio, en memoria de sus heroicos hechos de armas, no es posible, amigo mio, que quede olvidado en su historia. No es

hasta la retaguardia de la línea que formábamos i allí lo encontré su primo el capitan Hermosilla, que habia servido en el Carampangue, quien me pidió permiso para hacerlo enterrar.

P. 264, l. 31. No fué Lara quien protejió la derecha, fué mi hermano Alejo, i Yañez no llegaba, pues estaba parado. i a él le habló mi hermano, segun ambos me lo han dicho. Tampoco habia ninguna compañia del Carampangue emboscada.

P. 299, l. 26 dice: "el sarjento mayor Molina etc." Esto no es verdad. Cuando estábamos en Arauco me dijo Molina que Gazmuri le habia escrito ofreciéndole a nombre del jeneral Búlnes el empleo de que se hace mencion, agregándome que si él jeneral Cruz encabezaba la revolucion me acompañaba, pero que de ningun modo se ponia a las órdenes de otro. Molina podria tener sus defectos como militar, pero era un hombre honrado, a toda prueba.

P. 338, l. 24 dice: "i la primera compañia de aquel cuerpo etc." Era el teniente don José Manuel Novoa el que mandaba esa compañia i aunque Catalan estaba en la linea de Urizar, mandaba la primera del 2.°.

P. 354, l. 2 dice: "conducidos por el valeroso ayudante Smith." Don Tomas Smith era teniente de la compañia de granaderos del batallon Guia i se hallaba en mi columna, i sin querer menguar el conocido valor de este jóven, debo decir que no ha conducido tal tropa, pues de mi órden salió con su compañia mucho despues del momento que se cita.

P. 381, nota 1.ª. Cierto es que Gonzalez tomó prisionero al capitan Cabezas, pero no lo encerró en ningun cuarto ni le dió de golpes, le ordenó que no se moviera del punto donde lo dejaba, que era entre dos pequeñas barrancas.

P. 383. Juan Ruiz estaba ya herido dentro de la casa cuando trajeron a Felipe herido tambien i lo pasaron por delante de mí cuatro soldados que lo conducian cargado en una manta; de modo que no podia haber enterrado a su hermano que estaba ya en las casas. El sarjento que fué ascendido en el campo de batalla fué un jóven Mallorga que, con dos hermanos i su padre servia en el ejército.

P. 392. Gaspar tiró dos tiros de mi órden a una partida de soldados del Buin que se llevaban uno de nuestros cañones que dejaron porque de los tiros resultaron muertos algunos soldados i los bueyes que tiraban las piezas; pero la bala que mató tres soldados del Buin, cuyos sesos salpicaron la cara del señor Rondizzoni, fué dirijida por el ayudante Bravo del Carampangue. Véase mi diario.

Manuel Zañartu.

posible que el silencio, el completo olvido de sus últimas glorias, sean la recompensa ingrata de su gran sacrificio. Ellos casi todos murieron con denuedo i como viejos soldados en los campos de Longomilla, derramando su sangre para salvar al pais de los cruentos martirios que mas tarde tuvo que sufrir; i no es justo que su existencia quede envuelta en la sombra de un culpable olvido, cuando fueron nobles víctimas que entusiastas se inmolaron en defensa de las libertades públicas.

Ahora lamento mucho no conservar en mi poder la lista de revista i demas papeles del rejimiento de Carabineros de la República, que me fueron arrebatados por un soldado de Cazadores a caballo en la batalla de Longomilla i cuyo nombre no he podido averiguar; para haber hecho aquí nominal mencion de esos valientes a los que, muertos, todo se les niega, ni un recuerdo se les tributa. Ellos que, formados, llamaban la atencion de todo el ejército; que eran la esperanza de la victoria; que llevaban la confianza i el valor en los puestos de las avanzadas peligrosas; ellos que en todos los lances de armas sin escepcion, formaron siempre a la vanguardia llenándose de gloria en sus cargas, no han merecido siquiera una pájina, consagrada a perpetuar el recuerdo de sus hazañas.

¿No es cierto, amigo mio, que en su historia se nota este vacío que debe llenarse con tan ilustres víctimas?

No hace mucho que hablando con mi amigo don Antonio Arce sobre los sucesos políticos en 1851, me refirió que en un pueblo del sur vivia sumido en la miseria, el ayudante Contreras, cuyo nombre no recuerdo. Este oficial es una reliquia del rejimiento de Carabineros de la República, el mas valiente, herido i prisionero a mi lado en Longomilla. Fué durante aquella campaña, el guerrillero infatigable en todas partes, el lejítimo sitiador del ejército enemigo en Chillan. ¿No es doloroso acibarar una condicion penosa, con el completo olvido que en su Historia de los diez años aparece, arrebatando las glorias que adquirieron con tanto denuedo los valientes que formaron el rejimiento de Cara-

bineros? Es necesario, amigo mio, conocer que sus apuntes tienen muchas faltas i las grandes pinceladas reflejan solo jeneralidades históricas; mas no la relacion exacta i sucinta.

Ya que me he detenido mas de lo que deseaba esponiendo los motivos que me impulsan a dirijirle esta carta, pedida por U. procuraré ser conciso en las rectificaciones que creo con estricta justicia deben hacerse en su historia.

En la pájina 243 del primer tomo U. refiere que «siguieron a los sableadores de Guerrero, a quienes éste daba ejemplo con su brazo, los escuadrones aconcaguinos ávidos de pillaje i a la verdad nunca lo disfrutaron mas ámplio desbalijando por completo el rico equipaje de la oficialidad coquimbana. Fué este el único i mísero trofeo de los soldados de aquella provincia valerosa i tan notable por su espíritu adelantado; pero a la que no cupo en 1851, sino una triste gloria, la gloria del botin, que es una mengua sin nombre, cuando no la ha hecho previamente escusable la gloria o la embriaguez del combate.» Esto, mi amigo, me parece el colmo del ultraje, agregado a los tan injustos como los innumerables tormentos aplicados en toda aquella época aciaga al desgraciado pueblo de Aconcagua. Luego U. agrega en el tomo III, pájina 298 un cargo no menos equívoco que el primero, diciendo: «No fué ménos mezquina i poltrona la conducta de los partidarios de Aconcagua, que en aquel año de 1851, desmintieron por completo, su fama de patriotas, pues con la escepcion de mui pocos jóvenes, habian burlado todos sus comprometimientos, desde el dia en que abandonaron, en manos del intrépido Lara, la revolucion de noviembre, hecha toda por el jeneroso pueblo obrero de San Felipe.»

Antes de entrar a referir algunos hechos, debo recordarle que en Mendoza, en 1855 me pidió U. los datos relativos a los sucesos políticos de San Felipe de que fuí testigo i se los referí completos, tales como habian sucedido. Esos datos fatalmente los olvidó U. i talvez esta es la sola causa de que se trate en su historia con tanta acritud i tan injusta equivocacion la noble

conducta que asumió la capital de la provincia de Aconcagua, en los sucesos políticos que U. refiere. Esos datos pronto verán la luz pública en el cuadro histórico de esa época que trabaja el laborioso i aventajado jóven don Ramon Gonzales, i en ella puede U. beber la verdad de los acontecimientos, los que borrarán de su memoria las malas impresiones, que le incitaron a clasificar a los aconcaguinos como mezquinos i poltrones para llenar sus deberes. Esos datos se están escribiendo bajo la inspeccion de muchas personas, testigos de los sucesos para evitar que el escritor se aparte de la verdad i no haga inculpaciones equívocas, como las de U. a la provincia de Aconcagua.

Sin embargo, mientras se publica ese cuadro histórico, creo indispensable citarle aquí algunos hechos, para que los lectores de su obra suspendan su juicio sobre los cargos hechos a Aconcagua i nos sigan considerando como realmente somos; patriotas i celosos de nuestra libertad.

En 1850 San Felipe, consecuente con su renombre de ciudad heróica, fué el centinela avanzado de la revolucion que se operó en todo el pais. Este pueblo en vez de faltar a sus *comprometimientos* fué el primero que tomó las armas para resistir al gobierno impopular i despótico que se levantaba sostenido por la bayoneta. En vez de observar una conducta *poltrona i mezquina*, enseñó a los chilenos i practicó el derecho sacrosanto que tienen los estados republicanos de rechazar i quebrantar con la fuerza el yugo pesado i miserable con que algunos tiranos han pretendido agobiarles. En Chile este derecho estaba aniquilado desde Lircai i solo en Aconcagua se mantenia fuerte, oculto, bajo el manto del patriotismo i el amor a la libertad. Llegó la hora i el pueblo con la conciencia de su derecho se levantó en defensa de las instituciones democráticas, batalló por ellas i fué sacrificado, el primero de todos. En lugar de ser *poltrones* los hombres de esa época, para llenar sus compromisos, a los que faltó Santiago, se encontraban unos presos fuera de Aconcagua, otros prófugos, evitando la cruel persecucion del intendente, desbor-

dada en tanto grado que se vió perseguir a las mujeres i niños de corta edad. I sin embargo, a pesar del estado de sitio, a pesar de guarnicion de fuerza veterana, a pesar de la presion despótica del mandatario, a pesar de las prisiones, destierros i tenaces persecuciones, los pocos hombres que aun quedaban en San Felipe, para cumplir sus comprometimientos a los que volvió a faltar Santiago, se reunieron armados, atacaron i tomaron dos escuadrones i entraron a la ciudad para arrojar al intendente enemigo i preparar en Aconcagua una respetable vanguardia para la division del norte al mando de Carrera i Arteaga, que se encontraba en Petorca.

Pero el pueblo de Aconcagua, armado solo con malas lanzas, no pudo resistir al fuego nutrido que hacian por las ventanas del cuartel, en la plaza de San Felipe, los soldados que obedecian al intendente. Las descargas se sucedian a quema ropa i fué necesario retirarse, porque el número i entusiasmo de los sublevados no podia suplir la falta de las armas para el combate. Allí murió el valiente Aguilar; en esa jornada fué tambien herido de lanza el esclarecido patriota don José Ignacio Ramirez, desapareciendo de Aconcagua con este último i malogrado intento toda esperanza de destruir un gobierno que auguraba tantos desastres, como los que despues, vimos, amigos, que el pais ha sufrido.

Este hecho de armas aconteció precisamente en los momentos en que se daba la batalla de Petorca; pues los revolucionarios en San Felipe, que, mientras atacaban el cuartel, tenian avanzadas en las avenidas de la ciudad, tomaron al oficial conductor del parte de la batalla de Petorca mandado al gobierno. La derrota de Carrera lo desanimó, vieron que ya no tenia objeto el movimiento i se dispersaron. ¿Cómo es posible que los escuadrones aconcaguinos sublevados, i peleando en San Felipe i haciendo grandes esfuerzos para vencer, estuviesen al mismo tiempo robando en Petorca a los vencidos del norte?

Equívocos i bien injustos son, amigo mio, los cargos que hace

U. a Aconcagua i es preciso que rectifique los hechos en obsequio de la verdad histórica i en honor de una provincia que mas merece grandes elojios por sus repetidas demostraciones de valentía i patriotismo, que no las falsas i severas inculpaciones de haber sido esos hombres *poltrones i mezquinos,* falaces en sus compromisos i lo que es peor, suponerlos, como cobardes, robando en Petorca, despues de la victoria i sin haber contribuido a ella. Ud. nada refiere de los movimientos políticos de Aconcagua; parece que los ignora; i sin embargo impugna i pinta con desfavorables i feos colores la situacion que asumió este pueblo, que tantas veces ha dado a la República graves lecciones de amor pátrio. Los hombres de Aconcagua que han intervenido i presenciado los sucesos políticos acaecidos aquí, *desmienten por completo* sus aseveraciones históricas respecto de esta provincia; i las desmienten para limpiar el tiznon con que U. a causa de falsos datos, ha degradado el gran desprendimiento de los aconcaguinos para contribuir, a costa de grandes sacrificios, al mantenimiento de la verdadera República.

Ramon Lara.

DOCUMENTO NÚM. 14 BIS.

CARTAS DE DON TOMAS JÁUREGUI I DON JOAQUIN RIQUELME ESCLARECIENDO LA MUERTE DEL CORONEL MARTINEZ EN LA BATALLA DE LONGOMILLA.

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

San Bernardo, octubre 2 de 1862.

Mui señor mio:

Amigo i compañero casi desde la infancia del desgraciado coronel don Manuel Tomas Martinez, que pereció en Longomilla, me permitirá Ud. como un justo desahogo de mis sentimientos, el añadir a los fundamentos que Ud. apunta con el fin de demostrar

que hai razones para creer que Martinez no murió como un traidor, el hecho de que el reloj que llevaba en ese dia mi infortunado amigo i compadre, cayó en poder del enemigo, pues cuando estuvo de gobernador en este departamento el señor don Pedro Pardo, lo conocí en su poder i él me dijo que se lo habia comprado a un soldado de su cuerpo.

Ahora pues, si el coronel Martinez hubiese muerto a manos de sus soldados, no parece mui natural que éstos le hubiesen quitado su reloj, que es la primera prenda de que los soldados despojan a los muertos, aun cuando sean sus jefes?

Ademas, el ya finado comandante don Juan Torres me refirió que uno de los soldados de su batallon (el Colchagua) habia despojado a Martinez de un cinturon que contenia varias onzas de oro selladas, i este hecho corrobora el anterior, asi como el que Ud. refiere de haberle tomado una de sus charreteras el asistente del comandante Canto. Dice Ud. tambien, señor, que el coronel Martinez se condujo con mucho rigor con los presos políticos que existieron en Juan Fernandez cuando era gobernador de aquel presidio. El hecho puede ser cierto; pero él siempre decia que no habia cumplido ni la cuarta parte de las órdenes que tenia para estrechar a los presos.

Por último, remito a Ud. una especie de testamento que mi desgraciado amigo hizo cuatro dias antes de la batalla de los Guindos en una carta que le escribió a su mujer i la que le pido a Ud. mande orijinal a la imprenta de la *Voz de Chile*, donde se publica esta carta, i cuyo testamento dice asi:

Señora doña Agustina Urrutia de Martinez.

Campamento de los Guindos, noviembre 15 de 1851.

Querida mi Agustina:

Nunca con mas gusto que ahora he tomado pluma en mis manos para escribirte i quizá sea la última vez que veas letra mia, porque como la suerte de las armas a veces suele ser adversa, por eso es que te hago esta advertencia; no porque crea

seamos vencidos, sino porque pueda ser esté dispuesto por la Providencia que mis dias se cumplan en esta jornada; mas si me cupiese la suerte de ser una de las víctimas por la libertad de mi patria oprimida, te servirá de consuelo que muero por mi patria i por tí, en compaña de mis hijitos; pero te suplico, que no te olvides de mandarle decir algunas misas a mi madre, a mi padre i al tuyo; que te acuerdes de mi hermana que no tiene mas amparo que el tuyo, en caso que yo falte; que Manuel será el que te reemplaze mi falta; que lo cuides i le des educacion, aunque te quedes sin camisa, pero que te manifiestes dura siempre con él; porque como es hombre i lleno de orgullo por mi cariño, necesita una madre como vos, pero que no pase tu dureza a tanto que te pierda el cariño. A mis amadas Dolores, Serapia, Anibal, Cuchita, i Emilia, qué te diré cuando sabes que es tanto lo que las quiero? No puedo mas; mi corazon me ahoga, i no sé como esplicarte lo que quiero decirte sobre ellas; en fin, tu como madre i que te han costado tanto, me las cuidarás, como yo te he cuidado a ti en tus enfermedades; acuérdate mi Agustina que no he pensado vivir mas que para vos i para mis hijos i este solo recuerdo debe serte satisfactorio, particularmente cuando sabes que mi vida solo la he consagrado para vos i para mis hijos: basta de estas cosas, pasaré a otras.

Tres vestidos te dejo que los he comprado, uno negro de damasco que te servirá de luto si yo muero: otro de cachemira celeste, para despues que te lo saques, i otro de lana de mi gusto; muchos cortes de recortes que llegan su número a treinta, todos para tí i mis hijitas. En mi equipaje está mi peineta que se la darás a mi Manuel para que nunca la pierda, i asi se lo harás entender i aunque no es alhaja de valor; pero para mí lo es, porque deseo la conserve para memoria de su padre; los dos pares de espuelas, no las venderás nunca solo para educacion de algunos de ellos; pero es mi voluntad se los des a mi Mauuel, esto es, si fuera de tu agrado, para que las conserve como que eran de mi uso; los libros tambien son de él, pero te suplico por el amor que te he

profesado que nunca le permitas que tenga ideas militares, que lo aconsejes, para que no se contraiga mas que al destino que tu le indiques; díle a mi nombre que no deseo otra cosa sino que obedezca a su madre, que te cuide i te dé gusto en todo lo posible, que cuide de mi Dolores, i de todas sus hermanitas; que ésta es mi voluntad, que si lo hace asi Dios lo hará felíz, porque asi es mi deseo.

Mi querida Agustina, no puedo escribirte mas porque esto lo hago con mucha incomodidad por el viento i debajo de un manzano en que estoi i en momentos de marchar, por eso es que me dispensarás de que escribirte en estos términos solo lo hago en fuerza de mi amor i de la obligacion que me asiste para contigo i mis hijos, a quienes le dirás que rueguen a Dios por su padre i amigo, i tu harás otro tanto, como yo lo hago por tí. A la señora tu madre díle que a cada instante me acuerdo de ella para encomendarla a Dios, que le deseo se prolonguen sus dias para amparo de mis hijos i en fin a todos mis hermanos que deseo otro tanto. Por último, mi Agustina, adios pues mi querida hija, mi querida esposa, será hasta que Dios quiera que te vea, i sino te veo, será hasta que rinda cuenta de mi matrimonio al Dios eterno. Recibe pues mi corazon i si sabes donde muera, mándame buscar i honra los huesos de quien te ha querido tanto, asi lo desea tu compañero i amigo.

Manuel T. Martinez.

Mi querido Manuel:

Mi corazon te vá hablar, i como hijo mio debes conocer que los consejos que te doi en estos últimos momentos, de escribirte son para tu felicidad; por esto es que te mando como padre, que obedezcas en todo a tu madre, que te aproveches de los consejos que te dé, que la cuides sobre manera, pues tú debes reemplazar mi falta, que no te juntes con personas que te pueden conducir por mal camino, que cuides mucho a tus hermanas, que te acuer-

des de todo lo que te mando, pues deseo que Dios te conserve feliz para siempre i que te acuerdes de tu padre i amigo que en estos momentos casi se le sale el corazon por tí, por tu madre i demas hermanas.

Manuel T. Martinez.

Ahora, señor, pregunto yo, el hombre que así se disponia a morir con tanto cariño por sus deudos i tanta jenerosidad de sentimientos, podia pensar en una traicion i cometerla?

Yo tengo la profunda conviccion de que el desgraciado coronel Martinez murió como soldado i no como traidor. Por esto, Ud., señor Vicuña, no ha formado su juicio con evidencia, como Ud. mismo lo declara, diciendo que hai unas razones en favor de Martinez i otras en contra.

El tiempo irá, pues, aclarando este misterio, pero yo dejo cumplido un deber sagrado de amigo, dando al público estos datos i documentos en favor de un hombre desgraciado.

Con este motivo etc.

Tomas L. Jáuregui.

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.

Talca, noviembre 16 de 1862.

Mui señor mio:

Persuadido del patriótico interes con que U. se propone averiguar la verdad de los acontecimientos que relaciona en su exelente *Historia de los diez años,* leyendo varios pasajes de ella me he fijado en las apreciaciones que U. hace referentes al coronel Martinez, el 8 de diciembre de 1851 en los campos de Longomilla, con motivo de la acusacion que formuló del procedimiento militar de éste, el capitan del Lautaro, don Tiburcio Villagra. Como ese dicho infamante pugna con el conocimiento que tenia de Martinez i con los datos que personalmente recojí en el mismo campo de batalla, he procurado averiguar todavia con mayor exactitud el hecho, i al efecto me dirijí a don Manuel

Gazmuri, quien me contesta en la carta orijinal que incluyo a U. con la copia de la que yo envié. El señor Gazmuri era mayor del cuerpo que combatió a Martinez i ningun órgano encuentro mas fidedigno que éste en la relacion que contiene su citada carta. Estos datos coinciden perfectamente con los que entónces recojí i forman para mí el mas profundo convencimiento.

Los respetos que me merece la memoria de un amigo, a cuya desgraciada muerte contribuí de una manera indirecta, esplican la solicitud con que rastreo sus últimos momentos. Por otra parte, no debo tampoco ocultar a U. que la familia de Martinez es mui desgraciada desde 1851, i si alguna vez se han de remunerar en Chile los sacrificios de los que se han abnegado por el triunfo de los principios liberales, a mi juicio no puede olvidarse Martinez, siempre que la historia honre su memoria.

No he temido ser importuno a U. dirijiéndole esta carta con los antecedentes acompañados porque estoi persuadido que su mas vivo interes es conocer la verdad de los acontecimientos, i si los datos a que me refiero merecen fé, espero que de alguna manera rectificará sus apreciaciones referentes al coronel Martinez.

Aprovecho esta oportunidad para saludar etc.

Joaquin Riquelme.

Señor don Manuel Gazmuri.

Talca, octubre 30 de 1862.

Mui señor mio:

Leyendo la *Historia de los diez años de la administracion Montt* publicada por don Benjamin Vicuña Mackenna, he encontrado entre las notas, una que me es mui sensible i es la referente al coronel Martinez. Amigo personal de Martinez, no ha podido serme indiferente el dicho del capitan del Lautaro don Tiburcio Villagra que lo acusó de traicion, ni las apreciaciones del señor Vicuña Mackenna. En el estupor que en muchos momentos debió producir la accion de Longomilla, no es estraño que varios

contrastes se atribuyan a distintas causas de las verdaderas; pero el señor Vicuña Mackenna parece que aceptó implícitamente aquel dicho, fundándose en el destrozo en que se encontró el cadáver de Martinez. Despues de concluida la accion, con mucho interes pregunté por Martinez i me contestaron que habia muerto en una descarga de fusileria que le dirijió el batallon Chillan, a quema ropa. Como U. mandaba ese cuerpo, espero se sirva decirme con toda franqueza si efectivamente Martinez murió en la descarga de su batallon, pues en tal caso se esplica fácilmente la multitud de heridas que cubrian su cuerpo. Creo no debe ser a U. estraña mi pregunta i el interes que tomo por averiguar la verdad de aquel suceso. Contribuí no poco a persuadir a Martinez para que aceptara a la revolucion del 51; era amigo personal de él i en todo tiempo debo respetar su memoria, con mayor razon desde que tengo la conciencia que murió como honrado i valiente militar. Espero todavia sobrevivir al deseo de que la familia de mi amigo no permanezca en el desamparo que ha tenido desde 1851, pero nada podré hacer ahora despues sin esclarecer primero el hecho a que me refiero.

Suplico a U. se digne evocar sus recuerdos i trasmitirme cuanto sepa con relacion a la conducta de Martinez el 8 de diciembre de 1851 en la parte militar hasta que cayó, autorizándome, al propio tiempo, para hacer uso de la correspondencia de U.

Sírvase disculpar la molestia que le causa su afectísimo etc.

Joaquin Riquelme.

——

Señor don Joaquin Riquelme.

Chillan, noviembre 4 de 1862.

Mui señor mio i amigo:

Para contestar satisfactoriamente, la pregunta que U. me hace en su apreciable de 30 del pasado, relativa a la conducta del comandante Martinez, en la accion de Longomilla el 8 de

diciembre de 1851, me permitiré narrar parte de las ocurrencias de ese dia, como indispensables al objeto que U. se propone.

Era bien temprano cuando nuestro ejército abandonó el campo de Bobadilla para marchar en busca del enemigo, llevando mi batallon (el Chillan cívico) la cabeza de la infantería en la marcha por hileras que emprendimos. Luego que salimos de los desfiladeros i demas obstáculos que se nos presentaron, nos hicieron formar en columna cerrada por batallones, tocándole al mio con este motivo el costado derecho de toda la línea. En este órden marchamos cuando el enemigo principió a dispararnos sus tiros de cañon i continuamos así, hasta que al trepar unos cerrillos de arena encontramos tras de éstos una parte de la infantería enemiga botada en el suelo, la que al instante de vernos rompió el fuego sobre nosotros. Entonces hice que mi batallon desfilase sobre la derecha, digo, hice, porque al comandante de mi cuerpo le hirieron el caballo ahí mismo i con esta ocasion se atrasó. En esta disposicion los fuegos de mi tropa obraban sobre el costado izquierdo del enemigo, los cuales viéndose tambien atacados por el frente por mayor número de fuerza, tuvieron que abandonar el puesto, lo que me dió lugar a seguir adelante hasta pasar al sur de las casas, en donde encontré una parte de la artillería mandada por un jóven oficial que me dijieron era Millas, al que le previne desmontase la pieza dándole soldados para ello, porque me representó no tenia artilleros. Este oficial se lo entregué al teniente de mi batallon don José Antonio Ayala, los cuales mas tarde no sé porque circunstancias resultaron en poder de los enemigos. Despues de esto, i cuando me ocupaba en reunir el cuerpo me dice un sarjento Molina que aun existe.—«Mi mayor, aquellos infantes (mirando para el norte) que estan allí son enemigos i el que está a caballo es el que los manda.» Yo, que tambien andaba a caballo, le contesté, «bien, vámonos sobre ellos», i sin cuidar de formarlos en órden, atendiendo a que los que suponíamos enemigos no pasarian de 30 a 40, seguimos así marchando todos a mi derecha, colocacion que

tambien tenian los que ibamos a buscar, respecto del que mirábamos como jefe de ellos. Cuando estuve a cinco o seis pasos de éste le pregunté ¿quién es U.? (porque es de advertir que en los quince años que no veia a Martinez habia engordado mucho i su color era ya mui prieto por lo que no lo conocí). «Soi el comandante del Lautaro me contestó, rinda U. su espada.»—«Rinda U. la suya, le repliqué, que es nuestra la victoria.» «Fuego a este pícaro» agregó; entónces ví que sus soldados hacian uso de sus fusiles para dispararme, moví mi caballo sobre la izquierda i me boté sobre su pescuezo. No habria andado mas de cuatro a seis pasos cuando sentí un golpe en la cabeza producido por una de las balas que me dirijieron. Entónces contramarché sobre la izquierda i dije a mis soldados, «fuego muchachos», los que me obedecieron al instante i lograron traer a tierra a mi adversario, cargando en seguida sobre los soldados de los cuales tomamos 4 o 5 sin que hubiésemos notado un solo oficial entre ellos. U. podria decirme—Cómo sus soldados i los dos oficiales que le acompañaban, Contreras i Poblete, se mantuvieron en una inaccion tan completa? Mui óbvia es la contestacion, pues éstos i mi tropa se ocuparon en oir las intimaciones recíprocas que nos hacíamos con Martinez, i como éste se me anticipase a la voz de fuego, los mios se quedaron estupefactos cuando volví el caballo i vieron la descarga que se me hacia. Mas al notar mi vuelta i sentir mi voz, fueron mui exactos en cumplirla, cuya circunstancia fué la que me salvó la vida en aquel dia fatal. El 9 por la mañana se me presentó un caballero Concha, que me dijeron era gobernador de Quirihue, solicitando le hiciese entregar la cartera de Martinez que tenia un cabo de mi batallon que todavía vive. Llamé a Rodriguez, que éste es su apellido, i rejistrando la cartera, noté entre los varios papeles que contenia una carta dirijida a su señora, cuyo contenido parece que habia sido inspirado por algun fatal presentimiento, pues era un verdadero testamento el que se dispuso hacer, sin embargo de la seguridad que tenia, segun dice, en la victoria, agregándole que

le dirijia aquella larga carta, por no contar con seguridad poder sobrevivir al triunfo. La cartera debe tenerla la viuda, porque el espresado Concha dió una onza por ella.

No terminaré esta carta sin decirle a U. que al siguiente dia de la batalla se supo en nuestro ejército, que en el del enemigo se habia inventado esta farsa ridícula de que Martinez habia traicionado i que sus soldados le habian muerto.

Esta ocurrencia del autor como otras muchas que se hicieron correr en aquel dia, no pudo tener otro objeto que entusiasmar al soldado, el que, por lo jeneral, no piensa i no discurre; pero que un oficial dé crédito a semejante ardid es bien estraño, porque ha debido preguntar ántes ¿quién fué el que quitó la vida al aleve? Cómo éste no le presentó la espada, el caballo i el uniforme al jeneral como trofeos de su arrojo i fidelidad? Qué acto observaron en el comandante que indicase una traicion? Cómo ha podido pensar en ésta siendo que ni su batallon tenia fuera de las casas reunido sino unos cuantos soldados sin oficiales? Si Martinez hubiese abrigado el plan que se le supone, con dificultad se le podia haber presentado una ocasion mas oportuna para llevarla a cabo, porque el desórden en que se peleó, dió demasiado lugar para que el jefe de un batallon hubiese llenado sus compromisos sin el menor riesgo i con mui buen éxito, pero como ninguno le ligaba con nuestro jeneral, obró con la misma dignidad que procedieron los demas jefes i oficiales que acompañaban al señor jeneral Cruz, cuyo señor debe vanagloriarse de esto, porque esta conducta prueba hasta la evidencia la lealtad de todos ellos i las muchas simpatias i respeto que tenian por su persona. Han podido cometer algunas faltas, pero mui ajenas de la honradez. En valde se ha querido atribuir a traicion de alguno el desenlace de esta batalla; me consta todo lo que ocurrió con relacion a estos cargos, porque el señor jeneral en jefe me dispensó el honor de manifestarme unas cartas que despues de haber pasado el enemigo el Longomilla le escribieron, i el contenido de todas ellas no es otro que el de

implorar la gracia del señor jeneral, como el único remedio que divisaban para salvarse en la crítica posicion en que se hallaban. Concluiré diciendo a Ud. que jamas en Chile, a juicio de nuestros soldados i aun de algunos oficiales, se ha perdido una accion o batalla por superioridad del vencedor, o por ciertos incidentes, que por lo comun son siempre los que obran de un modo mas directo sobre el resultado de ella, sino por cobardia del jefe, por impericia de éste o por traicion del que en sus caprichos se les antoja indicar. Tal es la suerte que se le espera al vencido.

Ya creo que me habré estendido demasiado; pero para satisfacer a Ud. i tambien al público, si Ud. quiere, he tenido que recordar todas estas circunstancias, que sin duda me han hecho difuso por demas.

Con este motivo tengo el gusto de ofrecerme a Ud. como su mas etc.

Manuel Gazmuri.

DOCUMENTO NÚM. 15.

RELACION de las fuerzas que mandaba el jeneral don José María de la Cruz en la batalla de Longomilla el 8 de diciembre de 1851.

REJIMIENTOS I SUS JEFES.	*Subdivisiones de id.*	COMANDANTES DE BATALLONES I ESCUADRONES.	*Oficiales.*	*Tropa.*	TOTAL DE OFICIALES.	TOTAL DE TROPA	TOTAL JENERAL.
Rejimiento Carampangue.	1.er bat.n	Teniente coronel don Pedro José Urizar. . .	24	404			
Coronel don Manuel Zañartu.	2.º id.	Sarj. m. grad.do don Buenaventura Gonzalez	22	400	46	854	
Batallon Guia.	. . . .	Teniente coronel don Cornelio Saavedra. . .	38	612			
Batallon Alcázar.	. . . .	Id. id. don Francisco Molina. . .	18	412			
Batallon Lautaro.	. . . .	Coronel grad. don Manuel Tomas Martinez . .	15	335	71	1359	2280
Cuerpo de artilleria (1).	7 piezas	Teniente coronel don Bernardo Zúñiga.	8	155	8	155	163
Escolta del jeneral.	. . . .	Teniente don Nicanor Las Heras.	»	»	»	»	
Rejimiento Carabineros de la República. . .	1.er esc.	Teniente coronel don Ramon Lara.	7	113	1	19	
Teniente coronel don Alejo Zañartu.	2.º id.	Sarjento mayor don Pablo Zapata.	9	89	16	202	
Rejimiento Dragones de la Frontera.	1.er id.	Teniente coronel don Pedro Alarcon.	8	116			
Teniente coronel don Eusebio Ruiz.	2.º id.	Sarjento mayor don José M. Reyes.	8	128	16	244	
Rejimiento Lautaro.	1.er id.	Id. id. don José Antonio Grandon.	7	80			
Sarjento mayor don Enrique Padilla.	2.º id.	Id. id. don José Miguel Saens.	8	75	15	155	
Rejimiento Provincias Libres.	2.º id.	Teniente coronel don Martiniano Urriola. . .	6	90			
Coronel don Salvador Puga.	3.º id.	Id. don Roberto Souper.	8	118			
		Id. don Victor Antonio Arce.	7	21	21	229	918
Indios.	. . . .	Alferes don Pantaleon Sanchez.	»	»	»	50	50
		Total.			194	3217	3411

José Antonio 2.º Alvarez Condarco.

(1) En la artilleria se incluyen 21 americanos del norte.

DOCUMENTO NÚM. 15 BIS.

LISTA NOMINAL I CLASIFICADA DE LOS SS. JEFES I OFICIALES DEL EJÉRCITO I DE LA GUARDIA NACIONAL QUE HAN SIDO MUERTOS I HERIDOS EN LAS DIVERSAS JORNADAS QUE HAN TENIDO LUGAR EN EL SUR I NORTE DE LA REPÚBLICA EN LA PRÓXIMA PASADA CRÍSIS, SEGUN CONSTA POR LOS DOCUMENTOS QUE OBRAN EN EL ESTADO MAYOR JENERAL, I POR LOS DATOS SUMINISTRADOS POR EL JEFE DE LA DIVISION PACIFICADORA DEL NORTE.

Muertos.

El 19 de noviembre de 1851 en el Monte de Urra.

Ayudante mayor don Francisco San-Martin, rejimiento de Granaderos a caballo.

El 26 de noviembre de 1851 en el sitio de la Serena.

Teniente don Rafael Williams, batallon 1.° Buin.
Teniente don Matias Salinas, brigada de Marina.

En el mismo mes de noviembre de 1851 en la frontera del sur.

Sarjento mayor don José Antonio Zúñiga, estado mayor de Concepcion.

El 3 de diciembre en Magallanes.

Capitan de fragata don Benjamin Muñoz Gamero, gobernador de dicha colonia.

El 8 de diciembre en Longomilla.

Teniente coronel don Antonio Videla Guzman, ayudante de campo del señor jeneral en jefe.
Sarjento mayor don Matias Gonzalez, comandante interino del batallon cívico Rancagua.
Sarjento mayor don Cesario Peña i Lillo, primer batallon del rejimiento Buin.
Sarjento mayor graduado don José Campos, comandante interino del batallon Chillan de línea.

Sarjento mayor graduado cívico, don Hilarion Sancristoval, batallon cívico de Talca.

Capitan cívico don Mateo Bravo, batallon cívico de Talca.

Capitan don Narciso Guerrero, rejimiento de Granaderos a caballo.

Ayudante mayor don Rafael Herrera, segundo batallon del rejimiento Buin.

Teniente don Vicente Zuñer, cuerpo de Artillería.

Teniente cívico don Avelino Rojas, ayudante del comandante jeneral de infantería.

Teniente cívico don José Luis Poblete, batallon cívico de Chillan.

Subteniente don Juan Rafael Lattapiat, primer batallon del rejimiento Buin.

El 26 de diciembre en el motin de Copiapó.

Teniente cívico don Emilio Salviguí, batallon cívico de Copiapó.

Teniente cívico don Juan de Dios Arana, batallon cívico de Copiapó.

Heridos.

El 28 de octubre de 1851 en el motin de Valparaiso.

Capitan don José Miguel Faez, cuerpo de Artillería.

Capitan don José Antonio Villagran, batallon 3.º de línea (en el dia núm. 2).

Capitan don Francisco José Barros, batallon 3.º de línea (en el dia núm. 2).

Subteniente don Joaquin Cortés, batallon 3.º de línea (en el dia núm. 2).

En el mes de noviembre en el sitio de la Serena.

Teniente coronel de milicias don Pablo Videla, segundo escuadron lanzeros de Atacama.

Teniente don Emilio Sotomayor, cuerpo de Artillería.

El 19 de noviembre en el Monte de Urra.

Teniente don Fermin Urzúa, rejimiento de Granaderos.

Alferez don Belisario Ibañez, escuadron de línea Lanzeros.

El 28 del mismo noviembre en el repaso del Ñuble.

Alferez de milicias don José Manuel Venegas, partida suelta del Ejército.

El 1.° de diciembre en el sitio del Parral.

Ayudante mayor de milicias don José Miguel Retamal, partida suelta del Ejército.

El 8 de diciembre en Longomilla.

Coronel don José Ignacio Garcia, comandante jeneral de caballería.

Teniente coronel don Juan Torres, comandante interino del batallon cívico de Colchagua.

Sarjento mayor don José Timoteo Gonzalez, cuerpo de Artillería.

Sarjento mayor don Erasmo Escala, cuerpo de Artillería.

Sarjento mayor graduado don Agustin Marquez, sarjento mayor en comision del batallon cívico Colchagua.

Sarjento mayor graduado don Caupolican de la Plaza, sarjento mayor en comision del batallon cívico de Talca.

Sarjento mayor graduado de milicias don Lucas Ortega, batallon cívico de Chillan.

Capitan don Eusebio Olivares, batallon de línea Santiago.

Capitan don Pedro Pardo, primer batallon del rejimiento Buin.

Capitan don Santos Alarcon, agregado al rejimiento de Cazadores a caballo.

Capitan de milicias don Manuel Rodriguez, batallon cívico de Chillan.

Ayudante mayor don Marcos Cid, agregado al rejimiento de Cazadores a caballo.

Teniente cívico don Pedro Pablo Ramirez, batallon cívico de Rancagua (herido ántes de dicha accion).

Teniente cívico don Felipe Cuadra, batallon cívico de Rancagua.

Alferez don Borja 2.° Huidobro, rejimiento de Granaderos a caballo.

Subteniente don José María Guzman, agregado al batallon cívico de Chillan.

El 26 de diciembre en el motin de Copiapó.

Teniente cívico don Roberto Walker, agregado al batallon cívico de Copiapó.

RESÚMEN JENERAL DE MUERTOS I HERIDOS.

MUERTOS.	*Coroneles.*	*Tenientes coroneles.*	*Sarjentos mayors.*	*Capitanes.*	*Tenientes.*	*Subtenientes.*	TOTAL.
Del Ejército..........	»	2	3	2	5	1	13
De la Guardia Nacional...	»	»	»	2	4	»	6
Total de muertos.	»	2	3	4	9	1	19
Heridos del ejército.....	1	1	2	8	3	4	19
Id. de la Guardia Nacional.	»	1	»	2	6	1	10
Total de heridos.	1	2	2	10	9	5	29

Santiago, julio 31 de 1852.

Antonio Gomez Gárfias,
Ayudante jeneral.

DOCUMENTO NÚM. 16.

ESPOSICION QUE EL CORONEL DON SALVADOR PUGA HACE DE SU CONDUCTA MILITAR, DESDE EL DIA 8 DE DICIEMBRE HASTA EL 19 DE ESTE MISMO MES.

Enrolado en las filas del ejército formado en las provincias del sur en setiembre de 1851, despues de haber colgado mi espada a

consecuencia de los tratados de Santa Rosa, me resta aun un penoso trabajo que desempeñar. Viles pasiones i la desesperada situacion en que se colocaran algunos infortunados desertores de sus banderas me han hecho el blanco de negras imputaciones, que mis antecedentes i mi ambicion por mantener ilesa mi reputacion de militar, de ciudadano i de hombre privado, me obligan hoi repeler. Apelo a la conciencia de todo hombre, que como yo, viva orgulloso de su pasado, i cifre su gloria i su felicidad en la pureza de su honor: descanso en la seguridad de que hombres como esos comprenderán la necesidad en que me he colocado de intentar un trabajo, que ya he llamado penoso, porque lo es ocupar al público de la relacion de acciones individuales.

Mis amigos, mis nobles compañeros de armas, verán en esta esposicion un sacrificio mas rendido por mí en las aras de la Patria, i el desgraciado señor jeneral don José Maria de la Cruz hallará en ella un cuadro que aunque incompleto i descolorido, bastará a darle a conocer la decision, la lealtad, la incansable tenacidad con que hasta el último momento combatí contra una fortuna que estuve mui léjos de creer nos fuese adversa.

El señor jeneral Cruz que decia a su secretario jeneral señor don Pedro Félix Vicuña el 30 de octubre de este año. «Diga U. al coronel Puga, que en manera alguna pretendo hacerle responsable de la conducta militar de los tres escuadrones cuyo mando le he encomendado; que sé mui bien que de hombres como de los que son compuestos no se puede responder, i que no he tenido en mira al hacerlo jefe de ellos sino el que mediante sus conocimientos i laboriosidad se arreglen un tanto» (1).

(1) Habiendo sido nombrado jefe del rejimiento de las "Provincias libres" compuesto de tres escuadrones, pasé a hacerme cargo de su estado i encontré trescientos hombres la mayor parte sin armas, sin vestuario, sin monturas i muchos sin frenos para sus caballos; en órden a conocimientos militares no tenian ninguno. Rogué al señor secretario del jeneral hiciese presente a este, que nada bueno podria prometerme de aquella jente i que estaba dispuesto a no aceptar el nombramiento, pues no podia constituirme responsable de las operaciones, no queriendo por otra parte comprometer mi reputacion militar. El señor secretario me contestó a nombre del señor jeneral, lo que copio arriba.

El señor jeneral, digo, con estas palabras habria sellado los labios de mis calumniadores i yo con reproducirlas habria hecho lo bastante en mi propia defensa; pero para el que como yo se habia impuesto el rol de soldado como el de jefe, para el que como yo habia empuñado la espada para no envainarla sino cuando estuviese terminada la campaña emprendida; de nada podrian servirme aquellas palabras; mi justificacion a mis propios ojos está solamente en los hechos siguientes:

En el dia 8 despues de haber visto en los campos de Loncomilla envuelta nuestra caballería i bregando en aquel terreno arenoso i quebrado, en los momentos en que el soldado mal pudiera reconocer a su enemigo o amigo ni la posicion que ocupara, cuando dos terceras partes de ellos a lo ménos se ofrecian de sangriento blanco a la artillería enemiga sin que pudieran enristrar sus lanzas, volví hácia la derecha del campo para buscar en medio de la densa polvareda una posicion que pudiera ser ventajosa a nuestros soldados. Ya era tarde, el enemigo ocupaba aquel costado, era preciso atacarlo tambien allí, vuelvo a la izquierda para ordenar la carga a mi rejimiento; pero éste como todo el grueso de nuestra caballería se habia echado a nado en el Loncomilla, i los pocos que quedaban en la ribera del oriente, se negaron a obedecerme, observándome que la mayor parte de sus jefes i oficiales habian pasado el rio. Habiendo yo visto en aquel momento mui cerca de nosotros una compañía de infantería enemiga, su aproximacion me decidió a poner a nado mi caballo, cruzando así el Loncomilla con los soldados que me siguieron i cayendo prisioneros lo que quedaron i pasando nosotros bajo los fuegos de los infantes. Si preferí a caer prisionero o muerto por las balas enemigas el esponer mi vida en el pasaje de un caudaloso rio fué con la esperanza de hacer volver sobre sí misma a nuestra aterrada jente. Lo hubiera conseguido, pero un cúmulo de inesperados sucesos vino a derrocar todos mis esfuerzos.

Una vez en la márjen izquierda del Loncomilla, los soldados se negaron a reunirse en aquel punto diciéndome, que el jeneral

Baquedano iba adelante; corro en busca de éste i le encontré herido i bajo de un espino. Mucha tropa e indíos habían con él, i notando que de los grupos se deslizaban algunos para proseguir su fuga, coloqué en un paso estrecho para evitarla un piquete al mando de un oficial. Logro con el valiente mayor Zapata que allí estaba, vencer la repugnancia a volver que la mayor parte mostraba i marchamos con alguna tropa habiendo dejado al jeneral Baquedano con una escolta de veinte hombres i algunos heridos.

Cuando llegamos a la falda del cerro desde el cual se veia a nuestra infantería batirse valientemente contra las fuerzas enemigas, nuestros soldados se mostraron resueltos a no repasar el rio, haciéndome presente que por allí no habia vado, i en cuanto a los indios, se me presentaron decididos a no pasar el rio por ninguna parte, por lo cual tuve que abandonar aquella canalla. Con esto, resolvimos con el acreditado comandante Alarcon, a quien encontré trabajando como yo, el mayor Zapata i Padilla marcharnos a pasar el rio por un vado que está un poco mas al sur del molino de pan de don Jorje Aller. Nos dirijimos pues a buscar el dicho vado logrando ser seguidos de algunos soldados, despues de haber empleado hasta la espada para hacernos obedecer. Cuando estabamos al frente de él, una mujer de nuestro ejército con dos hombres paisanos se nos acercan i nos dicen: «que han pasado por aquel vado huyendo de un escuadron de cazadores que habia llegado a la casa de un señor Mendez, situada al sur del molino i talvez al frente del vado.» Nuestros soldados no necesitaban mas para hacerse matar antes que pasar el rio. En tal conflicto i con la esperanza de reunir los dispersos que habian ido hasta por *Achibueno*, resolvimos los jefes indicados i yo marchar a la confluencia del Perquilauquen i Longaví, i pasar por allí. Al intento nos pusimos en marcha; veíamos en el tránsito con el mayor dolor huir muchos grupos de nuestra caballería, sin que pudieramos detener un solo hombre, apesar de los repetidos toques de reunion que se les hacia, i de los llamamientos por medio de oficiales activos i estusiastas; antes bien, veia producir con su

fuga la desercion de los que marchaban a mis órdenes. Pasamos al ponerse el sol el Perquilauquen. Habiendo resuelto colocarnos en el camino real que conduce del Maule al Parral. Para minorar la fatiga de hombres i caballos que habian trabajado desde por la mañana, mandé desencillar, i cuando se estaba preparando alguna carne para la comida, fuimos advertidos de que una partida enemiga se nos acercaba; fué menester montar a caballo, i el enemigo, que nos vió en la llanura en actitud de atacarlo, huyó i nosotros continuamos nuestro camino para conseguir el objeto que nos habiamos propuesto. A las once de la noche llegamos a *Piuchén*, i allí supe por el dueño de casa i por otras personas, que los últimos dispersos habian pasado por aquel lugar al ponerse el sol, i que llevaban pensamiento de reunirse en el Parral, segun lo habian dicho al pasar por allí. En el acto mandé al teniente Navarrete con un pliego al gobernador del Parral, pidiéndole pusiese a mi disposicion la fuerza armada que tuviera o hubiera reunido, encarcciéndole la necesidad de una pronta contestacion.

Esperé la contestacion pedida al gobernador del Parral hasta las siete de la mañana del 9, a aquella hora me resolví con el comandante Alarcon a marchar hácia el ejército con 114 hombres que aun nos quedaban, i miéntras pasé a rogar a los habitantes de *Piuchén* el pronto despacho de la contestacion que esperaba del Parral, un capitan con tres oficiales i algunos soldados desertó villanamente, aumentando el desaliento en los que quedaron; no bien fuí informado por el comandante Alarcon de este desagradable incidente, mandé una requisitoria al Parral, solicitando se trascribiese a los otros pueblos, para que las autoridades mandasen a nuestro campo amarrados a aquel capitan i a sus cómplices.

Bajo los rayos de un sol abrasador hicimos nuestra marcha por los llanos de Longaví, i solo a las dos de la tarde, habiendo pasado el *Achibueno*, hice descansar nuestra jente, que por consejo de Alarcon i de Zapata que la conocian harto bien, pues en

su mayor parte era fronteriza, habia hecho poner en marcha despues de haberla tenido acampada en un pequeño bosque, pues éstos me dijeron que corria peligro de que se desertase. A las cuatro de aquella tarde se me presentó el primer ayudante de nuestro estado mayor, quien me dijo iba en comision al Parral para reunir los dispersos, i me dió la órden del jeneral de marchar en el acto a reunírmele; mas tarde he sabido que el ayudante no tenia del jeneral el encargo de darme tal órden. Marché pues al campo precipitadamente i llegué a él a las nueve de la noche, despues de haber agregado a la cabeza de mi tropa cuarenta hombres de caballería, que conducidos por un sarjento de infantería huian del campamento, como tambien una partida de carabineros que iban desertados i que encontré cerca de la casa de don Manuel García.

En llegando dí cuenta al señor jeneral de todo lo mencionado ya, i le hice notar la necesidad imperiosa en que estábamos de situar la desmoralizada i espantada caballería bajo los fuegos de la infantería para evitar su desercion; pero el señor jeneral me hizo presente, que allí no habia pasto para los caballos, i me ordenó colocarme a algunas cuadras a retaguardia. Ocupé un potrerillo de don J. M. Encina, i tomando todas las seguridades conducentes a impedir la fuga de mi tropa, a las dos de la mañana apoyé mi cabeza sobre una manta que me tendió un oficial en la húmeda yerba. Un capitan de toda mi confianza continuó la ronda que yo habia hecho hasta las dos. Al amanecer del 10 fuí advertido por mi fiel criado que se sentian algunos tiros disparados sin duda por el enemigo; dí en el acto la órden de montar e hice que dos oficiales observasen desde el cerro si los tiros prevenian de la cercania del enemigo, éstos me dieron cuenta de haber visto marchar sobre nuestro campo dos columnas, notándose a la izquierda de éstas dos pequeñas polvaredas. Mandé desfilar hasta el callejon para dirijirme al lado de nuestra infantería, i cuando formaba en este, el espanto se apoderó nuevamente de nuestros soldados. Acababan de ver sobre el cerro diez o doce

hombres, que todos a la vez tomaron por cazadores, i creyeron con su presencia ver reproducida la maniobra del enemigo en la mañana del 8. A la vista de los doce hombres que estaban en el cerro hice llamar a un distinguido oficial, para que con algunos tiradores fuese a reconocerlos. Despues de repetidos llamamientos i de esperar largo rato, el porta Picarte, uno de los enviados por mí, vino a decirme que este oficial de toda mi confianza, huia, habiéndose echado a nado en el Loncomilla con cuatro oficiales i algunos soldados, de los cuales se ahogaron dos. Me estremecí al oir aquel relato; hoi mismo no me puedo esplicar el pánico terror que indujera a aquellos hombres tan valientes, tan entusiastas a arrostrar un peligro cierto e inminente para evitar qué? nada, un lijero i bienl ejano encuentro con el enemigo. La relacion de Picarte vino a colmar la ajitacion de la tropa.

Mandé en el acto un oficial cerca del jeneral para que le diese cuenta de lo ocurrido i del estado de la tropa que tenia a mi mando; i acordamos con el comandante Alarcon situarnos intertanto en la entrada del callejon para tranquilizar nuestra asustadísima jente. Colocados allí se me presentaron dos ayudantes del jeneral, un jefe, un capitan i otros oficiales de infantería. Uno de estos ayudantes me dió de parte del jeneral la órden de marchar al campamento. Le hice presente lo que pasaba en mi tropa i la dificultad que encontraba de hacerla avanzar. «No se apure U., señor, me dijo en el acto el ayudante, pues yo i los oficiales que U. ve aquí no pensamos volver, pues está todo perdido, respecto de que el *Carampangue* ha resuelto no tirar un tiro mas, pues asi se lo ha manifestado su coronel al jeneral, de lo que ha resultado el oficio de parlamento que U. vió se estaba trabajando anoche cuando U. estaba con el jeneral.» Haciendo yo observar al ayudante, que lo que me decia era increible, apeló al testimonio de los oficiales que con él iban, i estos me confirmaron en lo espuesto por él i me dijeron algo mas, que no quiero relatar. Convencido a mi pesar con las relaciones de estos caballeros, les encarecí la necesidad de guardar silencio sobre cuanto me habian

dicho i les pedí se quedasen a mi lado hasta que tuviéramos alguna otra noticia; convinieron en esto, i de acuerdo con el comandante Alarcon pasamos el Putagan i nos situamos en una posicion que nos daba, por una parte, seguridad de no ser atacados i prestaba tranquilidad a la tropa mas que nunca alarmada con la presencia de los oficiales de que hablo.

Estaríamos acampados como una hora cuando mandé invitar a comer al jefe, ayudantes i capitan venidos del ejército; mi comisionado vino a decirme, que aquellos oficiales se habian marchado con direccion al Parral llevándose al mayor Padilla que estaba conmigo i a otros oficiales i tropa a quienes habian alucinado con sus relaciones. Habia sufrido yo tanto en aquel dia, que casi no halló eco en mi alma esta última noticia. Parece que preveia que no era aquel el último golpe asestado a mi corazon, i en efecto, una hora despues, un sarjento de línea de mi rejimiento vino a darme cuenta, que siete cazadores pasados del otro ejército i que estaban con nosotros, se habian fugado i que él les habia visto correr a todo escape hácia el campo enemigo; que él temia un próximo ataque. La desmoralizacion de mi tropa era innegable i no carecian de fundamento los temores del sarjento; dí pues órden de marchar, i habíamos pasado el *Achibueno* hácia el sur cuando se me reunió don Antonio de la Sota, quien me entregó dos cartas, la una de don P. F. Vicuña i la otra de don J. A. Alemparte; en ellas me empeñaban para que me les reuniese con la caballería que tuviera, diciéndome, que era mui importante mi presencia con caballería, pues se hallaban arreglando las bases de un tratado i el señor Tocornal estaba en nuestro campo. Nadie mejor que yo conocia la importancia de conducir algunos hombres de caballería en proteccion de nuestra infantería. Los señores Sota, Alarcon, Zapata i otros oficiales honrosos pueden decir mejor que yo los esfuerzos hechos por mí para decidir a la tropa que tenia a que volviese al campamento. Presenté a los oficiales las esquelas que acababa de recibir; les hablé hasta el cansancio manifestándoles el ningun

peligro a que se esponian con la vuelta, i lo mucho que ganarian en el tratado que iba a hacerse. Nada pudo dicipar el terror de que estaba poseida la mayor parte de aquella jente. Un capitan tenido jeneralmente por valiente i ocho o diez oficiales fueron los primeros en dar el grito de inobediencia, marchándose seguidos de la mayor parte de los soldados, sin que fueran bastante a contenerlos, los ruegos i las órdenes empleadas por Sota, Alarcon, Zapata, por mi i por otros oficiales decididos. Quedé por fin con treinta i un hombres resueltos a marchar a mis órdenes. Sota se adelantó a nosotros para contar a Vicuña i Alemparte lo que acababa de presenciar; supliquéle dijese en mi nombre a estos caballeros: «que el honor de un hombre como yo no estaba sujeto a los procedimientos de una canalla como la que una série de circunstancias me habia hecho comandar.» No satisfecho con esto, mandé tras Sota a los alféreces Doren i Anguita para que diesen al jeneral cuenta de lo ocurrido.

Marché pues con direccion al campamento, habiendo antes escrito al gobernador del Parral i remitídole las esquelas de Vicuña i Alemparte, encargándole aprehendiese a los prófugos. Al entrar la noche, atendida la fatiga de los caballos, hice parar la tropa a tres o cuatro cuadras distante del camino en una pequeña vega. Allí pasamos la noche i puestos en marcha al aclarar del 11, encontramos dos oficiales de nuestra infantería con algunos soldados. Aquellos nos dijeron, que el enemigo ocupaba el campo a que nos dirijíamos, pues que nuestro ejército habia pasado el Loncomilla la tarde anterior, habiendo sido cortados ellos i forzados a huir. Al oir esto determinamos con el comandante Alarcon contramarchar, i habiendo recojido en el camino del Parral algunos hombres de los que se habian dispersado la tarde anterior, llegamos a este pueblo en donde nuevamente tuve una desconsolante prueba de la desmoralizacion de aquellas milicias. Con el fin de impedir la desercion mandé desencillasen dentro del cuartel; la tropa se negó a obedecer diciendo que queria alojarse en campo raso. Habiéndome dado cuenta el comandante Alarcon

de la manera que habia sido recibida mi órden; pasé al cuartel i no me costó poco trabajo reducirlos al cumplimiento de ella. Supe en el Parral por los señores Riquelme i Pando, que el gobernador movido por mi carta, habia ido a Chillan para hacer salir de aquella ciudad 200 hombres que se decia que en ella habian con el comandante Zañartu. Me ocupé en lo restante del dia en prevenir los medios de defensa para el caso de ser atacados, sin que supiéramos nada de la situacion de nuestro ejército. Esperamos el dia 12 alguna noticia que segun Pando debian traerle los mozos que habia mandado a nuestro campo. En la mañana de este dia supe que algunos milicianos, en número de 80 a 100 sitiaban a nuestros amigos en Cauquenes, determiné ir a hacer levantar el sitio para engrosar mis fuerzas con la de los sitiadores i sitiados; esta empresa me parecia mui ventajosa i mis soldados se prestaban gustosos a llevarla a cabo, mui especialmente despues de haberles ofrecido el señor Pando darles de ocho reales por hombre. En la tarde llegó al Parral un arriero que conducia cinco cargas de balas para nuestro parque; por él supe que el comandante don Alejo Zañartu habia quedado con 200 hombres la tarde anterior en San Carlos. Esperando por momentos la llegada de Zañartu, cambié de propósito i determiné marchar al ejército con él, asi que llegase al Parral. Ví con asombro acabarse el dia, dar las nueve de la noche i recibir, en vez de los 200 hombres que esperaba, la noticia de que Zañartu se habia vuelto a Chillan, despues de habérsele desertado 82 hombres al oir al capitan Gonzales decir que todo estaba perdido para nosotros; el señor Arce, gobernador entonces del Parral, fué quien, llegando a aquella hora de San Carlos, me puso en conocimiento de este desgraciado contratiempo; agregando, que él estaba alojado con la jente de Zañartu i que él habia visto i oido a Gonzales. Crudo fué este nuevo golpe, pero no me aturdió, reuniéndome a los señores Riquelme, Pando e Ibañez, los empeñé para que marchasen hasta Chillan a reanimar con su presencia a aquella engañada i aturdida jente, se prestaron gusto-

sos (1); i yo escribí inmediatamente a don A. Zañartu una carta, que ha sido publicada en Concepcion en un parte de noticias. En esta carta, que no ha sido impresa testualmente, empeño al comandante Zañartu, para que no dé crédito a los desertores i vuelva al ejército. Los redactores de la hoja suelta de que hablo intercalaron bajo mi firma noticias que yo no daba como aquello de darme Arce viniendo de San Carlos noticias de la fuerza con que contaba el ejército, del número de sus piezas de artillería, noticias que segun he sabido, teniéndolas los redactores, quisieron darlas al público bajo mi firma para prestarles mayor veracidad. Igualmente se ha intercalado falsamente en mi carta, que yo tenia 200 hombres entre infantería i caballería; pues como lo tengo dicho el número de mi tropa era mui reducido: llegaria a lo mas a 75 cuando se les destribuyó el suple (2).

Era la una de la noche i acababa de escribir a Zañartu cuando se sintieron algunos tiros de fusil cerca del pueblo, habiendo tocado jenerala con cornetas i un tambor, me faltaron de la tropa 30 hombres, i de 23 oficiales que habian en la mañana recibido el socorro ofrecido por Pando, solo asistieron ocho a defender la plaza; supe luego que nada habia que temer por los tiros que se habian oido, hice no obstante continuar la llamada para reunir los faltos i marchar al amanecer sobre Cauquenes, como lo habia proyectado cuando no esperaba a Zañartu. Vino el dia 13 i empleando algunos leales soldados i la policia del pueblo en buscar a los que no habian asistido en toda la noche, logré salir a las diez de la mañana con todos ellos hácia Cauquenes.

A las oraciones del 13 llegué a *Tomenelo*, i allí don Bernardo Urrutia, hijo del señor coronel Urrutia, me dijo: «que sobre-

(1) Cuando llegué a Chillan supe que de estos tres caballeros solo se presentó en público uno, i éste dijo en confianza a algunas personas, "que no tenia nada que esperar nuestro ejército", lo que desalentó totalmente a los hombres influyentes de Chillan.

(2) No he podido hallar la carta orijinal que de Chillan fué mandada al intendente don Nicolas Tirapegui, pero asi que la tenga será impresa a la letra.

saltado con el espectáculo de los muchos soldados de infantería que desertados pasaban por su casa, el dia anterior habia ido al campamento del jeneral Cruz en busca de su padre, i que habiendo examinado detenidamente aquel lo habia hallado en el mas completo desórden, que la artillería estaba abandonada, que no habia encontrado un solo jefe con quien hablar, i que habia sabido que su padre con cuatro criados se habia ido al cerro de *Name*, con lo cual se habia vuelto a la hacienda.» He aquí una relacion de la que por mas falsa que fuera no era lícito dudar. ¿Podrian inventarse tantas circunstancias? I por quien? por un apreciable jóven? Cualquiera en mi lugar hubiera sido tan crédulo como yo lo fuí. Desolado acepté el hospedaje que aquel caballero me ofreció, entré a su casa; i a las once de la noche recibí de Cauquenes una carta en que me comunicaban que Necochea habia entrado a la plaza, i que la ocupaba con 100 hombres de caballería i 40 de infantería.

Antes de aclarar el dia 14 estuve en pié i fuí a verme con el noble i constante Alarcon i convine con él en marcharnos a Güilipatagua, posicion ventajosa, bien consideradas las circuntancias en que nos hallábamos. Antes de ponernos en camino rogué encarecidamente a don Bernardo Urrutia nos proporcionase un hombre, que bien pagado fuese al ejército a informarse de su situacion; el señor Urrutia me contestó que le era imposible hallar el hombre que yo queria. Desesperado con esta nueva decepcion me puse en marcha, esperando encontrar en el tránsito lo que no hallaba en *Tomenelo*.

En mi camino encontré al comandante Molina, que me dijo: que habia dejado el dia anterior el campamento con licencia del jeneral; que cuanto me habia dicho don Bernardo Urrutia era falso, bien que era verdad, que él temia estallase en el campo de un momento a otro una sublevacion, pues el jeneral habia interceptado una carta del jeneral Búlnes al capitan Robles, en que aquel decia a éste, *que obrase conforme lo habian convenido el dia anterior;* i que el jeneral Cruz no habia tomado medida

alguna sobre Robles, i agregó «no queriendo ser entregado amarrado a mis enemigos, he abandonado el ejército». Apesar de la espantosa verdad que contenian las palabras del comandante Molina, no tuve por un instante el pensamiento de desertar de las banderas bajo las cuales estaba ya colocado. Marché i marché con la tropa hasta *Güillipatagua*. En las casas de esta hacienda dejé al comandante Alarcon i pasé a las *Posillas* para ocuparme de asuntos particulares, mientras pasaba el calor de la siesta. Haria media hora que habia llegado yo a las *Posillas*, cuando se me presentó Alarcon con la tropa, diciéndome que no habia podido cumplir con la órden que le habia dado de pasar la siesta en *Güillipatagua;* pues los soldados que traia habiendo visto que don A. Arce se marchaba con la tropa que habia traido del Parral, se habian obstinado en no permanecer en aquella hacienda. Lamenté este nuevo i fatal accidente i doblé la cabeza ante la voluntad divina que asi disponia de nuestra suerte.

Supe por don Manuel Lopez, que en *Panguilemu*, don Antonio Benavente reunia los infantes desertados de nuestro ejército; ví en estas circunstancias una nueva esperanza de llegar a nuestro campo con algunos hombres capaces de sernos útiles i salí de la casa de Lopez ordenando a Alarcon no saliese de ella hasta que no se hubiese puesto en marcha el último soldado; pues ya estaba tan desmoralizada aquella jente, que temia irrogasen algunos males a nuestros huéspedes.

A corta distancia de la casa de Lopez el camino se divide en dos, el uno que va hácia los cerros i el otro, que yo, mui conocedor del lugar, sabia que conducia directamente a *Panguilemu*. Cuando yo, a la cabeza de la tropa habia entrado en éste, veo que toda ella al galope volvia atras obedeciendo mas que a mi, al dicho de un cualquiera que gritó a retaguardia: «este otro es el camino». Marchó toda aquella jente por el camino opuesto sin querer oir ni mis órdenes ni mis ruegos, i perdidas en vanos esfuerzos mis fuerzas físicas i morales, casi exhausto me tendí bajo de un árbol i mandé a mi criado dijese al sarjento Pineda,

hombre que me era adicto, que el coronel Puga contaba con él cuando todos le abandonaban. Con Pineda vino el porta Picarte i con ellos llegué mui pronto a *Panguilemu*.

Habia yo llegado a las casas de *Panguilemu* con doce soldados de infantería armados, quienes habiéndome reconocido en el camino me dijeron que estaban dispuestos a seguirme a donde les llevase. Alimenté su entusiasmo dándoles algun dinero, i ya habia formado el propósito de irme al lado del jeneral con los doce infantes así que amaneciese, resuelto a llegar al lugar donde estuviera solo o acompañado, i con la conciencia de haber trabajado hasta aquel momento con el fin de hacerme de caballería decidida. Ya iba a tomar el pequeño descanso de que tanto necesitaba, cuando se me presentó el mayor Fuentealba, quien me dijo venia a verme, temeroso de que yo no hubiera visto una esquelita que el jeneral me habia escrito, i que él habia leido i sabia que en ella el jeneral me pedia me le reuniese aunque fuera con 25 hombres de caballeria, pues no era otro el número de enemigos que le molestaban; dije a Fuentealba que no tenia el menor conocimiento de la esquela de que me hablaba, aunque no estrañaba que no hubiese llegado a mis manos, pues ni aun mis enviados al jeneral habian vuelto a mi lado; que para llenar los deseos del jeneral iba a hacer buscar a Alarcon i a Zapata para empeñarlos a fin de que se hicieran siquiera de los 25 hombres, i concluí rogándole, que marchase él mismo al mando de los infantes, que irian a la grupa; convino inmediatamente en esto conmigo, i se volvió a su alojamiento que me dijo estaba cerca, para unirse a mí al amanecer del dia siguiente, pues eran ya las once. A las tres de la mañana mandé al sarjento Pineda buscase al comandante Alarcon i le entregase una carta en que le hablaba de la visita de Fuentealba i de los 25 hombres que deseaba el jeneral, pidiendo en ella a Zapata interpusiese su prestijio para reunir los tales 25. Escribí igualmente al gobernador de Coelemu, para que mandase al Portezuelo toda la caballería que pudiera reunir, pues era necesaria para protejer la retirada de nuestra infantería.

Volvió Pineda sin haber encontrado a Alarcon; pero a las siete de la mañana se me presentó un soldado, que enviado por éste venia a decirme a su nombre; que me esperaba en las casas de un señor Chavarria. Mandé llamar en el acto a Fuentealba, que a pesar de ser ya bien tarde no habia venido. Mi comisionado vino a decirme; que Fuentealba i los otros oficiales que con él estaban, habian marchado al sur hácia la mitad de la noche, que esto le habia dicho el dueño de la casa en que estaban hospedados. No me estrañó la conducta de Fuentealba ¡ habia presenciado tantos actos semejantes!

Salí de *Panguilemu* con los infantes, i cuando llegué a las casas de Chavarria, supe por éste, que el comandante Alarcon dirijiéndose a Chillan habia pasado el Ñuble; me marcho a esta ciudad juzgando que todavia seria tiempo de sacar de ella alguna jente. El 16 llegué a Chillan i dejé mi caballo para entrar a casa del Intendente, i cuando le pregunté a éste si podia contar con algunos hombres, llamándome a un lado me dijo: «El jeneral me dice que no reuna tropas, que está resuelto a acabar por un tratado o a bayonetazos.» Soi pues inútil aqui le contesté i aun lo soi mas en el ejército, me marcho pues a Concepcion. Entonces él i otros caballeros me hicieron presente, que temiendo ser atacados de un momento a otro por algunos cazadores, que desertados o no estaban en la ceja de la montaja, como militar les podia ser útil para la defensa de la plaza. Díjeles, que en tal caso me quedaria i lo hice así: aquella noche visité los puestos i regularicé el servicio. Vino i pasó el dia 17 en la mas aflijente espectativa.

El dia 18 habia en Chillan 400 hombres de caballería i 45 infantes, los jefes i oficiales que de nuestro ejército estaban en Chillan, i yó ibamos a marchar al encuentro del jeneral, cuando dos oficiales de los ejércitos belijerantes llegaron unidos e hicieron relacion de los tratados celebrados en Purapel; como no tenia la intendencia oficialmente conocimiento de los tratados, i aquellos oficiales dijeran que dos escuadrones del ejército del jeneral Búlnes marchaban a Chillan, colocado al frente de toda la

caballería salí al rio para impedir el paso a los que hasta entonces considerábamos enemigos. En esta actitud me mantuve hasta las doce del dia 19, hora en que el intendente me ordenó venir a la plaza de Chillan en donde le entregué la fuerza que me habia encargado i que hizo desarmar segun lo convenido en los tratados que ese dia recibió en copia autorizada.

El dia 20 a las cuatro de la tarde salí de Chillan.

Réstame ahora decir solamente: 1.° que por lo espuesto se vé que fuí uno de los últimos oficiales que el 8 pasó el Longomilla, i el último de caballería que pasara el Ñuble: 2.° que en mi clase de jefe subalterno no he hecho mal en su persona ni intereses a individuo alguno; bienes cuantos he podido. Los habitantes de pueblos i campañas que desmientan legalmente esta acercion, estoi pronto a la reparacion con lo poco que poseo.

Tales son mis operaciones recopiladas i compendiadas por consultar la brevedad en la narracion. Si despues de esto aun se hallare algo que vituperarme, en buena hora, yo he hecho todo lo que humanamente se podia hacer. Si hubiera quien revocase en duda alguno de los hechos que asiento, ese será un villano, a no serlo, allí está la prensa (1), allí el campo de los caballeros... en todas partes estaré para responder: la discusion me facilitará los medios de justificar i comprobar lo que hoi a la lijera he apuntado; invito a mis amigos, llamo a mis enemigos si los tuviere; quiero ser refutado, que se me contradiga; i que se me perdone en fin el fanatismo por mi honor.

Concepcion, enero 2 de 1852.

Salvador Puga.

(1) Protesto no contestar ningun artículo anónimo, dejando el oprobio de su conducta para el autor de ellos.

DOCUMENTO NÚM. 17.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE CAMPAÑA DE DON PEDRO FÉLIX VICUÑA (COMPRENDE LA ÚLTIMA SEMANA DE LA REVOLUCION DESDE EL 8 DE DICIEMBRE, DIA DE LA BATALLA DE LONGOMILLA, HASTA EL 16 DEL MISMO EN QUE SE FIRMARON LOS TRATADOS DE PURAPEL).

Diciembre 8.

Estaba durmiendo, despues de una noche inquieta, cuando entró mi sirviente a las seis de la mañana, diciéndome que el enemigo estaba ya cerca de nosotros. Me vestí al instante. Mi caballo estaba ya ensillado i salí con el jeneral Cruz a reconocer al enemigo. La caballería estaba ya toda montada i en formacion, i distaba de ella seis cuadras el enemigo. Fuí hablar con Eusebio Ruiz que estaba a la cabeza de su rejimiento i lo ví algo pálido—*Le dije parece que U. tiene miedo!—El honor i el deber me tienen solo a caballo, me contestó. Estoi con disenteria i horribles dolores de vientre me despedazan las entrañas.* Despues me señaló al coronel Puga i al comandante Zañartu que estaban conversando i me dijo—«Vaya U. donde el jeneral Cruz i dígale que los mande poner a la cabeza de sus rejimientos i alentar su tropa, porque el miedo es el que los tiene distraidos.» Estas fueron las últimas palabras que habló conmigo aquel Aquiles de nuestras batallas, que siempre luchando por la libertad i la justicia, era el terror de nuestros tiranos, i la espada mas brillante de nuestra revolucion.

Yo me guardé de decir nada al jeneral Cruz, que volvia ya su caballo cuando me junté con él. El jeneral Urrutia se acercó a mí me dijo: «Nuestro jeneral está mui turbado, ha perdido gran rato viendo avanzar al enemigo i nuestra línea no se ha aun formado.» Yo le dije que aunque veia sorprendido al jeneral Cruz por un ataque que no esperaba, no lo veia turbado. Al llegar a las casas ví la mitad de la infantería estaba formada, lo que sorprendió mucho al jeneral Urrutia quien me dijo: «*Señor*

don Pedro, el diablo se lleva hoi todo esto, i yo me retiro, no queriendo morir aquí tontamente.» Yo me quedé en el patio de la casa vacilando sobre el puesto que debia ocupar.

En estos momentos la artillería rompió el fuego, i fuí a colocarme en una loma que dominaba todo el campo a distancia de cuatro cuadras. Desde allí vi el movimiento de todas las fuerzas de Búlnes, i sentia hallarme sin poder para contrarrestar sus movimientos desorganizados, que debieron causar su derrota mui al principio de la accion. Varias compañias de tiradores venian por la retaguardia de las casas salvando algunas débiles cercas. Una compañía de cazadores nuestros salió a batirlos, pero el número era mui desigual. Mui luego salió otra compañía a reforzarla, i sin poderse resolver aquel empeño que debia traer por objeto llamar nuestra atencion para atacarnos por el frente, ví salir de un bosque vecino medio escuadron de caballería enemiga i empezar a tomar la retaguardia del pequeño cerro en que yo estaba. El jeneral Baquedano hostilizado por las granadas i balas de cañon, se habia retirado un poco i distaba de mí una cuadra. Le mandé avisar el movimiento que hacia el enemigo a su retaguardia, le repetí el aviso, i cuando iba yo a ser envuelto, me bajé del cerrito i entonces la caballería se movió. El fuego estaba roto en toda la línea, yo no podia volver a las casas ni tenia nada que hacer en la caballería, i para no caer en manos de los cazadores enemigos, me retiré al callejon donde no creia pudieran estos llegar. Al lado sur de este cerrito hai otro callejon i al enfrentarme a él, en medio de un polvo inmenso, como a cincuenta pasos, divisé los soldados enemigos. Detuve mi caballo, dudando fueran ellos, pero un correo llamado Orrego que estaba conmigo, cuando ya solo distaban veinte pasos me dijo *los cazadores!* Venian ellos alzados en el piso de las estriveras, despacio i llenos de miedo; el polvo del callejon formado por mil paisanos i mujeres que corrian era inmenso, pero al momento que nos vieron meter espuelas a nuestros caballos, nos siguieron con el mismo empeño. Felizmente el equipaje del jeneral Baquedano i

el mio les sirvieron de sebo para retenerlos en su saqueo. Bernardo, yo i el correo nos paramos a las dos cuadras en otra loma donde vimos aquel desórden, i donde, mientras los unos robaban, los otros asesinaban. Allí estuvo al perecer uno de nuestros médicos i varios otros indefensos ciudadanos que seguian al ejército o se hallaban como curiosos.

No dudando que esta partida avanzase mas, me retiré como media legua, i despues de haber descansado un momento, el deseo de juntarme con el jeneral Cruz se hizo vehemente i me encaminé por el mismo callejon con Bernardo, Orrego i un sirviente. Desde una de las lomas divisamos el choque de las caballerías i su movimiento hácia el rio Longomilla, pero no podíamos comprender si estábamos victoriosos o vencidos en aquella parte. El cañoneo i el fuego sostenido de fusil nos manifestaba que las infanterías luchaban encarnizadamente. El pequeño cerro que yo habia ocupado al principio estaba cubierto de infantería enemiga que tiraba sobre las casas en que se apoyaba nuestro ejército; pero a cuatro cuadras de distancia poco o ningun efecto producian sus fuegos. A pesar de esto, yo seguia por el callejon, cuando unos tiros cercanos nos detuvieron, i allí fuimos informados que si dábamos un paso mas caíamos en manos del enemigo.

Luego llegaron algunos dispersos de nuestra caballería i nos dijeron que Baquedano habia muerto i Ruiz tambien. Yo no creí nada, pero lentamente me retiré en busca de don Joaquin Riquelme i del intendente Pando que me habian dicho momentos ántes, que no me separase de ellos. Despues de infinitos rodeos, los vine a hallar en un terreno propiedad de Pando, donde me ofrecieron almuerzo, que mi estómago lleno de bilis no admitió.

Descansábamos bajo unos árboles, cuando llegó un sirviente del jeneral Urrutia i nos dijo que el jeneral Cruz estaba victorioso. Nos movimos al instante aunque no nos dió ningun pormenor ni mas prueba que haber visto la resistencia de nuestra

infantería i que al retirarse corria entre todos la victoria del jeneral Cruz. No habíamos andado cuatro cuadras cuando divisamos un campesino que corria hácia nosotros gritando *¡Viva Cruz! ¡Viva la patria!* Un amigo de Pando le informaba de nuestra victoria. Marchamos directamente a Longomilla i al entrar en los callejones supimos habia allí alguna fuerza del enemigo, lo que no podíamos conciliar con la victoria.

No obstante, a fuerza de constancia i de enerjia reunimos allí 40 hombres dispersos de caballería, 3 oficiales i un corneta; pero fué imposible hacerlos entrar en el callejon, hasta que Pando acojió como incuestionable la huida de todos los enemigos i que Búlnes iba herido, lo que nos acababa de comunicar un individuo que en ese momento pasaba por el callejon. En efecto, algunos soldados ébrios que tenian presas una multitud de mujeres se habian quedado allí, lo que supimos despues de haber pasado. Los callejones tenian como dos leguas de largo i para evitar todo encuentro, yo hacia tocar la corneta cada cinco minutos, llevando nuestra division como 100 individuos con los paisanos i 300 mujeres que nos seguian.

Las primeras víctimas que hallé tendidas estaban en el mismo sitio donde estuvimos tan cerca de perecer con Bernardo. Los sucesos de aquel dia habian endurecido mi corazon; pero no obstante aquellas víctimas del patriotismo exitaron en mí no sé si venganza o indignacion.

Al llegar, una compañía del Lautaro nos dió—*el quién vive?* Yo no vacilé en decir *la patria* i *Cruz!* pues era de noche i los fusiles estaban apuntados a nosotros. *Adelántese el jefe!* intimó una voz i yo i Pando nos adelantamos. La luna asomaba en aquellos momentos, los soldados me reconocen, me abrazan, me piden la mano i me cuentan sus historias. La traicion de su comandante era lo que mas los ocupaba. Yo les dije que iba a ver al jeneral Cruz i estuve con ellos cortos momentos. Desde allí hasta la casa encontré multitud de cadáveres, i al llegar ésta ardia aun, i un oficial de artillería me contó, sin desmontarme, todos

los sucesos de aqüel dia, la muerte de Urizar, de Martinez, de Ruiz, Grandon, Artigas, Tenorio, las heridas de Baquedano, Zúñiga, Videla etc. Al desmontarme, el espectáculo de mas de 500 heridos, entre los que la mayor parte eran del enemigo, puso el colmo a aquella escena de horror donde yo habria traido a Montt i sus ministros, a presenciar el resultado de su infame ambicion. Yo, tan ajeno de estos espectáculos, miré con calma i resignacion la casa en llamas i tantos desastres que sin la justicia de nuestra causa me habrian llenado de espanto. Yo no hice mas que alzar mis ojos al cielo i conformarme con su voluntad. No habia una sola vela en la casa i un triste candil ardia en la mesa, pero en uno de los baules escapados, Bernardo halló una vela de esperma. Luego llegó el coronel Zañartu i me dijo que su hermano se habia ahogado en el Longomilla; i estaba como espantado. Yo me puse a escribir para Concepcion i a dar algunas órdenes para reunir los dispersos de la caballería i traernos algunas municiones que nos faltaban.

Cuando ya hube concluido, el Dr. Andreas me decia—«Aquí son mas bravos que en Alemania; yo he estado dos años en el ejército aleman que hacia la guerra contra la Dinamarca; me he hallado en muchas batallas, pero comparado el número, aquí han peleado como leones.» El comisario don Miguel Prieto me contó los sucesos de que yo no habia sido testigo i que al amanecer el jeneral Cruz atacaria a Búlnes que no podia tener mas de 400 hombres i que él habia llevado mas de mil.

A pesar del cansancio i ajitacion de aquel dia, mi sueño en aquella noche terrible no pudo ser mui tranquilo, i todo mi consuelo, al ver tantos infelices, era que yo habia corrido los mismos riesgo i todos mis hijos. Sin esta consideracion yo hubiera sufrido mas al saber de léjos tan tristes acontecimientos (1).

(1) Por los demas sucesos de este dia me refiero al parte que con fecha 10 de diciembre pasé al intendente de Concepcion.

Diciembre 9.

Al volver del campo enemigo en busca del batallon Lautaro i de alguna caballería, que habia reunido el comandante Lara, para atacar los restos del jeneral Búlnes, me decia el jeneral Cruz «nuestra victoria ha sido completa, pero caramente comprada con la pérdida de tantos valientes». Poco despues de pronunciadas estas palabras entró el coronel Zañartu i le dijo que su tropa estaba desalentada, por falta de caballería i que sus oficiales le habian hablado para que le indicase la necesidad de un tratado. El jeneral Cruz se sorprendió, pero calculando que Zañartu hablaba asi por impresiones recibidas el dia anterior i por la muerte de su hermano, a quien suponia ahogado, le esplicó su situacion i la del enemigo, le habló de la victoria como de un hecho que aseguraba la libertad, objeto de aquella guerra i le manifestó que su caballería en aquel momento era superior a Búlnes, a quien podia concluir con solo presentarse. Como insistiese Zañartu que mandaba 700 hombres que tenia su rejimiento, me dijo pusiera a Búlnes una nota reproduciendo lo que le habia propuesto en Chillan de realizar un tratado bajo la base de separar a Montt de la presidencia.

En la noche llegó el coronel Puga con 180 hombres con los que añadidos 90 que habia reunido el comandante Lara, ya estábamos iguales a Búlnes en esta arma i asegurada la preponderancia de nuestra infantería. Se supo que en San José, lugar distante nueve leguas de nuestro campo, el comandante don Alejo Zañartu, tenia 120 hombres de caballería i 50 habia reunido el comandante Arce en el Parral. Esta fuerza de caballería exedia con mucho a la de Búlnes que habia perdido la mayor parte de la suya sin poderla reunir. El jeneral Búlnes, con 440 hombres que podíamos reunir en tres dias, no tenia mas que rendirse o repasar el Maule, lo que no le era posible.

El coronel Puga, luego que llegó, dió parte al jeneral Cruz de que el asistente del coronel Zañartu habia seducido una partida

de 12 hombres i un sarjento que habia mandado el comandante Lara a reunir dispersos de su rejimiento, i que con ellos se retiraba al sud, diciendo que el ejército estaba perdido i que no habia esperanza alguna. Añadió Puga que traia al asistente i a los doce soldados.

El coronel Zañartu se apareció al instante, i como despues de las indicaciones de un tratado, yo recelase de sus intenciones, lo primero que hice fué contarle lo que habia hecho su asistente delante del jeneral Cruz i Puga. Dijo que el asistente ya no estaba a su lado i otras palabras insustanciales; pero yo no dudo que era de toda su confianza i que esta vez no obraba por inspiraciones propias, i mucho mas cuando Zañartu era su antiguo jefe i servia en el mismo cuerpo.

El jeneral Cruz dijo a Puga hiciera alojar su tropa, i no tomó providencia alguna sobre el esclarecimiento de un hecho que revelaba los planes de Zañartu.

Como yo indicase mis temores sobre este jefe, me dijeron que habia hecho las mayores instancias al jeneral Cruz para que le dejara el batallon Lautaro en la casa i que habiendo recibido órden en la noche de mandarlo, no habiendo peligro alguno, se negó a hacerlo, lo que hizo venir al jeneral Cruz i toda su division. Probablemente esto ha salvado a Búlnes, pues supimos despues que los pocos soldados que habia reunido lo abandonaban a los primeros tiros por el desaliento en que se hallaban.

Diciembre 10.

El jeneral Cruz no quiso mandar la comunicacion a Búlnes con ningun oficial de nuestro ejército por lo que habia hecho con el mayor Rioseco; i yo le propuse a don José Hermójenes Alamos que se hallaba prisionero en nuestro campo, lo que fué aceptado.

La contestacion la trajo verbalmente don Manuel Antonio Tocornal, i dijo no podian ceder en el punto que fijaba como base al jeneral Cruz, estando decididos a someterse a una nueva

derrota antes que ponerse en el caso de un cambio en el personal del gobierno. El jeneral Cruz contestó que la guerra seguiria, i poco despues llamó a los jefes del ejército para manifestarles el paso que habia dado i la contestacion que habia recibido i que era preciso continuar la guerra. El coronel Zañartu dijo entonces que el mayor Fuentealba del batallon Alcazar se acababa de desertar, despues de haberlo ido a convidar i que el capitan Gonzales del Carampangue habia hecho lo mismo. Indignado el jeneral Cruz, quiso mandarlos traer para castigarlos, pero Zañartu le dijo que seria para peor.

Llegó poco despues a la junta de guerra el comandante Molina, antiguo capitan del Carampangue, i se quejó de los chismes dados al jeneral de que tambien él se iba a desertar i para probar la rectitud de su conducta dijo que hacia tiempo, que habia recibido del jeneral Búlnes el despacho de teniente coronel efectivo, del qué, por ser fiel, no habia hecho uso. Este jefe mandaba el Alcázar, que ignoro porque el jeneral Cruz habia quitado a Martinez desde Chillan. El jeneral Cruz dijo a Molina que sabia de antemano los títulos que le habia mandado Búlnes, i que siempre lo habia tenido por un militar de honor.

Mui luego se supo que el mayor Labarca, ayudante del jeneral Cruz i poco ha enjuiciado en Chillan por connivencia con el jeneral Búlnes, habia desertado arrastrando al mayor Rioseco, jóven patriota, pero inocente que no comprendió el lazo que le tendian. En seguida circuló la voz de que Puga se retiraba al sud con la caballería, llevando tambien la que Lara habia reunido, lo que era mui efectivo. Un aglomeramiento de tantas infamias era una conspiracion manifiesta en que la traicion, de una parte, i el miedo de ser envueltos en ella obraban del mismo modo, no creyendo yo nunca que Puga entrara en tales maniobras. Me levanté entonces indignado i dije al jeneral Cruz que era imposible tratar con Búlnes; que estaba seguro del ejército; que el soldado i los oficiales irian donde los llevasen, que reuniese toda la tropa i que la hablase i veria la realidad. Añadí que si

habian algunos tímidos i descontentos, nadie los retenia i podian irse donde mejor les pareciese.

El coronel Zañartu, viendo que el jeneral Cruz aceptaba mi idea i mandaba tocar llamada, salió despechado i dijo a Saavedra que su tropa no tiraba un tiro mas. Este volvió al instante donde el jeneral Cruz diciéndole no se espusiese a un desaire del Carampangue, si intentaba arengar la tropa; mas lejos de abatirse el jeneral tomó su espada i salió conmigo, mi hijo Bernardo, el comandante Urriola i uno de sus sobrinos a arengar su ejército. Este lo recibió con las mayores demostraciones de entusiasmo, patriotismo i lealtad. El coronel Zañartu que se mantenia a caballo en medio de estas demostraciones, envolvia un cigarro con un ceño desdeñoso o amenazante. Eran estos los momentos de haberlo apresado con algunos otros, revelando a la misma tropa su conducta, i mandarlos a Concepcion. El soldado, que estaba inocente de aquellas tramas, habria aplaudido aquel paso; la idea de un tratado era para ellos igual a una traicion, i cuando nada mas se hubiera podido probar al coronel Zañartu, estoi seguro que todos los soldados lo habrian mirado con el mayor desprecio i horror. Esta ocasion perdida, el jeneral Cruz iba a ser la víctima de redobladas intrigas que descendiendo de los jefes a la tropa, iban a concluir con las esperanzas de la República i a anular el ejército victorioso que aseguraba nuestra libertad. El ejército allí reunido, sin contar la caballería, tenia 1450 soldados. El jeneral Búlnes no tenia en aquellos momentos mas que 580 infantes i 300 hombres de caballería, contados uno a uno por un emisario nuestro de toda confianza. En esta situacion respectiva se principió a labrar nuestra ruina.

Al concluir el jeneral Cruz de perorar la tropa, me acerqué al mayor Robles del Carampangue i le dije que lo habia visto mui frio en sus demostraciones. Esto era para mí mas inconcebible desde que apenas se concluyó la junta de guerra, me dijo que todo su rejimiento estaba en la mejor disposicion, tanto soldados como oficiales, i que no sabia lo que impulsaba a su coronel

a manifestar lo contrario. Yo llevé a Robles al jeneral Cruz, donde repitió lo mismo. El dia 8 este oficial hizo prodijios de bravura; yo tenia la mayor confianza en él por sus ideas i bizarria; pero su antiguo jefe Zañartu, en el tiempo que tardó la tropa en reunirse, le asignó el papel que debia hacer. Esto me causó gran sensacion.

Yo escribí a Puga manifestándole su falta i que si no volvia su reputacion naturalmente debia sufrir.

Todos estos sucesos efectuados en un corto período de tiempo, sin un pronto remedio, debian producir las mas sérias consecuencias. Despues de arreglar los hospitales donde dejábamos como 300 heridos, dió la órden el jeneral Cruz de pasar el Longomilla, lo que se efectuó en un corto tiempo, teniendo catorce lanchas a nuestra disposicion. En la primera lancha, como manifestando que el miedo lo impulsaba, pasó el coronel Zañartu.

No debo omitir que al concluir su conferencia, Tocornal con el jeneral Cruz le dijo—«En dos o tres dias mas su ejército le obligará a pensar de otro modo.»

Cuando aun no habia pasado toda la tropa, desde la opuesta orilla, vimos venir la caballería i dos piezas de artillería que solo se acercaron cuando todos estábamos en la opuesta, no siendo capaces de presentarse ante nuestros batallones victoriosos, aun con el auxilio de la traicion. Esta prontitud en el aviso supone la actividad de sus relaciones en nuestro campo.

Diciembre 11.

El mayor Rojas, capitan de cazadores del antiguo Carampangue, me decia por la mañana temprano que él no creia en las demostraciones de la tropa en el dia anterior i que siempre habia el mismo descontento en el soldado. Esto me indicó bastante que los planes seguian, pues hasta la evidencia habia llegado mi confianza en la tropa.

El jeneral Cruz habia pasado la noche bajo un espino en una mala cama que mi hijo le mandó, pues la suya se la dió a su

asistente, muchacho intelijente i lleno de valor que habia recibido una herida peligrosa cumpliendo sus órdenes. El jeneral Cruz hacia abnegacion completa de si mismo; enfermo i ya de alguna edad, él no tenia ni el egoismo que da un largo hábito en los campos militares ni manifestaba señal alguna de timidez, apesar de haber visto ya lo bastante para esperar un trájico desenlace de tantos esfuerzos hechos por la libertad de la República. Yo fuí a traerlo a un mal rancho en que habia pasado la noche; ordenó ensillar su caballo i me dijo que luego estaria conmigo. Me volví a pie, i ántes de llegar me alcanzó i me dijo que montara luego a caballo, que la traicion seguia haciendo sus estragos. En un minuto estuve pronto i partimos al galope por el frente de la línea, en busca del coronel Zañartu que hallamos a las doce cuadras en casa de un señor Prado. El jeneral le dijo que como 30 hombres de su cuerpo se habian desertado con direccion al sud, i que saliera luego a contenerlos i a evitar aquel escándalo a su rejimiento. Zañartu contestó que de ningun modo iba porque sus soldados no le obedecian i ya lo habia dicho, de que sus oficiales estaban resueltos a rendirse a discrecion, garantizándoles la vida.

El jeneral, tan afectado como lleno de indignacion esclamó entonces.—«Este es el primer ejemplo que hace de una victoria una derrota, solo en el Perú se ha visto un caso igual, i yo soi aquí el escojido para ser la víctima de maniobras tan ruines. Pues que ya no puedo nada en este ejército, añadió, estienda U. señor don Pedro un poder bastante al señor Alemparte para tratar, i obtener algunas garantias, no para mí, sino para los patriotas que fielmente han servido.» Yo, afectado como él le dijo.—«Que jamas se autorizaria con mi firma un tratado que no podia ser sino vergonzoso i traer la ruina de la República i que me dispensase de la negativa que le hacia.» El jeneral Cruz me miró fijamente, combatido por la posicion en que se hallaba i mi enérjica resistencia, i me contestó—«Se hará el tratado sin su autorizacion, porque es preciso tratar!» Zañartu salió en este momento

i en mi acaloramiento dije entonces cuanto calculaba i por moderacion habia callado. El jeneral Cruz guardaba un profundo silencio i don José Antonio Alemparte me decia «*silencio! silencio! señor don Pedro!*»

Luego llegó aviso que el teniente Novoa del Carampangue había desertado con su compañía entera i armada. El jeneral mandó al comandante Saavedra i al comandante Lara tras ellos, pero léjos de volver a sus ruegos los amenazaron. Saavedra, despues de haber corrido dos leguas volvió, para avisar que el comandante Molina iba desertado con todo su batallon. El jeneral Cruz tomó su espada i salió tras ellos. Los soldados se detienen a su presencia, el jeneral los reconviene por su conducta i ellos les contestaron.—«Que se creian abandonados, que sus oficiales le habian dicho que su jeneral se iba a Constitucion, a embarcarse con otros jefes i que ellos, resueltos a no entrar por tratados ni entregarse al jeneral Búlnes, se iban a Concepcion.»

Volvió el jeneral Cruz a nuestro campo con casi todos los soldados, pero ya el mal era incurable no pudiendo hacerse un ejemplar castigo. El enemigo tuvo aviso al instante de lo que pasaba en nuestro campamento, como no era posible que tan pronto fuera instruido, se incendió el campo i las nubes de humo que se levantaron, debieron ser la señal convenida para avisar la desercion. Una hora despues pasaba la caballería con infantes a la grupa a nuestra vista, por la ribera opuesta para tomarnos la retaguardia i recojer a los dispersos que salian de nuestro campo. Para pasar el rio i salir al portezuelo de Comavia, tenian que hacer un rodeo como de diez leguas.

El tratado iniciado no podia ser mas que una rendicion mas o menos vergonzosa. De todo el rejimiento de Zañartu no quedaria aquel dia mas que 300 hombres. Molina dijo que habia seguido a su batallon por ver si podia contenerlo; i cuantos conocidamente habian tomado parte, daban las mas fútiles disculpas. Nuestro ejército, sin una voluntad fuerte que lo reaccionara, era una farsa, i el tratado que se hacia no podia ser otra cosa. El

pais hubiera ganado mucho mas con una derrota, pues el sud es invencible; pero un tratado amarraba las manos a los que podian continuar la guerra i esto era lo que Búlnes queria, a pesar de que la traicion le daba una victoria segura.

El jeneral Cruz, antes de estos sucesos me habia indicado su idea de ponerse en la noche a orillas del Maule con sus 14 lanchas i pasar el rio. La primera division de 700 hombres debia enfrentar al campo de Búlnes e impedir su pasada i la otra, de 800, marchar contra Talca, donde hubiéramos tomado las municiones que nos escaseaban para marchar sobre Santiago, a donde habríamos llegado con 300 hombres, al ménos.

Este plan era seguro desde que a Búlnes estaba impedido el paso del rio, tanto por sus pocas lanchas, como por la corta fuerza de que podia disponer. A la vez no podian pasar mas que 250 hombres que cabian en las cinco lanchas. Mientras Búlnes tocara otros resortes para pasar, nuestra caballería se habria reunido i habríamos formado una division mui superior a la de Búlnes para contenerlo, marchando sobre Santiago un otro ejército, cuya base habria sido la division dirijida a Talca.

La traicion ha privado a la república de su tranquilidad i de su libertad; ha hecho males que sus autores no pueden comprender. El jeneral Cruz me decia—«Tanta infámia no es comprensible; es preciso concluir todo esto; la corrupcion todo lo ha invadido.» Jamás un hombre sufrió un martirio igual. Valiente hasta la temeridad, era débil para sobreponerse a esta clase de dificultades. «Ah! me decia, si yo me fuera solo a la frontera, haria una guerra eterna. Alli soi invencible, Búlnes sabe bien esto; pero yo no haré esta clase de guerra.»

Diciembre 12.

A las diez del dia se movió el ejército hácia la hacienda de la Vaqueria en busca de un mejor alojamiento. A la media legua que habíamos andado, alcanzé al ejército i el mayor Rojas me dijo que habia parado por órden del jeneral la tropa i que se

hallaba a punto de ser desobedecido, porque toda ella queria marchar. El jeneral Cruz buscaba el punto mas cómodo, i para evitar un nuevo escándalo, fuí a buscarlo i le conté lo que pasaba. Su indignacion era estrema, i cuando vimos que el ejército marchaba.—«¡Qué infámes!» me dijo.

Poco ántes de llegar el portezuelo de Comávia, alojó toda la tropa conforme con lo anunciado al jeneral Búlnes, con quien estábamos en suspension de armas. Allí el batallon Lautaro, uno de los mas fieles, sin recibir órden alguna se puso en movimiento i sus jefes, cuando quisieron contenerlo, fueron desobedecidos. Decian ellos que los iban a entregar por un tratado i que estaban dispuestos a morir ántes que consentirlo. Estando Alemparte en el campo enemigo, el jeneral Cruz creyó de su deber el comunicar esto al jeneral Búlnes, quien contestó que no podia ya tratar con él desde que su tropa le desobedecia, i le ofreció su campo para él i sus oficiales, si su seguridad personal estaba amenazada. Añadia el jeneral Búlnes que para evitar los desórdenes de una tropa desbandada, hacia mover sus fuerzas.

Luego que la correspondencia fué remitida a Búlnes, el jeneral Cruz salió tras el Lautaro que se hallaba mui tranquilo, habiéndose orijinado su movimiento de una de las mil intrigas i engaños tan comunes en estos momentos. Se le dió aviso al Lautaro que el Carampangue se marchaba al sud, i los soldados dijeron que ellos no se quedaban por ninguna consideracion humana. Como hallaron tranquilo el Carampangue al pié del portezuelo de Comávia, ellos tambien paralizaron su marcha.

Los soldados que vieron la tropa enemiga en las alturas, no se ocupaban mas que del ataque, i apesar del desórden que la traicion habia ocasionado, estoi seguro que un combate habria reorganizado nuestro ejército; pero Búlnes estaba mui léjos de este pensamiento, desde que por otro camino obtenia mas provechosa victoria.

En la noche se interceptó una carta de Búlnes al mayor Robles del Carampangue, diciéndole que el servicio que de él

reclamaba seria jenerosamente recompensado. A esta carta acompañaba una otra dirijida a todos los jefes de nuestro ejército, ofreciéndoles su proteccion, pero sin nombrar a ninguno.

Yo hablé a Robles sobre su conducta; él me negó todo i me dijo que Búlnes lo queria perder escribiéndole cartas de esta naturaleza. «Vaya U. a verla i pídala al jeneral Cruz, le dije, Dios quiera que U. se vindique de esto,» lo que naturalmente deseaba, pues aquel jóven habia sido el mas distinguido el dia 8 por su heroico denuedo; su amistad a Zañartu i el querer guardarle consecuencia hasta aquel momento, lo arrastró a tan terrible falta.

Dia 13.

Habia en el ejército una especie de reaccion; la tropa desde el dia ántes ansiaba por combatir i lo pedia con entusiasmo al jeneral, quien, a su vez, sentia los mismos impulsos. En la noche se recibió tambien la contestacion del jefe que dominaba el portezuelo de Comávia, diciendo que no habia recibido órden alguna de Búlnes que hiciera cesar las hostilidades i que él continuaba su actitud hostil. Esta contestacion, la negativa del jeneral Búlnes a tratar i el movimiento que avisaba habia hecho, cuando habia aceptado ya nuestro emisario, obligó al jeneral Cruz a tomar un partido mas decisivo. Me dijo pusiera yo una nota declarando rotas las hostilidades, sin perjuicio de seguir tratando lo que hice con el mayor gusto, creyendo que todo tomaria un mejor camino i que la guerra seguiria. Luego que se tocó la diana, el jeneral Cruz citó a los jefes del ejército para instruirlos de lo ocurrido i de la contestacion que acababa de dar a Búlnes, rompiendo las hostilidades. El coronel Zañartu volvió a su tema de paz de cualquier modo; me designó como el autor de la falsa comunicacion del dia anterior i el único que trataba de continuar la guerra. Yo le contesté bien duramente i le dije que todos los jefe sabian el movimiento del Lautaro el dia anterior i lo habian visto; que el oficio lo habia

puesto por órden del jeneral Cruz; que estaba satisfecho de mi conducta i que tenia la satisfaccion de que el ejército entero me haria justicia. Dijo entonces Zañartu que él apreciaba lo que llamaban ideas i patriotismos como palabras vanas; que él i el comandante Molina habian entrado en la revolucion por solo seguir al jeneral Cruz. Volví a replicarle i le dije que él era el único criminal en el ejército desde el momento que no lo habia conducido ninguna idea jenerosa ni ningun noble sentimiento, siendo él la única causa de todas las desgracias de la revolucion, junto con su batallon que le sirvió de base. El tuvo verguenza de descubrir sus intrigas con el jeneral Viel, i las mil tonterías que quizo hacer. El jeneral Cruz se interpuso i dijo que él habia abrazado la revolucion como mui justa i como una necesidad en que habian calocado a la república; que los pueblos habian hecho mas de lo que habia esperado, i cuando yo creia iba a esplicar las causas que inutilizaban todas nuestras esperanzas, guardó silencio. Sin tener mas resultado aquella junta de guerra, ordenó tres divisiones el jeneral Cruz de los batallones Guia, Alcazar i Lautaro i por tres distintos puntos mandó atacar las fuerzas que nos impedian el paso i dominaban la altura. Del rejimiento Carampangue, no se esperaban mas que traiciones, i por esto era que el jeneral no lo ocupaba de nada, aunque el soldado no participaba de la corrupcion de sus jefes.

Luego que hubimos pasado el portezuelo de Comávia se nos avisó que el comandante Molina i el mayor Rojas, antiguos capitanes del Carampangue, se habian desertado. Mas tarde se nos avisó que el mayor Gaspar i el capitan Benavente, ambos jóvenes llenos de valor i patriotismo habian seguido aquel ejemplo; me convenció ésto de que la idea de una traicion que nos entregaba amarrados al enemigo dominaba ya en el ejército, viendo cometer esta falta a dos jóvenes que habian peleado el 8 con tanto valor i heroismo. Mas tarde he sido instruido que Benavente se fué con permiso del jeneral Cruz, lo que me causó mucho placer.

Nuestra marcha fué corta hasta llegar al Carrisal, dos leguas

de distancia. El enemigo huyó todo encuentro i se mantuvo a la vista todo el dia.

Dia 14.

Anduvimos este dia seis leguas hasta Purapel, pequeño rio que dista seis leguas de Cauquenes. La tropa pudo andar este dia doce leguas lo que habria salvado la República, poniéndonos distante de Chillan trece leguas. Nuestra marcha habria sido sin inconveniente alguno, pasado el Ñuble, donde nos habríamos podido reunir con 600 hombres de caballería. El jeneral Cruz tenia por delante el fantasma de la traicion que le acortaba los pasos. El me decia que puestos en Chillan él podia reorganizar el ejército, separando a todos los traidores; yo le hacia ver la posibilidad i cuando lo veia vacilante le indicaba a Cauquenes, donde podriamos esperar del tiempo un mejor tratado. Yo esperaba de Concepcion un auxilio de municiones que desde el dia 8 pedí i tambien dinero. Aguardaba tambien un levantamiento en masa de todos aquellos pueblos que habria espantado a Búlnes i anonadado a Zañartu.

El jeneral Cruz ordenó se repartiera el dinero que tenia la caja del ejército, i se dió a cada oficial un mes de paga, a cabos i sarjentos media onza i un cuarto de onza a cada soldado. Igual distribucion se hizo a las viudas i heridos. El número de soldados allí presentes fué en la revista de 1260 hombres. Con esta paga i las distribuciones hechas en Chillan mui poco debia ser el alcance del ejército. El buen órden que desde un principio yo establecí en Concepcion i la economia del jeneral Cruz nos dió los recursos para sostener la guerra i mantener 4,000 soldados sin imponer un centavo de contribucion.

Dia 15.

Trajo al fin don José Antonio Alemparte los tratados para ser ratificados, pero éstos no eran mas que una capitulacion militar que dejaba a los antiguos oficiales con los grados que tenian

ántes de la revolucion, i un olvido (para solo ellos), de sus faltas políticas, desde el 1.º de setiembre.

Apesar que yo habia protestado al jeneral Cruz no tomar parte en tales tratados su lectura me indignó, mucho mas, cuando Zañartu dijo que estaban buenos.

Por tocar todos los recursos de desbaratar aquella obra, hice ver entonces al jeneral Cruz que no habia ningun artículo que salvase los compromisos pecuniarios i que todos caerian sobre sus intereses para pagarse de los recursos tomados de los particulares o el fisco con su autorizacion.

El jeneral contestó que lo que tocaba a su persona, no le afectaba de modo alguno i que cargaba con la responsabilidad de todo. Viendo frustrado este recurso, dije que seria ignominioso para el ejército i sus jefes el asegurar sus destinos i sus rentas haciendo ademas nulos sus compromisos políticos, cuando toda la nacion, levantada a la sombra de nuestro ejército, quedaba sometida a sus verdugos, que no dejarian de vengarse contra el patriotismo denodado de tantos ciudadanos.

Zañartu, que vió la impresion que iba haciendo mi discurso trató de ponerle término, diciendo: «que sufriesen los paisanos las consecuencias de andar levantando a los militares, sacando despues el bulto a los peligros.» Yo le contesté entónces que aunque no habia tenido cuerpo que mandar, habia corrido todos los peligros de la campaña, pero que él era el menos a propósito para satirizar a los paisanos, aludiendo a que todo el dia 8 lo pasó encerrado trás murallas que contenian hasta las balas de cañon, i cuya cara, aun despues de haber pasado el peligro, espantaba. Espuse que el batallon Guia era de paisanos que habian tomado el fusil para defender sus derechos, i que los batallones *Lautaro*, *Alcazar* i 2.º *Carampangue* eran ciudadanos que habian acudido al llamamiento de la patria. «Son paisanos, añadí, los que han perecido en Petorca, la Serena i Valparaiso, los que en todas partes han sucumbido a manos de los soldados de línea por libertar la república.» Mi discurso fué sin duda en un tono

apasionado, porque la cólera me daba valor hasta para morir allí mismo; nadie se atrevió a interrumpirme hasta que confundí a Zañartu. El jeneral Cruz se levantó entonces como inspirado i arrojando al suelo los tratados dijo: «Jamás firmaré yo este documento, mientras los paisanos no tengan las mismas garantías que los militares. Aquí me haré matar con el último soldado que quiera acompañarme.» Nadie habló una sola palabra mas, i Alemparte, recojiendo los tratados, dijo volvería a organizarlos en la forma que se deseaba.

Este dia nos llegó la noticia que el mayor Rojas estaba a la cabeza de 300 hombres en Chillan, que el coronel Puga tenia en Tomenelo 240, en el Parral, 50 el comandante Arce i 200 que venian de la frontera, lo que hacia un total de caballería de 790 hombres, doble número de la que tenia el jeneral Búlnes. Nuestra infantería era de 1,260 hombres en Purapel i 200 que estaban en Chillan, fuera de 400 que desde el dia 10 se nos habian desertado i que sin duda se nos hubieran ido reuniendo, pues todos ellos huian de los tratados i no de los combates i peligros. La infantería, sin contar mas que la existente, era de 1460 hombres i ese dia Alemparte habia contado la de Búlnes uno a uno, i no alcanzaba mas que a 700, aunque nos dijo que de Talca podian traer 200 hombres mas. En resúmen, Búlnes a lo mas podia reunir 1300 hombres i nosotros teniamos 2250. Búlnes no podia conseguir un soldado mas; nosotros debiamos contar con un refuerzo seguro de Concepcion; Búlnes se hallaba en tierra enemiga, nosotros con toda la opinion i los recursos. I no obstante, la suerte estaba ya tirada!

El intendente don Ramon Zañartu exelente patriota, escribia al jeneral Cruz hablándole de la cobardía de los jefes de caballería a quienes iba a poner presos. El comandante don Alejo Zañartu se puso en camino; pero encontrando al mayor Gonzales que se desertó el 10, en el momento que habló con él se volvió. El coronel Puga dejando a Tomenelo avanzó al sud, alejándose de nosotros, lo que dificultaba cualquiera movimiento de nuestra infantería.

Dia 16.

Mi discurso contra los tratados reunió a la puerta de la sala de la junta de guerra mas de 40 oficiales que presenciaron mi acaloramiento i aplaudieron mis razones. Todos ellos, luego que se supo que el jeneral Cruz habia firmado los tratados con las equívocas promesas de amnistía i salvo-conductos a paisanos, me vinieron a ver para que me pusiera a su cabeza i que levantarian los tres batallones *Alcazar*, *Guia* i *Lautaro*, seguros de que los dos batallones del Carampangue seguirian. Saavedra me dijo: *yo haré lo que hagan los otros*, i Lara, que mandaba el Alcázar, estaba pensativo i sin fé en el resultado. Yó, por mi parte, hubiera hecho cualquier sacrificio por romper estos ignominiosos tratados; pero no tenia reputacion alguna militar i conocí que sin un jefe como el jeneral Cruz, no era posible una retirada a la vista del enemigo. El comandante Apolonio i los jóvenes de estos tres cuerpos eran los motores de esta revolucion que procuré apaciguar, diciéndoles que yo no podia servirles, i que desde el primer dia tendríamos que irnos batiendo, quizá contra algunos de los que contábamos como amigos, pues suponia que Zañartu podia retener muchos de sus antiguos soldados. La traicion, introduciendo la desconfianza, imposibilitaba, por otra parte, este movimiento: tambien la indisciplina en que se habia puesto al soldado, nos quitaba esa regularidad que en aquellos momentos era tan necesaria.

El aspecto de nuestro campo era silencioso; sobre todos pesaba la conviccion de los desastres que seguirian aquellos tratados i un recojimiento interior absorbia todos los espíritus. Yo no perdí mi serenidad, i cuando el sobrino del jeneral Cruz me vino a avisar que ya estaban firmados los tratados por su tio, mi resolucion fué irme a Concepcion, ántes que contra mí se organizara alguna intriga. Pero ántes de dar este paso, ví a Alemparte para que pidiera al jeneral Búlnes un salvo-conducto para mí,

quien me dijo lo obtendria fácilmente, pues la leccion que habian recibido los tenia aun espantados.

El coronel García fué comisionado para recibirse de nuestras fuerzas; pero instruido por el jeneral Cruz de la disposicion de éstas, volvió a ver al jeneral Búlnes para arreglar los medios de disolver un ejército exaltado hasta el fanatismo. Estoi seguro que una hora despues de la entrega habria sido fusilado García i cuantos oficiales enemigos con él estuviesen, i esto mismo se lo advirtió el jeneral Cruz, indicándole que el mejor medio que podia tocarse era el que todos los cuerpos se fuesen con sus correspondientes jefes i oficiales para disolverlos en los pueblos que tocasen, lo que aceptó el jeneral Búlnes dejando solo el Carampangue que debia ir a Talca.

Pedro Felix Vicuña.

DOCUMENTO NÚM. 18.

CORRESPONDENCIA DEL INTENDENTE DEL ÑUBLE DON RAMON ZAÑARTU CON DON BERNARDINO PRADEL, SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS POSTERIORES A LA BATALLA DE LONGOMILLA.

Chillan, diciembre 11 de 1851.

Anoche oficié a US. manifestándole la necesidad de municiones, i por olvido dejé de repetirle la de reunir caballería en la frontera para auxiliar al jeneral, que, apesar de la victoria, se encuentra en inaccion por la intempestiva dispersion de la tropa de esta arma. Aquí con la policia, algunos desertores i milicianos que habia traido al pueblo, he reunido ciento i tantos, i esperan en San Carlos igual número que van al mando del teniente coronel don Alejo Zañartu. Esta tropa, la parte de desertores, vuelve mui disgustada, por lo que se hace mas necesario el auxilio.

Yo he empeñado a Yañez i tres caciques pehuenches que han

venido para que salgan con 100 mocetones por Linares, cuya promesa, si podemos fiarnos de ella, con ocho o diez dias mas pondria en disposicion de aprovecharnos de la victoria.

Dios guarde a US.

M. Ramon Zañartu.

Los indios que acompañaban nuestro ejército han fugado i no queda uno.

——

Chillan, diciembre 11 de 1851.

Cuando nos gozábamos de la victoria han llegado unos cuantos oficiales del ejército a turbar nuestra tranquilidad, manifestando con su fuga un descalabro jeneral. Nos dicen que la situacion de nuestro ejército es mui azarosa, i sino se le auxilia con caballería, será perdido. Los dispersos en todas direcciones pasan sin poderlos contener, i si US. no hace un esfuerzo para que las milicias de Coelemu, de los Anjeles i demas puntos de su provincia pasen reunidos a favorecerlos, no sé que remedio haya. Parece a la jente, segun su miedo, que ya el enemigo está en las puertas, i el sobresalto de los vecinos es demasiado terrible.

De la fuerza que yo he mandado se dice que ha vuelto una parte; he mandado reunir los escuadrones; no sé si lo conseguiré, pues no tengo medios para hacerme obedecer; estoi solo, la policia aun la he mandado, i los pocos disponibles han ido a tomar algunos dispersos, creyéndome ya libre de todo peligro.

Espero pues que US. tomará algunas medidas que mejoren nuestra situacion i no vaya a ser inútil tanta sangre derramada por alcanzar la libertad de la patria.

Dios guarde a US.

Ramon Zañartu.

——

Señor don Bernardino Pradel.

Chillan, diciembre 18 de 1851.

Mi amigo:

Anoche ha llegado el Auditor Fernandez dejando nuestro ejército en Purapel, hacienda de Montero, hoi de Avila, i tratando de paz, con cuyo objeto estaba Alemparte con Búlnes. En tal situacion no podia moverse nuestro ejército, teniendo siempre a la vista una fuerza de 150 hombres en observacion. De este lugar ha salido, i segun las últimas noticias se hallaba ayer en Rucachorro, veinte leguas de aqui, o en Guellamui, poco mas distante; cuyo movimiento me prueba no han habido tratados, i marcha nuestro jeneral a rehacerse a esta provincia. Me dice, por conducto del Auditor, que para ese caso le presente en Cocharcas del otro lado del rio la caballería, aunque sean mujeres vestidas de hombre solo para imponer al enemigo.

He puesto en conocimiento del jeneral las noticias que U. me da i las fuerzas que vienen en su auxilio, designando los lugares que ocupan. Hoi debo tener contestacion por alguno de dos propios que mandé por distintas direcciones con ese mismo objeto, temiendo sea alguno interceptado.

Aquí tengo al coronel Puga, don Pedro Alarcon, Zapata i varios oficiales con quienes reorganizaremos la fuerza que se vá reuniendo, i tan pronto como reciba las órdenes de nuestro amigo obraremos.

El jeneral trae 1,200 infantes, i mucho armamento, nueve cañones, con los obuses quitados, i no veo inconveniente para que pasando el rio protejido por su artillería entre a Chillan a la hora que quiera.

Búlnes no trae mas que 700 a 800 infantes i 200 de caballería, i ya ve U. que nada puede hacer a Cruz en el tránsito sino molestarlo, i si nuestros huasos no fueran tan falsos lo iríamos a encontrar sin recelo.

Anoche se han huido cincuenta i dos milicianos que tenia en

la ribera del rio Ñuble, llevándose los caballos; solo ha quedado su capitan Roa con ocho hombres. Recelo que este oficial tenga parte en la fuga para emprender la suya con algun pretesto. Escribiré a Molina con él mismo para que le haga reunir su tropa i volver pronto. De la de Rios faltan 20 hombres: ya es intolerable esta cobardía, que es preciso desimpresionar. Las indias las tendrá U. sin que falte una de las que hai en la poblacion: estoi decidido a complacerle, convencido de la necesidad de ello en las actuales circunstancias.

Ya me tiene U. obrando un poquito mas firme. Ayer he puesto guardia a la casa de mi amiga doña Milagro Ojeda, arrestándole dentro de ella, sin salir persona alguna por haber intentado ceducir a un sarjento, aunque indirectamente, i en dos horas saldrá de la poblacion.

A la Basilia Lopez he puesto en la cárcel e igualmente saldrá fuera de la poblacion, medida que he tomado tambien con mi cuñado Urrutia. He protestado no tolerar la mas leve falta que pueda influir en perjuicio de nuestra causa; bajo ese principio debe U. considerarme capaz de serle mas útil.

Mieres ha obtenido su libertad, se ha venido con Fernandez, Videla, a quien ha cuidado mucho, i entra hoi. Tambien se me han presentado Sanhueza i Sepúlveda, separados de su ejército que quedan en sus casas, prestando fianza de no tomar parte en lo sucesivo.

Acaban de llegar a Maipon los 300 hombres de que me habla i mañana empezaremos a organizar como mejor se pueda.

Saluda a U. su amigo afectísimo.

M. Ramon Zañartu.

No tema por su correspondencia, nada conservo, todo se rompe, como U. sabe.

DOCUMENTO NÚM. 19.

NOTA DEL INTENDENTE DE CONCEPCION DON NICOLAS TIRAPEGUI SOBRE LOS RECURSOS PECUNIARIOS COLECTADOS EN EL VECINDARIO DE AQUELLA CIUDAD, I NÓMINA DE LAS SEÑORAS QUE SE SUSCRIBIERON PARA AUXILIAR EL EJÉRCITO.

Concepcion, diciembre 9 de 1851. A las cuatro de la tarde.

Despues de haber hecho los esfuerzos posible para reunir una cantidad regular de dinero, haciendo pasar los fondos disponibles que habia en la Aduana de Talcahuano i ajitando con la mayor actividad los cobros de los deudores a la tesoreria departamental i otros medios con este mismo objeto, apenas habia conseguido reunir unos tres mil pesos; pero felizmente he promovido un empréstito voluntario de los patriotas vecinos de Concepcion que convoqué en esta intendencia i tengo la satisfaccion de anunciar a US. que se han llenado mis deseos, traspasando la esperanza que habia concebido.

En este momento se retira un número considerable de los vecinos de esta ciudad, despues de haberse prestado jenerosamente a contribuir con diversas cantidades, que inmediatamente empiezan a exhibir en la tesoreria jeneral, con cargo de que le sean reintegradas cuando termine la revolucion en que nos hallamos comprometidos.

Adjunto a US. una lista de las personas i de la suma con que cada uno ha concurrido. Por ella se impondrá del feliz éxito que ha tenido esta medida, i con lo que espero satisfacer, en partes, las necesidades en que se haya nuestro ejército.

No puedo menos de poner en conocimiento de US. el patriótico celo i actividad que en este aumento han empleado los señores Zerrano i Smith, sin desvirtuar por ellos la espontánea jenerosidad de los demas.

Espero todavia que se aumente el número de los contribuyentes, porque muchos no han concurrido por estar ausentes o enfermos.

Pasado mañana saldrá una pequeña partida conduciendo todo el dinero que hubiere reunido, tanto de los fondos fiscales como del empréstito.

Las señoras por su parte i solicitadas por doña Nieves Vasquez de Zerrano han levantado una suscripcion, para regalar gratuitamente al ejército alguna ropa i dinero. Creo que esta suma no bajará de quinientos pesos.

Nada mas de particular tengo que comunicar a US. por ahora.

Sírvase US. elevar al conocimiento de S. E. el jefe supremo el contenido de la presente para que acuerde en ella lo que fuere de su agrado.

Dios guarde a US.

Nicolas Tirapegui.

Señor intendente:

La que suscribe con el debido respeto a US. dice: que las señoras de Concepcion desean por todos los medios que esten a su alcance subvenir en las necesidades que en la actualidad pueden tener los defensores de la causa que debe hace la felicidad de la patria. En esta virtud,

A US. suplico se me permita correr una suscricion entre las personas de mi sexo para lograr tan benéfico resultado.

Nieves V. de Zerrano.

Concepcion, diciembre 9 de 1851.

Concédese el permiso que solicita doña Nieves V. de Zerrano, i reconoce esta intendencia este noble i jeneroso rasgo de patriotismo.—Anótese i devuélvase.

Tirapegui.

Luis Pradel, secretario.

LISTA de las suscritoras para el socorro del ejército del sud.

		Ps. Cts.
Señora	Josefa Zañartu de Cruz	51 75
"	Delfina Cruz	8 62
"	Emilia Lastra de Alemparte	51 75
"	Binimelis e hijas	69
"	Francisca Zañartu de Rio	17 25
"	Margarita Masenlli de Smith	17 25
"	Malvina Smith	8 62
"	Carmen Rios de Pozo	8 62
"	Francisca Zerrano	4 31
"	Carmen Zerrano	4 31
"	Mariana Carbajal de Benavente	17 25
"	Dolores Ferrebú de Jones	17 25
"	Octavia Arangua de Jones	17 25
"	Zoraida Jones	10
"	María Patiño de Silva	8 62
"	Encarnacion Rios de Fuentes	1 pieza paño.
"	Mercedes Labbé de Lavandero	17 25
"	Dolores Pradel de Cruz	25 87
"	Anjela Guerra	17 25
"	Mercedes Martinez de Molina	8 62
"	Josefa Campos de Herrera	17 25
"	Francisca Larena de Larena	17 25
"	Adelaida Pradel de Rojas	17 25
"	Mercedes Solar	2 18
"	Antonia Alcazar de Urizar	4 31
"	Teresa Alcazar	4 31
"	Micaela Rio de Arrota	2 18
"	Rosario Pozo de Rios	8 62
"	Josefa Carvallo de Vial	4 31
"	Gregoria Jarpa de Riquelme	8 62
"	Agustina Riosceo de Martinez	8 62
"	Mercedes Ruiz de Martinez	8 62

" Manuela Puga. . . . . 50 camisas.
" Isabel S. de Menchaca. . . . . 50 camisas.
" Eujenia Prast. . . . . 50 camisas.
" Matilde Smith de Masenlli. . . . . 100 camisas.
" Rosario Benarent. . . . . 50 camisas.
" Rosa Squella. . . . . 50 camisas.
" N. N. . . . . 12 pantalones.
" Pilar Vega de Prieto. . . . . 1 piezas jén.
" María del Rosario Muñoz de Pozo. . . . 1 piezas jén.
" Tránsito Alcázar de Herrera. . . . . . 1 piezas jén.
" Florinda Quiroga de Herrera. . . . . . . 1 piezas jén.
" Carmen Herrera de Manfred. 8 62
" Gumesinda Prast. 34 50
" Igimacra Gonzalez de Lacur. 4 31
" Mercedes i Eduvije Benavente. . . . . . 50 gorras.
" Pilar Benavente de Manzano. . . . . . . 50 camisas.
" Máxima R. de Parodi. . . . . 1 piezas jén.
" Antonia Maffei. . . . . 6 camisas.
" Ascension Reyes de Alvarez. . . . . . . 12 camisas.
" N. N. . . . . 12 pantalones.
" de Pacheco. . . . . 40 yardas jén.
" Mariana Benavente de Lamas. 17 25
" Francisca Zañartu. 17 25
" Nieves V. Zerrano. 51 75
" Ascension Moraga. . . . . 12 camisas.
Señoras Rioseco. . . . . 3 piezas jén.

Estos fondos se invirtieron en vestuario i tomó 650 el comandante Silva Chaves i 300 pares zapato en la orilla del Itata, estancia del jeneral Cruz, los que no alcanzaron al ejército por la pérdida de Longomilla i los que no se remitieron se le repartieron a los soldados que llegaban de la campaña heridos i desnudos.

N. V. Z.

DOCUMENTO NÚM. 20.

CONVENIO ENTRE EL INTENDENTE DON EUJENIO NECOCHEA I LOS INSURRECTOS DE CAUQUENES, PARA OCUPAR DE NUEVO ESTA PLAZA.

Los que suscriben, Eujenio Necochea, intendente de la provincia del Maule, José Manuel Eguiguren, juez de letras de la misma i Rafael Sotomayor, juez de igual clase de la provincia de Concepcion, a fin de poner término a los males que aflijen a este pueblo i cediendo a las instancias de las personas que en el departamento han tomado parte en la guerra civil i que se hallan acantonados en la plaza de este pueblo, nos obligamos a solicitar en el modo mas eficaz del señor jeneral en jefe del ejército de operaciones del sur i de las demas autoridades legales, a quienes corresponda, el indulto, o al menos, toda la induljencia posible por la conducta política de dichos individuos que lo son, don José Maria Fernandez Moraga, don José Maria Cisternas, don Pablo Manriquez de Lara, don José Anjel Vasquez, don José Maria de la Fuente i demas individuos que se hallan a sus órdenes, todos los cuales se obligan, por su parte, a retirarse a sus casas, sin mezclarse mas ni prestar ningun jénero de apoyo al partido opositor del gobierno.—Cauquenes, diciembre doce de mil ochocientos cincuenta i uno.—*José Maria Fernandez Moraga—José Maria Cisternas—José Anjel Vasquez—Pablo Manriquez de Lara—José Maria de la Fuente—Eujenio Necochea—José Manuel Eguiguren—Rafael Sotomayor.*

DOCUMENTO NÚM. 21.

PIEZAS OFICIALES RELATIVAS A LA ENTREGA DE LA INTENDENCIA DE CONCEPCION POR LAS AUTORIDADES REVOLUCIONARIAS.

Oficio del coronel Rondizzoni.

En marcha, diciembre 21 de 1851.

Adjunto a US. un oficio del jeneral don José Maria de la Cruz, por el cual se impondrá del término que felizmente ha tenido la guerra civil que dividia a una parte de la República i de los tratados de paz celebrados entre dicho jeneral i el señor jeneral en jefe del ejército nacional, don Manuel Búlnes. En cumplimiento, i en consecuencia de dichos tratados, debe entregarse el mando de esta provincia a las autoridades constituidas por el supremo gobierno constitucional, i para este fin hago saber a US. que yo debo hacerme cargo de la intendencia, como intendente sostituto i como comisionado por el ya citado señor jeneral en jefe.

Espero que US. para evitar embarazos que serian gravemente perjudiciales a la tranquilidad pública i para economizar tiempo, dará los avisos oportunos a las autoridades subalternas de la provincia, imponiéndoles del deber de obedecer i someterse a los funcionarios legales. Con este fin dirijo a US. esta comunicacion, previniéndole que tan luego como llegue a esa ciudad, me recibiré del archivo bajo un formal inventario.

Inmediatamente que arribe a la cabecera del departamento de Coelemu, pienso disponer el restablecimiento del gobernador nombrado por el supremo gobierno i que funcionaba ántes de la revolucion del 13 de setiembre próximo pasado. Todo lo cual pongo en conocimiento de US. para los fines convenientes.

Dios guarde a US.

José Rondizzoni.

Al intendente actual de la provincia.

Contestacion al oficio anterior.

Concepcion, diciembre 22 de 1851.

Acabo de recibir la nota de US., fecha de ayer, en que se sirve acompañarme un oficio del señor jeneral de division don José Maria de la Cruz, i tambien una copia autorizada de los tratados de paz celebrados entre los comisionados don José Antonio Alemparte, por nuestra parte, i don Antonio Garcia Reyes, nombrado por el señor jeneral en jefe del ejército nacional don Manuel Búlnes, i ratificados i canjeados por ambos jefes en Santa Rosa el dia 16 del presente mes, alcanzando felizmente de esta manera un término pacífico a las sangrientas discensiones que dividian la república.

Me apresuro a contestar la enunciada nota de US. manifestándole que en cumplimiento a lo estipulado en los referidos tratados, he espedido las órdenes necesarias para el restablecimiento de las autoridades de esta provincia que existian ántes de la revolucion del 13 de setiembre último.

Tengo la satisfaccion de participarle que ningun embarazo se ofrecerá a US. para recibirse i para funcionar en el mando de esta provincia, tan pronto como se haya presentado en esta ciudad.

Dios guarde a US.

Nicolas Tirapegui.

Al señor intendente de la provincia de Concepcion don José Rondizzoni.

Circular a las autoridades de la provincia.

Intendencia de Concepcion, diciembre 22 de 1851.

Por la nota que adjunto a US. del jeneral de division don José Maria de la Cruz i la copia autorizada de los tratados de paz, ratificados i canjeados por él i el señor jeneral don Manuel Búlnes, se impondrá del término que felizmente ha tenido la guerra civil en medio de la comprometida situacion en que colo-

caron a nuestro jefe algunos de los hombres mismos que lo habian llamado a defender la causa de los pueblos. En esta virtud, i en cumplimiento a lo que se ha estipulado en los referidos tratados, i en conformidad con la nota citada del señor jeneral don José Maria de la Cruz, US. procederá a entregar el mando de ese departamento a la persona que ántes del 13 de setiembre la desempeñaba, reconociendo i obedeciendo en adelante como intendente i comandante jeneral de armas de la provincia al coronel don José Rondizzoni.

Recomiendo a US. que haga uso de toda su prudencia para evitar cualquiera motivo que pudiera alterar la tranquilidad i buen órden en aquel departamento.

Dios guarde a US.

Nicolas Tirapegui.

Oficio del intendente Tirapegui al jeneral Rondizzoni en que le dá aviso de quedar entregado el archivo de la intendencia.

Concepcion, diciembre 23 de 1851.

Tengo el honor de participar a US. que en la mañana de hoi se presentó don Nicanor Alamos al ex-secretario don Luis Pradel i le pidió la llave de la secretaria, recibiéndose al mismo tiempo del archivo por disposicion de US. Verificada esta entrega i en cumplimiento de mi deber tengo que anunciarle que tanto yo como don Luis Pradel esperamos sus órdenes para retirarnos, si así lo tuviere por conveniente.

Dios guarde a US.

N. Tirapegui.

Señor intendente de la provincia don José Rondizzoni.



FÉ DE ERRATAS.

Habiéndose publicado las primeras 100 pájinas del presente volúmen en ausencia del autor, nos apresuramos a correjir los errores mas sustanciales que en ellas aparecen, i son las siguientes:

Páj.	10 por *coronel Gana*	dice	coronel Yañez.
»	11 por *luna fulgurosa*	»	tenebrosa luna
»	13 por *pretestos*	»	protestos
»	49 por *Constitucion*	»	Concepcion
»	73 por *Documento núm.* 20	»	Documento núm. 18.
»	75 por *Documento núm.* 21	»	Documento núm. 18.

La nómina de los documentos que los encabeza en el Apéndice tambien está en parte equivocada, por haberse suprimido en esa nómina tres o cuatro documentos señalados con el signo *bis*. Pero, en jeneral, todos corresponden a la cita hecha en el lugar respectivo del testo.

INDICE.

CAPÍTULO I.

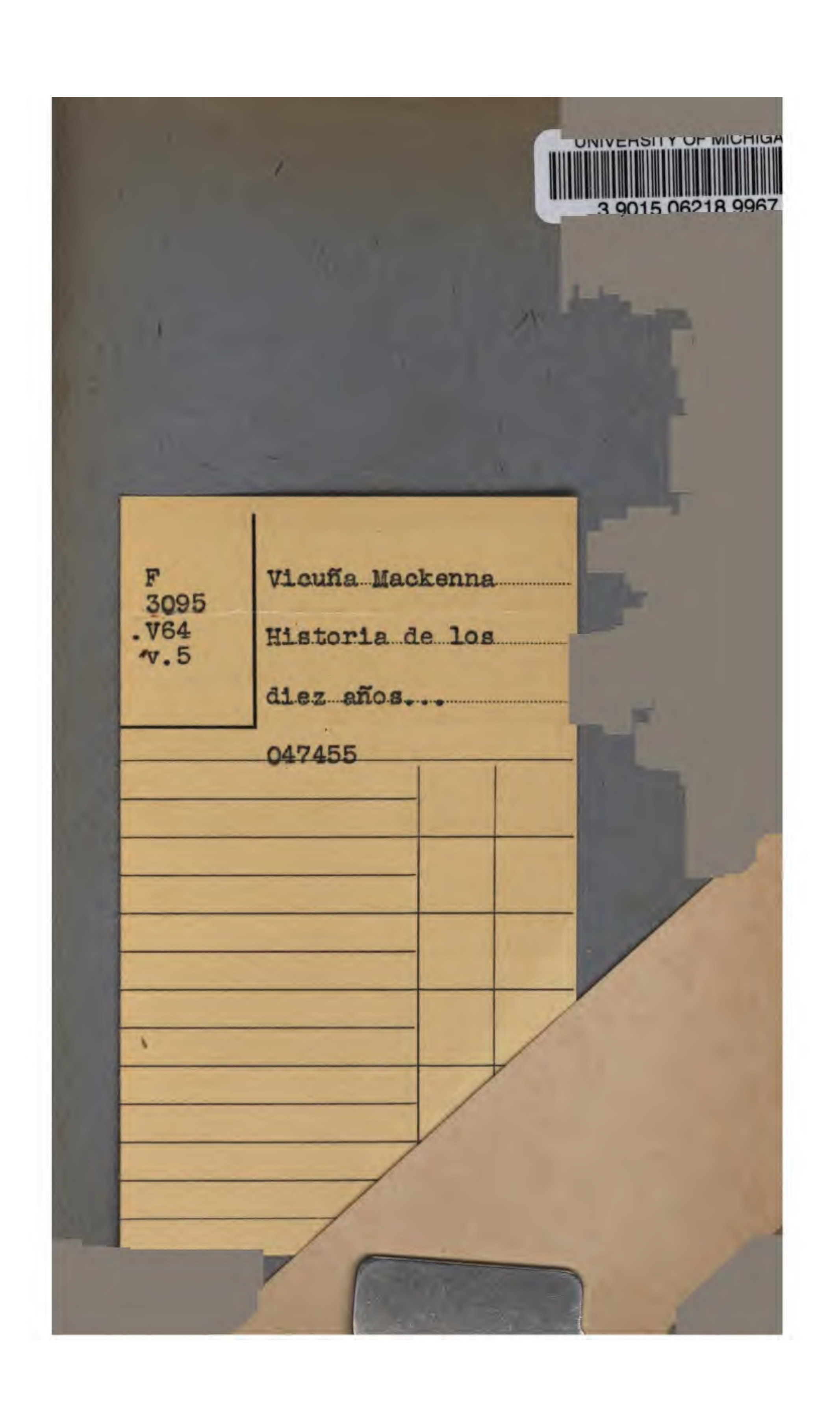
LA DEFECCION.

———

CAPÍTULO II.

LA RETIRADA DEL JENERAL CRUZ.




UNIVERSITY OF MICHIGA
3 9015 06218 9967
F
3095
.V64
v.5
Vicuña Mackenna
Historia de los
diez años...
047455

